



JANO GARCÍA

EL TRIUNFO
DE LA
ESTUPIDEZ

Por qué la ignorancia
es más peligrosa que la maldad

PLAZA  JANÉS

JANO GARCÍA

**EL TRIUNFO
DE LA
ESTUPIDEZ**

**Por qué la ignorancia
es más peligrosa que la maldad**

PLAZA  JANÉS

*A los héroes anónimos que con su hacer sostienen
y elevan a límites insospechados
a esta milagrosa criatura llamada ser humano*

*It's all about esteem
It's all about dreams
It's all about making the best out of everything
You'll know when you're fine
Because you'll talk like a mime*

Introducción a la estupidez

El mundo está lleno de estúpidos. Se asegura que nunca antes había tantos incultos, estúpidos y dementes rondando por el planeta Tierra. Pues bien, esta afirmación es falsa. Quizá no en cuanto a números absolutos se refiere, pero relativamente no creo que el número haya sufrido un gran avance en términos porcentuales.

Si hay algo que caracteriza el mundo actual es la capacidad a la hora de conocer lo que ocurre en lugares remotos. Hasta no hace mucho tiempo, las naciones asiáticas se consideraban una especie de submundo en el que todo quedaba englobado como «los chinos» a pesar de las enormes diferencias que existen en el continente asiático. Sí, esas personitas de piel amarilla y ojos rasgados eran todo lo que el populacho creía conocer del otro mundo. La globalización vino acompañada —irremediabilmente— de la hiperconectividad que engloba nuestros días a través de internet. De ese modo, naciones que apenas nadie sabía ubicar en el mapa pasaron a convertirse en los destinos favoritos de los viajeros y, también, de los viajes de luna de miel. ¡Mira, veneran a un elefante con cuatro brazos!, cuando lo cierto es que llevan venerando al dios Ganesha desde allá por el siglo IV d. C., y el hinduismo hunde sus raíces en la religión védica, que cuenta, aproximadamente, con más de cuatro mil años de historia. Pero para nosotros, los occidentales,

pareciera que nada de lo que conocíamos previamente existía, lo cual supone toda una relevación novedosa. Este hecho, el de la conectividad instantánea con todos los mundos que habitan la Tierra, ha provocado que las estupideces, tanto propias como ajenas, corran a gran velocidad haciéndonos creer que somos más estúpidos que nunca. Lo cierto es, sin embargo, que el ser humano siempre ha contado con esa condición en su seno, solo que ahora se expone con mayor asiduidad ante nuestros ojos.

El gran cambio no ha sido un incremento de estúpidos, sino más bien la llegada del superhombre democrático, una época en la que todas las opiniones valen lo mismo —o eso dicen— y cada cual tiene plena libertad para expresarse. Esto atañe a todos los individuos sin excepción, pero el estúpido en la actualidad no solo siente la necesidad de hablar y expresarse públicamente, sino que, además, las élites gubernamentales le han dicho que lo haga sin pudor. ¡Nadie es menos que nadie! ¡Tienes derecho a expresarte! Esta terrible incitación ha provocado, como es lógico, que el estúpido se lance al mundo a gritar a los cuatro vientos lo estúpido que es. Asimismo, se ha topado con la sorpresa de que no es tan estúpido como creía o le habían dicho, pues hasta el más idiota de los hombres es capaz de encontrar un coro de estúpidos que le dan «like», lo retuiteen, lo sigan y hasta lo voten. ¡Miradme, no era como me habías hecho creer!, asegura el rey de los estúpidos. El hecho de contar con una camarilla de estúpidos no hace que el nivel de estupidez sea menor; simplemente, donde antes había un estúpido diciendo estupideces, ahora hay mil, cien mil, un millón o varios millones. La estupidez no queda eliminada por unir a la causa a un número indeterminado de otros ejemplares que pertenecen a la

misma especie; más bien, la estupidez aumenta haciendo que los talentosos entren en pánico al contemplar cómo los seres más limitados exponen sus estúpidas tesis e, incluso, llegan a dirigir naciones centenarias cuya dirección antes quedaba reservada a una élite de personas instruidas y capaces. Este hecho diferencial es el que les hace creer que el hombre contemporáneo es más estúpido que nunca. Esta tesis no es cierta ni consistente. La humanidad siempre ha estado compuesta por una mayoría de estúpidos que realizaban y decían estupideces. El cambio, no menor, ha sido otorgarle a la masa estúpida el poder de dirigir las naciones, las empresas públicas, las instituciones y las tareas más complejas a las que toda nación debe enfrentarse.

Y es que antiguamente el estúpido se autocensuraba, es decir, temía hacer el ridículo diciendo alguna estupidez y trataba de ocultarla o disimularla interviniendo lo menos posible en los asuntos de índole compleja. Pero llegó la democracia y la masa pasó de ser despreciada por las élites a convertirse en la masa divina. Los reyes ya no tenían la potestad de ostentar el poder por derecho divino, ahora era la masa la que contaba con esa gracia impuesta por vete a saber quién. De hecho, nunca nadie logró explicar por qué sí es justo estar sometido a la masa y no a un monarca. ¿Simplemente porque son más? ¡Menudo argumento!

Nadie se reconoce a sí mismo como estúpido. Es como esos españoles —en concreto, el 88 %— que aseguran que circulan demasiados coches por las ciudades (eso sí, ninguno cree que sea el suyo el que molesta), o esos ciudadanos que dicen que el turismo es aberrante (eso sí, cuando viajan ellos no son turistas, sino una especie de exploradores que van a descubrir váyase a saber usted

qué). Y qué decir de los que aseguran que el planeta va a implosionar por consumir demasiados recursos (pero el que lo denuncia no cree que su consumo afecte). Pues lo mismo ocurre con la estupidez: nadie se reconoce como tal. Nunca nadie creó la asociación de los estúpidos, ni el partido de los estúpidos. No tienen rey, ni presidente, ni estatutos que los rijan. A diferencia de lo que ocurre con el resto de ideas o formas de vida, que siempre encuentran una forma de articularse y una serie de valores en los que reconocerse para guiar su existencia, el estúpido no, pero a pesar de ello, la estupidez consigue actuar con una perfecta armonía que ni el libre mercado es capaz de lograr. La estupidez no descansa en ningún momento del día, del mes o del año. Activa veinticuatro horas, sin un solo día de descanso, la estupidez consigue vencer allá donde se lo propone debido a su profunda, intensa y obstinada necesidad de demostrar al mundo lo poderosa que es.

Si es cierto que Dios creó al hombre, es casi seguro que Dios tiene un gran sentido del humor. Un humor cínico e irónico que le llevó a crear una mayoría de estúpidos y, a su vez, una pequeñísima parte de genios que, sufriendo en sus carnes a diario el estar rodeados de estúpidos, han sido capaces de lograr los avances humanos más espectaculares y maravillosos. Como si de una investigación se tratara para descubrir hasta qué punto el talento puede sobreponerse a las peores de las calamidades, la estupidez ha sido incapaz de detener el progreso humano a lo largo del tiempo. Y eso, las mentes brillantes de nuestra historia y presente lo consiguen a pesar de estar sometidas a una monotonía incesante de estupidez allá por donde miran, siendo estorbadas en cada proceso y obstaculizadas en cada actividad que realizan. Un milagro

espectacular al que uno solo puede arrodillarse por tan extraordinaria criatura. No ocurre lo propio en el reino animal, en el que los débiles quedan destruidos por los más fuertes continuamente y aquellos animales que no pudieron adaptarse al devenir de los tiempos se extinguieron. La estupidez no solo consigue sobrevivir, sino que se perfecciona con el paso del tiempo y su supervivencia es deudora de los más brillantes, por más que tratan de acabar con ellos de todas las formas posibles. Por eso no debería desmotivarnos la estupidez que reina en nuestros días. Si bien es cierto que en esta era la estupidez se exhibe sin rubor y la hiperconectividad de nuestro tiempo hace que uno se tope con ella casi cada minuto que está despierto, el milagro de la humanidad es imparable.

Otro de los rasgos distintivos de la estupidez es el egocentrismo disparatado, creerse el centro del universo. Los estúpidos asumen que los estúpidos eran nuestros antepasados que habitaban en la más absoluta oscuridad, llegando al punto de compadecerse de ellos. Míralos, pobrecitos, cómo vivían... Porque el estúpido no entiende que la evolución humana, el gran milagro de todos, es imparable a pesar de que la humanidad esté compuesta por necios que no saben ni adónde van ni por qué. Afortunadamente, la vida eterna no está reservada para la vida terrenal y nosotros no lo veremos, pero no le quepa duda de que transcurridos unos siglos desde nuestra marcha los humanos que habiten el planeta Tierra estudiarán nuestros comportamientos y los tacharán de estúpidos. Se compadecerán al comprobar cómo viajábamos hacinados como ganado en avioncitos que tardaban diez horas en cruzar el charco mientras que ellos lo harán en cuestión de minutos. Siempre ha sido

así y siempre lo será. El hombre contemporáneo estúpido cree que el fin de la historia ha llegado con su existencia y que nada es susceptible de mejorar o avanzar si no está él en el mundo. Es por ello que el ser humano es una criatura extraordinaria de una valía incomparable. A pesar de la estupidez, de cómo esta sigue vigente con el paso de los siglos, es heredada de tatarabuelos a tataranietos, recorre a gran velocidad el globo terráqueo y se hace presente en cada rincón, en cada gremio y en cada acto rutinario de nuestra vida, siempre hay una pequeña élite que es capaz de hacernos avanzar.

Siempre hemos sido profundamente estúpidos e incluso ridículos, pero las grandes tragedias de la humanidad se han podido superar gracias a aquellos que tienen la fortuna de no padecer la condición estúpida de la mayoría. El ser humano no es la única especie que habita el planeta que tiene que sufrir todo tipo de calamidades, pero sí es cierto que es el único animal racional y eso le obliga a cargar con una sobredosis de lamentos, miedos, frustraciones y temores que no se dan en otros animales. La corriente igualitaria que lleva siglos transitando por Occidente asume una tesis que, de ser cierta, haría que la humanidad no hubiese progresado jamás: todos somos iguales, igual de estúpidos. Como decía Voltaire en una carta dirigida a D'Aquin de Château-Lyon: «Dios ha dado el canto a los ruiseñores y el olfato al perro. Y con todo, hay perros que no lo tienen. ¡Qué extravagancia pensar que todo hombre habría podido ser Newton!».

[1]

A Dios gracias, esta tesis es falsa, a pesar de los innumerables intentos por parte de los gobernantes democráticos, los grandes medios de masas, los científicos y sociólogos deplorables de

presentar largos informes que dicen corroborar dicha tesis. Algunos llegan incluso a sostener que si no somos iguales se debe a un constructo social que ha generado una desigualdad entre los hombres, pero que esta desigualdad puede ser vencida si se acaba con aquello que la generó. Lo que vienen a decirnos es que nadie es estúpido *per se* y que nadie puede poseer de forma innata un talento especial que lo diferencie del resto. Es una opinión enormemente extendida que no se sostiene. Por lo que a mí respecta, tengo la convicción, avalada simplemente por la observación, de que los seres humanos no somos iguales. Algunos son estúpidos y otros no, del mismo modo que hay altos y bajos, guapas y feas, gordos y delgados, rubios y morenos. Unos son estúpidos por decisión propia, mientras que otros lo son no porque lo hayan decidido o hayan recibido una educación particular, sino por la inapelable, firme, inamovible e incuestionable naturaleza humana.

El estúpido se hace y, sobre todo, nace. Muchos son estúpidos por el designio de la Providencia o, como decía Cipolla, «uno pertenece al grupo de los estúpidos como otro pertenece a un grupo sanguíneo».[2] Una vez obtenida la condición de estúpido desde el vientre materno, uno no puede hacer nada para deshacerse de ella. Será su compañera de viaje hasta el final de sus días y, a lo sumo, podrá ser consciente de su estupidez y tratar de ocultarla, pero esta siempre descubrirá la manera de exhibirse. Igualmente, la estupidez no afecta particularmente más a los hijos de los pobres que a los hijos de los ricos, como tampoco lo hace por cuestiones de sexo, raza o religión. La estupidez es, como dicen ahora los horteras, genuinamente transversal y ataca indiscriminadamente a todos los grupos humanos. La probabilidad de ser estúpido es la misma para

todos sin importar la condición. De igual forma, la estupidez no solo ataca de forma directa a los estúpidos, sino que también lo hace de manera indirecta a los que no lo son. Los seres humanos somos gregarios por naturaleza y una de nuestras características fundamentales es la necesidad de socializar con otros individuos. Unos podrán hacerlo con mayor o menor intensidad, pues no a todos nos gustan las mismas cosas y donde uno halla gozo rodeado de miles de personas otro halla desasosiego. No obstante, incluso el hombre más ermitaño tiene que tratar con sus semejantes y aunque sea en menor escala se topará irremediabilmente con seres estúpidos. Nadie escapa al fenómeno, simplemente unos se enfrentarán a la estupidez con mayor asiduidad y otros lo harán de forma menos recurrente.

El teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer sostenía que la estupidez es la más peligrosa de las condiciones, peor incluso que la maldad, pues la primera puede ser fácilmente manipulada en favor de la segunda. Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que la estupidez es como la muerte. Cuando uno fallece no sabe que está muerto y no sufre por ello, pero sí lo hace el resto de su entorno, que lamenta su pérdida. Lo mismo ocurre cuando uno es estúpido. Y es que el estúpido se hace daño a sí mismo, pero también se lo hace a los demás. No saca provecho alguno para sí, llegando al punto de perjudicarse a sí mismo en el ejercicio de su estupidez. Ante esta realidad, los seres humanos racionales suelen reaccionar con incredulidad al ver un comportamiento estúpido, pues son incapaces de comprender qué razonamiento los ha llevado a tomar esa decisión. Además, la estupidez —a diferencia de la maldad— no puede ser prevista ya que actúa en cualquier momento, situación y

condición. Todos los seres racionalmente superiores a los estúpidos recuerdan acontecimientos en los que la estupidez les provocó una pérdida sin que el otro obtuviera un provecho por ello. Si, por el contrario, al sufrir una pérdida el otro obtuvo un beneficio, entonces no estamos hablando de un estúpido, sino de un malvado. El ser humano perverso es aquel que nos perjudica y recurre a la calumnia, el fraude o la mentira para beneficiarse él durante el proceso; es decir, tú pierdes, pero él gana algo a cambio. En el otro extremo encontramos a las personas inteligentes que nos permiten sacar un beneficio no solo para ellos, sino también para nosotros. Dichos casos ocurren a lo largo de nuestra existencia en numerosas ocasiones, si bien en la mayoría de nuestras relaciones humanas lo habitual es toparse con estas absurdas criaturas que entorpecen, que generan inconvenientes y una pérdida de energía sin que estas ganen absolutamente nada con sus acciones. ¿Cómo explicar racionalmente el proceder de un estúpido si no obtiene beneficio alguno? Resulta imposible. La única explicación a su comportamiento es que esa persona es profundamente estúpida. Si bien un malvado puede ser inteligente, no tiene por qué ser estúpido; el estúpido irremediablemente lo es siempre. De igual modo, una buena persona puede ser estúpida y, fagocitada por su condición innata, perjudicar al resto en un momento determinado de forma involuntaria.

Ahora bien, los estúpidos son mucho más peligrosos que los malvados. ¿Por qué digo esto? Porque un malvado, para llevar a cabo su plan malévolos, siempre requiere de la participación de otros para alcanzar su objetivo. Un malvado puede diseñar una estafa piramidal exquisita, pero sin el concurso de un número de estúpidos a los que estafar jamás podrá beneficiarse. Un malvado podrá tratar

de manipular a las masas, pero sin una masa estúpida que se crea los mensajes que envía su propósito no se cumplirá. De igual forma, un gobernante democrático, para poder cosechar un gran número de votos, necesita recurrir a las pasiones más bajas que movilizan a los estúpidos. Si su mensaje fuera dirigido exclusivamente a una audiencia racional, no obtendría ningún beneficio. También cabe reseñar que los estúpidos de forma aislada apenas pueden causar un gran mal; es decir, un estúpido que habita en una pequeña aldea puede ocasionar un perjuicio limitado a sus vecinos, mientras que los estúpidos unidos son capaces de ocasionar grandes catástrofes a toda una nación. Si bien esto nunca debe llevar a descuidar el poder que un solo estúpido puede tener si se le encomienda una tarea fundamental. A lo largo de la historia son muchos los ejemplos en los que la estupidez de un solo hombre derivó en el desastre más absoluto. La caída de Constantinopla es quizá el mejor ejemplo. La larga lucha entre los otomanos y el Imperio bizantino concluyó el 29 de mayo de 1453 cuando Constantinopla fue conquistada por las tropas de Mehmed II en uno de los mayores asedios de la historia de la humanidad. Los otomanos eran superiores en número, su ejército estaba compuesto por no menos de 100.000 hombres. Al otro lado de las murallas, las fuerzas bizantinas no superaban los 10.000 hombres. La derrota parecía asegurada, pero inexplicablemente los sitiados conseguían repeler el ataque definitivo a través de una defensa numantina y con la ayuda de un pueblo entero que estaba dispuesto a derramar hasta la última gota de sangre para no ceder ante el invasor. El emperador Constantino XI había inspirado a sus súbditos colocándose en primera línea de la batalla, dispuesto a morir por su pueblo y su imperio.

La muralla de Teodosio, que se alzaba desde el siglo v, estaba compuesta por cinco estratos defensivos y las bajas otomanas no dejaban de aumentar al intentar —sin éxito— penetrar en la ciudad. Bizancio parecía salvada cuando de pronto, tal y como relata Stefan Zweig, unos pocos otomanos que deambulaban sin rumbo entre la primera y la segunda muralla descubrieron que la puerta llamada Kerkaporta estaba abierta. La reacción de los jenízaros fue de incredulidad; no concebían que esa puerta, que permitía llegar al corazón de la ciudad, estuviera abierta. Creyeron que se trataba de una estratagema, de una trampa por parte de los defensores y que atravesarla les costaría la vida. Aguardaron hasta contar con más refuerzos, pues esperaban una emboscada al atravesarla, pero no encontraron resistencia alguna y pudieron adentrarse al centro de la ciudad para atacar por la espalda a los defensores. La puerta quedó abierta porque al encargado de cerrarla se le olvidó. Un pequeño detalle, Kerkaporta —la puerta olvidada—, decidió la historia del mundo. Y así, sin más, la estupidez acabó con todo un imperio y para Europa significó la pérdida de un baluarte cristiano frente al islam. Un cambio en la historia de la humanidad que los historiadores comparan con el 11-S.

A raíz de la democratización, los estúpidos del mundo moderno cuentan, por ser mayoría, con el papel fundamental de escoger a sus gobernantes, o lo que es lo mismo: la estupidez es la que ostenta el poder. La pregunta que los seres dotados de una racionalidad superior al estúpido se plantean continuamente es cómo es posible que las personas estúpidas puedan alcanzar posiciones de poder y autoridad. Donde antaño los puestos de mayor responsabilidad quedaban reservados para la gente más instruida,

con la llegada de la democracia estos fueron ocupados por los partidos políticos. Como explicamos en anteriores obras, esto es inevitable en las democracias modernas. No existe ejemplo alguno —ni nunca podrá existir debido a la naturaleza de la democracia— de un sistema democrático que no cuente con partidos políticos que agrupen a un gran número de personas y electores. Las elecciones democráticas brindan una gran oportunidad a la estupidez para poder perjudicar a todos los demás sin obtener ningún beneficio. Numerosos son los ejemplos de cómo una nación ha resultado empobrecida y denigrada a través del voto democrático porque la mayoría de las personas llamadas a votar son estúpidas. A tenor de esta realidad no resulta extraño que el poder político haya azuzado el potencial nocivo de los estúpidos. Incluso el gobernante hace uso de su inteligencia malvada para fomentar la estupidez y así poder manipular mejor a la masa, que, como veremos, es estúpida por naturaleza. La masa, con su alma burda y estúpida, se entrega para saborear los bienes de la democracia convertida irremediablemente en la competición de los necios.



Una persona normal, si entendemos normalidad como lo habitual, es estúpida; por lo tanto, ser normal es ser estúpido. Lo extraordinario, lo anormal —esto es, lo que se sale de lo común— es no serlo. Por eso nos vemos obligados a construir la pirámide con un grueso de personas estúpidas —una mayoría—, una minoría con capacidad de raciocinio, gente talentosa y la élite compuesta por un número muy limitado de los más brillantes de los talentosos. Adviértase que no estoy defendiendo bajo ningún concepto erradicar a los estúpidos. Las prácticas eugenésicas resultan del todo inmorales e inhumanas. Sería tan absurdo como pretender acabar con la maldad o la fealdad. Todas ellas forman parte de la naturaleza humana y pretender luchar contra ella es un imposible. Es más, uno de los signos de la estupidez es la funesta ilusión de que la naturaleza humana es moldeable a través de la ley y que algún día la legislación será la correcta y la utopía se verá cumplida. Partiendo de sus premisas, uno podría argüir cosas tan ridículas como que es posible acabar con la tristeza, la sordera o la miopía porque la ley

todopoderosa las prohíbe. La desigualdad es algo propio de la naturaleza humana y los brillantes, una excepción que nos ayuda a recordar lo grandiosos que podemos llegar a ser.

Otra de las grandes singularidades del estúpido es que no escarmienta en cuerpo ajeno. Los cubanos aseguraban que la revolución comunista no podría triunfar en su isla, posteriormente los venezolanos aseguraban que ellos no eran como Cuba y ahora tienen un orangután como presidente. Los argentinos, los nicaragüenses y las demás regiones hispanoamericanas afirmaban que ellos eran más listos que los otros. El estúpido se sobrevalora a sí mismo continuamente y cuenta con la terrible característica de ser incapaz de aprender a través de la observación. Supongamos que uno se halla enfrente de una casa donde hay una pequeña fila para entrar en ella, y cada poco la gente sale con quemaduras de tercer grado. Bastaría observar un solo caso para comprender que algo ocurre en su interior y no es conveniente entrar. El estúpido, por el contrario, entra. Necesita vivir en sus propias carnes lo que otros han vivido y relatado. No le parecen suficientes miles de años de historia para comprender que si haces A, el resultado será siempre el mismo. La lógica —derivada de la razón— es uno de los grandes puntos de ventaja de los humanos sobre el resto de los animales. Sin embargo, no todos son capaces de aplicarla correctamente. De hacerlo, se podrían evitar innumerables desdichas que nos rodean cotidianamente. El aprendizaje a través de la observación de terceros podría evitarnos grandes males, pero el estúpido es incapaz de recurrir a ella.

El hecho de carecer del poder de la observación impide que la estupidez pueda emular a los mejores. Esto también se da en el

reino animal. El pez arquero, por poner uno de los miles de ejemplos que podríamos enumerar, posee una técnica enormemente sofisticada para cazar a sus presas: escupirles agua. A través de su boca son capaces de lanzar potentes chorros de agua a los insectos que habitan en las plantas que rodean su hábitat, especialmente los estuarios de los ríos, las aguas costeras salobres de Asia y los manglares. Su técnica requiere una complejidad todavía mayor, pues ese preciso chorro de agua lanzado a presión debe impactar directamente sobre los insectos calculando la distorsión que genera la refracción de la luz al pasar del agua al aire, como ocurre cuando sumergimos una vara en el agua. Aun así, logra impactar a los insectos para que caigan al agua y devorarlos. Incluso hasta el pez arquero es capaz de aprender a través de la observación de sus semejantes. Los novatos se fijan en cómo consiguen sus presas los mejores cazadores para luego emularlos y obtener ellos las suyas propias. Pero no, el milagro humano consiste en poder sobrevivir a pesar de ser profundamente estúpidos. Aunque tampoco el pez arquero queda exento de sufrir a los menos talentosos que, incapaces de depurar su técnica a la hora de cazar, se limitan a robar las presas cazadas por otros conforme caen al agua. Hasta en el reino animal hay estúpidos que lastran a los más válidos obligándoles a cazar más de lo que sería necesario.

Otra de las razones por la que los estúpidos son más peligrosos que los malvados es la incapacidad que posee la persona razonable de prever sus movimientos o acciones. Una persona racional puede comprender perfectamente la inteligencia malvada de Hitler o Stalin. Ambos personajes siniestros seguían una calculada estrategia forjada en la racionalidad, aunque esta fuera destinada a hacer el

mal. Esto permitía poder anticiparse a sus movimientos, comprender por qué hacían o decían tal cosa y, en última instancia, entender cuáles eran sus deplorables y oscuras intenciones. No ocurre lo propio con los estúpidos, que no siguen estrategia o razonamiento alguno. El estúpido actúa sin un plan, sin una estrategia elaborada, actúa a golpe de estímulos irracionales, sus actos son erráticos, sus aspiraciones absurdas, y aparece en los momentos más inoportunos e improbables. No existe forma humana de poder anticiparse a un movimiento estúpido. Por eso Dios tiene un gran sentido del humor: creó al estúpido de tal forma que resultara indescifrable. Ni la mente más brillante de la humanidad es capaz de adelantarse a un estúpido para protegerse de su ataque.

En cierta forma es como tratar de dialogar con los defensores del movimiento terraplanista. ¿Cómo convencer a alguien que sostiene continuamente que todas las pruebas que demuestran que la Tierra no es plana son falsas? ¿Cómo razonar con un tipo que asegura que el cielo no es azul, sino verde? ¿Qué clase de debate racional cabe ahí? Ninguno. Simplemente la persona es estúpida o un malvado que se quiere aprovechar de los estúpidos. No cabe otra posibilidad. Frente a una persona estúpida, al ser de todo punto imposible comprender su nulo razonamiento, el individuo racional se halla completamente indefenso. También hay que tener en cuenta el hecho de que la persona estúpida no sabe que lo es. El que es inteligente lo sabe en mayor o menor medida, pues la humildad suele acompañarle. Igualmente, el malvado sabe que es un ser despreciable y por eso recurre a disfrazar sus acciones para no ser descubierto. El estúpido se exhibe sin remordimientos llegando al

punto de alardear de su acción ridícula porque cree haber tenido una idea brillante.

Por todo lo expuesto, el estúpido es enormemente más peligroso que el perverso. Cuando los estúpidos entran en acción todo cambia o, más bien, cuando los estúpidos son los que tienen el poder. A lo largo de los siglos, la estupidez, me temo, ha sido una constante que no ha cambiado sin importar la región que escojamos. La diferencia entre las sociedades prósperas y las decadentes reside en el lugar que ocupan los estúpidos. Mientras que las sociedades que avanzan los relegan a su posición natural, las sociedades decadentes permiten que ellos sean los que gobiernen, decidan, impongan y legislen. No es que un país entre en decadencia porque el porcentaje de estúpidos haya aumentado, sino porque los individuos que están en el poder deben su cargo a la estupidez. La humanidad, por lo tanto, siempre se ha encontrado en ese estado deplorable soportando desdichas y calamidades de todo tipo. No debería sofocarnos, alarmarnos y mucho menos preocuparnos el nivel de estupidez. Por el contrario, lo que sí es enormemente preocupante es el poder que se le ha concedido a la estupidez en nuestra era.

La psicología de la masa

Resulta inevitable tener que dar un salto en el tiempo para poder abordar la importancia que posee la masa en nuestras vidas. Bien es sabido el origen de la democracia. A pesar de que son muchos los que aseguran que esta cuenta con una definición única e incuestionable, lo cierto es que las democracias modernas tienen muy poco que ver con la original. Si hoy alguien decidiera hablar de un sistema democrático en el que solamente entre el 10 y el 25 % de los ciudadanos pueden participar a la hora de votar y decidir — como así ocurría en la democracia griega—, todos lo tacharían de antidemócrata. Curioso que los contemporáneos hayamos decidido tachar de antidemócratas a los padres de la democracia, pero qué sabrán ellos de lo que es realmente democrático. Como nosotros, los humanos actuales, somos los más inteligentes de la historia de la humanidad, hemos decidido que la democracia es lo que digamos los que hoy estamos vivos.

Y como no queremos hacer un tratado centrado en el verdadero significado de la democracia, nos centraremos en la democracia moderna, que es la forma de gobierno que tienen todos los países occidentales. Si bien cada nación cuenta con sus peculiaridades, todas ellas coinciden a la hora de definir quién es el soberano: el

pueblo. Este cambio se dio a finales del siglo XVIII, en el que se vivió una profunda transformación en un brevísimo espacio de tiempo: la Revolución francesa de 1789 y la entrada en vigor de la Constitución de Estados Unidos. Por primera vez en siglos, el pueblo era puesto en el centro y el concepto de democracia —especialmente a partir del siglo XIX— comenzaron a utilizarlo ininidad de vertientes ideológicas con la esperanza de abrazar el sistema democrático que otorgara el poder al pueblo en detrimento de los monarcas, emperadores o dictadores de diversa índole. La democracia fue rescatada de nuevo para ser presentada ante el gran público como el mayor logro imaginable. De esta forma, la democracia acabó por generar dos tipos de sistemas: por un lado, la democracia directa, esto es, la democracia como participación y, por otro, la democracia indirecta, es decir, la democracia participativa. La mayoría de las naciones optaron por esta segunda debido al gran aumento de la población que hacía inviable la puesta en práctica de la democracia directa. Las dimensiones de las ciudades poco o nada tienen que ver con las de la época antigua, que eran minúsculas en comparación con las ciudades y países actuales cuya población se cuenta por millones, cuando no por cientos de millones. Además, la democracia directa se mostró enormemente turbulenta y frágil.

A pesar de las diferencias que podamos encontrar entre una y otra, lo cierto es que ambas cuentan con el mismo fundamento: el pueblo es el que tiene el poder. La pesadilla que tanto había aterrorizado a los clásicos griegos volvía a nuestras vidas de la mano de la democracia moderna. Fueron numerosos los filósofos de la Antigua Grecia que alertaron del devenir de la democracia en demagogia. Especialmente debemos recordar a Aristóteles y su

clasificación de formas de gobierno posibles. Para el filósofo griego todo dependía de quién ostentaba el poder y, sobre todo, si gobernaban atendiendo al bien común o al interés particular:

	GOBIERNO DE UNO	GOBIERNO DE UNOS POCOS	GOBIERNO DE MUCHOS
GOBIERNOS RECTOS	MONARQUÍA Uno en beneficio de todos	ARISTOCRACIA Los mejores	REPÚBLICA <i>(Politeia)</i> La mayoría sin perjudicar a la minoría
↓	↓	↓	↓
DESVIACIONES DE GOBIERNO	TIRANÍA Uno en provecho propio	OLIGARQUÍA Los ricos en su propio interés	DEMOCRACIA La masa en interés del pobre

Así, el gobierno de uno solo podía ser una monarquía (buena) o una tiranía (mala); el gobierno de unos pocos podía ser una aristocracia (buena) o una oligarquía (mala); por último, el gobierno de muchos podía ser una *politeia* (buena) o una democracia (mala). Puede sorprender al lector el hecho de que Aristóteles utilizara la democracia como sinónimo de mal gobierno y una de las formas de degeneración posibles. Para él, la democracia definida como «gobierno de los pobres en su propio provecho» suponía que los pobres gobernaban en su propio interés en vez del interés general. No es que Aristóteles establezca que si el número de pobres es mayoritario entonces la forma de gobierno de los muchos será

nociva, sino que advierte de que el gobierno de los muchos será negativo si los gobernantes deciden servir al interés propio en vez de al general, es decir, si se trata de un gobierno en favor del interés particular. En cierta medida, Aristóteles alertaba del futuro de las democracias al considerar que «en todas partes los ricos son pocos y muchos los pobres»,[1] y por lo tanto los gobernantes se centrarían en captar el voto de la mayoría generando, como así ocurrió, la demagogia para encandilar a los muchos y llevar a cabo políticas contrarias al bien común.

El temor de Aristóteles a que los demagogos consiguieran engatusar fácilmente a la mayoría está más vigente que nunca. No hay nación cuya masa no esté ávida de privilegios y soluciones mágicas entregando los puestos de máxima responsabilidad no a los mejores de la sociedad, sino a aquellos que son capaces de engañar a la muchedumbre con promesas disparatadas. Como vemos, nuestros males no son muy originales, sino más bien obedecen a la lógica propia e inevitable de la democracia. Y como es esa la forma de gobierno que rige nuestras vidas, resulta imposible no detenerse a analizar el comportamiento de los que escogen en última instancia a los gobernantes: la masa. Con todo, conviene no olvidar que tras el fin de la democracia griega la palabra «democracia» no solo cayó en desuso, sino que contaba con un componente peyorativo. Numerosos eran los autores, pensadores e intelectuales que se referían a ella con desprecio, algo que nos resulta del todo inimaginable en el presente.

La era en la que vivimos es, sin duda, la era de las masas. Hace apenas un par de siglos la opinión de la masa no contaba prácticamente nada. Muchos eran los autores que miraban con

horror la idea de que la masa tuviera mayor participación en los asuntos públicos, pero hoy en día la masa se ha convertido en la mayor fuerza a la que todo aspirante a gobernante debe dirigirse si quiere ostentar el poder. Ella es la que decide, la que quita y pone gobiernos y la que, en última instancia, decide lo que es tolerable y lo que no. Pero ¿acaso la masa es tan fundamental cuando no escuchamos a ningún gobernante apelar a ella bajo estos términos? Como es lógico, el aspirante a gobernar no suele ser estúpido —mas sí maligno— y para ello recurre al término «pueblo». Nadie en su sano juicio, a pesar de deber su poder a la masa, saldría al balcón a celebrar los resultados electorales dándole las gracias. He aquí una diferenciación que debe quedar clara. Por tanto, ¿qué diferencia existe entre pueblo y masa?

El pueblo es el concepto al que recurre el demagogo con la intención de presentar una masa compacta. Al pueblo se le otorga una sola voluntad, una sola conciencia y una sola ideología. De esta forma se consigue eliminar el carácter individual de los que conforman el pueblo, a pesar de que es evidente de que son los muchos los que lo componen. ¿El pueblo es solo el que vota? ¿No es también pueblo el que no acude a votar? ¿No es pueblo el niño de ocho años que no tiene derecho a voto, o acaso ese también ha decidido que gobierne uno u otro? ¿Es pueblo el que tiene el pasaporte nacional y no el que posee un permiso de residencia temporal que le permite votar en determinadas elecciones? El pueblo, como vemos, incluye a todos: desde el recién nacido hasta el más anciano, los criminales, los estúpidos, los brillantes, los mediocres, los válidos, los buenos y los malos. Todos conforman el pueblo sin importar su participación, condición o capacidad. El

demócrata recurre al término «pueblo» únicamente como recurso para alentar a la masa haciendo creer que todo obedece a una voluntad única y uniforme. Ni siquiera podríamos tachar de pueblo a la mayoría que ha decidido que gobierne uno u otro, pues ello implicaría despojar de esa condición a la minoría que ha votado en contra. Una vez aclarado que el pueblo no es lo mismo que la masa, de igual modo sería absurdo afirmar que todas las masas son iguales, que no hay distinción entre la masa de una nación y otra. Cada una de ellas tiene, como veremos con la masa española, sus particularidades. No obstante, sí podemos diseccionar el comportamiento de la masa sin importar cuáles son sus singularidades, pues su comportamiento obedece a una serie de consignas y características que son invariables sin importar la región del planeta en la que habite.

En la actualidad las masas han sustituido el derecho divino de los reyes dando paso a su propio reinado. La participación directa de la masa a la hora de escoger a los gobernantes y su progresiva transformación en clases dirigentes es uno de los grandes cambios de las naciones occidentales. Pero ¿qué alma detenta la masa? La masa está compuesta por un conjunto de individuos de diferentes razas, profesiones, sexo, dinero e ideologías. Un socialista puede ser masa, al igual que lo puede ser un conservador o un liberal. Todos se dejan llevar por los mismos instintos y actúan de igual forma ante los estímulos que reciben. La personalidad propia del individuo desaparece en el momento en el que pasa a formar parte de la masa y sus sentimientos e ideas quedan orientados en una misma dirección. Por ejemplo, un socialista y un liberal podrían coincidir en la disparatada idea de que el aborto es un derecho. Del mismo modo

que un conservador y un comunista podrían coincidir en la necesidad de aplicar leyes liberticidas, nocivas y absurdas para detener el supuesto apocalipsis climático, que, dicho sea de paso, nunca llega. Bajo la masa se forma un alma colectiva que disuelve el raciocinio, la personalidad individual y todo queda orientado a los sentimientos. En el caso del apocalipsis climático, el sentimiento utilizado es el miedo, mientras que para el aborto se recurre a la frustración, en este caso, quitándosela a la persona afectada para que no tenga que sufrir las consecuencias no deseadas de sus actos. Bajo el paraguas de la colectividad se genera lo que Gustave Le Bon calificó como «la ley psicológica de las masas». Esta ley establece una premisa basada en lo siguiente: «Sean cuales fueran los individuos que la componen, por similares o distintos que puedan ser su género de vida, ocupaciones, carácter o inteligencia, el simple hecho de que se hayan transformado en masa les dota de una especie de alma colectiva. Esta alma les hace sentir, pensar y actuar de un modo completamente distinto de como lo haría cada uno de ellos por separado».[2]

Una de las horrendas habilidades que tiene la masa es la capacidad de convertir a un individuo brillante en uno estúpido conforme engrosa las filas de la masa. Puede existir un abismo entre dos individuos que pertenecen a la masa por separado, pero unidos en ella su rendimiento intelectual desciende inevitablemente. Lo heterogéneo, lo desigual, queda sustituido por la homogeneidad. Este descenso intelectual explica por qué la masa no es capaz de realizar actos que requieren una inteligencia, una habilidad o una técnica elevadas. La aglomeración siempre implica una reducción. Supongamos que colocamos a un tipo con un cociente intelectual de

150 puntos. Aleatoriamente vamos sumando individuos con cocientes intelectuales dispares y realizamos una media una vez alcanzamos los cien miembros. Inevitablemente, la media será inferior a la que poseía el individuo aislado. La masa no acumula el talento, sino la mediocridad, y por ello la masa adquiere, por una cuestión numérica, un comportamiento errático. Así, una decisión tomada por uno, dos o tres individuos talentosos será siempre mejor que aquella tomada por un grupo de doscientos, quinientos o mil sujetos talentosos. Incluso en una decisión adoptada por centenares de talentosos no encontraríamos una gran diferencia que la tomada por un grupo reducido de idiotas.

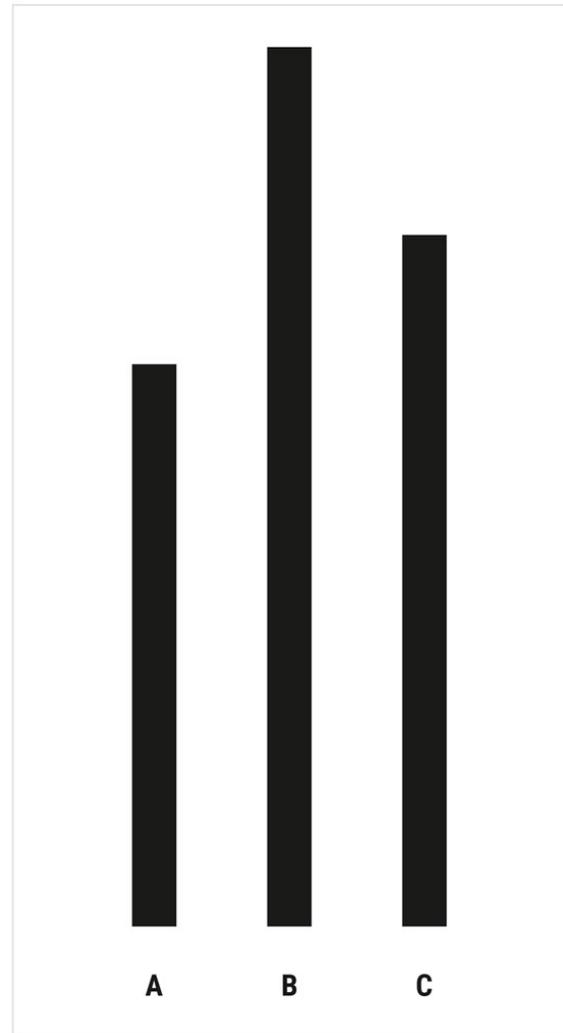
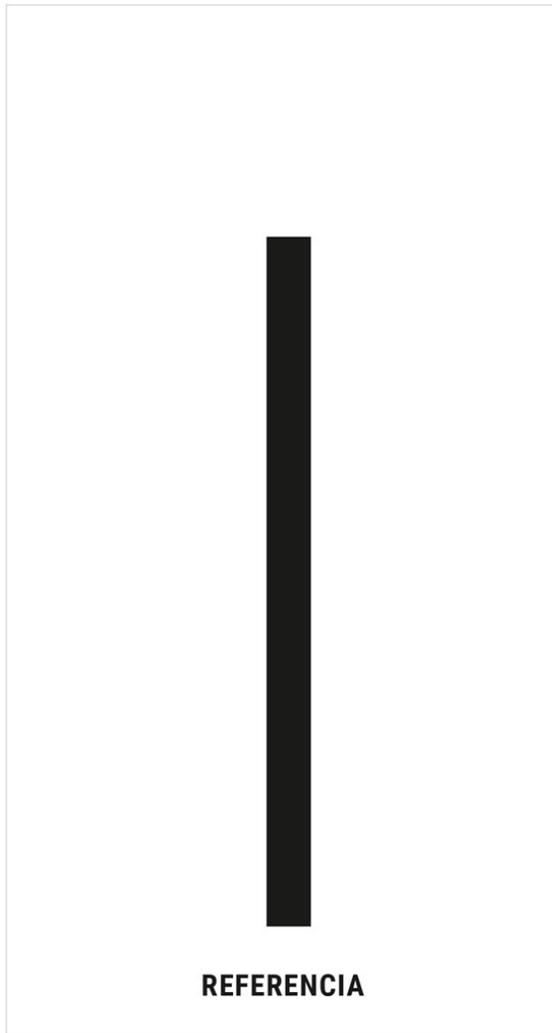
Otra de las particularidades del poder de la masa es su efecto contagioso. Una vez el individuo ha quedado atrapado, este se contagia mentalmente del comportamiento de la mayoría manifestando opiniones y actuando de forma contraria a como lo haría a título individual. Esta práctica se ve claramente en los festejos populares. Nadie en su sano juicio decidiría orinar en un portal un lunes laborable a las doce de la mañana; sin embargo, con la llegada de la masa y su conquista de las calles, este individuo se atreve a llevar a cabo dicha acción únicamente porque la masa convalida su comportamiento. Si todos lo hacen, ¿por qué yo no? En una masa toda acción, todo sentimiento y toda idea son contagiosos, llegando al punto de actuar de manera contraria a los valores que de forma individual se defienden; una actitud que el hombre solo es capaz de asumir cuando forma parte de una masa. Este poder consigue paralizar el raciocinio, el civismo y el buen hacer al hombre-masa cuya personalidad queda eliminada y su

discernimiento, abolido. Este poder guarda una gran relación con la presión de grupo.

Solomon Asch, un psicólogo estadounidense de origen polaco, realizó un experimento fascinante para comprobar hasta qué punto el individuo se deja condicionar por la presión del grupo. Reunió a ocho estudiantes a los que sentó a una mesa. En realidad, solamente uno de ellos iba a ser el participante del experimento, ya que el resto estaba compinchado. A continuación, Asch mostró a los estudiantes la siguiente figura:

RÉPLICA DE LAS TARJETAS USADAS DURANTE EL EXPERIMENTO

La tarjeta de la izquierda contiene la línea de referencia y la tarjeta de la derecha muestra las líneas que se comparan con aquella.



Los participantes debían indicar cuál de las tres líneas en la segunda tarjeta tenía la misma longitud que el estándar de la primera. Los estudiantes compinchados con Asch daban una respuesta incorrecta a propósito. El objetivo era ver si el participante genuino daba la respuesta correcta o la cambiaba condicionado por el grupo. El psicólogo descubrió que solamente un 25 % de los participantes mantenían su respuesta siguiendo lo que le mostraban sus propios ojos, mientras que el 37 % cedían a la presión del resto y cambiaban su respuesta para adaptarla a la de sus compañeros. El 38 % restante, en al menos una ocasión, también cambiaron su

respuesta por temor a estar equivocados.[3] Otros experimentos, relacionados con la presión de grupo, han reflejado, gracias al avance tecnológico y a la monitorización del cerebro que los individuos cambian su voluntad, pero también llegan incluso a cambiar lo que ven. Una prueba aterradora que demuestra hasta qué punto el poder de la mayoría es capaz de engullir a cualquier individuo.

Y así vemos cómo se llevan a cabo leyes, ideas y actitudes que uno rechazaría de forma individual pero que no tiene ningún reparo en adoptarlas si estas quedan avaladas por la masa. El individuo afiliado a la masa cede con mayor facilidad a sentimientos y acciones que rechazaría solo. Podríamos decir que esto no supondría un problema para la sociedad, pero si a ello le sumamos que la responsabilidad de los actos queda disuelta en un mar de millones de peces que se pierde en la inmensidad incontable de la masa, entonces sí es preocupante. La masa, al ser anónima y no contar con un dirigente con nombre y apellidos, permite que las acciones que lleva a cabo carezcan del sentido de responsabilidad. Se da una paradoja en este asunto. El estúpido a título individual conserva —mínimamente— el espíritu de supervivencia; es decir, a título individual no toleraría o escogería lo que sí tolera y escoge a título colectivo. Pongamos un ejemplo más representativo de cómo la masa es estúpida por naturaleza y de sus elecciones colectivas frente a las individuales.

Imagine que usted tiene que hacer un viaje de España a Estados Unidos y le dan la oportunidad de escoger al piloto del avión. Hay dos candidatos. Por un lado, un tipo con aspecto soporífero, de unos setenta años, barbudo, antipático y serio. Este le hace saber que si

lo escoge a él tendrá que viajar en los asientos más económicos, sin posibilidad de reclinar su respaldo, sin ningún tipo de comida más allá de un par de botellas de agua y sin acceso a internet. Eso sí, le avalan miles de horas de vuelo y décadas de experiencia. El segundo candidato es una tipa rubia, atractiva incluso, que le promete que si la escoge a ella viajará en primera clase, contará con wifi, tendrá una azafata a su servicio todo el trayecto, su asiento podrá ser reconvertido en una cama, se le dará champán y toda la comida que desee, podrá ver la película que quiera y encima no tendrá que pagar por el billete de avión. Hay un inconveniente y es que no cuenta con experiencia de vuelo, pero insiste en que le hará llegar sano y salvo. ¿A quién escogería usted a título individual? Evidentemente, escogería al piloto con experiencia. Pues con la masa ocurre todo lo contrario, escogerá al que no tiene ni idea de pilotar un avión pero le promete el viaje de su vida.

El alma de la masa es de forma natural irracional, fácilmente manipulable al estar sometida a todo tipo de sugerencias que abraza con gran credulidad. Para la masa nada es imposible y se puede alcanzar cualquier meta. Azuzada por los sentimientos más básicos, desprovista del uso de la razón y abonada a la idiocia, no es de extrañar que a los gobernantes les resulte tan sencillo propagar las ideas más extravagantes y perniciosas para la sociedad. Su imposibilidad para velar por la particularidad de cada individuo da rienda suelta a esos espectáculos de masas en los que la locura nerviosa y frenética se adueña de todo. Los distintos impulsos a los que obedece la masa le procuran un instinto de fortaleza que la lleva a tomar las acciones más arriesgadas para su propia supervivencia. Nadie a título individual decidiría saquear un palacio real o asaltar un

estadio de fútbol para ver una final sin entrada. Pero gracias al anonimato que concede el número, la masa es capaz de realizar todas esas acciones sin remordimientos. A lo largo de la historia son muchos los ejemplos de cómo una masa irracional ha sembrado el caos y el pánico, dejando en muchas ocasiones un reguero de sangre. No hay revolución alguna que haya sido llevada a cabo sin contar con una masa enfurecida y sugestionada previamente. La masa no sigue planes premeditados, más bien recorre el camino a golpe de los impulsos y los estímulos que recibe mientras tanto. Cambia de actitud en cuestión de minutos y por ello es el gran temor para cualquier gobernante. La dificultad de prever sus cambiantes sentimientos —llegando a ser contradictorios— es lo que asusta al poder político. Por eso se esmera en tenerla controlada siempre, anestesiada, para que permanezca en un estado inerte que no ponga en peligro su estatus.

La masa no solo es impulsiva y cambiante. Al igual que un animal salvaje, no admite frustración alguna y exige que sus deseos —por muy irrealizables que sean— se cumplan. La masa exige protagonismo de las cuestiones públicas y privadas. Sabe de un modo inconsciente, incluso instintivo, que en ella el ignorante, el envidioso y el idiota se ven liberados de su nulidad individual y pasan a formar parte de una fuerza brutal. Nadie puede contra una masa desquiciada dispuesta a lanzarse contra todo. Como un tsunami recién desatado, solo queda huir de ella para no ser engullido. Alimentada por los sentimientos más primitivos, su fuerza crece cuanto mayor es el protagonismo que le concede el poder político. Pero la apuesta debe incrementarse con el avance del tiempo, pues lo que le impresionaba a la masa en sus inicios ha

dejado de hacerlo y el demagogo tiene que recurrir a afirmaciones más violentas, más irrealizables y más exageradas para seducirla. Solo así se explica cómo la masa se entrega a los peores de los excesos. A través de la afirmación repetitiva y sin ningún atisbo de raciocinio, la masa se entrega con pasión a los oradores más inmorales. Como hemos señalado, una vez el individuo está inmerso en la masa, su nivel intelectual se desploma y lo que tacharía de inmoral de forma aislada es abrazado como un gran triunfo a nivel colectivo.

La intolerancia y el autoritarismo de la masa se ven reflejados a la hora de actuar contra el individuo que osa desafiarla. Basta analizar un mitin político para percatarse de la hostilidad que derrocha la masa frente al contrario. El simple hecho de citar al enemigo por parte del orador hace que surja de lo más profundo del alma unos rugidos de fiereza y violentos cánticos contra el contradictor. No dudaría en linchar físicamente al independiente, eso sí, siempre y cuando actúen unidos. La masa es cobarde, dócil y servil con el poder, mas no con el hombre solitario sin capacidad de defensa, al que puede pisotear sin temor a ser castigada por aquellos que la incitaron. Por otro lado, sería absurdo sostener que la masa siempre posee un espíritu revolucionario. Tal afirmación se revela como falsa en el momento en el que la masa anhela, exige un líder autoritario que erradique al opositor y le permita habitar en sus bajas pasiones. La masa soporta el autoritarismo y la intolerancia del mismo modo que los practica. Una paradoja que se cumple al detallar la lista de los grandes hombres que la masa ha seguido a lo largo de la historia. Todos ellos, con escasas excepciones, eran los más viles y siniestros que exhibían su poder y su capacidad de acabar con el

contrario. El gobernante autoritario requiere una masa autoritaria, y viceversa. Sin una masa complaciente ante el poder y tremendamente hostil frente al autónomo el tirano no podría imponer su voluntad. Es más, llegado el punto en el que una masa se vuelve revolucionaria por sentirse traicionada, no tarda en regresar a su punto de servidumbre de forma instintiva. Pocas son las ocasiones que una revolución ha estado precedida por una reciente. Siempre hay un margen para que la masa pueda descansar.

Así pues, una masa puede exigir en un momento puntual mayor libertad y acabar siendo sometida a la peor de las dictaduras en el transcurso del proceso. La Revolución francesa y el final del camino —la llegada de Napoleón— son un claro ejemplo de ello. La masa no volvió a realizar revolución alguna contra el tirano que había traicionado el espíritu de la revolución, simplemente acabó asumiendo las ideas más contradictorias. En un breve periodo de tiempo, de 1789 a 1829, la masa francesa fue monárquica, posteriormente revolucionaria, más tarde imperialista y finalmente monárquica de nuevo. Los razonamientos de la masa no pueden ser catalogados de profundos ni lógicos debido a que la razón no le impresiona en absoluto y solo a través de mensajes inferiores puede ser convencida. Incapaz de hacer distinción alguna, la lógica colectiva es la asociación de ideas que se basan en razonamientos absurdos. Tan absurdo, como señala Le Bon, que un esquimal crea que si el hielo se licúa en su boca deduce que el vidrio —al ser transparente— también lo hará. La masa solo acepta juicios impuestos, no debatibles ni cuestionables. Si una idea carece de poder sentimental, no será aceptada por la colectividad al generar dudas en la audiencia. La masa, al no ser capaz de reflexionar ni

razonar, no concibe nada como inverosímil; por eso las ideas más erróneas, las soluciones más irrealizables y las ideas más irreales son las que captan su atención.

El propagandista comunica muchas ideas a una pequeña multitud, mientras que el demagogo comunica una idea a una gran multitud, esto es, a la masa. Porque la masa es estúpida y no puede digerir más de un plato, a lo sumo dos, es necesario simplificar el mensaje. Por ejemplo, la izquierda recurre al temor de que llegue la turboultramegaderecha al poder como único aliciente para que se lancen en brazos de ellos. Poco importa que las amenazas que promulgan los líderes colectivistas sean una realidad bajo su mandato. La masa puede habitar en la pobreza, en la inseguridad y en la más absoluta de las miserias, pero basta con decirle que si se pasa al otro bando todo ello llegará para convencerla a pesar de que es ya lo que está viviendo. Los juicios complejos, las ideas de difícil explicación y las soluciones racionales a los problemas resultan totalmente incomprensibles. Ningún aspirante a gobernante podría encandilar a la masa exponiendo detallados informes matemáticos, predicciones económicas complejas y sentido común porque solo unos pocos serían capaces de comprenderlo. Al no poder pensar, la masa se deja impresionar a través del eslogan barato y pueril y, sobre todo, a través de las imágenes. Una imagen vale más que mil palabras para la masa. Por ello, todo demagogo se esfuerza en dominar la técnica para proyectar imágenes que permitan convencer rápidamente a la masa.

¿QUÉ IMPRESIONA A LAS MASAS? ¿CÓMO MANIPULARLAS?

Ya hemos visto que la masa no razona, no admite debate, asume o rechaza ideas en bloque y no parcialmente y, sobre todo, está dispuesta a sacrificarlo todo a cambio de un líder tiránico que le conceda el privilegio de dar rienda suelta a sus peores instintos. Esta característica común en todas las masas del planeta las hace adorar al hombre fuerte, temer al poderoso, someterse ciegamente al tirano, asumir todos los dogmas del poder político y difundirlos a la vez que persiguen y acechan a todos aquellos que se atreven a rechazarlos. Su servidumbre no es gratuita. Debe ser impresionada y para ello necesita espectáculos, relatos y acciones que le recuerden que está en lo cierto.

Si a la masa se le ofrece la cifra de personas asesinadas violentamente en México, no quedaría impresionada en absoluto. Decenas de miles de muertos cada año, pero en pequeñas dosis, no causan impacto alguno. Ahora bien, si mañana se derrumbara el Estadio Azteca —con capacidad para 83.264 espectadores— y fallecieran 200 personas, la masa se vería enormemente conmovida por el suceso. A pesar de que en número 200 personas es inferior a las más de 33.000 personas que fallecen anualmente en México asesinadas, los grandes sucesos generan una gran impresión en el imaginario colectivo. De igual modo, a la masa se la puede conmocionar utilizando un caso particular para proyectar una imagen que permita al poder contar con su beneplácito para aplicar políticas liberticidas. Por ejemplo, todos los españoles quedaron consternados por la violación grupal de la denominada «Manada», pero pocos o ninguno sintieron lo mismo cuando sucesivas manadas actuaron de igual o peor forma contra mujeres inocentes. La única diferencia es

que el relato que se pretendía imponer por parte del poder político y las ramerías mediáticas no encajaba con los agresores y a través de la ignorancia quedaron rápidamente en el olvido tras escasas horas en la sección de sucesos. Las estadísticas oficiales revelan que las madres asesinan más a sus hijos que los padres.[4] ¿Cuántos nombres de esas mujeres recuerda la masa en el imaginario colectivo? Ninguno. Ahora bien, la masa recuerda con gran precisión a un ser tan vomitivo como José Bretón.

La masa guarda una gran sumisión y aplica todos los ardores del fanatismo al servicio de una idea. Las convicciones de la masa revisten sumisión ciega y feroz intolerancia al disidente, pero para ello necesita recibir propaganda violenta que alimente sus pasiones. Fustel de Coulanges afirmaba que el Imperio romano no se mantuvo en absoluto por la fuerza, sino por la admiración que inspiraba a la masa. «Sería algo excepcional en la historia del mundo que un régimen detestado por las poblaciones haya durado cinco siglos. No se explicaría que treinta legiones imperiales hayan podido someter a cien millones de personas».[5] El historiador francés está en lo cierto. Basta con observar cómo los peores tiranos consiguen retener su poder y cómo todos ellos deben en última instancia su posición a la masa. Nicolae Ceaușescu contaba con el mismo poder militar y policial desde su ascenso en 1967 hasta el final de sus días. El único cambio que le hizo morir fusilado fue que la masa dejó de venerarle y empezó a odiarle tras más de veinte años como dictador. No se puede comprender la mentalidad de la masa sin haber captado que para ella hay un punto fundamental: «Hay que ser o César, o nada».[6] Es la moral de la masa —lo que esta asume como tolerable o no— lo que determina el futuro de las naciones. Resulta absurdo,

siendo conocedor de esta realidad, perder el tiempo elaborando longevas constituciones y redactando grandes tratados. Una tarea absurda que solo se sostiene por la aceptación de la masa. El gobernante que sea capaz de impresionar a la masa podrá morir felizmente en su cama, mas el que la exaspere puede temer el peor de los finales.

La masa no tiene especial interés por la verdad. Ante las evidencias y los hechos que desmontan sus utopías o ponen en entredicho su poder, la masa se muestra especialmente violenta. Le desagrada que le recuerden su naturaleza, por lo que prefiere divinizar el mal siempre y cuando tenga un componente seductor. Aquel que es capaz de ilusionarla gozará de su respaldo unánime y podrá convertirse en su amo. El que la desilusione no podrá contar más que con su desprecio. En esto último reside la razón principal por la que las democracias siempre acaban degenerando en una sociedad del espectáculo. Los amos del pasado se atribuían a sí mismos el derecho otorgado por los dioses o por un único dios. Por «gloria divina» se colocaban en lo alto de la pirámide contando con el beneplácito y la aprobación de los estamentos más bajos. Con la llegada del mundo moderno y la muerte de los dioses, los gobernantes precisaban de otra herramienta sustitutiva. El nuevo dios moderno fue hallado: el Estado. La sustitución de Dios por el Estado ha satisfecho las ilusiones de la masa y ha añadido un componente todavía más peligroso. A través del Estado el gobernante te promete el paraíso en la Tierra, no es necesario esperar a perecer para alcanzarlo, por lo que es cuestión de tiempo que todos los males que han asolado a la humanidad durante siglos desaparezcan. La masa, ante la falsa promesa de poder alcanzar en

su vida mundana el paraíso, queda fácilmente impresionada y cautivada. El paraíso es posible en el presente y no en un futuro lejano. Sin duda, esto es mucho más atractivo que todo lo que pueda ofrecer una religión cuyo paraíso se da una vez has muerto.

La masa ha dejado de lado el cristianismo para abrazar como un insecto hacia la luz las innumerables religiones de Estado que llenan la fe corrompida de millones de personas: feminismo, animalismo, ecologismo, racismo, etc. Apenas hay empresas, cantantes, influencers, famosos, grupos de música, cineastas, políticos, periodistas, deportistas, etc., que no utilicen sus cuentas en redes sociales para sumarse a las distintas cruzadas y señalar a los que milagrosamente siguen resistiendo a la herejía. Por supuesto, las masas de acoso se suman al ataque del individuo heroico con el objetivo de «reeducarlo». No tienen inconveniente en plegarse a las leyes más liberticidas, pues son sacrificios necesarios para alcanzar la meta. No muestran reparo alguno para aceptar que ya no pueden conducir porque les han dicho que su coche acabará con la humanidad, para consumir cada vez menos, pasar calor o frío, hacinarse en pisos diminutos, empobrecerse, entregar su dinero, etc. Cualquiera que sea el sacrificio requerido por el dios Estado, allí está la masa para complacerlo asombrado por la capacidad de obrar lo irrealizable. ¿Cuándo se pone fin a la búsqueda del paraíso? ¿Dónde acaba la inservible reforma humana que niega la realidad de las cosas? ¿Qué límites van a hallar estos nuevos brujos que se colocan por encima de la humanidad para que esta sea lo que nunca ha sido ni será? Si incluso se legisla contra la libertad, el trabajo, el sacrificio, la estabilidad, la dignidad y la fraternidad porque se afirma que son los causantes de las desigualdades y se presentan como sacrificios

necesarios por las nuevas religiones de Estado para alcanzar un mundo feliz, ¿dónde encontrará el poder sus límites y la masa dirá basta?

Sin duda, nuestro siglo será citado por los historiadores del futuro como aquel en el que se intentaron con mayor intensidad todo tipo de disparates. Los delirios colectivos impresionan el alma de las masas bajo oradores que apelan a sus sentimientos para ganarse su favor. Las leyes lógicas y racionales no causan impacto alguno sobre ella, por lo que para conquistar a la masa hay que conocer los sentimientos que la mueven y ser capaz de modificar los mensajes conforme varía su espíritu. La masa es un rebaño que no sabría cómo actuar sin su pastor. Al no poseer una idea mínimamente elaborada y razonada, requiere alguien que la guíe por los senderos más tenebrosos. No es la búsqueda de la libertad lo que motiva a la masa, sino la búsqueda de la servidumbre. Instintivamente se somete al primer autoproclamado nuevo mesías y se entrega con una convicción plena y una fe renovada.

Pero el líder puede ser reemplazado si descuida la estupidez de la masa o considera que su trabajo de manipulación ha finalizado una vez alcanza el poder. Publicaciones diarias fabrican la opinión de la masa proporcionándole una excusa, una justificación y frases simples para que puedan ser repetidas sin esfuerzo intelectual alguno. Así se explica cómo es posible que la masa crucifique a un tipo por cometer una acción, pero esa misma acción cometida por uno de sus líderes quede completamente exenta de castigo. ¿Qué lleva a esas extrañas criaturas a obrar de modo tan distinto frente al mismo hecho? La respuesta es sencilla: la masa abandona a su líder cuando este es incapaz de explicar su fracaso. Basta cualquier

estúpida razón o excusa para contentarla, pero debe recibir al menos una explicación que justifique sus penurias. Si el líder no es capaz de entregar un argumentario para deficientes mentales, fracasará en su intento de ostentar el poder.

Pongamos un ejemplo recurrente. Las crisis económicas son cíclicas, esto es, inevitables. Por distintas razones que no enumeraremos aquí, este fenómeno parece casi insorteable. ¿Qué hace un buen líder de masas cuando llega una crisis económica? Si no ostenta el poder, acusa al gobernante de haberla generado sometiendo a un dolor incalculable al pobre pueblo. ¿Qué ocurre cuando ese mismo líder alcanza el poder y sus políticas generan una crisis todavía peor? Culpa a los bancos, a los ricos, a la Iglesia, a los nobles, a los empresarios y hasta a la Sublime Puerta si hace falta para que la masa salga en su defensa. Pero este argumentario y su influencia son efímeros porque la masa es estúpida y necesita que alguien le recuerde quién es el culpable de sus desdichas casi a diario. No importa que la afirmación sea falsa, carente de toda prueba y desprovista de toda razón. Es más, el líder que pretenda influir en la masa entregando datos e informes no tendrá ninguna posibilidad para penetrar una idea en el espíritu de la masa. Para que un estúpido te entienda, uno debe decir estupideces. Cuanto más absurda y ridícula sea la idea, mayor éxito tendrá. Una vez la idea haya sido asumida como real, la masa no dudará en salir y convertirse en el principal propagandista de su amo. Lo defenderá en la industria, en los medios de comunicación, en las redes sociales, en su trabajo y hasta peleará con sus familiares si hace falta.

La masa es como un rebaño de ovejas al que un susto o un movimiento brusco de alguna de ellas genera un pánico que se extiende enseguida por todas las ovejas, que repentinamente corren unos metros sin rumbo. No hay que minusvalorar el efecto contagio que genera una idea repetida hasta la saciedad en el imaginario colectivo. Si a un hombre se le acusa de corrupto durante años y posteriormente es declarado inocente, la masa mantendrá en su mente que es un ladrón que ha robado al pueblo. Como mínimo, llegará al extremo de decir que era inocente, pero seguro que algo habría hecho para ser juzgado. Este fenómeno fue apreciado claramente en España durante los años en que golpeó la crisis financiera (2008-2015). La masa repetía hasta la saciedad que si los políticos devolvían el dinero robado España se convertiría en una especie de Mónaco en cuestión de días. ¿Sabía la masa cuánto dinero había robado el poder político? ¿Sabía acaso la masa la cantidad de millones de puestos de trabajo perdidos que nada tenían que ver con el asunto de las corruptelas? ¿Acaso la masa podía cuantificar el dinero necesario para paliar una crisis sin precedentes? Y lo más importante, ¿era cierta dicha afirmación? Solo alguien profundamente estúpido podía sostener la veracidad del lema. La realidad de la crisis no importaba y más cuando la masa necesitaba una excusa para ahuyentar cualquier tipo de responsabilidad que esta hubiera tenido a la hora de escoger a sus pastores. A fuerza de repetir que A es un tipo fantástico y B un canalla ladrón, la masa queda convencida de ello, pues la afirmación y la repetición son suficientemente poderosas.

La capacidad para normalizar lo anormal es otra de las grandes particularidades que tiene la masa. De igual modo que a un

individuo sano que entra en un psiquiátrico y contempla cómo un enfermo mental se da cabezazos contra la pared le causa una impresión desagradable, si este individuo permanece durante meses en el psiquiátrico ya no llamará su atención un acto similar, sino que lo considerará rutinario en el mundo particular de quien lo hace. Esto ocurre con todas las legislaciones que *a priori* causan cierto desasosiego en la masa. En nuestra época se nos intenta convencer de que las personas transexuales deben acompañar nuestra vida y que hasta un menor de edad puede cambiarse de sexo. Una moda atroz que está destrozando cientos de vidas de personas que, obviamente, no deben sus problemas a su género. ¿Cómo logra el poder normalizarlo? A través de la sobrerrepresentación. El primer día que la masa se topa con barbudos con pechos de silicona afirmando que son mujeres le causa rechazo. Cuando la masa ha sido expuesta a esos barbudos con pechos artificiales durante meses y estos han aparecido en programas o series de televisión, videoclips o películas, asumen la nueva realidad sin cuestionarla.

La masa es el pilar fundamental en el que se cimentan los cambios que los gobernantes quieren aplicar. Si incluso una idea parece imposible que una nación la asuma porque sus valores del momento chocan frontalmente con la imposición que se pretende, los gobernantes saben cómo actuar y, obviamente, esto debe hacerse gradualmente, pues de lo contrario la masa podría percatarse. La masa, al ser estúpida, se adapta a los cambios paulatinos sin ni siquiera ser consciente de ello. El primer día, un millón alza la voz; en una semana lo hacen 500.000 personas; transcurrido un mes, unas decenas de miles, y tras un par de años, prácticamente nadie. Es más, al que alza la voz se le tacha de

retrógrado, exagerado y carca. Porque lo moderno es asumir las peores de las degradaciones, ya sean estas estéticas, morales, legales o éticas. La imposición se va tornando cada vez más aceptada conforme se generaliza en diferentes ámbitos. El proceso se repite una y otra vez y como los gobernantes democráticos han tomado el pulso a la masa saben cómo proceder para que la furia no sea lo suficientemente elevada para ponerles en peligro. De ese modo engrosan poco a poco la mayoría, que acepta lo inaceptable gracias a que el tiempo transcurre y las cosas se normalizan. Y lo peor de esta praxis es que la ley convierte a los ciudadanos en almas vacías de su propio ser impidiéndoles ejercer su personalidad y libertad.

El contagio de la masa manipulada no queda solamente reducida a una idea, sino también a sus sentimientos. Para demostrar este fenómeno recurriremos a la dantesca cuestión feminista. En el año 2018 España ocupaba el quinto lugar en cuanto a país más seguro para las mujeres. Uno de los argumentos que utilizaba la oposición para cargar contra el Gobierno era la inseguridad que sufrían las mujeres; sobre ellas se cernía poco menos que un genocidio. La falacia fue abrazada paulatinamente por la masa a base de repetir la falacia y, por otras razones, Pedro Sánchez y el Partido Socialista arrebataron el poder al Partido Popular a través de una moción de censura. A los dos años, el mismo ranking que situaba a España en el quinto lugar más seguro para las mujeres ahora lo ubicaba en el puesto 15. El último ranking ha situado a España en el puesto número 27.[7] En el año 2018 en España se denunciaron 1.700 violaciones, el pasado año (2023) la cifra aumentó a 4.875.[8] Es decir, desde que los defensores de las mujeres alcanzaron el poder

su situación ha empeorado, pero como hemos anotado en sucesivas ocasiones, la masa es imbécil y la realidad poco o nada le importa.

A pesar del esfuerzo por parte de los progresistas en convertir a España en un país inseguro, el nuestro sigue siendo de los más seguros del mundo para las mujeres. En concreto, si analizamos las cifras de violaciones del año pasado y calculamos la probabilidad que tiene una mujer de sufrir una violación, el resultado es del 0,02 %. Si hacemos lo propio con la cifra de mujeres asesinadas el año 2023 (56), la probabilidad de que una mujer sea asesinada es del 0,0002 %. ¿Cuál es el sentimiento predominante de las mujeres? El 83 % de las españolas sienten miedo al volver de noche a casa.[9] ¿Qué queremos decir con esto? Que para la manipulación de masas es muy sencillo generar un sentimiento que no se corresponde con la realidad. La masa simplemente necesita una excusa, un acto que la asombre y le impacte para asumir como real un argumento que no se sostiene a tenor de los datos. De esta forma se ha apoderado el pánico de las mujeres, que incluso han cambiado sus comportamientos debido al temor a ser violadas cuando caminan solas por la noche o a ser asesinadas por algún ser indeseable.

Otro de los sentimientos más habituales compartidos por la masa es la afirmación de que las mujeres se encuentran oprimidas. ¿Es acaso cierto?

En los países de la UE, según los últimos datos disponibles, el porcentaje de mujeres graduadas en educación superior era mayor al porcentaje de hombres graduados, con la excepción de Grecia (con 96,6 mujeres por cada 100 hombres). Los datos de Eurostat demuestran que en el resto de los 28 países de la Unión hay más mujeres universitarias que hombres (la media de la UE se sitúa en

121,6 mujeres por cada 100 hombres). Si vamos al éxito en cuanto a la finalización de estudios se refiere, las mujeres universitarias culminan sus estudios un 27 % más que los hombres universitarios. [10] A menudo, para convencer a la masa, se recurre a la excepción para montar un relato a partir de un dato sesgado. Según los propios datos de Eurostat, del total de alumnos universitarios de grados del ámbito de la formación y la educación, el 79,1 % son mujeres. Un porcentaje muy similar resulta en la población universitaria en el área de salud y bienestar, que es del 76 % de mujeres frente al 24 % de hombres. Entre los estudiantes de grados de ciencias, matemáticas o informática, es del 59,2 % de hombres frente al 40,8 % de mujeres. En cuanto a ingeniería se refiere, las mujeres representan el 26,6 %. Viendo que las mujeres europeas estudian más carreras universitarias que los hombres, sería cuando menos ridículo concluir que las mujeres no optan por lo que más les gusta e interesa. La cifra en Estados Unidos es similar a los datos de la UE, donde el 56 % de los estudiantes universitarios son mujeres, según los datos del Centro Nacional de Estadísticas sobre Educación. [11]

Si vamos a los datos relativos a asesinatos, pobreza extrema, suicidios y otras desgracias que padece el ser humano, la distribución es la siguiente: según los datos de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Delincuencia y la Droga, en Europa el 72 % de las víctimas fueron hombres, frente al 28 % de mujeres. En América, el porcentaje de hombres que representan el total de asesinados asciende al 88 % frente al 12 % de mujeres.[12] Si hablamos de accidentes laborales, en Estados Unidos el 92,9 % de los fallecidos fueron hombres, mientras que el 7,1 % fueron

mujeres.[13] En cuanto a los suicidios, el 77 % de los casos en Europa corresponden a hombres.[14] ¿Acaso estos datos expuestos hacen cambiar de parecer a la masa? ¿Podría la masa, a raíz de los datos, asumir la estúpida idea de que los hombres están sometidos? Sí, sin duda; solo faltaría la creación de un partido político, una campaña masiva por parte de los medios de masas y la conexión de las grandes empresas con el poder para persuadirla de la terrible persecución que sufren los hombres.

¿Cómo puede la masa asumir relatos que son falsos con tanta vehemencia? La masa no es clarividente, pues la sabiduría conlleva dudas; necesita recibir órdenes para poder escoger el camino. Para lograrlo, el líder debe generar una nueva fe para que sus devotos estén dispuestos a cometer cualquier sacrificio. Esta fe política o social juega un papel fundamental a la hora de manipular para posteriormente guiar a la masa, pero no todas las ideas obtienen el fin deseado. A menudo los líderes de masas tratan de inculcar ciertas ideas que, por distintas razones, no consiguen penetrar en el corazón de la masa y quedan rápidamente desechadas. Ahora bien, la idea que consiga arraigar en la masa será longeva. De igual modo, hay que presentar un enemigo que pone en peligro el dogma establecido, ya sea este un individuo particular con nombre y apellidos o un concepto abstracto como el hombre blanco heterosexual. Las creencias que posea la masa serán fundamentales para poder cohesionarla y que el culto fanático que ejerce pueda arrastrar a más individuos. Adviértase que los enemigos a los que se suele acusar de impedir el paraíso terrenal también deben ir variando. El líder de masas que no logre adaptarse a los cambios

generados y no sea capaz de renovar la némesis a batir no podrá contar con un largo recorrido.

Llegado el tiempo en el que un dogma sea plenamente adquirido por las masas, el líder puede estar seguro de que el dogma llegará a todos los ámbitos. Las instituciones dejarán de ser neutrales y así veremos cómo ideas políticas subjetivas que no deberían ser manifestadas por las instituciones que —presumiblemente— representan a todos son sostenidas con un activismo feroz. La Guardia Civil celebrará con entusiasmo el Día de la Mujer, las instituciones bañarán con los colores de la bandera LGTBI sus cuentas en redes sociales, los artistas se volcarán para demostrar lo comprometidos que están con la nueva causa y hasta las más altas instituciones —como algunas ridículas monarquías parlamentarias— exhibirán una profunda preocupación por el dogma establecido. Pero no solo a nivel institucional se circunscribirá la penetración de la nueva fe. Si un gobernante aspira a influir, debe comportarse estúpidamente; de hacerlo sofisticadamente, abriría una brecha demasiado grande con la masa, que sería incapaz de imitar su comportamiento y, por ende, dejaría de apoyarle. Resulta fundamental que el distanciamiento entre gobernante y masa sea lo más pequeño posible, porque si no a la masa le resultará demasiado difícil replicar sus acciones y comportamientos. Vamos, que si uno no es estúpido, debe al menos parecerlo para mimetizarse con el grueso del electorado. Toda opinión popular se impone al principio a la masa y luego esta la eleva a las capas sociales más exitosas. Así, las grandes multinacionales, bancos, deportistas, cantantes, actores y demás fauna influyente la abrazan como propia por muy absurda que sea. Gustave Le Bon señala la paradoja de este fenómeno

haciendo hincapié en cómo la idea se vuelve todavía más repulsiva una vez los exitosos la replican: «La asimilan, la deforman y crean una secta que la desvirtúa más aún y luego la difunde cada vez más deformada entre las masas».[15] La opinión de la masa es la que rige el mundo, pero nunca antes había estado en el centro de todas las decisiones como ahora. Este nuevo fenómeno, muy característico de la época actual, ha desencadenado una batalla atroz y brutal entre aquellos que quieren influir en ella para posteriormente llevar a cabo sus planes. ¿Quiénes son los que forman la opinión de la masa?

La tendencia natural del ser humano es organizarse en función de una jerarquía. Incluso en aquellas comunidades en las que se pretende habitar al margen de estas jerarquías siempre sobresale un líder que marca el camino al resto. Es algo intrínseco de nuestra especie que no debería alarmarnos, excepto si aquellos que se ubican en lo alto de la pirámide utilizan su estatus para cubrir sus intereses personales en perjuicio de todos los demás. No hay duda de que en lo alto de esta jerarquía los gobernantes, los lobbies, las grandes empresas y los financiadores —ya sea en forma de bancos o a título personal— juegan un papel fundamental. Son los que se encargan de diseñar un código ético que configura la conducta, pensamiento e ideas que deben ser asumidas por la masa y, posteriormente, difundidas. No basta con crear un dogma nuevo. Para que puedan conquistar la hegemonía cultural, los gobernantes necesitan de otros actores que participen en el proceso para inculcarlo a gran velocidad. Para conseguir el objetivo recurren a los medios de comunicación. A través de la financiación, ya sea pública o privada, los medios de comunicación quedan sometidos a los

designios de un pequeño puñado de hombres. Supongamos que las principales cabeceras de periódicos y cadenas de televisión actuales decidieran, en virtud de sus ideas, oponerse a las nuevas religiones de Estado tan aceptadas por la población. El resultado no sería otro que la pérdida de los ingresos públicos que reciben, a pesar de que no suelen superar el 10 % de su presupuesto, lo que conllevaría la pérdida de los anunciantes privados, que no querrían verse salpicados por el qué dirán.

Es habitual, especialmente en segmentos de la derecha, creer que los ingresos públicos que reciben los medios de comunicación dictan sus postulados. Una creencia errónea que cualquiera que haya investigado mínimamente los presupuestos de las grandes cadenas y medios sabe que es falsa. Lo peligroso no es el chantaje directo, que es el que únicamente el necio puede comprobar. La consecuencia indirecta de que el poder político te señale es que las empresas privadas, que deben gran parte de la ejecución de sus obras a favores y apoyos institucionales para poder obtener contratos millonarios, decidan salirse del medio en cuestión causando, ahora sí, un gran perjuicio económico que lo dejaría al borde de la quiebra. Ese es el gran temor de todo dueño de un medio de comunicación: convertirse en un apestado social y mediático. La explicación a cómo ciertas informaciones son tratadas al unísono por los grandes medios sin exhibir fisura alguna la encontramos en el terrible matrimonio entre unos gobernantes corruptos y una élite empresarial no menos corrupta. Así, la opinión forjada de la masa se convierte en el supremo regulador no solo de la política y la legislación, sino también de la libertad de prensa y de expresión. Para moldear a la masa resulta imprescindible que estos actores cumplan con su

función, que consiste en desinformar, ya sea activa o pasivamente, esto es, omitiendo hechos que contradicen el relato oficial para así crear en el imaginario colectivo una idea homogénea que no encuentra oposición en los debates de televisión, artículos de prensa, informativos, universidades y asociaciones.

El papel de los medios de comunicación para moldear y reconfigurar la moral de la masa es esencial, aunque una vez inducido el nuevo dogma el medio de comunicación quede preso de él para no ir contra la opinión mayoritaria. Todos los cambios del pensamiento público son aplaudidos por los grandes medios, que bajo ningún concepto quieren resultar molestos para la masa. Esto provoca que la opinión de la masa apenas cuente con contrapesos, pues nadie se atreve a refutarla públicamente por temor a perder lectores, seguidores, oyentes o televidentes. Por ello, la principal preocupación de los medios de comunicación no es ejercer un contrapeso al poder político o defender su línea editorial hasta las últimas consecuencias, sino más bien contentar a la masa para que a su vez el poder político quede también satisfecho. No es de extrañar que en la época del avance tecnológico los gobernantes y las grandes empresas financiadoras se hayan preocupado tanto por espiar los gustos, miedos, deseos y rutinas de la masa. Incluso se realizan estudios sobre qué impacto tendrá en la opinión de la masa esta u otra ley. Se encarga sondearla, analizarla y conocerla a la perfección para que la pieza fundamental del engranaje —la masa— no se rompa.

En la era de la inmediatez y el avance tecnológico que ha permitido a los grandes líderes conocer a la masa como nunca, no resulta difícil imponer a una banda de estúpidos las más delirantes

ideas. Basta con exigir a los medios de comunicación que dediquen incontables horas a un tema que hasta el momento no preocupaba en absoluto a la masa para que esta comience a preocuparse con devoción. Como las capacidades intelectuales de los individuos que componen la masa son sumamente limitadas, se conforman con que un burócrata deje impreso en un papelito las buenas intenciones. Leer en un letrero «Espacio free covid» les hizo creer que ciertamente era así, a pesar de que era imposible asegurar tal cuestión. Es el grupo más numeroso de todos, de ahí la gran importancia de tenerlo adoctrinado para poder controlarlo sin grandes dificultades. ¿Cuándo terminó la pandemia? Cuando los medios dejaron de hablar de ella. Así de sencillo y, a la vez, terrorífico.

La mayoría de las creencias generales que comparte la masa son ideas absurdas, afirmaciones falsas y ridículos conceptos sostenidos exclusivamente por el pueril sentimentalismo. Esto no supone un obstáculo para que triunfen, más bien permite a la masa elevar sus sacrificios y renovar su espíritu servil para plegarse a los nuevos dogmas impuestos por el poder. ¿Cómo podría explicarse de forma racional que el socialismo cuente con tanto apoyo popular habiendo demostrado su fracaso siempre que es aplicado? La evidente debilidad e inferioridad moral, económica, humana y social del socialismo y otras tantas ideas enormemente dañinas para el ser humano consiguen prevalecer única y exclusivamente porque el ideal de un mundo feliz agrada al hombre-masa y, sobre todo, para lograrlo está dispuesto a considerar como excelentes argumentos las razones más estúpidas.

Ya hemos dicho que el estúpido es egocéntrico, y la masa, compuesta por estúpidos, no podía ser menos. Por pura estadística —aunque el número exacto sea imposible hallarlo— no serán pocos los españoles que estén convencidos de que el futuro de la humanidad y del planeta depende de ellos. Ya hay que ser profundamente débil para llegar a semejante conclusión, pero la ignorancia tiene la particularidad de ser exhibida sin reparo. Todas las naciones —sean democráticas o no— deben su progreso al carácter moral de la masa. Las instituciones no se degradan o ascienden mágicamente. Su funcionamiento, al igual que el de sus representantes, se amolda a la moral de la masa.

El estúpido individual es una calamidad que afecta a un puñado de hombres que tienen la desgracia de convivir con él, pero no ocurre así con la masa que actúa de forma colectiva. La estupidez unida es infinitamente más peligrosa que cualquier ser perverso del planeta, pues este por sí mismo no es capaz de hacer gran cosa, pero convenciendo a una masa estúpida de sus perniciosas ideas consigue arrastrar a toda una nación a la barbarie. El estado de ánimo mediocre permanente de la masa obstaculiza la promoción, el reconocimiento y el progreso del hombre superior a ella. La masa trata de acabar con él, de postergarlo, y para ello no duda en denigrarlo, calumniarlo y culparlo de sus desdichas.

Por eso la persona estúpida es la más peligrosa que existe al no poder ser reprimida. Ni con todas las cautelas que uno se tome podrá evitarla. A menudo se tiende a sentir compasión por el estúpido, mas esta no es una conclusión correcta. En todo caso, ese sentimiento se podría considerar si fuera inofensivo de manera aislada, pero al ser masa, la estupidez se convierte en un peligro

mortal para el desarrollo de cualquier sociedad. Un día un demagogo la manipula afirmando que A es la opción correcta y otro día le dice que es B. Como la masa es estúpida, no tendrá inconveniente en cambiar de opinión rápidamente y defender con arrojo la idea diseminada, aunque sea completamente opuesta a la defendida hace escasos días. Esto es posible porque la opinión de la masa no se forja a través de la razón, sino de la estupidez. La pandemia del COVID-19 fue un claro ejemplo de ello. En apenas unos días la masa pasó de reírse del virus, llenando estadios de fútbol o asistiendo a todo tipo de eventos multitudinarios, a denunciar al vecino que salía a pasear al perro más de dos veces al día. Incluso se llegó al punto de denunciar a los vecinos que incumplían las normas. ¡Ahora había que cuidarse! Un cambio radical que solamente la masa estúpida era capaz de asumir sin miramientos e imponer al resto de los ciudadanos.

¿PUEDE SER POSITIVA LA MASA?

Conviene aclarar que la masa es capaz de lo peor, pero también de realizar grandes gestas. Intellectualmente, la masa es siempre inferior que el individuo, pero esto no implica que sus actos no puedan ser mejores. Todo depende de cómo se la sugiere. La moral de la masa puede manipularse de diferentes formas. Si bien es cierto que el juego político y la propia naturaleza del poder llevan a los gobernantes y a los aspirantes a gobernar a incitar la estupidez, la ignorancia y la envidia de la masa, no resulta menos

cierto que una masa bien dirigida bajo unos valores morales forjados en el bien puede ser un arma de enormes beneficios.

La moralidad de las masas juega el papel más crucial del destino de cualquier nación. Nunca se pudo progresar bajo una moralidad reinante que fuera contra el talentoso o que rehuyera la disciplina que requiere la convivencia entre distintos. De igual forma, jamás una nación pudo aspirar a progresar bajo una masa cuya moral fuera contraria a todas aquellas ideas que han permitido el progreso humano. Pero si concluimos que la masa es volátil y puede ser manipulada fácilmente debido a su naturaleza estúpida, esta podrá ser encauzada para realizar los mayores sacrificios que uno pueda imaginar. En este sentido, la masa puede mostrar una moralidad extraordinariamente elevada. De los cientos de ejemplos que podríamos citar, recordemos a los soldados estadounidenses que se lanzaron sobre Europa para liberarla del yugo nacionalsocialista.

¿Qué ocurrió para que la masa estadounidense cambiara de parecer al respecto de intervenir en la Segunda Guerra Mundial? Los intentos de Winston Churchill por convencer a los mandatarios estadounidenses de que entraran en la guerra resultaron infructuosos, pues ningún padre quería mandar a su hijo a morir por un continente lejano. Los estadounidenses ya habían cosechado un buen triunfo tras la Primera Guerra Mundial y no necesitaban volver a verse involucrados en una guerra de dimensiones elefantiásicas. Todo cambió cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor y a partir de ahí la manipulación de las masas se dirigió a la necesidad de defender «la libertad» y «la nación». De la noche a la mañana la masa cambió de opinión y pasó de considerarse a sí misma como mera espectadora a sentir la necesidad de acabar con la alianza del

Eje. No es que la masa estadounidense estuviera especialmente contrariada por las prácticas de los jefes nazis o por las barbaridades cometidas por los soldados del primer ministro Tojo. Simplemente, el cambio de la realidad hizo que los gobernantes y los medios de masas estadounidenses bombardearan mentalmente a sus ciudadanos para llevar a cabo un sacrificio que costó cientos de miles de bajas. Se les condujo a dejarse matar por el triunfo de una idea y se les entusiasmó por el honor y la gloria eterna.

En cierta medida, la masa es capaz de realizar mayores sacrificios desinteresados que el individuo aislado que suele exhibir mayor contención frente a los desafíos. La masa puede ser enardecida tan fácilmente como desanimada. Mientras que el individuo suele actuar por aquello que le concierne directamente a él o a su entorno más cercano, la masa es capaz de batallar por conceptos e ideas que apenas comprende. La historia está llena de casos en los que un gran número de hombres estaban dispuestos a recorrer cientos de kilómetros por creencias e ideas. Los cruzados no tenían ningún reparo en acudir a Tierra Santa para defender heroicamente su fe cristiana. No es el interés personal el que ha guiado a la masa a realizar nobles actos, sino la irracionalidad a la hora de dejarse masacrar por causas que apenas comprendía pero que estaban llenas de nobleza. Así pues, la masa, que con frecuencia se entrega a las más bajas pasiones inmorales, en ocasiones también realiza acciones de una elevada moralidad. Sacrificarse por un tercero, por tu nación o por tu familia constituye uno de los actos más nobles que un ser humano puede realizar y, sin duda, la masa ha demostrado ser capaz de ello.

No fueron los grandes filósofos o las mentes más brillantes del lugar los que vencieron en las grandes batallas que permitieron a Europa acabar con la expansión musulmana. No fueron los más talentosos los que arriesgaron irracionalmente sus vidas para combatir en lugares lejanos y salvaguardar la nación. Estos actos, que requieren de un gran número de participantes, solo puede llevarlos a cabo la masa por una simple cuestión numérica. Nunca nadie pudo derrocar un régimen actuando individualmente, mas sí pudo la masa rebelarse contra los tiranos más crueles de la historia de la humanidad para poner fin a un reinado de terror y miseria. Quizá se la puede acusar de actuar de forma inconsciente, y ciertamente lo hace, pero de lo contrario nadie capaz de razonar estaría dispuesto a arriesgar su vida de una forma tan valiente. El interés inmediato de unirse a una guerra para defender a tu patria o participar de una revolución para derrocar a un tirano es la muerte. Sin esa inconsciencia y sin esa capacidad de movilización masiva con la que cuenta la masa para hacer actuar al unísono a decenas de miles de hombres, el ser humano no habría logrado los niveles de civilización de los que gozamos en el siglo XXI.

Así pues, el papel que desempeña la moral de la masa se antoja crucial y decisivo para cualquier pueblo que quiera contarse entre los más avanzados del mundo. Toda civilización se sostiene en un reducido número de valores morales que guían sus actos y moldean su personalidad. La masa puede contar con elevados niveles de moral o, por el contrario, conservar en su seno las más despreciables ideas. Llegado el punto en el que una masa es convencida de la necesidad de contar con unos valores morales elevados, esta — debido a su intolerancia innata y autoritarismo— se mostrará

implacable con el inmoral. Esto permite que la cohesión moral de la nación resista los ataques de aquellos individuos o grupúsculos que amenazan con romper la armonía. Ahora bien, una pequeña grieta acabará por modificar la moral de la masa y abrazará las más salvajes de las ideas.

Basta con observar el comportamiento de una masa y otra cuando se produce una catástrofe natural. Mientras la masa japonesa o coreana actúa de forma civilizada, respeta las largas colas para recoger víveres, ayuda al prójimo y acude al socorro de las víctimas en una hermosa exhibición de humanidad, la masa malauí recurre a los saqueos de los comercios y al pillaje en un sálvese quien pueda barbárico. En Malauí, sin ir más lejos, a los negros albinos se les persigue hasta la muerte debido a que su masa cree que algunas partes de sus cuerpos atraen la riqueza y la buena suerte. No dudan en recurrir a la mutilación de sus cuerpos para luego vender los trozos. Esta creencia estúpida hubiese sido fácilmente derrocada usando tan solo la lógica ya que, de ser cierta, Malauí contaría con una renta per cápita elevadísima y, sin embargo, es un país que nada en la pobreza. Como vemos, la masa es estúpida, pero sus creencias pueden obrar tanto buenas como malas conductas.

Las ideas y creencias que sigue la masa deben penetrar en su inconsciente reconvertidas en sentimientos; de lo contrario, la masa siempre actuará de forma incorrecta. Para ello es esencial el papel de un buen gobernante, de unos medios de comunicación que respeten la ética a la hora de realizar su trabajo y, por supuesto, de unas élites empresariales que sean capaces de discernir entre la cuenta de resultados y hacer lo correcto. No olvidemos que la potencia de la masa es invencible y que si una idea consigue

adueñarse de ella muy pronto esta se encargará de imponerla al resto. Como hemos visto, la masa convencida está dispuesta a aceptar cualquier argumento —sea este verdadero o falso— para continuar con su proceder. Es una ventaja increíble, eso sí, si se utiliza para fines positivos.

La nula capacidad de construcción y liderazgo por parte de la masa obliga a que las fuerzas morales que conforman su armazón la guíen y tutelen. Este armazón es el que crea la moral de todo un pueblo considerando justo o injusto, tolerable o intolerable una cosa u otra. Esta multitud inconsciente de espíritu bárbarico se pliega servilmente al poder a gran velocidad. Puede sonar contradictorio, mas no lo es, el hecho de que la masa sea la que ostente el poder y, a su vez, no sepa cómo manejarlo. Si un gobernante actúa de una manera determinada es porque la masa lo tolera. La civilización occidental se forjó en los valores cristianos —hoy considerados por la masa como valores antiguos, dañinos y despreciables— que han sido sustituidos por las nuevas religiones de Estado. El resultado no es en absoluto positivo. La compasión, la caridad, el respeto y el amor al prójimo han sido abandonados por una masa jaleada por los seres más despreciables que han sabido eliminar todos aquellos preceptos que debe seguir una masa sana: disciplina, educación, sacrificio, esfuerzo, respeto a la élite de los talentosos, admiración al exitoso, compasión, etc. Un tránsito desde lo instintivo hasta lo racional que la masa había asumido generando un elevado grado de cultura, civilización y condiciones de vida nunca antes vistas.

Y ya que nos resignamos a sufrir el reinado de la masa, que este reinado esté conducido por hombres de noble espíritu y corazón que conduzcan por el buen camino la irracionalidad propia de la

estupidez. Para ello resulta imprescindible erradicar el poder entregado a la masa para que no lastre el progreso humano que solo una pequeñísima parte de los seres mortales es capaz de generar.

La envidia igualitaria

Una vez hemos diseccionado el comportamiento de la masa, resultaría absurdo afirmar que todas las masas del globo terráqueo poseen los mismos vicios. La masa siempre actúa de igual modo y sus razonamientos son escasamente refinados, pero cada nación tiene la suya propia. Poco o nada tiene que ver la masa española con la masa china. Qué decir de la masa india con la masa italiana. Cada nación alberga en su seno una masa con una serie de características que la hacen reaccionar a los estímulos que recibe de distinta forma. Incluso en naciones tan gigantescas como la India o China deberíamos hablar de distintas masas, pues nada tiene que ver la conformada por hinduistas que la compuesta por musulmanes que habitan en tan interesante territorio. Las naciones componen, a lo largo de los siglos, una serie de tradiciones que posteriormente se ven reflejadas en las conductas que adoptan sus pueblos. No es el mismo concepto del trabajo el que tiene la masa japonesa que el de la masa griega. De igual modo, en España resultaría todo un escándalo para la masa asistir en la actualidad a un matrimonio concertado entre una menor de edad y un pastor cercano a la treintena. No ocurre así en otras partes del mundo, donde la masa local ve como algo normal este tipo de prácticas. Cada masa, a

pesar de ser estúpida, cuenta con una moral conformada a lo largo del tiempo que ha sido cincelada en función de la religión, la tradición, la cultura y, no menos importante, los diferentes gobiernos. ¿Cuál sería pues la característica propia de la masa española? ¿Qué singularidad la diferencia del resto? La respuesta es la envidia.

La envidia es un sentimiento perverso, nocivo y trágicamente común en la mayoría de los mortales, pero no todos envidian al prójimo con la misma intensidad que lo hace la masa española. Un mal que aflige no solo a los españoles, sino más bien a todos los pueblos hispanos. En todas las épocas de nuestra historia el sentimiento de la envidia se encuentra presente. La envidia posee una característica muy particular: es nociva tanto para el que la padece como para el que la practica. Los antiguos griegos ya dejaron testimonio de lo pernicioso que resultaba. Periandro, uno de los Siete Sabios de Grecia, afirmó: «Oculta tus desgracias para no deleitar a los que odian».[1] Tales, considerado el padre de la filosofía y también parte de los Siete Sabios, no dudó en hacer referencia a la envidia como motor que movilizaba el odio al exitoso. A ellos se les sumarían Píndaro, que lamentaba que «el espíritu de los hombres se dejara arrastrar tan fácilmente por la envidia»,[2] o el sofista Hippias de Élida. Todos ellos mostraban cierta intranquilidad a la hora de estar en el punto de mira de los envidiosos. Heródoto, padre de la historia, ya dejó constancia de cómo «desde el principio la envidia se manifiesta en el hombre».[3] Los clásicos griegos que hicieron referencia a la envidia sostenían que el poder, la riqueza y el éxito hacían ocupar posiciones nada deseables y no ajenas de peligros. La certeza de que el hombre cobija en su seno de manera

cuasi natural la envidia los llevó incluso a calificar a los dioses como envidiosos. En cierta forma, la obsesión que tenían los antiguos griegos con la envidia queda justificada con el asesinato de Sócrates. La primera víctima de la democracia, que jamás escribió una línea, se dedicaba a demostrar por la polis cuán idiotas eran los ciudadanos desarmando sus absurdas opiniones con simples preguntas. Esto generó un gran rechazo en la masa ignorante reconvertida en ente supremo, legisladora y decisora de todas las cosas. Le acusaron de impiedad, de corromper a los jóvenes y de ir contra las leyes y el veredicto fue 281 votos en contra del pensador y 275 a favor. Sócrates pudo haber huido, sobornado a sus acusadores o cejar en su conducta para salvar su vida, pero decidió asumir la condena a muerte no sin antes afirmar: «Después de vuestra sentencia no me arrepiento de no haber cometido esta indignidad, porque quiero más morir después de haberme defendido como me he defendido, que vivir por haberme arrastrado ante vosotros».[4] Sócrates terminaría con su vida ingiriendo cicuta — método utilizado por los antiguos griegos para aplicar las sentencias a muerte— en el año 399 a. C. La democracia griega —como la actual— despreciaba a los hombres más valiosos por temor a que la masa se rebelara contra los gobernantes y, a través de distintas excusas, acababa con ellos. Pero ¿qué fue en el fondo lo que provocó la muerte de Sócrates? La envidia del idiota frente al genio.

Platón, discípulo de Sócrates, no dudó en tachar de acto envidioso lo sucedido a su mentor: «Una vez hecha la paz, y cuando nuestra ciudad gozaba de respeto, le llegó lo que suele suceder de parte de los hombres a los que tienen éxito: primero una rivalidad y, después de esta rivalidad, una envidia».[5] Mientras que Aristóteles afirmó

que «la envidia contribuye a la injusticia»[6] como la sufrida por Sócrates y recordó que «los envidiosos se enojan incluso por la prosperidad de los que son dignos de prosperar».[7] No solo en los antiguos griegos encontramos referencias a la envidia. Plutarco, que vivió una de las épocas más gloriosas del Imperio romano, también hizo referencia a ella. A diferencia de los clásicos griegos, que trataban de evitar ser envidiados ocultando los éxitos y las fortunas, Plutarco señaló que nadie se dice envidioso a sí mismo.[8] Puede parecer una afirmación inocua, mas no lo es. ¿Cuántos envidiosos declarados conoce usted? ¿Cuándo alguien le ha dicho que hizo esto o lo otro por pura envidia? ¿Qué nos revela tal afirmación? Que la envidia es un sentimiento razonado y, por ello, doblemente negativo. ¿Por qué decimos esto? Porque, a diferencia de la alegría, que brota sin una justificación racional, sino más bien impulsiva, cuando un padre ve a su hijo después de muchos años, o la tristeza que aparece cuando fallece uno de nuestros progenitores, la envidia requiere de un proceso de razonamiento que te convenza de envidiar al prójimo, ser consciente de ello y así poder ocultarlo. Nadie puede ocultar un sentimiento que nace de manera instintiva o natural sin razonamiento previo, mientras que la envidia sí puede ser escondida y disfrazada. ¿De qué manera? De mil formas, aunque la preferida siempre suele ser la justicia. ¡Expropien al rico! ¡Que paguen más! ¡Distribuyan la riqueza! ¡Instauren un nuevo impuesto! ¡Establezcan cuotas para las mujeres! Todas estas afirmaciones obedecen a la envidia, pero la masa las disfraza de justicia. Nunca nadie afirmó: «¡Que los ricos paguen más, que nos dan envidia!». La envidia es el más oculto de los vicios humanos y el envidioso siempre es insaciable. Nunca verá suficiente en el expolio que sufre

el prójimo hasta que este no se vea reducido al mismo nivel que él. Un sentimiento contagioso que la masa española enarbola continuamente causando todo tipo de desdichas.

Los primeros cristianos no dudaron en hacer referencia a la envidia en numerosas ocasiones. No es de extrañar que la envidia figure como uno de los pecados capitales. Con el transcurso de los siglos la idea no varió. Santo Tomás de Aquino escribió: «Resulta claro que solo la soberbia y la envidia son los pecados puramente espirituales que le pueden competir al demonio. [...] Bajo la envidia y la soberbia están comprendidos todos los pecados que de ellas se derivan».[9] Podríamos seguir enumerando siglo a siglo todas las referencias que la envidia ha recibido a lo largo del tiempo por los más brillantes autores, pero liberaremos al lector de la cronología, ya es suficiente con señalar que es un mal que lleva años asolando al ser humano. De esta breve recapitulación podemos concluir que hay tres puntos en los que nuestros antecesores coincidieron a la hora de describir la envidia: es un sentimiento que forma parte de la naturaleza humana, es nociva tanto para el que la padece como para el que la practica y, por último, lleva a realizar las peores acciones imaginables hasta el punto de acabar con la vida del envidiado.

Con el paso de los siglos, el funesto coro de los envidiosos ha hallado en la democracia moderna su gran disfraz para poder llevar a cabo las más injustas de las acciones frente al exitoso. Este sentimiento ha sido explotado por los demagogos, que han encontrado en la envidia de la masa una gran arma a la hora de alcanzar el poder en democracia. Mas no es esta una cuestión que se limite exclusivamente a la forma de gobierno; basta con analizar la historia. No obstante, resulta evidente para cualquiera que sea

capaz de observar a su alrededor que entre los gobernados el sentimiento de la envidia está continuamente presente a la hora de exigir a los gobernantes que castiguen al triunfador. No quedan excluidos de este sentimiento los gobernantes que, a su vez, compiten con los aspirantes a gobernar y estos exhiben, a su vez, una envidia que, en este caso, es por el poder que ostenta el otro. Independientemente de cuál sea la razón de fondo que racionaliza el nocivo sentimiento, la envidia española lo inunda todo. Empuja a mentir, calumniar y difamar al envidiado con tal de verle perecer. Da rienda suelta a las más bajas pasiones humanas y, a su vez, estas quedan justificadas bajo el terrible fundamento democrático. Si una mayoría decide que es correcto expropiar a los que posean múltiples propiedades todas sus moradas excepto una, nadie dudará en ejercer tamaña injusticia bajo el amparo de la mayoría.

Algunos de los grandes pensadores de antaño sostenían que había motivos esperanzadores para evitar este tipo de injusticias promovidas por la envidia. La tesis defendida se centraba en que el uso de la razón ha ido incrementándose —al menos hemos dejado de lado los sacrificios humanos para los dioses— y haciendo uso de la lógica los demagogos quedarían desterrados y la razón sustituiría la vida patética de los envidiosos por sentimientos más virtuosos. Lamentablemente, no ha ocurrido tal cosa.

Si bien es cierto que el ser humano posee en exclusiva la gracia de razonar —solo nosotros nos cuestionamos nuestra propia existencia—, el estúpido carece del don de la razón o, más bien, posee una limitación excesiva que le impide razonar correctamente. Atenazada por el cortoplacismo sentimental, la masa olvida que las decisiones tienen consecuencias sin importar el estado en el que se toman.

Ejemplifiquemos: si una persona bajo los efectos de las drogas acaba por tirarse de lo alto de un rascacielos, el final será el mismo que el de aquel otro que, tras un proceso de racionalización, decide acabar con su vida del mismo modo. Ambos mueren. Poco importa en qué momento se tomó la decisión o cuánto tiempo los llevó alcanzar la conclusión de que lanzarse al vacío era lo más positivo. En democracia la masa actúa así, de manera cortoplacista. Aunque la euforia de escuchar a un cutre demagogo y la promesa de un mundo justo expropiando a los pudientes duran unos minutos y posteriormente se desvanecen —nadie habita bajo la euforia eternamente—, esa aberrante decisión injusta tiene unas consecuencias nefastas a medio y largo plazo. Nuestro tiempo está repleto de ejemplos de delirios populares y locuras de las masas que toman decisiones de enorme trascendencia bajo los efectos de la demagogia más pueril. Movida por los sentimientos más primitivos, la envidia es un sentimiento intencional, esto es, requiere de un proceso de autoconvicción para desear el mal de un tercero. Es un sentimiento que no desfallece con el paso de los minutos, las horas o los días —como sí ocurre con otros—, sino que va incrementándose conforme avanza el tiempo, siendo duradero y fortalecido.

El poder de esa autoconvicción requiere de algo más. Mientras uno puede sentir tristeza o alegría en una isla desierta tras naufragar —ya sea porque echa de menos a sus amigos o porque ha conseguido cazar un animal—, la envidia requiere necesariamente la participación de otros para que pueda brotar y crecer. Nadie envidia aquello que desconoce. Sería absurdo afirmar que los mayas envidiaban las armas de fuego cuando desconocían por completo su

existencia. Para envidiar algo es necesario que el envidiado sea superior y, sobre todo, que aquello que se envidia sea de otro. Sin la otra parte no hay envidia. El envidioso tiene que regar a diario su sentimiento y para ello tiene que ser consciente de que su infelicidad se debe a la felicidad ajena. La envidia requiere un vacío espiritual que solamente es rellenado al hurtar al envidiado su estatus, sus bienes o su sentimiento de felicidad. No es un instinto, como puede serlo el de la supervivencia, ni un impulso momentáneo que nos lleva a actuar irracionalmente. Por el contrario, es un sentimiento intencionado, elaborado y trabajado diariamente. Por eso es el peor de los sentimientos que un humano puede detentar. Nos equivocáramos al afirmar que la envidia crece allá donde hay escasez. No necesariamente. El envidioso no tiene por qué contar con menos recursos que el envidiado. El mero hecho de una felicidad ajena —supuesta, pues en muchos casos no es real— hace que el sentimiento aumente. Y si bien el pueblo español siempre ha sido envidioso, con la aparición del mundo moderno y la exposición lamentable de los llamados «influencers», que se dedican a exhibir continuamente una vida repleta de supuesto gozo, felicidad y riqueza, la envidia en el seno de los españoles ahora aumenta de forma más rápida que en el pasado. Hasta la llegada de los grandes medios de masas, y posteriormente las redes sociales, el envidioso no tenía más remedio que buscar a su víctima en su entorno. El envidioso es moralmente repugnante, pero requiere de un trabajo para convencerse de que un tercero es más feliz que él. ¿Acaso se puede demostrar que un millonario es más feliz y dichoso que un tipo de clase media con una mujer extraordinaria y unos hijos maravillosos? ¿Acaso hay alguna forma de relacionar la cantidad de

dinero que se posee con el nivel de felicidad? ¿No podría ser un millonario desdichado, despreciado por su familia y amigos, obligado a conseguir compañía a golpe de talonario? ¿Qué clase de insensato podría tachar de felicidad semejante tragedia? El envidioso recurre, en numerosas ocasiones, a una artificiosa realidad para convencerse de que el otro es más feliz que él. Si uno preguntara a los españoles si les gustaría ser el rey de España o, qué sé yo, Amancio Ortega, la mayoría responderían que sí. Creen que podrían soportar la presión constante de un alto cargo —ya sea institucional o empresarial— y que vivirían muchísimo mejor que ahora. El envidioso no solo cuenta con un alma negra, sino que además es profundamente estúpido, por lo que forja su sentimiento en una cuestión subjetiva que le hace envidiar aquello que no puede poseer o construir, esto es, aquello que le resulta inalcanzable. Resulta imposible cuantificar el grado de felicidad, y si el objetivo encima es desconocido —más allá de que haya aparecido en nuestra pantalla innumerables ocasiones—, la posibilidad de conocer con precisión, de manera directa y certera, qué siente esa persona es del todo inviable. La dicha ajena no es más que una idea generada a través de la subjetividad que lleva a afirmar al envidioso que si fuera el otro entonces sería mucho más afortunado. Así, nos encontramos con el clásico «si yo fuera» o «si yo ganara tanto como él, no me importaría» sabiendo que jamás será ni ganará al que le acusa de insolidario. El habitual quiero, pero no puedo.

La envidia más común, teniendo en cuenta nuestra sociedad de consumo, es la más vulgar. Si a ello le sumamos la posibilidad de conocer las casas de los famosos, el envidioso puede saciar su apetito rápidamente. Aquel que anhele la compra de una casa —o

incluso consiga hacerse con una— compara con los más acaudalados y siente una profunda desidia al contemplar que la del otro es más grande, más bonita y está construida con mejores materiales. Ocurre lo propio en relación con las mujeres o los hombres. La envidia por el novio o novia ajenos es una práctica habitual. ¡Qué decir del galán! ¡Miren, ahí va un inmoral incapaz de frenar su apetito sexual! Cuando en realidad quieren decir: ¡Miren, ahí va lo que me gustaría ser a mí! El sentimiento de inferioridad propio de envidiosos se padece cuando se anhela lo que tiene otro. No es de extrañar, pues, que la envidia vulgar sea la más sencilla de disfrazar bajo la legislación. La envidia individual no puede ser saciada tan fácilmente, pero la suma de los envidiosos sí. En el caso de los españoles, la envidia se sacia de forma colectiva persiguiendo al brillante y sometiéndolo a altas tasas impositivas bajo la búsqueda de la siempre indeseable igualdad, lo cual ampliaremos posteriormente. Observen la reacción nacional cuando una persona exitosa anuncia su marcha del país harta del hostigamiento de la mafia legislativa. ¡Celebran que se vaya! Se regocijan como cerdos en el lodo del exilio fiscal del prójimo porque para el envidioso es una victoria constatar que el envidiado ha tenido que renunciar a vivir en su propio país. Como atribuyen a Jacinto Benavente: en España se perdona el éxito sin mérito, el mérito sin éxito, pero el éxito con mérito resulta insoportable. La envidia, a pesar de que no puede propagarse públicamente ni reconocerse, actúa bajo el paraguas legislativo para triunfar.

El envidioso, a pesar de recurrir a esta extrema vileza, no logra disolver su envidia más que mínimamente al convencerse de que alguien que tiene que irse de su país no puede ser feliz. Pero esta

afirmación no es del todo cierta, pues enseguida encontrará a otro al que envidiar que no se ha ido del país. Otro de los sórdidos recursos es el autoengaño que comúnmente aplica el envidioso. Si alguien tiene dinero o éxito, eso será porque es mala persona —no como él— y seguro que tiene muchos problemas a los que hacer frente. Pongamos un ejemplo: en la actualidad, la capacidad para formar una familia, tener una casa en propiedad y un coche con el que poder recoger a tus hijos de la escuela resulta casi una utopía propia de los años sesenta. Como resulta casi un imposible, el envidioso se lanza a tachar de vida infeliz la de todos aquellos que lo han logrado. Por supuesto, cuenta con la ayuda de los gobernantes que se mimetizan con ellos para hacerles creer que están en lo cierto —el envidioso necesita la aprobación de otros para justificar sus ideas— y ahora tratan de convencernos de que es mejor tener un gato o un perro. En el fondo, el envidioso sabe que la felicidad está en una familia bajo un hogar y no tanto en acariciar a un gato o, los más modernos, una tortuga. Y como hasta el más estúpido sabe lo que es triunfar, poco menos que exigen al exitoso que pida perdón por haberlo logrado. El envidioso, del mismo modo que es consciente a la hora de trabajar y perfeccionar su envidia, lo es a la hora de saber su posición de inferioridad, ya sea esta mental o física. Pero sus limitaciones mentales no deben llevar a la compasión, como aseguraban algunos autores griegos o cristianos. Uno debe compadecerse de un discapacitado que, limitado por el infortunio del azar, ama con todo su corazón a sus progenitores y cuidadores que velan por su bienestar, sabedor —quizá de forma inconsciente— de que sin ellos su supervivencia quedaría limitada. No es el caso del envidioso, que llega incluso a detestar a aquellos que permiten que

pueda vivir una vida más plena a través de las invenciones científicas, tecnológicas o empresariales. Por lo tanto, de un envidioso solo queda sentir un profundo desprecio.

La envidia es el sentimiento más ruin y mezquino que uno puede observar en el ser humano. No solo afecta al que la padece, sino que requiere de un sujeto pasivo en el que verterla. Como decía el genial Gonzalo Fernández de la Mora: «Es pura malignidad porque no hay justificación alguna para dolerse de la felicidad ajena y gozarse de su desgracia, es un sentimiento perverso sin la menor mezcla de benignidad».[10] No ocurre así con la tristeza, a la que algunos pueden tachar de sentimiento negativo. Esta se produce, generalmente, tras la pérdida de un ser querido, la ruptura con la pareja o un fracaso a la hora de lograr un fin. ¿Qué quiere decir esto? Que previamente había un sentimiento positivo —en este caso, amor hacia otra persona— o el anhelo de conseguir un objetivo que ha requerido esfuerzo y, a pesar del fracaso, deja una enseñanza para futuras ocasiones. La envidia, por el contrario, no deja nada. Además, cuenta con la posibilidad de convertirse en ley, cosa que no ocurre con la alegría o la tristeza. No se puede decretar —aunque alguna ministra trastornada así lo ha prometido— que la alegría forme parte del estado habitual de los ciudadanos. Del mismo modo que la tristeza tampoco puede ser decretada. Ni siquiera un estado de máxima pobreza puede lograrlo. Hasta en las aldeas más pobres de la India uno halla felicidad en sus habitantes, aunque sea momentánea. Sin embargo, la envidia sí puede verse reflejada en la ley. A pesar de que la envidia es un cáncer para la convivencia de los pueblos, los envidiosos forjan alianzas para —en nombre de la igualdad— tachar de justicia lo injusto. La monstruosa tesis

igualitaria afirma que la igualdad genera justicia, esto es, que la desigualdad es injusta. Bajo esa premisa —rotundamente falsa— se aprueban todo tipo de legislaciones encaminadas a terminar con las diferencias con el objetivo de llenar los estómagos de los envidiosos. Pero como al envidioso no le preocupa la desigualdad en términos generales, sino que más bien le preocupa su inferioridad, nunca tiene suficiente y los gobernantes le conceden sus deseos para extirpar la felicidad ajena.

Cuando el envidioso se adhiere a la ideología igualitaria lo hace no por generosidad para que los demás puedan disfrutar de supuestas mejores condiciones, sino por puro interés personal con la esperanza de salir de su impotencia mental. Los gobernantes igualitarios —la inmensa mayoría en la actualidad— no dudan en realizar promesas encaminadas en este sentido para cosechar el apoyo de la mayoría envidiosa que conforma España. Los envidiosos prefieren la igualdad antes que la libertad, aunque para ello sea imprescindible acabar habitando en infiernos igualitarios que nos priven de cualquier capacidad de actuar libremente. El engendro democrático ha permitido que la jauría envidiosa acuda al seno de la ley para lograrlo. Y lo cierto es que el consenso que muestran tanto los gobernantes como los aspirantes a serlo sobre la igualdad es tan cierto como aterrador. En democracia los gobernantes tienen que recurrir al apoyo popular para lograr sus objetivos, y el delirio del nuevo hombre forjado en los sistemas democráticos occidentales — que guardan gran similitud con los sistemas socialistas de inicios del siglo xx— tiene como meta la igualdad. Ese objetivo ha sido el más perseguido, especialmente desde el siglo xviii tras la pésima Revolución francesa. La naturaleza de las democracias modernas

basadas exclusivamente en el número provoca que los gobernantes tengan que buscar los votos en el grueso de la población. ¿Qué harán, pues, en un pueblo envidioso? Evidentemente, buscar el beneplácito de esa fracción, que es la más numerosa. Los partidos políticos de masas no surgen de arriba abajo, sino que se convierten en partidos políticos de masas porque cuentan con una masa que los respalda. Es la masa envidiosa la que los crea, los vota, los alimenta y los aúpa al poder para que posteriormente legislen contra los que llaman «los privilegiados», a pesar de que el envidioso cuenta con más ayudas, bonos sociales y todo tipo de privilegios legislativos de los que carece el rico, que es el que paga la fiesta. Para más inri, a la masa envidiosa se la rebautiza como «el pueblo», mientras que a los otros se les deja en una especie de limbo. ¿Acaso no es pueblo el empresario? Lo que nunca nos explicaron estos biliosos envidiosos es a partir de qué cantidad uno deja de ser pueblo, si bien es cierto que para ello tendrían que poseer una capacidad de raciocinio suficiente para elaborar una tesis mínimamente seria. Pueblo somos todos, y desde luego no todos son masa envidiosa.

En esa lucha por ganarse el favor de la mayoría el envidiado está en desventaja, pues el éxito está reservado a unos pocos mientras que la mediocridad siempre cuenta con una mayoría que la respalda. El juego democrático siempre está viciado de partida. Los gobernantes engloban en lo más bajo «al pueblo», «la clase trabajadora» —como si el empresario no trabajara—, «las clases populares», etc., y enfrente colocan a «los privilegiados», «los herederos» o «los egoístas». De esta manera se fomenta la envidia entre los muchos para que prosigan votando a los intervencionistas que les prometen el paraíso. Y como su inteligencia no es muy

elevada, nadie nunca se ha parado a preguntar cuántas legislaturas necesita el demagogo para, por fin, crear el paraíso igualitario en la Tierra. ¿Una? ¿Dos? ¿Cuatro? ¿Veinte? ¿Cincuenta? Al demagogo le basta con prometer que esta vez sí, que en esta ya llega el paraíso para que el envidioso acuda raudo a entregarle su voto. Y como la democracia es la tiranía de la mayoría, por mucho que el legalista y el bobo de los contrapesos del poder afirmen lo contrario —si es así, que lo demuestren, pero todavía nadie lo ha conseguido—, los demagogos apelan continuamente a la envidia para aumentar sus posibilidades de gobernar.

La envidia, al ser universal, cuenta con un potencial que permite que todos los hombres puedan ser víctimas de padecerla. Esta realidad es explotada por los gobernantes democráticos a la hora de fomentarla entre el pueblo para que los muchos puedan legitimar las futuras represalias injustas que sufrirán los envidiados. Pero no se fomenta abiertamente desde una reivindicación de la envidia como algo positivo, sino que se hace a través de posiciones de justicia social y distribución de la riqueza entre los que más poseen y los que menos. Nunca nadie logró explicar por qué es justo que tenga que pagar un alto coste el exitoso por el mero hecho de serlo. La idea de «ganas más, pagas más» nunca ha podido sostenerse desde la razón. A lo sumo se ha llegado a una conclusión nefasta, que es la búsqueda de la igualdad entre los seres humanos. Esa promesa del paraíso igualitario es el aliciente definitivo que el envidioso respalda para ocultar su inferioridad asumiendo que explotar y esquilmar al inocente exitoso es un acto de justicia. De esta forma, su conciencia de culpabilidad desaparece al contar con millones de envidiosos que apoyan la tesis. «Si la mayoría piensa A, entonces no puedo estar

equivocado», razona el defensor de la expropiación ajena. Un razonamiento estúpido que no deja de ser un acto puramente arbitrario respaldado por los muchos para expropiar al mejor y dárselo al que no lo merece. Ni siquiera el envidioso aspira a ostentar la posición del envidiado porque sabe que no puede lograrlo, por lo que le basta con reducir la diferencia con el otro. ¿Cómo se logra tal cosa? Rebajando al otro a través de la legislación.

Si, como ya sabemos, la democracia es una cuestión numérica que permite a la mayoría ejercer su tiranía frente a la minoría y los políticos necesitan el respaldo del electorado de forma mayoritaria, los igualitarios envidiosos han encontrado en la justicia distributiva un fundamento racional para defender su pernicioso sentimiento sin ser descubiertos. ¡Llegan incluso a tacharlo de «justicia social»! Con todo, la justicia social del mundo democrático no tiene nada de justo ni de social. La justicia social genuina jamás defendería animar a los menos dotados a quitarles a los más dotados lo que obtienen por sus propios medios para satisfacer un puro sentimiento. Pero la conclusión razonada de los envidiosos no requiere de mayor profundidad, por lo que el demagogo está encantado de utilizar las armas que la masa ha creado. Cuando hablan de salarios dignos, podrían concretar ¿cuál es el sueldo digno? ¿1.500 euros al mes? ¿3.000 euros? ¿5.000 euros? ¿Por qué no 10.000 euros? Nunca respondieron a la pregunta: ¿a partir de cuánto dinero se considera que alguien es rico? ¿Qué porcentaje debe pagar el rico de sus ingresos para dejarlo en paz? ¿Cuándo se logra definitivamente la igualdad? En las naciones democráticas el poder queda sometido al sufragio electoral, y a la masa no se la moviliza con sofisticados discursos o elaborados informes económicos. Todo lo que necesita la

masa —porque es lo único que entiende— es un eslogan, una consigna fácilmente repetible y una justificación a su podredumbre espiritual. Su capacidad de discernimiento es muy limitada y en España la envidia es el sentimiento más habitual al que todo aspirante a gobernar debe recurrir si desea tener un mínimo de posibilidades.

¿Se comportan de igual modo la izquierda y la derecha españolas tradicionales en relación con el anhelo igualitario? A pesar de que en el imaginario colectivo se sostiene que las separa un abismo, lo cierto es que ambas no dudan en prometer a los envidiosos un mundo más igualitario y, por ende, más «justo». No ocurre así con la nueva derecha, de la que no nos ocuparemos en esta obra; solo nos remitiremos a *El Rebaño*. Bastaría con observar este entendimiento en Occidente en relación con temas como el feminismo o las tasas impositivas. La berrea feminista encuentra en cada manifestación un gran apoyo tanto en la izquierda como en la derecha tradicionales. Su postulado nace de una premisa falsa: hombres y mujeres somos iguales. Nada más falaz que tal afirmación, pues la única igualdad real que se puede dar entre hombres y mujeres es frente a la ley y de acceso, pero poco importa a la hora de asumir la tesis como verdadera para ambos espectros ideológicos. Si observamos los incrementos impositivos que padece Occidente desde hace décadas —con escasas excepciones— comprobaremos cómo las han practicado tanto la izquierda como la derecha. En el caso de España, simplemente aquel que leyera el programa económico que presentó el Partido Popular en las elecciones de julio del año 2023 se percataría de su profundo igualitarismo. En un delirante programa electoral, el PP hace referencia a la igualdad en 32 ocasiones.

Obviando las referencias a la igualdad en relación con el lobby LGTBI, la igualdad entre hombres y mujeres para justificar leyes denigrantes como la Ley Integral de Violencia de Género, las cuotas o la discriminación al varón, la derecha tradicional española recurre a los mismos vicios que sus supuestos adversarios para ganarse el favor de los envidiosos. Su gran promesa en pro de la libertad consistía en mantener los mismos impuestos para seguir acribillando al ciudadano español. Para ser justos, este fenómeno de adhesión a la ideología igualitaria no es solo propio de la derecha tradicional española, sino de la mayoría de ellas a nivel occidental. En referencia a nuestro país, ha quedado demostrado que la promesa de penalizar a los virtuosos cosecha gran popularidad. A ello debemos añadir que la promesa más fácil de cumplir es aquella que satisface a los envidiosos. Las subidas impositivas para el pequeño porcentaje que representa en la población el adinerado no causarán malestar más que en un porcentaje muy minoritario y, por el contrario, el envidioso celebrará la aplicación de las nuevas tasas como una victoria propia.

Paradójico o más bien justo es el resultado de este tipo de políticas que, finalmente, acaban afectando también al envidioso. Supongamos que mañana se decide gravar con un impuesto nuevo a los más ricos, e imaginemos que a partir de los cinco millones de euros se realiza el cargo. Posteriormente, una vez no queda nadie con esa suma de dinero, se baja a los dos millones hasta que los «nuevos ricos» dejan de serlo, bien por las tasas impositivas, bien porque deciden marcharse del país. Como el número de ricos cada vez va decreciendo, llega un punto en el que el rico pasa a ser aquel que gana 50.000 euros al año. Durante el proceso de degradación,

muchos de los envidiosos que veían con buenos ojos que persiguieran al que ganaba cinco millones porque él ganaba 200.000 euros anuales ahora son víctimas de su propio sentimiento por partida doble. Este proceso no tiene fin. Si se llegase al punto en el que la sociedad igualitarista logra estar más próxima a su objetivo que nunca, el rico sería aquel que puede alimentar con carne a su familia una vez a la semana. No es algo que debemos imaginar, sino una realidad contrastada en las naciones socialistas que impusieron estas tesis abrazadas por la corriente envidiosa. En España el ejemplo no llega, de momento, a ese nivel, pero convendrá recordar que el PP —representante de la derecha tradicional— llevaba en su programa económico rebajar impuestos a las rentas menores de ¡40.000 euros! Esta cifra para muchos puede resultar elevada, revelando así el empobrecimiento generalizado que sufre nuestro país, en el que se considera que un tipo que gana 50.000 míseros euros es un gran magnate que debe seguir pagando la mitad de esta cantidad. La envidia organizada siempre acaba cristalizando en leyes igualitarias ya sea en el ámbito económico, laboral o social.

Y es que los envidiosos no solamente imponen, con la ayuda de los políticos igualitaristas, estas medidas económicas nocivas, sino que además advierten a los que en algún momento sueñan con ocupar lo alto de la pirámide de su aciago destino, si lo logran. Esto genera una sociedad poco incentivada, a la hora de cosechar grandes triunfos, cuando no la mutación con el envidioso. Los envidiosos buscan que la masa cada vez esté compuesta por más individuos de su calaña y todos griten que son iguales: igual de catetos, inmorales y rastreros. Esta disyuntiva se ve doblemente reforzada cuando los gobernantes premian a los mediocres con todo

tipo de ayudas a través del presupuesto público. Así nacen asociaciones, fundaciones, oenegés y todo tipo de camarillas indeseables enchufadas al exitoso bajo cualquier disfraz, ya sea para salvar al alcornoque mediterráneo, al tucán esmeralda o para promover el uso de la bicicleta a 40 grados a la sombra. Es un mensaje muy claro: «O el sistema de los envidiosos o el exilio».

España es, sin duda, la nación europea que más ha alimentado el igualitarismo en los últimos años, permitiendo la promoción de los más mediocres y la postergación de los talentosos. La clase política no ha dudado en fusionarse con la masa, dando como resultado una clase política repleta de mediocres. Esto no exaspera en absoluto al envidioso, todo lo contrario. Halla cierta paz, tranquilidad y estabilidad al ver en sus representantes a tipos tan idiotas como él. Y en aquellas cuestiones en las que algún mandatario osa exhibir un mínimo de talento, este pronto queda marcado como un rival al que se debe expulsar rápidamente. Esto ocurre también con los gobernantes que, conscientes de su inferioridad, aceleran el proceso de degradación para que nadie pueda hacerles sombra expulsando de todas las formas imaginables a los más valiosos. Los gobernantes han encontrado el impulso enérgico que necesitaban para acelerar el resentimiento entre los gobernados estimulando a los envidiosos con sus prácticas. Si un ágrafo hortera, chachas macarras y humanos congelados en la evolución pueden llegar a gobernar la nación, ¡qué no podrán conseguir los envidiosos bajo su gobierno!

El gran pecado español

Reza la sabiduría popular española que la envidia es el pecado capital de los españoles. Sobre ella escribieron Cervantes, Quevedo, Calderón, Unamuno y un largo etcétera de brillantes pensadores. Unamuno llegó a calificar la envidia como «fermento de la vida social española» y de «lepra nacional».[1] A diferencia de otros pueblos en los que la envidia se halla presente, la fuerza envidiosa del igualitarismo que muestra el pueblo español no tiene comparación. Quizá eso explica el «aplebeyamiento» de las élites españolas que tratan de esconder por todos los medios sus éxitos para intentar llevar una existencia pacífica. Poco o nada se sabe de personas como Amancio Ortega. Lógico que el gran genio empresarial trate de esconderse de un pueblo que anhela acabar con él cuando las pocas oportunidades que tiene de enfrentarse al escrutinio popular tienen lugar después de realizar donaciones. Son muchas las obras caritativas, más allá de las grandes aportaciones a la nación, que realiza el empresario gallego con la contratación directa e indirecta de miles de personas. En concreto, sus donaciones a la Sanidad Pública rozan los 1.000 millones de euros. El hombre más rico de España las realiza a través de su fundación para ayudar a enfermos aportando las máquinas más avanzadas con el propósito de salvar

vidas. ¿Qué encuentra a cambio? Una masa de envidiosos que llegan a afirmar que sus donaciones obedecen a un deseo de desgravarse un porcentaje de los impuestos que Inditex debe abonar. Se llega al punto de querer rechazar sus donaciones porque «el pueblo no necesita limosnas de multimillonarios». El mismo pueblo que ha conseguido que España sea el tercer país de Europa con mayor tasa de pobreza, ocupar el pódium de los países con mayor pobreza infantil y liderar el desempleo general y juvenil. ¡Ese pueblo diciendo que no quiere limosnas, que ellos solos se bastan para progresar, cuando lo único que son capaces de crear es un estercolero igualitario! Si alguno se tomara en serio la teoría «oscura» de las donaciones, basta con analizar el nivel de facturación de la empresa. La multinacional española cerró el ejercicio de 2023 con unas ventas totales por valor de 35.947 millones de euros. Pero vamos más allá. Según *Forbes*, Amancio Ortega posee un patrimonio de 81.800 millones de euros. Si bien este tipo de rankings deben ser estudiados más a fondo, pues no es dinero que tenga don Amancio en una cuenta corriente, las tesis igualitarias envidiosas sostienen que esto lo hace para dejar de pagar en torno a unos 100-110 millones de euros a lo largo de los últimos diez años. Vamos, que Amancio lo hace para tener 81.800 millones y no 81.700 millones. ¿Qué clase de extraña criatura puede sostener esa teoría? Solo un tipo de persona: un deficiente mental envidioso.

La envidia española es particularmente despreciable no solo por lo negativo del sentimiento, sino también porque afecta al alma más profunda de nuestro pueblo. La envidia española no se queda en la vulgaridad de querer lo que posee el otro, sino que muestra un rechazo absoluto a asumir que hay alguien mejor, más valioso y, por

ende, más beneficioso para la sociedad. Afirmaba Fernández de la Mora que «es una envidia existencial no suscitada solo por lo que el otro posee, sino por lo que es». Estaba en lo cierto. La envidia nacional reniega de la aristocracia española —entendida como los mejores—, llegando al punto de ver cómo esta se camufla y rebaja sus comportamientos a los de la masa. Ahí vemos cómo el rey aguardó hasta que llegó su turno a la hora de vacunarse —aunque poco importaba, para lo que servía— y así evitar que nadie dijera que era un privilegiado. ¡El rey de España esperando a que le toque el turno después de Mari Loli! O cómo la reina entregaba un premio con el mismo vestido que la premiada. ¡Qué divertido, van vestidas iguales! Más bien, ¡qué patético! A pesar de estos gestos lamentables, el envidioso no deja de serlo porque puntualmente la élite se rebaje a su nivel. Todo lo contrario. La envidia española es insaciable e inseparable. Es lo más duradero y profundo del sentimiento patrio que se ve todavía más radicalizado ante los favores que le hacen los que están por encima. Solo a través de ese complejo de inferioridad se puede explicar la ingratitud mostrada a hombres buenos como Amancio Ortega.

El español persigue con férrea envidia al hombre virtuoso despreciando sus éxitos y recreándose en sus fracasos, amargando su existencia hasta el punto de preferir habitar en la miseria antes de que alguien pueda socorrerlos con sus virtudes. La propaganda mediática, sumada al uso electoral de la envidia, ha otorgado al envidioso la legitimidad para que su sentimiento se transforme en un principio moral que debe ser sostenido por los gobernantes. El envidioso, antes de la llegada de la hiperconectividad, intuía que había gente más esbelta, más bella, más inteligente y más rica que

él. Ahora ya no lo intuye, sino que lo ve continuamente a través de su dispositivo móvil, intensificando su sentimiento de odio al prójimo. El gobernante democrático acude raudo a mendigar el voto para saciar, brevemente, al envidioso. El mediocre no excita ningún tipo de celos. Nadie quiere padecer sus males. No ocurre así con la aristocracia. Esta resulta más importante y necesaria para el avance social conforme el nivel moral, intelectual y técnico de la masa es más bajo. Por mucho que el envidioso se disfrace de caritativo o de justiciero, no deja de ser un hombre ruin, mezquino y dañino para el avance de la sociedad. El problema de España, sin duda, es un problema de minorías brillantes aplastadas por la mayoría envidiosa vulgar.

¿ES POSIBLE ALCANZAR LA IGUALDAD QUE TANTO ANHELA EL ENVIDIOSO Y QUE CON TANTO ÍMPETU LE PROMETE EL IGUALITARIO?

Ya hemos visto que la envidia es un sentimiento de pura maldad sin ningún atisbo de benignidad, que se duele de la felicidad ajena y que solo queda saciada a través de la desgracia del prójimo. Pero la envidia avanza y sus deseos han impulsado una clase política que en el juego democrático ha tenido que recurrir a ella para poder gobernar. Pareciera que si un político no incluye la palabra «igualdad» en un discurso automáticamente un rayo lo fulmina. La malignidad absoluta de la envidia no puede ser confesada públicamente, por lo que ha sido sustituida por otra palabra mucho más comercial: la igualdad. Que si igualdad de esto y aquello, que si igualdad de opinión, igualdad de derechos, igualdad de

oportunidades, igualdad de género y un sinfín de absurdas coletillas diseminadas en la prensa, la televisión, las redes sociales, los colegios, las universidades, etc. ¡El objetivo es conseguir la igualdad real porque todos somos iguales!

La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente francesa, establecía que «todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos».[2] El detalle, importante, de incluir «iguales en derechos» fue erradicado *a posteriori*. La Segunda Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, aprobada en París el 23 de junio de 1793, incluía: «Todos los hombres son iguales por naturaleza y ante la ley».[3] La Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América afirmaba: «All men are created equal».[4] Pues bien, esas afirmaciones son falsas. A partir de esa afirmación falsa que sostiene que todos los hombres son iguales, las constituciones y los predicadores políticos no han cesado de proclamar dicho dogma. La verdad, afortunadamente, es que todos los hombres son desiguales y que la legislación trata de igualarlos castigando a los mejores para satisfacer los anhelos de los peores. La desigualdad es condición natural del ser humano y solo a través de la coacción, la arbitrariedad y la injusticia se puede lograr la supuesta igualdad.

¿Qué dice nuestra Constitución al respecto? ¿Siguió el fatal error heredado de la Revolución francesa? La Constitución española de 1978 hace referencia a la igualdad en los siguientes términos:

Artículo 1.1

España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la

justicia, la igualdad y el pluralismo político.

Artículo 9.2

Corresponde a los poderes públicos promover las condiciones para que la libertad y la igualdad del individuo y de los grupos en que se integra sean reales y efectivas; remover los obstáculos que impidan o dificulten su plenitud y facilitar la participación de todos los ciudadanos en la vida política, económica, cultural y social.

Artículo 31.1

Todos contribuirán al sostenimiento de los gastos públicos de acuerdo con su capacidad económica mediante un sistema tributario justo inspirado en los principios de igualdad y progresividad que, en ningún caso, tendrá alcance confiscatorio.

Se podría argüir que el concepto igualitario está enfocado en la igualdad de oportunidades, de derechos e igualdad frente a la ley. Respecto a la igualdad de derechos, se podría afirmar que es positiva tanto en cuanto no discrimina a los seres humanos por cuestiones de sexo, raza o religión. No cabe duda de que esta igualdad es beneficiosa para el bien común y uno de los grandes logros de Occidente. Que todos los ciudadanos, sin importar su condición particular, posean los mismos derechos es una excelente noticia y, además, es una igualdad que sí puede darse. No obstante, la igualdad de derechos no implica que esta condición venga determinada *per se*, esto es, que en numerosas ocasiones requiere de un plus para que se pueda ejercer.

Pongamos un ejemplo que acontece a diario en la capital de España. Madrid cuenta con una zona denominada «Madrid Central». Todos los ciudadanos tienen derecho a conducir —previa obtención

del permiso de circulación, claro está— sin que nadie pueda negar tal derecho. ¿Qué ocurre en la práctica? Que para poder ejercer el derecho de conducir por esa zona de Madrid el conductor necesita que su vehículo posea una serie de características. No es la única limitación liberticida aplicada por el consistorio madrileño. Desde el pasado 1 de julio de 2024, los ciudadanos que posean un vehículo de gasolina matriculado antes del año 2000 o un vehículo diésel con matriculación previa al año 2006 no pueden ni siquiera acceder a la ciudad. *A priori*, para ejercer el derecho a conducir bastaría tener un automóvil que te lo permita y obtener la licencia, pero en la práctica el derecho de circulación queda reservado a aquellos que han podido cambiar su vehículo para adaptarse a la normativa.

En esta ocasión, la ley ataca principalmente a los ciudadanos con menos poder adquisitivo, ya que son estos los que no tienen la posibilidad de cambiar su coche para poder circular por la capital española. No nos detendremos en analizar las nocivas y despreciables políticas verdes que rezuman un gran odio al pobre. Mucho se habla de homofobia, xenofobia y demás fobias, pero nada de la aporofobia —esta sí verdadera y real— que ejercen tipillos siniestros como Martínez-Almeida. Pero como la masa es idiota, queda encandilada con sus chascarrillos de bajo nivel y sus actuaciones ridículas en las presentaciones e inauguraciones a las que acude el alcalde de la capital. Tanto es así, que la mayor promesa que hizo para obtener la alcaldía fue acabar con Madrid Central, que previamente había inaugurado su predecesora, pero lejos de hacerlo, empeoró las restricciones y dejó a los más pobres sin el derecho a circular. Los madrileños, pudiendo castigarlo en las urnas, recompensaron el incumplimiento de la promesa y el mayor

ataque a la libertad de circulación que se recuerda otorgándole una mayoría absoluta en las pasadas elecciones municipales. Como vemos, la estupidez es transversal y afecta a todos los espectros ideológicos.

Por lo tanto, la igualdad de derechos no es cierta si para poder disfrutar de ella se discrimina —en esta ocasión— al pobre exigiéndole algo que no puede hacer debido a su bajo poder adquisitivo. Dicho de otra forma, el pobre no tiene derecho a conducir en Madrid. El necio podría replicar diciendo que para ejercer el derecho a conducir se exige la mayoría de edad y un carnet de conducir. Respecto a la edad no nos detendremos en explicar lo obvio, pero respecto al carnet de conducir, la posibilidad de obtenerlo está al alcance de cualquiera, mientras que comprarse un coche nuevo no. ¿Pero se podría dar esta igualdad de derechos? Sí, simplemente eliminando las restricciones y permitiendo que todo el mundo pueda entrar y circular por la ciudad sin importar el vehículo que posea. No es, como vemos, el caso.

Vayamos con la igualdad frente a la ley. Conviene recordar que Clístenes —el padre fundador de la democracia— no hablaba de democracia sino de isonomía (igualdad ante la ley) y sus aportaciones posteriores a Solón lo convirtieron para muchos en el fundador de la misma. Más adelante, Efiltes y Pericles consolidarían el sistema democrático aplicando nuevas reformas. El origen de la idea más defendida en Occidente nace de la igualdad frente a la ley. En los regímenes democráticos, supuestamente, todos los ciudadanos están sometidos a lo que llaman «el impero de la ley» y ningún ciudadano puede librarse de ser juzgado si comete un delito. Si el presidente del Gobierno o un ministro cometen una corruptela,

serán juzgados y condenados por los tribunales en función de la ley vigente. ¿Es posible que se dé esta igualdad? La respuesta es que sí. Son numerosos los ejemplos de naciones en las que desde las más altas cuotas de poder hasta el más insignificante de los hombres son juzgados y condenados por cometer el mismo delito. Se podría entrar a debatir si en su defensa se tiene la misma igualdad, esto es, si una persona rica puede defenderse mejor al tener la capacidad de contratar mejores abogados que una persona pobre. Este argumento resulta fácilmente desmontable, pues también se podría decir que, a pesar de que existe el derecho a tener una vivienda, el rico habita en una gran mansión mientras que el pobre debe conformarse con vivir hacinado en algún barrio marginal. Pero este no es el principio fundamental, pues en ambos casos la igualdad frente a la ley y el derecho se puede dar. Ahora bien, ¿ocurre en España?

La amnistía aprobada en el año 2024 por parte del Gobierno español es, sin duda, la ley sancionada más injusta de la historia reciente española. Son muchos los que han criticado que esta ley saliera adelante usando para ello argumentos legalistas que, desde luego, deben ser rechazados. Las leyes son buenas o malas en función de lo que generan, no en función de cómo han sido aprobadas o si estas cuentan o no con el respaldo mayoritario del populacho. Los legalistas son un gremio enormemente nocivo para los pueblos, pues todo lo basan en el cómo y no tanto en el qué. Poco o nada importa si la ley es o no constitucional. De hecho, la ley se aprobó siguiendo los cauces legales y el Tribunal Constitucional dictaminará, como ya se ha avanzado, que es legal. Una calamidad que permite la Constitución otorgando la última palabra a un tribunal corrompido y politizado. De igual modo, poco importa si la población

española está a favor o en contra. La ley de amnistía pone de manifiesto que unos ciudadanos son más iguales que otros y, en este caso, rompe el principio de la igualdad frente a la ley.

Este no es el primer caso que se da en España en democracia. La Ley Integral de Violencia de Género rompió ese principio al otorgar una serie de derechos a las mujeres en detrimento de los hombres. No pareció escandalizar a todos los que ahora se golpean el pecho clamando por la igualdad de los ciudadanos frente a la ley. De hecho, solamente un partido político representado en el Parlamento español está en contra de dicha ley: VOX. Esta realidad innegable lo que nos deja entrever es que no es tanto el fondo del asunto lo que exaspera a los opositores de la amnistía, sino que su rechazo viene dado porque se aprobó para beneficiar a un grupo reducido de personas para que Pedro Sánchez fuera presidente del Gobierno.

Lo segundo entra dentro del vil juego de las artimañas más sucias que se realizan para ostentar el poder. Lo primero, sin embargo, es de una gravedad extrema, pues una serie de ciudadanos pueden ver cómo se aprueban leyes *ad hoc* para su propio beneficio, eso sí, siempre y cuando tengan los diputados necesarios para poder chantajear al poder legislativo y al ejecutivo. Toda una nación queda sometida a la arbitrariedad de unos pocos que, con tal de permanecer en la Moncloa, son capaces de borrar los delitos más graves que se pueden cometer. No hay delito mayor que aquel que atenta contra la nación, pues sin nación no hay nada. Así pues, la igualdad frente a la ley sí puede ser real y efectiva, pero en España ese principio no se cumple y se puede afirmar sin temor a equivocarse que en España los ciudadanos no son iguales ante la ley.

Por último, vayamos con la igualdad de oportunidades. Este principio defiende que todos los ciudadanos cuentan con las mismas oportunidades. Pues bien, dicho principio resulta ser falso. Si bien se puede conceder la oportunidad a todos los ciudadanos para, por ejemplo, crear una empresa, no todos tendrán las mismas oportunidades. Imaginemos al hijo de un millonario que cuenta con 100 millones de euros en su cuenta corriente frente al hijo de una familia poco adinerada que tiene 4.000 euros. Sí, ambos pueden montar una empresa. No hay nada que se lo prohíba ni tampoco una ley que discrimine a uno frente al otro. Ambos son, *a priori*, iguales para realizar tal tarea. En la práctica, lo cierto es que mientras el hijo del acaudalado podrá montar una, dos, tres o cuatro empresas y quebrar hasta dar con la tecla, el ciudadano que no posee un colchón económico debajo solo tendrá una oportunidad para lograr el éxito. Se podría rebatir afirmando que la igualdad de oportunidades suele definirse como un principio basado en la idea de que cualquier persona cuenta con las mismas posibilidades de alcanzar su meta. La realidad, por el contrario, desmonta esta afirmación. Si bien la igualdad de acceso sí es una posibilidad real y puede darse, la igualdad de oportunidades no lo es.

Y es que no todos los ciudadanos tienen las mismas oportunidades por varias razones. A menudo se pone de ejemplo las becas estudiantiles como mecanismo para afirmar que la oportunidad para estudiar es la misma para todos. Si bien las becas al talentoso son una gran idea, ya que el contribuyente está invirtiendo en una persona válida que generará en el futuro un bien indirecto en la sociedad, la realidad es que incluso llegados a ese punto el hecho de disfrutar de una beca viene determinado por la necesidad familiar.

Una familia vulnerable sin apenas recursos económicos necesitará que sus hijos trabajen cuanto antes para poder satisfacer sus necesidades básicas, por lo que no podrá permitirse el lujo de que estén varios años en la universidad, aunque sea a coste cero, o incluso obtengan cierta remuneración. Mientras que la igualdad de acceso sí puede darse, la igualdad de oportunidades es una vana ilusión que no por mucho que se repita se va a cumplir.

Este hecho ha generado un movimiento que clama por arrebatarse las herencias a los acaudalados esgrimiendo el argumento de obtener la verdadera igualdad de oportunidades. El movimiento, minoritario de momento, exhibe una gran carga igualitaria que asegura la posibilidad de obtener la igualdad real. Es bien sabido, o eso creo, que no puede darse una sociedad en la que todos sus ciudadanos sean ricos; no obstante, sí es posible una sociedad en la que la inmensa mayoría habiten en la miseria. Esto saciaría el principio igualitario —en la miseria, claro está—, pues equiparar al alza es imposible, mientras que a la baja sí resulta viable. Imaginemos que el delirio igualitario se llegara a cumplir y la riqueza de todos los ciudadanos fuera dividida a partes iguales. Supongamos que a cada ciudadano le correspondiese un millón de euros. Planteemos que se decide que a partir del 1 de enero de 2030 todos los ciudadanos tendrán un millón en su cuenta corriente y que las herencias quedan abolidas, esto es, al fallecer el propietario, sus bienes y riquezas serán repartidas a partes iguales entre todos los habitantes del país. ¿Qué ocurriría? Transcurridos unos minutos desde el comienzo de esa igualdad económica absoluta y real, esta quedaría rota. Uno se lo habría gastado en furcias, a otro lo habrían estafado, otro se habría fundido gran parte del botín en drogas, un

bondadoso habría donado su dinero a un tercero, otro lo habría invertido correctamente y aumentado su riqueza, mientras que no faltarían los que habrían invertido en acciones que, tras un desplome bursátil, perderían parte de su valor. ¿Cuánto duraría esa igualdad? Nada. Escasos segundos bastarían para que de nuevo la desigualdad floreciese y la naturaleza humana echara abajo otra vez la hipótesis falsa de los igualitaristas. A ello debería sumarse el desincentivo que se genera en los talentosos al acercarse al abismo igualitario. Si el objetivo que se va a conseguir es el mismo que el estúpido, ¿qué puede moverle a dar lo mejor de sí si el resultado va a ser el mismo que el cosechado por el mediocre?

El principio igualitario económico requiere dos puntos fundamentales para poder llevarlo a cabo: la negación de la naturaleza humana y la injusticia arbitraria. ¿Podría conseguirse? Sí, pero solo un segundo, a lo sumo diez. Enseguida la desigualdad volvería a estar presente. Algunos pueden sostener que en los regímenes comunistas esto se dio persiguiendo la propiedad privada, eliminando la posibilidad de comerciar y otros disparates similares. Olvidan, los defensores del horror comunista, que en la práctica ese régimen generaba la mayor de las desigualdades, pues no era una desigualdad natural sino artificial que otorgaba unos privilegios a los mandatarios de los que no gozaba el pueblo. Mientras que en las naciones que no pretenden reformar la naturaleza humana son muchos los ciudadanos que viven mejor y tienen mayores riquezas que los gobernantes, en los regímenes comunistas no se da tal cosa. Fidel Castro, Nicolae Ceaușescu, Iósif Stalin, Pol Pot, Mao Tse-Tung o Kim Jong-il no padecían las miserias de su pueblo. No solo eso, sino que en muchas ocasiones sus fortunas alcanzaban cifras

astronómicas. Por lo tanto, la igualdad económica absoluta es un imposible y, además, una injusticia.

Hagamos el ejercicio opuesto: un barco a la deriva acaba encallando en una isla perdida del océano Pacífico y todos llegan en la misma situación, esto es, sin nada. Con el transcurso de los días el buen pescador obtendrá más alimentos que el que no sabe pescar, pero a su vez otro sabrá construir un buen refugio. Del mismo modo que habrá individuos que sepan cazar o cómo hacer fuego, y otros tantos no serán habilidosos en nada. El intercambio entre los habilidosos —el que sabe pescar dará a cambio parte de su captura al que sabe hacer fuego para poder cocinarla— se convertirá en una constante que generará desigualdad ante aquellos que no pueden ofrecer gran cosa. Ahí es cuando la caridad humana cumplirá su función alimentando a aquellos menos dotados. Este ejemplo, que puede resultar absurdo, en realidad no deja de ser una muestra de cómo funcionan las sociedades humanas. Unos pocos son los encargados de tirar del carro, de innovar, de mejorar y de proveer al resto. Con otros productos y servicios, a fin de cuentas, hasta la nación más gigantesca del planeta se sustenta en el continuo bienestar que unos pocos ofrecen al resto de manera indirecta.

Lógicamente, el talentoso no lo hace por ser buena persona o por inspiración divina, sino que, buscando su propio interés, su habilidad otorga un bien indirecto al resto. Como decía Jenofonte, el egoísmo —entendido como tu interés particular antes que el general— no es necesariamente malo en aquellos supuestos en los que el incentivo del talentoso (como querer ser rico) le hace querer innovar, solucionar y mejorar los problemas a los que se enfrenta la

humanidad para sacar un rédito personal. Por supuesto, si el incentivo económico queda laminado, las motivaciones que tiene el brillante dejan de existir, por lo que la igualación del mediocre con el talentoso no solo es una injusticia que sufre este último, sino que además la acaba sufriendo el primero, que, víctima de su estupidez, no es capaz de percatarse de ello.

Y es que el gran milagro de la grandeza humana consiste precisamente en ser diferentes y, por tanto, desiguales. Unos poseen un talento innato para diseñar, otros para construir, otros para ejercer la abogacía, otros para pintar y otros no son talentosos para ejercer nada. Pero incluso aquellos no dotados de ningún talento particular son fundamentales para que el complejo entramado al que obedece la conformación de una sociedad armoniosa pueda funcionar. Se podría decir que para realizar la labor más simple y sencilla cualquiera vale, pero si los más talentosos tuvieran que ejercer dichas labores, su tiempo y energía quedarían desperdiciados en la elaboración de tareas que no deberían competerles. Para que el talentoso pueda desarrollar su intelecto plenamente requiere que otros ejerzan las funciones menores para librarlo de tarea tan ingrata. ¿Qué podría hacer un genio que decide inventar un nuevo medio de transporte capaz de trasladar en cuestión de segundos a un ser humano de Tokio a Johannesburgo? ¿No sería necesario acaso un limpiador, una azafata, un piloto, un mecánico, un ingeniero, un técnico, un obrero, etc.? ¿Cómo podría llegar a nuestros hogares un dispositivo móvil si no hubiera una dependienta que nos lo entrega cuando acudimos a comprarlo? ¿Cómo podríamos caminar hasta la tienda sin riesgo a contraer alguna enfermedad si no salieran los limpiadores por la noche a higienizar las calles?

¿Cómo podría fabricarse en masa el dispositivo sin la actuación de cientos de personas en el proceso?

Suele ser un error fatal el hecho de olvidar que cada pequeña actividad cotidiana que realizamos es posible gracias a la acción de decenas de hombres, cuando no de cientos, de las que desconocemos su existencia y obviamos su papel. Equivocadamente pensamos que por puro arte de magia las estanterías de un supermercado están llenas, como si fuera el milagro de los panes y los peces, pero lo cierto es que no es así. Pensemos en el proceso que requiere que una simple manzana llegue a un supermercado. Para ello alguien ha tenido que plantar manzanos, y antes de eso ha tenido que asegurarse, a través de las técnicas heredadas del conocimiento de hombres predecesores, cómo hacerlo para que el manzano dé frutos. Simplemente este hecho denota que la sabiduría heredada ya alberga a un gran número de personas que no podemos cuantificar. A ese número de personas debemos añadir los sistemas de riego utilizados que, una vez más, son heredados del conocimiento humano. Cada cual usará una técnica de riego diferente —inundación o riego localizado, bien sea por goteo o por microaspersión—, pero esta técnica es conocida gracias al ingenio de otros. De igual modo, alguien tendrá que instalar correctamente el sistema de riego para que el manzano no perezca. A todo ello hay que sumar los abonos que se deben utilizar y el uso de los mismos obedecerá a la mejor combinación posible. Llegó el día en el que un tipo se percató de que el mejor abono en ese caso debía estar compuesto por nitrógeno, potasio, magnesio, zinc, hierro, etc. El manzano todavía no ha dado sus frutos y ya, solamente en este proceso, la intervención de un elevado número de personas ha sido

fundamental. Más adelante llega la fase de recolección, en la que, inevitablemente, más individuos deben participar para que otros — en este caso, los comerciantes— puedan transportar las manzanas a los mercados minoristas y supermercados. Pero si nos detenemos un poco más, también deberíamos sumar las personas que han participado para que el transportista pueda acudir con su camión a recoger las manzanas y llevarlas a su destino final. ¿Cuánta gente interviene en la fabricación de un camión? Decenas, cuando no cientos; indirectamente, ellas han sido fundamentales para poder completar el proceso. Es más, ¿qué hay de las carreteras por las que circula el camión? ¿Cuántos obreros fueron necesarios para su construcción? En fin, el simple hecho de que una manzana esté en nuestra frutería de barrio o supermercado más cercano requiere de la participación directa e indirecta de cientos de personas.

Todas las sociedades que han podido desarrollarse han sabido — no niego que muchas de ellas de forma inconsciente— asumir la complejidad que requiere la evolución humana. Las naciones que no han conseguido prosperar a lo largo de los siglos han sido aquellas incapaces de poder generar esa armonía majestuosa que reina en las civilizaciones más avanzadas. Esa maravillosa armonía entre los desiguales construye una meta mucho mayor, pues la necesidad es mutua. Mientras el talentoso permite al mediocre contar con un oficio y un trabajo que dignifique al individuo, este a su vez le otorga la capacidad de poder llevar a cabo las mayores hazañas comerciales que uno pueda imaginar. Y es que individualmente uno puede lograr pequeñas hazañas, pero solo en conjunto se logran las más grandes a través de la unión de los distintos. ¡Qué grandioso milagro!

Pero esta cooperación emocionante entre los distintos no es del agrado del estúpido igualitarista que trabaja a diario para destruirla. Esta insistencia se deja notar no solo en el ámbito económico, sino especialmente también en relación con los varones y las mujeres. Se afirma que los varones y las mujeres somos iguales. De ser así, ¿por qué protestan estas últimas cuando compiten contra ellas supuestos trans y las machacan? ¿Por qué les desagrada que un tipo barbudo y robusto acuda a su vestuario a cambiarse con ellas? ¿Por qué no se indignan cuando la mayoría de los países fijan la mili obligatoria solo para varones? ¿Por qué no rechistan cuando los índices de mendicidad, asesinatos y muertes laborales afectan más a los varones que a ellas? ¿Igualdad para todo o solo una falsa igualdad para lo que interesa?

De igual modo, en nuestra era se asegura que todas las opiniones valen lo mismo —son iguales— y, por lo tanto, la opinión mayoritaria es la correcta, por lo que la opinión del sabio vale lo mismo que la del ignorante estúpido. Esta es la terrible tesis de la democracia moderna que nadie osa rechazar a pesar de que, como es evidente, la opinión de un mecánico con treinta años de experiencia es infinitamente más valiosa que la de un médico cuando se trata de arreglar un coche, y viceversa cuando hay que diagnosticar una enfermedad. Y aunque los demócratas sostengan esta espeluznante premisa, su principio fundamental no deja de ser falso por muy popular que sea. ¿Acaso una opinión sostenida por dos estúpidos es más verdadera que la sostenida por un solo hombre sabio? ¿Acaso la suma puede llegar a contradecir la verdad? ¿Se puede afirmar que ser hombre o mujer obedece a un sentimiento porque la legislación

igualitaria así lo dictamina? No, porque nunca nadie ha sido capaz de sostener con hechos estas tesis igualitarias que nacen de la envidia.

No es una enfermedad reciente la que padece el pueblo, aunque la democracia de masas la haya extendido e intensificado. La envidia igualitaria ha estado presente desde los orígenes de la especie humana. Sin embargo, los demagogos han conseguido que los anhelos igualitarios lleguen incluso a las almas más lejanas a través del progreso tecnológico. El hombre actual está sometido a ingente cantidad de información y mientras antes envidiaba al vecino, al cacique local o al noble de turno, ahora envidia y desea el mal a personas que ni siquiera conoce. Así, grupos abstractos nunca definidos como «las grandes fortunas» o «los ricos» son el objetivo a batir de un grupo de indeseables que desatan su ira contra el envidiado sin rostro. El envidioso igualitario es incapaz de disfrutar la experiencia de la vida, pues sus actos no van destinados a realizar acciones positivas, sino actos negativos, y los ideólogos igualitarios se encargan de esparcir la falsa e irrealizable promesa de la igualdad señalando a los mejores para que estos sean destruidos. No fueron estas las políticas que permitieron el florecimiento de una clase media, sino la emulación del mejor y el respeto a la jerarquía natural del ser humano las que lograron un desarrollo económico sin precedentes en Occidente.

Decía Castellani: «¡Igualdad!, oigo gritar al jorobado Fontova. Y me pongo a preguntar. ¿Querrá verse sin joroba o nos querrá jorobar?».[5] Resulta cuasi imposible descifrar los deseos individuales de cada ser humano. A diferencia de los animales, el hombre no simplemente «es», sino que «quiere ser», y para alcanzar ese deseo de querer ser debe decidir con sus acciones el

camino para, al menos, intentar lograrlo. Evidentemente, cada individuo está condicionado por sus talentos innatos, sus capacidades físicas, su inteligencia y su lugar de nacimiento. No tendrá las mismas oportunidades el niño nacido en Sudán del Sur que el que lo haga en Singapur, pero ambos querrán ser algo. Los envidiosos, lejos de emular un buen ejemplo, realizan el ejercicio contrario, es decir, desean que los mejores emulen sus fracasos, por lo que es probable que el jorobado Fontova quisiera que todos tuvieran joroba para ser iguales.

La evolución humana, el enriquecimiento de las sociedades, los avances médicos, los progresos tecnológicos y el conocimiento heredado responden a un pequeño puñado de hombres. Bastarían un par de folios para poder rellenar los nombres de aquellos que con sus descubrimientos permitieron un salto en la evolución del ser humano. El progreso humano corresponde a una minoría superior que, posteriormente, permite a una mayoría inferior aprovecharse de su ingenio y talento. Pero lejos de mostrar gratitud por esos grandes hombres, el ciudadano medio exhibe una envidia desahogada hacia ellos. Las sociedades como la española que muestran un elevado anhelo igualitario son al mismo tiempo las más pobres. En vez de celebrar la llegada de hombres superdotados, exitosos, ingeniosos y triunfadores, maldicen su existencia y tratan de acabar con ellos a través de legislaciones empobrecedoras, impuestos confiscatorios y un sinnúmero de trabas y desincentivos generados por el oscuro igualitarismo.

En España se realizan numerosos diagnósticos sobre los problemas que nos rodean, pero nunca se señala el mayor de todos: la envidia. El hostigamiento al que se enfrenta el hombre superior

creador de riqueza y progreso genera un empobrecimiento generalizado que, trágicamente, queda asumido y estimulado por el coro envidioso que prefiere la igualdad en la miseria que la desigualdad en la riqueza. La igualdad entre los hombres solo puede darse en la pobreza global y, para ello, es necesario acabar con el pequeño puñado de hombres estelares.

La enfermedad crónica espiritual del igualitarismo no tiene cura, pues siempre habrá alguien al que despojar, aunque sean unas migajas. Esto genera una sociedad indeseable que exalta la mentira, la difamación y la humillación del virtuoso para poder construir una distopía igualitaria que sirva para consolarse en la igualdad de todos. Y es que el igualitarismo es la afirmación de una idea injusta, inmoral y contraria a la naturaleza humana que se ha convertido en un imperativo moral que se debe llevar a cabo cueste lo que cueste. Sus defensores han conquistado Occidente dejando un reguero de desgracias que se dejan sentir todos los días. El mundo contemporáneo es el mundo del igualitarismo. Nos hallamos ante una cuestión trascendental, de enorme relevancia y poderosa vigencia, pues la igualdad es la idea central que mueve todos los movimientos sociales de nuestra era.

La pandemia de la estupidez

No podía uno resistirse a escribir sobre el gran fenómeno de manipulación de masas del siglo XXI y cómo el miedo, acompañado de la estupidez, dejó un reguero de esperpentos. Si algún nonato tiene la desgracia de toparse con este libro dentro de unas décadas, le resultará inevitable leer en sus libros de historia —si es que todavía quedan libros— lo acontecido durante el año 2020 en el mundo: la pandemia del COVID-19. La pandemia vino a reflejar a la perfección cómo la estupidez puede llegar al punto de ser letal para la humanidad y, sobre todo, cómo es capaz de instaurar las leyes y normas más absurdas y ridículas que uno pueda imaginar. La pandemia del COVID-19 suscitó un gran interés en el mundo científico y médico, pero no es este el asunto que más me interesa. Lo que la pandemia dejó como gran lección fue la facilidad con la que un gobernante puede manipular a la masa y someterla a las arbitrariedades más excéntricas y subdesarrolladas intelectualmente. Un virus mucho más letal —el de la estupidez— del que no se ha hallado remedio alguno para derrocarlo.

Para situarnos debidamente debemos retroceder a finales de 2019. El 31 de diciembre de ese mismo año, la Comisión Municipal de Salud y Sanidad de Wuhan (provincia de Hubei, China) informaba

sobre un grupo de 27 casos de neumonía de etiología desconocida. La oficina de la Organización Mundial de la Salud (OMS) en Pekín recibía la información mientras que, a los pocos días, Tailandia, Japón, Singapur y Corea del Sur confirmaban sus primeros casos. La historia cambiaba, pues de Singapur, Corea del Sur o Japón uno sí puede fiarse, y las predicciones no eran muy halagüeñas. El COVID-19 se transmitía a través de las secreciones que se emiten al respirar, hablar, exhalar, cantar, toser o estornudar cuando alcanzan las mucosas y conjuntivas de otras personas. Además, en los entornos cerrados las probabilidades de infección aumentaban considerablemente por razones evidentes. De China uno no podía fiarse por motivos obvios y las cifras oficiales no coincidían en absoluto con las imágenes que recorrían las redes sociales de inmensos hospitales desbordados por enfermos que acababan falleciendo al no poder ser atendidos. A finales del mes de enero, la revista *The Lancet* publicaba un estudio en el que afirmaba que la cifra de contagios oficiales del Gobierno chino era falsa y, como mínimo, debía ser siete veces superior. Mientras numerosos países se preparaban para hacer frente al nuevo coronavirus de origen desconocido y la lista de países que informaban de sus primeros casos aumentaba, en España las noticias de la epidemia que afectaba a China quedaban todavía relegadas a un pequeño fragmento en la sección internacional o algún breve comentario en el telediario. Bastaba con leer la prensa de países como Japón, Corea del Sur o Singapur para saber que la información que proyectaban los medios españoles no coincidía en absoluto con la realidad.

La irracionalidad se hizo presente y arrancó el 2020 con un aumento de casos considerable en numerosos países. Poco a poco el

temor fue creciendo conforme países vecinos a España comenzaban a declarar sus primeros casos. A pesar de todo, los gobernantes españoles seguían afirmando —mientras llegaban cientos de aviones a nuestro territorio procedentes de países que en aquel momento eran el epicentro de la pandemia— que a nosotros no nos iba a ocurrir nada. ¿Por qué a nosotros no? ¿Poseíamos algún tipo de evolución que nos hacía inmunes a un virus desconocido y no lo sabíamos? Esa era la única posibilidad, pero como la masa no reflexiona, prefería que nadie le interrumpiera el devenir de su triste existencia. Los gobernantes no dudaron en ofrecer a la masa la respuesta que exigían para poder seguir vagando ajenos a la realidad. Así, durante el mes de enero la sociedad española vacilaba entre creer lo que leía en las redes sociales y lo que mostraban la televisión y los medios convencionales. De pronto apareció en escena un tipo llamado Fernando Simón. ¿Quién era este siniestro personaje? Nada menos que el director del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias, que no dudó en declarar lo siguiente: «Nosotros creemos que España no va a tener, como mucho, más allá de algún caso diagnosticado. Esperemos que no haya transmisión local. Si la hay, será transmisión muy limitada y muy controlada. [...] Además, con el número de casos nuevos que van notificándose día a día, la epidemia tiene posibilidades de empezar a remitir».[1]

La masa decidió comprar el relato falso pero tranquilizador que lanzaba Fernando Simón —hoy en día no ha sido juzgado— antes que asumir la realidad incómoda que acechaba imparable nuestra vida. Pero hubo un señor que se atrevió a contradecir el mensaje oficial allá por el 30 de enero de 2020: el prestigioso doctor

Cavadas. Invitado al programa *Espejo Público*, fue preguntado por este nuevo coronavirus y su respuesta fue la siguiente: «Cuando en China aparentan transparencia desde el minuto uno, a mí me da que pensar, a mí me preocupa. Pero si en China, precisamente China, que junto con otros países, como digo, no es la transparencia, reconocen un número de muertos y contagiados, no hace falta ser muy listo como para saber que son diez o cien veces más. Cuando se construye un hospital con ochocientas retroexcavadoras de cien toneladas y se construye un megahospital en tres semanas es que no va en broma. Además, esas imágenes lo que muestran es que, en vez de un hospital, están haciendo ocho. No digo que vaya a ser la gran epidemia, pero no parece una broma».[2]

¿Cuál fue la reacción ante estas declaraciones? Los medios de masas y los oficialistas en redes sociales se lanzaron a degüello contra el doctor Cavadas, pues el relato falso había sido contradicho por primera vez en un programa de gran audiencia. El linchamiento de la masa contra el cirujano, que había decidido hacer caso a Fernando Simón para no ver contrariada su existencia, fue brutal. No tardó en reaccionar el *mainstream* llamando a todo tipo de expertos que contradijeron —erróneamente— al doctor Cavadas para desacreditarlo. Le dedicaron artículos, hilos de Twitter, programas especiales y todo tipo de artimañas para que el mensaje fuera rápidamente lapidado y la masa regresara a su estado inerte de falsa tranquilidad. La campaña funcionó y el doctor Cavadas no se volvió a pronunciar al respecto.

El ambiente que se respiraba en España era de negación absoluta de la realidad. Se acuñó el término «coronohisteria» y los programas que se emitían en las principales radios y televisiones iban dirigidos

a tranquilizar a los ciudadanos con premisas que eran, a todas luces, falsas. Febrero, mientras el mundo comenzaba a tambalearse, fue el mes en el que con más ímpetu los gobernantes y los medios de desinformación masiva emplearon sus recursos de manipulación de masas para anestesiar al rebaño. Mientras otros países comenzaban a equipar sus centros hospitalarios para combatir el nuevo coronavirus, en España el mensaje que lanzaban los directores de los programas más vistos, como Antonio García Ferreras, eran los siguientes: «Por favor, cuidado, hay un montón de información falsa que está provocando el miedo. Y la mentira triunfa cuando no se la combate. [...] Hay gente que mentalmente es despreciable, eh, y siguen intentando utilizar el coronavirus para generar alarma. Incluso en España».[3]

Otro personaje que comenzó a salir en los principales programas fue una tipa llamada María Neira (directora de salud pública de la OMS), a la que la masa le otorgaba una gran credibilidad. El oficialismo recurría a este tipo de perfiles que acuñaba como «expertos» con el propósito de hacer creer a los ciudadanos que unos tipos tan estudiosos y sabios no iban a mentirles. «La OMS desde el principio ha dicho que no haya restricciones ni de viajes, ni de comercio, ni de intercambios. Nosotros hemos dicho que no es necesario ni cancelar, ni evitar la movilidad».[4] Por un lado, los españoles se encontraban con imágenes aterradoras de países ya no tan lejanos y, por el otro, mensajes de este tipo por parte de uno de los máximos responsables de la OMS. El papel de la OMS fue crucial para apuntalar el relato oficialista, pues para la estupidez unas siglas de organismos internacionales es poco menos que la Biblia. Ocurre

lo mismo cuando se cita a la ONU u organismos similares que, sin lugar a dudas, deberían ser clausurados.

Los españoles también tuvieron conocimiento de uno de los más oscuros personajes de estas mafias supranacionales: Tedros Adhanom. El director de la OMS era un gran desconocido para el gran público español, pero no así para la prensa internacional —especialmente la estadounidense—, que ya había alertado hace años de quién era en realidad aquel agradable etíope que trataban de vendernos. Adhanom pertenece al Frente de Liberación Popular de Tigray, un partido etíope de ideología marxista, y fue nombrado ministro de Sanidad en el año 2005 de su país. Ostentó el cargo hasta el año 2012 y, posteriormente, fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores hasta el año 2016, cuando renunció a su cargo para presentarse como director de la OMS. Cuando comunicó su candidatura no tardó en salir a la luz —gracias a las investigaciones de *The New York Times* y *The Washington Post*— el pasado oscuro de Tedros. Bajo su mandato como ministro de Sanidad, tres brotes de cólera asolaron Etiopía llevándose la vida de miles de personas. Tedros decidió ocultarlo y tachó de AWD (diarrea acuosa aguda) el brote que se extendía por toda la nación. Los pocos periodistas internacionales que informaron sobre la situación que estaban atravesando los etíopes fueron expulsados del país.

Tedros contaba con China como principal protector para que dirigiera la OMS, si bien es cierto que Barack Obama también apoyó al etíope por aquello de que un africano dirigiera por primera vez el organismo internacional. Y así fue: Tedros resultó electo ante la incredulidad de los miles de etíopes exiliados que no daban crédito a que se hubiera designado a un zorro a cuidar el gallinero. Sus

vínculos con China hicieron que la OMS bajo ningún concepto contradijera las informaciones que el Gobierno chino ofrecía. Como un ventrílocuo, la OMS se dedicaba a corroborar todas las informaciones falsas y hacía caso omiso a los informes que habían sido presentados a finales del año 2019 por países fiables como Taiwán. Dichos informes negaban por completo la tesis de Pekín, pero nada importaba, la narrativa oficial se imponía y la masa danzaba al son que marcaban los impostores, liderados por el tétrico etíope.

Transcurría el mes de febrero entre inquietantes informaciones que eran anuladas por la OMS y, por supuesto, por el propio Gobierno español. Italia se convertía en el epicentro del coronavirus en Europa, pero eso no hizo que la situación cambiara a pesar de que ya se anunciaban las primeras víctimas. La masa comenzaba a inquietarse, pues aunque no supiera ubicar en el mapa la península de Corea u otros países asiáticos, Italia es bien conocida. Un par de horas en avión marcan la diferencia. Salvador Illa, a la sazón ministro de Sanidad, salía para anunciar un endurecimiento de la ley antitabaco! Sobre el plan para equipar los hospitales y hacer frente a lo irremediable declaró: «Las medidas que hemos tomado son suficientes para garantizar la salud de todos los ciudadanos españoles».[5] Pasaban los días y las muertes y los contagios aumentaban en Italia, por lo que la alarma se extendió y hasta la corrupta OMS no tuvo más remedio que cambiar de discurso. Resultaba insostenible el relato de China cuando ya eran decenas los países que estaban tomando medidas extraordinarias e Italia empezaba a dejar imágenes distópicas. Las bolsas europeas se desplomaron y la pasividad del Gobierno español chocaba

frontalmente con el proceder de otras naciones. El 23 de febrero, Fernando Simón comparecía nuevamente, ante la intranquilidad que muchos ciudadanos españoles sentían, para afirmar: «El virus en España no está. No se ha detectado ningún otro caso y ahora mismo no tenemos ningún caso en investigación, pero sí es cierto que nuestro intercambio con Italia sí es más alto que nuestro intercambio, por ejemplo, con Irán».[6] Los españoles estaban a escasas semanas de padecer un infierno, pero el Gobierno seguía mintiendo a los ciudadanos de forma consciente. El propio Fernando Simón, en el mes de febrero, había firmado un informe que decía todo lo contrario a lo que sostenía en público. De igual forma, era conocedor de que el día 13 de febrero España había sufrido su primera víctima por el nuevo coronavirus. Esta información se ocultó y no fue hasta el 4 de marzo cuando una filtración sacó a relucir la realidad que se estaba negando.

Arrancó marzo y se redoblaron los esfuerzos para acallar las voces que alertaban de la pasividad mostrada por el gobierno español. ¿Con qué propósito? Ese mes el Ejecutivo de Sánchez tenía su cita anual más importante: la berrea feminista del 8-M. En cierta medida, la estupidez de negar la realidad del COVID-19 se sumó a la estupidez de negar la realidad de la naturaleza humana, pues el 8-M podríamos definirlo como una matraca absurda que recorre las calles reivindicando no sé qué derechos que, aseguran algunos, no poseen las mujeres en Occidente. Y es que la figura de la mujer en el siglo XXI ha quedado enmarcada en una especie de ser inferior. Como si por ellas solas no fueran lo suficientemente capaces para alcanzar sus objetivos vitales, se insiste desde todas partes que necesitan que el poder blinde sus soflamas baratas legislando contra los

hombres y otorgándoles no derechos, sino privilegios. Como la imposición por ley de que el 50 % de los puestos de máxima responsabilidad deban ser ocupados por mujeres, ya sean brillantes o estúpidas. El feminismo —una realidad terrorífica que no por haberla normalizado deja de serlo— ha destrozado el cerebro de las mujeres convenciéndolas de presuntas opresiones invisibles que, al no ser reales, generan una especie de esquizofrenia que en algún momento la ciencia acuñará como un nuevo trastorno. Que si techo de cristal, que si *manspreading*, que si cultura de la violación, que si *maninterrupting* y un sinfín de términos absurdos que no sabría ni explicar la más feminista de todas.

Y como ya era costumbre —espero que en unos años deje de serlo—, mientras el mundo se preparaba para lo irremediable, los españoles asistimos a la berrea anual del 8-M en la que unas salieron a protestar porque no las miran y otras porque sí; unas porque no tienen relaciones sexuales y otras porque se sienten objetos sexuales; unas porque aseguran recibir tratos de favor por ser mujeres y otras porque no los reciben; unas porque afirman sentirse acosadas ante los piropos de los hombres y otras porque no les dan ni los buenos días; unas porque reclaman hacer lo que quieran con su cuerpo y otras porque abogan por prohibir la prostitución. A la masa pueril se unió un variado de ministros que —intuyo— directamente salieron a protestar al mismísimo Dios por no haberles otorgado el don de la inteligencia. Un asunto cruel de índole natural que compartieron con las participantes de la berrea, que se mostraron satisfechas de que la ley les otorgue —porque sí— altos puestos de responsabilidad. ¡Qué vidas evacuadas de sí

mismas, abonadas al victimismo, emparanoiadas, incapaces de digerir su propia existencia y condenadas al eterno fracaso!

¿Desaconsejaba el Gobierno y sus medios afines acudir a una manifestación que iba a reunir por toda España a más de 600.000 personas? En absoluto. Eran muchos los ciudadanos que comenzaban a dudar del relato que se les ofrecía, en gran parte, por la proximidad de lo sucedido en Italia. Quien más, quien menos tenía un amigo o un conocido viviendo en un país europeo que ya había tomado medidas, más aún si se encontraba en Italia. Si a ello le sumamos que en las redes sociales afloraban vídeos y relatos que contradecían la tesis gubernamental, hasta el más estúpido veía que algo fallaba. Radiotelevisión Española decidió, con el dinero del contribuyente, emitir un programa especial cuyo título era *Coronavirus. Combatir el miedo*. A continuación expongo algunas de las afirmaciones que se profirieron en el programa.

Rosa María Molló: «A lo largo de la noche ha salido la palabra “miedo” varias veces. A lo mejor los medios de comunicación debíamos haber hecho las cosas diferentes para favorecer la calma. ¿Por qué la emoción en la crisis está prevaleciendo a la razón?», [7] preguntaba con asombro a la doctora que entrevistaba.

Desde luego que sí, los medios podrían haber actuado de forma bien distinta si estuvieran compuestos por profesionales honestos e íntegros. Al no ser el caso de la mayoría de los medios de desinformación que recorren España, se dedicaron a repetir la propaganda gubernamental para que el 8-M pudiera celebrarse sin problemas y el gran espectáculo de masas se llevara a cabo costara lo que costara. Hasta Carmen Calvo, a la sazón vicepresidenta del

Gobierno, respondía de la siguiente manera ante la duda de participar o no en la gran marcha:

Periodista: «¿Qué le diría usted a una mujer que está dudando en ir o no a la manifestación del 8-M?».

Carmen Calvo: «Que le va su vida. Que le va la vida».[8]

Premonitoria doña Carmen, sin duda. No fue la única que alentó al personal a participar en la propaganda barata morada. Susanna Griso —una de esas mujeres afectadas por la terrorífica opresión heteropatriarcal que le ha permitido ser millonaria— espetaba: «Este año el 8 de marzo cae en domingo, pero que ni el festivo ni el coronavirus sean una excusa para que salgamos a reivindicar nuestros derechos».[9]

Y ahí estaban las cabezas visibles del Gobierno y propagandistas varias al frente de la manifestación de la estupidez por excelencia. Una vez concluyó el esperpento, de pronto la narrativa cambió por completo. Casualmente —reitero, casualmente— se dio a conocer pasado el 8-M, que el número de infectados se había duplicado en apenas 24 horas. Ese mismo día, el 9 de marzo, Pedro Sánchez comparecía para anunciar «un plan de choque» que iba a ser implementado a la mayor brevedad. De las risas se pasó al pánico irracional más absoluto jaleado por los gobernantes que iban a tener en sus manos la mayor manipulación de masas de la historia. Los mensajes de los líderes políticos y máximos responsables cambiaron por completo y de tachar de histéricos alarmistas a los ciudadanos que tomaban precauciones por su cuenta se pasó a vender que esto era peor que la peste negra. El 11 de marzo, las por aquel entonces ministras Montero y Darías dieron positivo y el miedo se adueñó del país. ¡Oh, no! Lo que nos prometieron que no iba a pasar en

España, a pesar de que sí ocurría en todo el mundo, había llegado. Solo alguien profundamente estúpido podía albergar esa tesis de que los españoles, por razones no explicadas, poseían algún tipo de inmunidad que les hacía ser inmortales frente al COVID-19.

Y de golpe la masa empezó a escandalizarse. ¡Lo que veían mis ojos era verdad!, exclamaban solo porque, ahora sí, el Gobierno les había dicho que, efectivamente, los había estado engañando desde hacía semanas. La histeria se apoderó de la población, se formaron largas colas en los supermercados, que pronto quedaron desabastecidos, y la compra de mascarillas se disparó llegando al punto de resultar imposible obtener una. El 13 de marzo, Pedro Sánchez compareció para anunciar el estado de alarma que entraría en vigor al día siguiente. Movilizó a todo el ejército y todos los recursos disponibles pasaban a estar en manos del Gobierno, dejando a las comunidades autónomas sin apenas competencias. En un intervalo de apenas 72 horas los españoles habían pasado de ser llamados a llenar las calles en manifestaciones masivas, de considerar propagadores de bulos a aquellos que alertaban de que eso no era una gripe común, de perseguir a los críticos como el doctor Cavadas y de realizar programas especiales para combatir «el miedo», a estar obligados a confinarse en sus casas, teniendo prohibido salir de ellas excepto para ir al supermercado o a la farmacia.

En cuestión de unas horas, los mismos que atacaban a los que exigían un plan de choque por considerarlos «alarmistas» y aplaudían la celebración masiva del 8-M pasaban a considerar como potenciales genocidas a los que tenían a bien darse un paseo por la playa, pasear al perro más de dos veces al día o acudir en

numerosas ocasiones al supermercado. Una bipolaridad exquisita la mostrada por la masa que —ahora sí— se agolpaba en los supermercados, centros comerciales y farmacias para hacerse con víveres, medicinas y tratar de conseguir un trozo de tela en forma de mascarilla para enfrentarse al virus. La reacción frente a lo desconocido suele generar pánico y el hecho de haberse preparado, lejos de considerarse una reacción irracional e ilógica, pasó a considerarse una respuesta racional y lógica —a veces excesiva en algunos países— ante la veloz propagación del virus por todo el planeta. Digo esto porque reaccionar de forma cauta a lo desconocido es un instinto que ha permitido al ser humano sobrevivir hasta nuestras fechas. Nadie en su sano juicio podía actuar con «normalidad» al contemplar la situación de los países asiáticos que ya estaban siendo golpeados duramente por el virus, y sobre todo de Italia. No obstante, el pánico también genera irracionalidad y a las pocas semanas el delirio se adueñó de las almas y los cerebros a gran velocidad.

España no lo hizo y eso permitió que durante semanas fuera el país con más infectados por número de habitantes, más muertos y el personal sanitario más infectado del mundo. Principalmente, estos últimos fueron los que tuvieron que recurrir a hacerse sus propios equipos de protección individual (los EPI) con bolsas de basura, plásticos y otro tipo de materiales. Imágenes dantescas más propias de Zimbabue que de un país desarrollado. Pero la desidia y el engaño habían superado su primera fase y el miedo en los españoles era tal que lo peor de la pandemia todavía estaba por llegar.

EL DELIRIO COVIDIANO

El COVID-19 presentaba una gran ventaja. Al ser un problema global, todos los países del mundo —que se dice pronto— pusieron en práctica diferentes medidas para tratar de frenar el avance del virus. Esto permitía poder comparar entre unos y otros para conocer cuál era la mejor estrategia posible. El problema del COVID-19 no era su letalidad —menor al 1 %, si bien es cierto que su letalidad en mayores de ochenta años era mayor—, sino el colapso de los centros hospitalarios, que derivaba en el abandono de otros enfermos y, por ende, en muertos indirectos. Sin embargo, la estadística no deja de ser un frío número que no alivia los sentimientos de aquellos que han perdido a sus seres queridos, por lo que apenas se prestó atención a este hecho y mucho al número de víctimas. En España se calcula que el número de muertos por el coronavirus fue superior a 120.000 personas. Quién sabe cuántas vidas se podrían haber salvado de haber actuado de un modo distinto y haber preparado de verdad los centros hospitalarios.

Los españoles vivían aterrados. El incesante sonido de las sirenas cada noche y el cambio drástico fueron tan salvajes que la masa no pudo asimilar la realidad. El golpe fue tal que los mismos que un par de días antes hablaban de «coronohisteria» se convirtieron en las histéricas del reino. Maniacos más cuerdos se han visto que la masa española. El propagandista comunica muchas ideas a un pequeño grupo, mientras que el demagogo comunica pocas ideas a una gran multitud, esto es, a la masa estúpida que no puede digerir más de un plato, a lo sumo dos, por lo que es necesario simplificar el mensaje. ¿Y cuál era el mensaje en la pandemia? Vamos a morir

todos si no haces lo que te dice el Gobierno. El mismo Gobierno que cuatro días atrás estaba llenando las calles con cientos de miles de personas para celebrar no sé qué de la igualdad real. Y ahí corría la masa a vaciar los estantes de los supermercados y, por supuesto, a llamar insolidario a los que 72 horas antes eran unos alarmistas. Ahora, la que había acudido al 8-M y luego a comer a casa de la abuela se autoproclamaba guardiana de la humanidad. Todo un bochorno al que tenía que asistir uno perplejo.

Surgieron las repugnantes patrullas ciudadanas que no dudaban en telefonar a las autoridades para que detuvieran o multaran al vecino que, de pronto, estaba poniendo en riesgo la vida de toda la nación por llevar la mascarilla por debajo de la nariz mientras subía en el ascensor. El Gobierno pudo corroborar que el ciudadano español es obediente, dócil, y una sociedad atemorizada y desinformada es el campo abonado perfecto para dar rienda suelta al despotismo autocrático más indeseable. Así, no solo el Gobierno central, sino también los autonómicos pudieron llevar a cabo las medidas más distópicas que jamás se hayan vivido.

Transcurridos los meses de marzo, abril y mayo, y gracias a los cientos de informes publicados por diferentes ministerios de sanidad del mundo —y numerosos estudios independientes—, ya se sabía que solamente había tres posibilidades: habías estado infectado, estabas infectado o te ibas a infectar. En concreto, el 14 de marzo de 2020 los científicos que asesoraban al Gobierno británico ya daban por hecho que al menos el 80 % de la población se iba a infectar y que no se iba a conseguir erradicar el coronavirus. Se llegó a proponer un contagio controlado para generar inmunidad de rebaño, pero posteriormente la idea se desechó por el colapso de los

hospitales. Ese problema, el colapso hospitalario, se dijo que acabaría tan pronto como la vacuna estuviera disponible. No obstante, antes de su llegada se debían seguir las nuevas leyes. Por aquel entonces, el miedo había cambiado de bando y ahora el Gobierno y la masa iban de la mano. Una espeluznante coincidencia que, debido al miedo, los gobernantes iban a explotar para llevar a cabo sus delirios. Todos los expertos, periodistas, tertulianos, influencers, políticos y presentadores que difamaron continuamente a los que alertaron de la pasividad del Gobierno continuaron ahí. No en su puesto de trabajo, sino alentando la mentira y el relato falaz. Ahora, por el contrario, no tocaba señalar al que antes era un alarmista, sino al que se denominó como «negacionista». ¿Quiénes conformaban dicho grupo? Básicamente, cualquiera que no comulgara con las más absurdas normas, como, por ejemplo, llevar mascarilla al aire libre.

Pero nada importaba porque estábamos salvando a la humanidad y para que el dios Estado no se enfadara había que realizar cualquier tipo de sacrificio. Todos, como así lo demuestra la naturaleza humana, sentimos miedo a lo desconocido y más si se trata de un virus que viene de China del que no sabemos gran cosa más allá de que provoca imágenes dramáticas. Y si nuestra vida está en riesgo, como era el caso, es lógico que el instinto de supervivencia se haga presente y estemos dispuestos a hacer cualquier cosa por conservar nuestra vida. Pero ese escenario, el de la prevención, ya se había perdido con la primera gran manipulación, y tras la entrada del mes de junio no existía posibilidad alguna de sostener unas medidas propias de la Edad Media sin que estas generaran un golpe económico que supusiera mayores tragedias que las generadas por

el propio virus. En 2020, la economía española cayó un 11 %, el mayor desplome registrado en ochenta y cinco años. Habría que remontarse al inicio de la Guerra Civil para encontrar un batacazo mayor que el generado por las medidas covidianas que se aprobaron. España, además, fue el último país de la UE en recuperar el PIB prepandemia. Lo hizo en 2022, pero si analizamos el PIB per cápita precovid, no fue hasta finales de 2023 cuando lo logró. En resumen, era evidente que las medidas draconianas tenían unas fechas para adoptarse y, pasadas estas, el remedio era peor que la enfermedad.

Pero la masa estaba hambrienta de totalitarismo distópico y se inclinaba como una ramera a cualquiera que fuera la barbaridad que se le incitaba a cometer. Algunas de ellas fueron las siguientes:

- En los aeropuertos quedaba terminantemente prohibido sentarse junto a otras personas. Eso sí, una vez en el avión, ahí estaban todos bien hacinaditos porque el COVID-19 no era de subirse a los aviones —tenía vértigo— y sí mucho de salas de espera.
- Dentro de los aviones era obligatorio llevar la mascarilla excepto si pedías unos cacahuets o una botella de agua. Entonces el COVID-19, que siempre ha sido extremadamente educado y no le gusta interrumpir, se mantenía al margen y no te infectabas. Ahora bien, si no comías, te tocaba ahogarte en tu propio aliento.
- En los conciertos, los cantantes portaban una mascarilla con una abertura para poder cantar. Esto, en la práctica, era como

no llevar nada, pero la estupidez es supersticiosa y el COVID-19, por lo que se veía, también.

- No eran pocos los ciudadanos que conducían con la mascarilla puesta aun estando solos en el vehículo, no fueran a reinfectarse a sí mismos tosiendo. Estos estúpidos eran los favoritos del COVID-19.
- Las playas se parcelaban para que los ciudadanos que decían acudir a la playa al aire libre no se infectaran. Esta medida consiguió evitar la infección de la increíble cifra de 0 personas. Pero ahí estaba la masa obediente. Incluso alguno se metía en el mar con la mascarilla puesta, no fuera a infectar a algún pececillo.
- Se presentaban guías para desinfectar el pan, la compra, etc. Incluso se puso de moda el uso de guantes, si bien es cierto que por un corto periodo de tiempo, porque no servían para nada.
- Quedaba prohibido ir sin mascarilla al baño del restaurante. Eso sí, en la mesa uno podía quitársela porque el COVID-19 era un poco pillo y acechaba detrás de la puerta de los baños de los bares.
- En el Ayuntamiento de Lucena se prohibió quedarse quieto y de pie partir de las 19.00 horas para «evitar contagios». Y es que era bien sabido que al COVID-19 no le gustaba la gente calmada.
- En las largas colas de las discotecas al aire libre era obligatorio el uso de mascarilla, pero una vez dentro de la discoteca uno podía quitársela y gritar, abrazarse y morrarse junto a cientos de personas.

- La hostelería debía cerrar a la 01.00 y quedaba prohibido el consumo en la barra. Nunca nadie leyó un informe que dijera que el COVID-19 tenía especial interés por las barras y no por las mesas.
- Quedaba prohibido que fueran más de seis personas las que se reunieran en Navidad. Nunca nadie leyó un informe que dijera que el COVID-19 se impacientaba y se volvía loco si la reunión era de siete. Seis era, según los expertos, el número exacto. Ni uno más, ni uno menos. Así lo determinaba «la ciencia».
- Se instauró el toque de queda entre las 00.00 y las 06.00 excepto los días 24 y 31 de diciembre, cuando el toque de queda pasaba de ser desde la 01.30 hasta las 06.00. Porque, como todo el mundo sabía, el COVID-19 también descansaba y en festivos su capacidad de contagiar menguaba considerablemente. ¡Que lo decía la ley, oiga!
- Se crearon los llamados «Espacio free covid». A la masa le otorgaba tranquilidad —víctima de su limitada capacidad intelectual— leer un cartelito que le asegurara algo que resultaba imposible. Si bien es cierto que si eso ocurre con los puntos violetas, ¿por qué no con el coronavirus?
- Se pintaron marcas en las aceras para respetar la distancia de seguridad, porque el COVID-19 a dos metros bien, pero si te colocabas a un metro y ochenta centímetros, entonces te hacía implosionar.
- En muchos aparcamientos se dejaba una plaza de separación entre los vehículos con el propósito, debe ser, de que no se infectaran los coches entre ellos.

- Se montaron impresionantes dispositivos con la participación de helicópteros para detener a peligrosos individuos que surfeaban solitarios en el mar.
- A los enfermos ingresados en los hospitales se les mantenía con las ventanas abiertas en pleno invierno. De esa forma, si la neumonía bilateral no la tenían muy desarrollada, podían cogerla con más fuerza. Todo era para salvar vidas.
- Se colocaron flechas en los supermercados, centros educativos, hospitales, etc., para Dios sabe qué.
- Solo podía circular en coche un conductor, sin acompañantes. Estaban prohibidos los desplazamientos con más de una persona en el interior del vehículo. Es decir, un padre no podía llevar a sus hijos en el coche, pero luego en casa sí podía estar con ellos porque el COVID-19 se mareaba en el coche y respondía infectando, mientras que en una casa particular no. Las multas por incumplir el disparate oscilaban entre los 300 y los 1.000 euros.
- En Castilla y León, por ejemplo, solamente podía haber 25 personas en la catedral de Salamanca, pero más de 50 en los autobuses urbanos. El COVID-19 nos salió protestante y perseguía con fiereza a los católicos.
- Un matrimonio no podía ir en el mismo coche, pero sí dormir juntos en la misma cama porque el COVID-19 es un romántico. Posteriormente, en los coches de cuatro o cinco plazas podían viajar dos personas, una por fila.
- El Parlamento fue clausurado, algo que no había ocurrido ni durante la Segunda Guerra Mundial mientras la Luftwaffe bombardeaba continuamente Londres.

Podríamos enumerar decenas de estúpidas normas que los ciudadanos tuvieron que seguir y que no sirvieron para evitar contagio alguno, pero sí para comprobar hasta qué punto la estupidez reinaba. También podríamos mencionar cómo los propios gobernantes que imponían dichas restricciones salvajes se las saltaban. Como el caso de Francina Armengol o el siervo fiel del sistema, Miguel Ángel Revilla. Este último es especialmente desagradable para la raza humana, pues pasó de ser un fiero defensor franquista a convertirse en un progre de manual para poder seguir viviendo del contribuyente. Eso sí, a la masa le cae simpático porque va en taxi y regala anchoas. Tampoco hay que hacer mucho más en el vómito democrático del populismo para convencer a una generosa cantidad de idiotas.

Todas estas medidas estaban avaladas por un comité de expertos ique resultó que no existía! Estaba compuesto por nadie. Así, sin más. A veces uno no tiene más remedio que dar las gracias a las generaciones que nos han precedido y dejado un país desarrollado. De lo contrario, si dependiera de la degeneración más preparada de la historia española y con tanta deficiencia mental acumulada, España sería, en el mejor de los casos, algo parecido a Somalia. Pero la vida es injusta y mientras nosotros saboreamos las mieles del primer mundo, otros pagan las consecuencias del tercermundismo.

De la oscuridad, del silencio atronador de las calles, de la inmensidad de la nada brotaba un sonido que se repetía si uno llevaba la mascarilla mal ajustada o directamente paseaba por un parque vacío. Las palabras resonaban desde lo más profundo si uno no se sometía a la imbecilidad y sorpresivamente escuchaba:

«Caballero, caballero». Y ahí aparecía una patrulla de la Policía Nacional —o de la Guardia Civil— para detener al mayor enemigo que la humanidad había presenciado hasta la fecha. Un tipo que andaba en la soledad sin usar mascarilla y fumando un cigarrillo, cuando no aquel otro que había decidido sacar a pasear al perro a primera hora para poder respirar el aire sin nadie alrededor. «Caballero, caballero, póngase bien la mascarilla». «Caballero, caballero, ¿adónde va?». «Caballero, caballero, todavía quedan cinco minutos para que pueda salir de casa». Se llegaron a imponer 1.142.127 multas en toda España en el primer estado de alarma que abarcó desde el 14 de marzo hasta el 21 de junio. Se llegaron a cometer tropelías tales como multar a un anciano con alzhéimer de ochenta y nueve años por salir a la calle —pues había olvidado qué estaba ocurriendo— o a un anciano desequilibrado que salió «a cazar pokémons». Ahora bien, hay que dejar constancia de que las denominadas «fuerzas del orden» no son las culpables de hacer cumplir las delirantes leyes aprobadas. En muchas ocasiones recibieron críticas por hacer su trabajo, incluso algunos llegaron a pedirles que dejaran de hacerlo. Esto resulta muy sencillo de decir, pero no tan fácil de cumplir cuando tienes tres niños pequeños en casa a los que alimentar. Por supuesto, como en todos los gremios, había policías buenos que cumplían su trabajo a regañadientes o hacían la vista gorda y policías que disfrutaban del abuso. Nada nuevo y nada tan humano.

Por si esto fuera poco, el primer estado de alarma fue declarado inconstitucional, esto es, los españoles fueron encerrados y sometidos a la barbarie de forma ilegal. No es que si hubiese sido legal entonces quedaría justificado el despropósito —esa teoría es

para los legalistas inmorales—, sino que todas esas multas y persecuciones se cometieron saltándose la ley por parte de aquellos que dicen estar sometida a ella. ¡Y ni un contenedor quemado! ¡Ni una sola dimisión! ¡Nada! ¡Qué derroche de civilización y buena salud democrática! El disparate era propio de una película de humor, pero la gracia se perdía cuando un nutrido grupo de imbéciles no solo consideraban vitales este tipo de medidas bajo el socorrido lema del «algo hay que hacer», sino que, además, exigían mayor contundencia para derrotar al virus. Unos tipos que no son capaces ni de derrotar su estupidez estaban convencidos de que ellos solitos, en una ciudad perdida de mala muerte, podrían detener el coronavirus a nivel mundial. Delirante.

La deshumanización avanzó a gran velocidad e incluso se prohibió que los familiares se pudieran despedir de sus padres, de sus madres, de sus maridos, de sus hijos, de sus nietos, etc. El proceso fue cruel e inhumano, pero aceptado. He ahí la gran tragedia de nuestro tiempo. ¿Qué le queda a una sociedad que acepta no poder dar la mano a su padre minutos antes de morir? ¿Qué clase de sociedad puede aceptar no dar un último beso a la madre que ha estado velando por él durante toda su vida? ¿Qué tipo de enferma colectividad y despreciable moral es aquella que tolera que un hijo moribundo pase a la otra vida alejado de sus padres? El despreciable abuso de los legalistas, unido a una masa que no merece poseer ninguna de las ventajas de las que goza, permitió que el ser humano quedara relegado a una cifra, un número que al día siguiente sería incluido en la estadística.

La muerte de cualquier atisbo de humanidad fue, sin duda, la más mortal de las enfermedades que contrajo el ser humano. Nos dijeron

que sería una cuestión temporal y que las videollamadas, los continuos mensajes de WhatsApp, los selfis, las fotos y las conversaciones virtuales quedarían como un mero recuerdo de una época oscura. Sin embargo, avanzó la pandemia y los distintos gobiernos aprovecharon el miedo de una población que nadaba en la desesperanza para implementar, una vez más, una vida contraria a la naturaleza del ser humano. Se nos aconsejó que dejáramos de abrazarnos, de vernos y de oírnos. Se nos exigió que olvidáramos el zumbido de las salas de fiesta, el ir y venir de la muchedumbre, los gritos, las citas, contemplar el frenesí de la multitud, la alegría compartida, el jolgorio familiar, las noches de promesas embriagadas, las de pasión y las de cólera, los días de odio y de lágrimas, la expresión locamente apasionada en el rostro de nuestros semejantes, las miradas cómplices y el contacto físico. Todo fue sustituido por una triste imagen en nuestro frío dispositivo móvil y una conversación a distancia. Con eso, dijeron, debíamos conformarnos, e incluso nos lo vendieron como un gran avance.

Es indudable que el desarrollo tecnológico nos facilita la vida, ese y no otro debe ser el objetivo. Sin embargo, se sustituyeron las experiencias vitales propias de la existencia humana mientras resonaban tambores de nuevos confinamientos injustificados, de teletrabajo obligatorio, de regreso a las pesadas videollamadas, de olvidar el sentido de pertenencia y de regreso a la vacía y superficial irrealdad virtual. Negarse a obedecer los cambios más indeseables parecía, pues, el único camino posible para salvaguardar los motivos por los que la maravillosa vida del ser humano tiene sentido. Desgraciadamente, no fue el caso, y lo peor todavía estaba por llegar.

La pandemia no se detuvo ahí. Transcurrieron los meses y surgieron diferentes variantes. Las nuevas cepas fueron rebautizadas de distinta manera. A la cepa británica se la denominó «cepa británica», pero en cuanto surgió una cepa procedente de la India, automáticamente se la bautizó como «variante Delta». Que la gente muera bien, pero que lo haga con sensibilidad racial. Esta última iba a imponerse durante el año 2021, y a finales del mismo surgió «iÓmicron!». El napalm de la estupidez que nos ha tocado vivir en una Europa decadente, repleta de gobernantes ineptos que solamente piensan en la manipulación de masas y a los que poco les importa el bienestar de la población, arrasó los pocos cerebros cuerdos que quedaban. Se centraron en someter a infinitas dosis de mentira y demagogia a los ciudadanos incultos para que la engullesen a la máxima velocidad posible y, de esa forma, se infectasen de fanatismo dejando de lado cualquier tipo de debate intelectual saludable. «Panem et circenses», decía el poeta romano Juvenal para definir a la sociedad romana de su época. No ha cambiado mucho la historia. Por eso no es de extrañar que Europa se convirtiera en el continente que más caro pagó las consecuencias de la pandemia. ¡Pero somos demócratas! Desde luego: repugnantes demócratas.

LA ESTRELLA DE DAVID DEL SIGLO XXI

Arrancó el año 2021 y ¡por fin llegó el maná del cielo! Moderna, Pfizer-BioNTech, Oxford-AstraZeneca, Johnson & Johnson y las descartadas vacunas de China y Rusia ya estaban listas para ser

inoculadas. ¡La salvación había llegado! ¡Nadie iba a volver a enfermarse del dichoso COVID-19! Israel fue el primer país —serio— que arrancó el proceso de vacunación masiva. Lo hizo, como suele ser habitual, de forma eficiente y rápida. No era de extrañar que Israel, que ha conseguido cultivar en el desierto una gran cantidad de alimentos gracias a un modelo revolucionario que ha permitido que un país sin agua pase a vender al mundo productos agrícolas que representan la mayor parte de sus exportaciones, vacunara 24 horas al día todos los días de la semana (incluido el Sabbat). El objetivo de las autoridades israelíes era que en marzo la pandemia del COVID-19 desapareciera de sus vidas.

Conviene recordar cuál era el ambiente a inicios del año 2021. La pandemia había afectado a todos y cada uno de los habitantes del planeta Tierra. La India, China, Europa, Estados Unidos, África, Sudamérica, etc. No hubo territorio alguno que quedara exento de sufrirla, como sí ocurrió con otras pandemias del pasado. El mundo se había paralizado al unísono y pocas fueron las naciones que no encerraron a sus ciudadanos en casa. La desesperación era total y todos se afanaban en recuperar la normalidad cuanto antes. ¿Qué era lo que podía lograrlo? Según la comunidad científica —esa que nadie sabe quiénes la conforman exactamente— y los errantes expertos, el único remedio era la vacunación masiva. Los ciudadanos se hallaban con su vida paralizada y sumidos en un pánico constante que agitaban convenientemente los medios de comunicación en favor del poder. En marzo, la directora de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades y administradora de la Agencia para Sustancias Tóxicas y Registro de Enfermedades, Rochelle Walensky, afirmó: «La gente vacunada no porta el virus, no

enferma».[10] El 17 de mayo, el director del Instituto Nacional de Alergia y Enfermedades Infecciosas de Estados Unidos, Anthony Fauci, sentenció: «Una vez que la gente se vacune, puede sentirse segura de que no se infectará».[11] El 21 de julio, el presidente de Estados Unidos, Joe Biden, declaró: «No te contagiarás del COVID con las vacunas. [...] Si estás vacunado, no serás hospitalizado, no estarás en cuidados intensivos y no morirás».[12] Esta fue la clase de mensajes que las autoridades repitieron a lo largo de todas las naciones occidentales. No eran pocos los expertos que aseguraban que el fin de la pandemia había llegado y en cuanto la población estuviera vacunada —el 70 % bastaba, según sus profecías— el COVID-19 dejaría de existir para siempre.

Sin embargo, estos mensajes chocaban frontalmente con la realidad. Israel, como hemos comentado, fue el primer país en aplicar la vacunación masiva, pero lejos de ver cómo el nuevo coronavirus desaparecía de sus tierras, lo que se comprobó fue que las personas vacunadas se infectaban, los ingresaban en la UCI y algunos morían. Es decir, ya se sabía que el relato era falso, pues los hechos demostraban lo contrario en el país de Oriente Medio. Nada de eso importó y el mensaje fue replicado continuamente: hay que vacunarse en masa. Primero se decía que con una dosis bastaba, luego dos y, por último, que hacía falta una dosis de refuerzo. Y allí que fueron los ciudadanos obedientes y sumisos a inyectarse la vacuna a sus centros sanitarios para salvar a la humanidad. Se vacunó sin interrupción durante 24 horas. Conforme avanzaba el proceso y la realidad golpeaba a la estúpida masa que no lee más allá de los titulares nacionales, los ciudadanos se escandalizaban al conocer que personas vacunadas se habían infectado. Otra vez,

inexplicablemente, lo que había sucedido en otros países pasaba en España.

¿Hacia dónde dirigió su mirada la población? Lo racional y lógico habría sido señalar a esos expertos, a esa comunidad científica que cada predicción que realizaba resultaba ser falsa y, sobre todo, a esos gobernantes que habían prometido que el fin de sus desdichas había llegado con la poción mágica. Pues no. Lejos de dirigir su ira e indignación contra esos malhechores, decidieron que los culpables eran las personas no vacunadas. Comenzaba así una campaña sin precedentes de hostigamiento contra los individuos no vacunados a los que se les tachaba de insolidarios, desalmados y genocidas en potencia. ¡La humanidad iba a perecer porque el 5 % de los españoles no se habían vacunado! Y en ese momento, cuando la histeria del fracaso colectivo hizo acto de presencia, la desinformación, la manipulación de masas y los grandes medios centraban todos sus esfuerzos en acusar de brujería a los no vacunados, llegaron los gobernantes a saciar la sed de sangre de la masa borreguil y estúpida.

¿Qué podía hacerse para acabar con los no vacunados? Una ley que les obligara a vacunarse. Y ahí que fueron raudos los gobernantes occidentales y el repulsivo coro del *deeply concerned* a erradicar los derechos naturales y la libertad de los ciudadanos que libremente habían decidido no vacunarse. Se les impuso multas, restricciones e incluso se les impidió salir de casa. En la democrática Croacia multaban con hasta 6.642 euros a quienes entraban en edificios públicos —incluidos los hospitales— sin estar vacunados. [13] En la democrática Italia los no vacunados eran multados con 100 euros y quienes intentaban acudir a trabajar sin haber recibido

el pinchazo recibían sanciones de entre 600 y 1.500 euros.[14] En la democrática Austria los no vacunados eran multados con hasta 600 euros y tenían prohibido salir de sus casas excepto para comprar o trabajar.[15] En la democrática Australia, concretamente en el norte, los no vacunados no podían salir ni siquiera para trabajar o hacer deporte.[16] En la democrática España se impuso el pasaporte COVID en la mayoría de regiones y uno de sus caciques regionales —Alberto Núñez Feijóo— incluso llegó a proponer multar con hasta 60.000 euros a las personas no vacunadas.[17] El que ahora dice ser el gran defensor de la libertad y la igualdad frente a la ley pretendía, de esa forma, crear un *apartheid* sanitario que hasta el corrupto Tribunal Constitucional tumbó. En los democráticos Estados Unidos miles de sanitarios fueron despedidos —Nueva York, California, Rhode Island y Connecticut fueron los más severos— por no estar vacunados y las restricciones a los no vacunados se implementaron en multitud de estados.[18] En la democrática Francia los sanitarios que no se vacunaron fueron suspendidos sin recibir su paga, los ciudadanos que no estaban vacunados no podían acudir a restaurantes, gimnasios, cines o estadios y aquellos que falsificaran el pasaporte COVID se enfrentaban a tres años de cárcel y 45.000 euros de multa.[19] En la democrática Alemania el delirio alcanzó un nivel todavía mayor: aquellos ciudadanos vacunados, pero solo con dos dosis, vieron cómo su pasaporte COVID dejaba de ser aceptado para poder ir a restaurantes, comercios, etc., por no inocularse la tercera dosis.[20] Fue así como los alemanes, siempre a la vanguardia de la degradación, consiguieron alumbrar el concepto del «vacunado antivacunas». Todo un logro, desde luego.

El relato era completamente falso. Eso no impidió a los consternados por las actitudes liberticidas a miles de kilómetros, pero cómodos con los liberticidas occidentales, proseguir en su campaña para que el bobo inoculado hasta el tuétano no tuviera a bien dirigir su mirada hacia ellos y lo hiciera contra el vecino. No tardaron el poder legislativo, el ejecutivo y la ramera del poder —el judicial— en multar y perseguir salvajemente a los no vacunados. «Negacionistas» fue el término utilizado por los medios de masas con todo aquel que había decidido no vacunarse. En cierta medida, especialmente los más jóvenes, tenía pleno sentido y lógica no vacunarse si se analizaban los datos. Además, la ley nacía de una premisa falsa: los vacunados no podían infectarse ni infectar a los demás, mientras que los no vacunados sí. Detengámonos brevemente en la ilógica actitud que emana siempre la estupidez. Si supuestamente las vacunas del COVID-19 otorgaban protección a la hora de contraer la enfermedad de forma grave y de fallecer, pero no evitaban la infección, ¿por qué obligar a todo el mundo a vacunarse?

El nuevo argumento que encontraron los liberticidas era este: «Los vacunados no infectan tanto como los no vacunados». ¿Era esto cierto? No. Estudios publicados por *The Lancet* afirmaban que ambos contagiaban prácticamente por igual la variante Delta (la dominante por aquel entonces).[21] Así pues, si una persona vacunada y una no vacunada contagiaban por igual e incluso un vacunado podía infectar a un no vacunado, ¿qué sentido tenía obligar a vacunarse a todos? ¿Cuál era el propósito? ¿Evitar infecciones? No, porque se producían igualmente. Si la vacuna protegía de contraer la enfermedad de forma grave y evitar muchas

muerres, ¿por qué ese miedo irracional ante un no vacunado cuando un vacunado también podía infectarte? Si, una vez te vacunabas, estabas protegido, ¿cuál era el problema? ¿Acaso no confiaba en las vacunas el multiinoculado? Resulta que los verdaderos «negacionistas» eran aquellos que se habían inyectado las dosis que el gobernante de turno les había dicho, pues, por primera vez, la vacuna no te protegía si el de enfrente no estaba vacunado.

La población seguía a merced del dictado de una banda de burócratas henchidos de pretensiones totalitarias. Entretanto, se anunció que la mascarilla al aire libre ya no era necesaria. Una sociedad sensata se habría hecho una pregunta elemental: ¿cuándo lo ha sido? Desafortunadamente, hay gente que está esperando a que un chiflado como Fernando Simón o un burócrata por alfabetizar en un despacho autonómico le diga cuándo tiene que dejar de usar la mascarilla para andar por la calle (medida despótica y absurda donde las haya). Nunca me topé con un estudio serio que alertara del riesgo de infectarse al andar al aire libre por la calle, pero este fenómeno digno de estudio que sigue esta mema sociedad nos dejó también pruebas irrefutables de hasta qué punto el pueblo está completamente envenenado. Uno de los más evidentes lo encontramos cuando cayó el estado de alarma. De pronto, millones de ciudadanos vieron cómo se les impedía viajar a su ciudad a visitar a su familia, pero un ciudadano de Francia, que en aquel momento triplicaba la incidencia acumulada de España, podía viajar donde se le antojara.

No solo eso. La inmensa mayoría continuaba sin ir a ver a su familia a otros lugares de España porque unos cuantos caciques con sobrepeso acumulado con el dinero del contribuyente, y que

desprecian la evidencia, no les dejaban. Ahora salen con mayor tranquilidad porque piensan, víctimas de su idiocia, que el virus está pendiente de los decretos que firman en un despacho y sigue el horario que le marca un autócrata peripatético. Si algo ha demostrado el ciudadano en esta pandemia es que su obediencia no ha variado ni un ápice con respecto a épocas pasadas. El Estado manda y ellos obedecen con fe ciega. Un sentimiento que tienen grabado a sangre y fuego desde hace siglos y que ha causado y causará estragos.

La cuestión del pasaporte COVID dejó sinsentidos como que una persona infectada —pero vacunada— podía subir a un avión, acudir a un estadio, a un restaurante o a un evento multitudinario, mientras que un no vacunado sano no podía hacerlo. Bastaba con recurrir al uso de la lógica. Se sabía que la vacuna no impedía que te infectaras ni tampoco que infectaras a otros (se sabía desde el principio, aunque algunos no se han enterado todavía). Bajo esta realidad, ¿qué sentido tenía que un tipo que está infectado —pero vacunado— pudiera realizar todas las actividades y alguien que no estaba infectado —pero no vacunado— no pudiera ni ir a trabajar? Es más, si la vacuna protegía a los más vulnerables y reducía en un alto porcentaje que pudieses fallecer o acabar ingresado, ¿por qué obligar a todo el mundo? Es más, ¿por qué vacunar a los rangos de edad que no colapsaban los hospitales? Es más, ¿qué carajo hacía el personal llevando a sus hijos pequeños para que los marcaran como a ganado si ni un solo niño sano falleció? Nada importaba. La histeria colectiva —la peor de las pesadillas posibles— se había impuesto y el *apartheid* sanitario había llegado.

Resultó especialmente repulsiva la actitud de los padres con sus hijos. Ahí, en ese momento, uno tenía la certeza de que la sociedad en la que habitaba estaba corrompida moralmente. Si con tal de que les dejaran en paz la inmensa mayoría de los padres estaban dispuestos a someter a sus propios hijos a la barbarie, ¿qué no aceptarían? Fueron los grandes olvidados. La masa ya se había acostumbrado a hacer el ridículo paseando con el nuevo amuleto de la suerte (mascarilla) por todos lados y en cualquier circunstancia. Pero si hay un grupo que se vio marginado y silenciado desde que comenzó el «delirio covidiano» fue el de los niños. Quizá al no tener potestad para votar y, por lo tanto, al imposibilitar que se mercadee con su voluntad, al poder político le trae sin cuidado su bienestar.

Los datos de la fundación ANAR revelaron que en dos años los casos de síntomas depresivos, autolesiones y conductas suicidas en niños se habían triplicado. Los adultos nos encargamos de traspasarles nuestra paranoia a pesar de que, como ya he dicho, ni un solo niño sano había fallecido en España. Lejos de desquitarnos, continuamos nuestra vida ajena a la realidad que sufrían. El uso de mascarillas en los colegios fue la demostración más evidente de cómo la sociedad olvida pronto aquello que no le afecta directamente. Sin embargo, esa postura tremendamente egoísta y nociva para el bien común esconde una doble maldad al sobrecargar a un grupo indefenso con las estupideces de los adultos tarados por horas y horas de mensajes apocalípticos bombardeados en la televisión y prensa tradicional. Mientras los adultos se morreaban en discotecas, los políticos acudían a multitudinarios eventos y los mayores de edad nos hacinábamos en garitos nocturnos y demás

antros insalubres desprovistos de mascarillas —como debía ser—, imponíamos a los niños lo que nosotros rehusábamos hacer.

La vida del sano e inocente sometida al esclavo enfermizo y cobarde adulto que, al día siguiente de emborracharse con sus amigos en un espacio interior, le colocaba sin rechistar una mascarilla inservible y déspota a su propio hijo como símbolo de su repugnante bajeza moral. Surgió el concepto «por si acaso» y ahí que llevaban a criaturas de cuatro, cinco y ocho años a recibir su dosis. La pregunta era: por si acaso, ¿qué? ¿Cuántos niños sanos, esto es, menores de doce años, fallecieron? Cero. «¡Los niños son transmisores!», decían los expertos. Pero ¿no habíamos quedado en que la vacuna te protegía? Y si no lo hacía, ¿para qué vacunar a un niño si podía infectarse de igual modo? ¿Cuál era la lógica? La lógica del por si acaso. Maravillosa demostración de la superstición de los pueblos. Una injusticia inaceptable excepto para una sociedad profundamente enferma.

Los gobiernos le han cogido el gusto a una simulación más propia de un videojuego en el que la hipervigilancia estatal y el sometimiento son una constante. Si aceptamos que nuestra libertad y derechos fundamentales pueden ser erradicados de la noche a la mañana bajo el paraguas del abstracto concepto de la seguridad nacional, todo lo que venga después impuesto por capillas moralistas que se autoproclaman defensoras de la humanidad y el planeta no tendrá fin. Y así ocurre en la actualidad. No tardaremos en presenciar limitaciones en el uso de la energía, horas de agua, mayores restricciones en la circulación, prohibición de utilizar el coche determinados días, etc. Todo será para salvar el planeta, mas no de la estupidez.

El cenit de la estupidez había llegado y, a pesar de la evidencia, los siervos voluntarios se postraban frente a unos tipos ridículos con chaleco mostrándoles su QR para poder acceder a los recintos o al aeropuerto. La «chalecocracia» llegó para llenar las vidas huecas y los cerebros carcomidos de unos tipos que uno no sabía ni siquiera qué carajo eran exactamente. Y ahí estaban, solicitando a los ciudadanos españoles que mostraran un código QR para poder entrar en su propio país. Eran fáciles de reconocer, pues les habían colocado un chalequito naranja fosforescente para que el tonto útil fuera identificado sin dificultades.

El proceso era el siguiente: tras pasar el control fronterizo con la Policía Nacional y enseñar tu pasaporte español —lo único que necesitas para entrar en tu propio país—, aguardaban una especie de nuevos cuerpos del Estado con chalecos reflectantes. Conforme uno se aproximaba al grupúsculo de salvadores de la humanidad, una cuadrilla de féminas, con una voz chirriante y extremadamente desagradable, no cesaban de gritar: «¡Certificado de vacunación!». Y ahí casi todos se paraban para echar mano al bolsillo y sacar su teléfono móvil para mostrar el código QR. Si uno tenía a bien, con buen criterio, pasar de largo obviando a los nuevos guardianes de la humanidad, se abalanzaban sobre ti de forma nerviosa y agresiva. «Caballero, caballero, no puede pasar sin mostrar el certificado». Por supuesto que uno podía pasar, y entonces acudían raudos esos enfermeros pertrechados como si estuviéramos en una guerra biológica a buscar a la Guardia Civil. Y ahí iban tres tipos con bata blanca cubiertos con mascarillas, protectores faciales, una plaquita de no sé qué de seguridad, con chalecos reflectantes y aspecto

ridículo corriendo como si un tsunami estuviera a punto de llegar a la costa en busca de la autoridad para detener el apocalipsis.

Una vez te topabas con la Guardia Civil, esta trataba de que te hicieras una prueba PCR para poder ingresar si no contabas con certificado COVID. Si te negabas, no había mucha más tela que cortar. ¿Qué iba a hacer? ¿Deportarte a Colombia, a Tailandia o al Reino Unido? Deportar a un español, ¿adónde? Todo era de un ridículo magnánimo que, por supuesto, la chalecocracia estaba dispuesto a cumplir. Y todo porque el delirio covidiano había permitido a unos ciudadanos miserables dar rienda suelta a sus tics totalitarios y se sentían cómodos jugando a ser los mandamases en el reino de la imbecilidad. El COVID-19 había dado sentido a la vida de esos advenedizos con chaleco, pero también a esos mediocres que ahora tenían que telefonar a las autoridades para que la humanidad estuviera a salvo. Así, Paco y Charo ya no eran dos simples mortales a los que nadie importaba, sino que eran dos ciudadanos que estaban protegiendo la vida en la Tierra. Es, básicamente, el mismo proceder y razón que el fraude ecológico utiliza para aumentar sus filas de adeptos estúpidos.

«La nueva normalidad», así llamaron a la distopía que vivíamos y que fue rápidamente asumida. Tapando la boca de todos los ciudadanos aniquilaban cualquier discrepancia popular y atemorizaban al rebaño con severos correctivos en caso de no cumplir las despóticas normas aprobadas. Abriéndose camino a través del miedo, de la superstición y de la falsa solidaridad, todos —sin excepción— recorrimos al unísono el sendero del sinsentido y la humillación. Lo que verdaderamente ha destruido esta pandemia es la sagrada libertad. El pueblo olvidó —y continúa haciéndolo— que la

libertad conlleva responsabilidad. Un duro cometido que no está dispuesta a aceptar una sociedad carente de valores y cuyos pasatiempos se limitan a consumir horas de inservible y vacío contenido en su dispositivo móvil.

Frente al vulgar argumento del colectivo, la masa, sin oponer resistencia, se sometió al terror de esa masa degenerada que concibe como libertad tener que esperar a que «el Imperator» nos diga cómo actuar, estar marcado con un código QR con fecha de caducidad y rellenar absurdos formularios para poder viajar. El ser humano es un animal de costumbres y no pareció importarle habitar en una falsa libertad que aún hoy continúa vigente en muchos ámbitos.

Y es que la estúpida idea extendida y enormemente compartida de que la democracia es sinónimo de libertad nos llevó a no contravenir las normas aprobadas democráticamente por los diversos parlamentos de Europa. Una mera apariencia, nada más que eso, pura apariencia, es lo que dicen defender y salvaguardar los demócratas. Todo nace de un error de concepto: asumir que el Estado es el garante de los derechos y las libertades. Esta idea tiene un efecto demoledor. Como hemos visto, la pandemia del COVID-19 otorgó poderes absolutos a los gobernantes que eran incitados por los propios gobernados a actuar con mayor severidad contra los no vacunados. Bajo el paraguas de la salud, la defensa de la humanidad y la seguridad se aprobaron las leyes más liberticidas que uno recuerda desde el fin del nazismo y el comunismo soviético. Se nos decía cuándo podíamos salir de nuestra casa, con quién podíamos ir en el coche, cuándo podíamos pasear y por dónde, se aplicaban toques de queda, se imponía el uso de la mascarilla al aire libre, etc.

No obstante, los estultos democráticos no dejaron de creer en la estúpida idea de que la democracia es el fin de la historia y solo puede dar a luz leyes y actos buenos. Nada más lejos de la realidad. La democracia no tiene límites y el poder simplemente necesitó una excusa para inmiscuirse —como sigue ocurriendo en la actualidad— en cada parcela de nuestras vidas privadas. Se asesinó ferozmente el orden espontáneo, el libre albedrío, la organización voluntaria, la libertad y la responsabilidad individual. Todo quedó contaminado por un colectivo enfermo de totalitarismo que se jactaba de poder denunciar a su vecino, y que la autoridad fuera un pobre infeliz al que le habían dado la potestad de decidir quién entraba o no en un bar, un cine o un restaurante. Si bien es cierto que estas prácticas no solo se dieron en los regímenes democráticos, el coro del *deeply concerned* mostraba una gran preocupación por la persecución que sufrían los chinos o los rusos, pero hacía la vista gorda con la persecución que sufrían los europeos no vacunados. «¡Nosotros no somos como ellos!», decían. No, somos peores, pues en estos casos las leyes liberticidas contaban con el respaldo de la inmensa mayoría de los ciudadanos. La realidad, una vez más, demostró que afirmar que la democracia es sinónimo de libertad es radicalmente falso. Ni siquiera la nueva Santa Trinidad llamada «separación de poderes» (ejecutivo, legislativo y judicial) a la que tanto hacen referencia de los demócratas pudo evitar el regreso de la estrella de David, esta vez en forma de código QR, pero con el mismo sentido y significado: segregar a los ciudadanos y erradicar cualquier derecho a aquel que no tuviera el dichoso salvoconducto en su teléfono móvil. Si los devotos democráticos estuvieran en lo cierto —no lo están— y la

democracia evitara los abusos más despreciables contra la humanidad, ¿cómo explicar lo ocurrido?

En Italia se aprobó que los ciudadanos no vacunados no pudieran acudir a sus puestos de trabajo. En Austria se prohibió a los no vacunados salir de sus casas. En Francia la policía patrullaba los bares y restaurantes en busca y captura del ciudadano que había osado sentarse en una terraza a beber un café sin pasaporte COVID. En España se obligó a los ciudadanos a llevar mascarilla para andar por la calle y los no vacunados eran expulsados —exceptuando la Comunidad de Madrid— de bares, restaurantes, conciertos, discotecas, etc. En Estados Unidos el delirio alcanzó a los miembros del personal sanitario: fueron despedidos todos los que no se hubiesen vacunado, con lo que pasaron de héroes a villanos y el poder los ejecutó miserablemente por no cumplir con la legislación democrática (especialmente sonados fueron los casos de California). La siempre temible democracia sirvió como coartada para otorgar legitimidad a los gobernantes para aprobar leyes liberticidas.

Ante la histeria generalizada, convenientemente azuzada por los medios de comunicación con mensajes falsos y las ramerías del poder martilleando en cada tertulia, los gobernantes pudieron dar rienda suelta a su sueño húmedo. Se podría refutar la tesis afirmando que era una situación excepcional nunca antes vista que requería de medidas extraordinarias. Volvemos, de nuevo, al punto. Si el objetivo era evitar las infecciones y las vacunas no lo hacían, ¿qué clase de humano puede ser tan estúpido para seguir manteniendo esa tesis que es objetivamente falsa? «Bueno, pero eso no fue aprobado ni votado por el pueblo», podrá decir el dogmático demócrata. Hablemos de lo que ocurrió en Suiza, a la que

a menudo se expone como ejemplo del gran logro de la democracia directa, país participativo y enormemente democrático. En noviembre de 2021 se decidió someter a votación si los ciudadanos que no estaban vacunados podían acudir a lugares públicos y acceder a determinados servicios o, por el contrario, debían ser despojados de su estatus de ciudadano. De obtener un resultado positivo, los suizos solamente podrían acceder mediante la presentación del pasaporte COVID a determinados lugares públicos o servicios como un restaurante, un cine, una iglesia, un espectáculo o un evento deportivo con un aforo superior a mil personas. El 62 % de los ciudadanos votaron a favor de la ley que cercenaba *ipso facto* la libertad de un porcentaje de la población. Imagine que usted decidió no vacunarse y hubiese habitado en Suiza. De la noche a la mañana habría visto cómo su vida se convertía en un infierno y sufría, de facto, un *apartheid*. Y no porque un autoproclamado autócrata perverso y haciendo uso de la fuerza militar así lo había dictaminado, sino a través de un proceso democrático. Lo que ocurrió en Suiza fue un *apartheid* sanitario aprobado por la mayoría a través de un referéndum democrático y legal. A los demócratas les parecerá estupendo, pues sus requisitos se cumplen, pero la realidad es que este hecho tan reciente nos demuestra que el cuento democrático guarda, cuando menos, bastantes sombras. ¿Acaso se puede decidir, por mucho que sea democráticamente, qué clase de sustancia debe inyectarse una persona en su propio cuerpo para poder salir de su casa? ¿Puede la mayoría de los ciudadanos erradicar todos los derechos de una minoría? La respuesta es sí, y esto ocurre en democracia.

La estupidez fue la que permitió al poder extender sus tentáculos. La pandemia del COVID-19 fue el último ejemplo de cómo la masa puede implorar la intervención gubernamental para paliar sus desdichas. El poder político, evidentemente, acudió encantado para mostrarse como el salvador a pesar de que todo era una gran mentira. Bertrand de Jouvenel decía: «Cuando el Poder solicita recursos para sí mismo, no tarda en acabar con la complacencia de los súbditos [...]. Así, las circunstancias peligrosas en que el Poder actúa por la seguridad general le valen una gran potenciación de sus instrumentos y, una vez pasada la crisis, le permiten conservar sus adquisiciones». No es exagerado decir que gran parte del control que se impuso —sobre todo a través de la tecnología— sigue vigente en la actualidad. La masa se vio encantada de compartir el poder con los gobernantes y los gobernados reafirmaron la execrable naturaleza de la mayoría. Y todo se dio bajo regímenes democráticos.

Por lo tanto, la tesis democrática que sostiene que los distintos contrapoderes limitan y controlan el poder del gobernante se revela como falsa, pues todo queda reducido a lo que apruebe un parlamento. Las mayores atrocidades cometidas contra la libertad y los derechos naturales del hombre en el siglo XXI se hicieron, a diferencia de otras épocas, bajo el paraguas democrático y la libertad de voto. El arrogante occidental que suele mirar con desprecio a los regímenes totalitarios lejanos es incapaz de observar el suyo propio. Los demócratas aprobaron leyes que impidieron salir de casa —y, por ende, trabajar y alimentar a sus hijos— a todos aquellos padres de familia que no se habían inyectado la vacuna contra el COVID-19. «¡Es el imperio de la ley!», berrean a la luz del

alba los «demobestias». Sí, claro, del mismo modo que el imperio de la ley rige Corea del Norte, China, Cuba o Venezuela. La ley, en muchas ocasiones, no deja de ser el pasto que alimenta las almas de los que están dispuestos a aceptarla y no desobedecerla a cambio de vivir en un establo seguro sin importar el contenido de la misma.

El argumento legalista se utiliza a menudo para cargar contra el Gobierno español por, dicen, saltarse los procedimientos legales para llevar a cabo sus fechorías. Ah, ¿que si fuera por la vía legal entonces veríamos con buenos ojos la destrucción de la nación? ¿Hubiera sido correcto que se multara a los no vacunados como anhelaba Núñez Feijóo si no lo tumba el Constitucional? ¿Acaso las leyes de Núremberg —muy legales ellas— entonces debían cumplirse porque así lo decía la ley? ¿Hubieran estos inmorales legalistas defendido las prácticas eugenésicas porque habían sido aprobadas por parlamentos democráticos? ¡Qué decir del *apartheid*! ¿Habrían denunciado al blanquito moral que se negaba a tratar como a una rata a otro ser humano por el mero hecho de ser negro? Me temo que, en todos los supuestos, los legalistas habrían sido cómplices de la barbarie y del mismo modo que denunciaban a su vecino hubiesen denunciado a su vecino judío para que se lo llevaran. Si bien democracia no es sinónimo de libertad, definirse como legalista es sinónimo de ser estúpido.

Llegó finales del año 2021 y apareció una nueva variante: ¡Ómicron! Y ahí cayeron como moscas todos. Vacunados, revacunados y ultrarreforzados con dosis de todas las marcas disponibles se infectaron a una velocidad de vértigo. ¡Maldito 5 % de no vacunados en España! ¡Por su culpa!

El año 2021 fue, sin duda, el año del negacionismo del sentido común. Sumergidos en el huracán de sinsentidos fuimos adaptando a nuestra vida nuevas costumbres indeseables y cambiando nuestro comportamiento. La normalización de lo que está mal llamó a la puerta y no hubo dudas en abrirlas de par en par para que inundara nuestros hogares. Estaba mal que te pidieran un certificado para poder ir al cine con tu novia. Estaba mal que te impidieran trabajar si no te habías puesto las dosis de turno. Estaba mal que no quisiéramos estar con nuestros familiares y amigos por miedo a contagiarnos. Estaba mal que pidiéramos un test a nuestro hermano para que pudiera sentarse a nuestra mesa. Estaba mal que la inmensa mayoría caminara con mascarilla por la calle cuando la probabilidad de infectarse era del 0 %. Estaba y está mal que estemos hipercontrolados a través de nuestro dispositivo móvil. Está mal que, en vez de señalar a los que nos contaron que con la vacuna se terminaba todo, utilicemos como chivo expiatorio el ridículo porcentaje de no vacunados. Está mal que la sociedad apueste por estar representada por mediocres, farsantes y embusteros con ínfulas napoleónicas. Está mal que muchos esperen que una Constitución, una ley o un decreto solucione lo que debes solucionar tú. Está mal que pasemos a las generaciones venideras la cuenta de un sistema deficitario. Está mal que la Ley se haya convertido en un mercadillo en el que se subasta quién recibirá los privilegios del legislador. Está mal que se discrimine a los ciudadanos por motivos ideológicos, sanitarios, raciales o de sexo. Está mal que el pueblo sea esquilado con impuestos abusivos y encima aplauda al ladrón. Está mal que forjemos una opinión sin ni siquiera conocer los datos fundamentales. Y está mal que los jóvenes vivieran

atemorizados por un virus cuando la principal causa de muerte en su franja de edad es el suicidio.

La moralidad de los pueblos es el verdadero poder que marca el rumbo de un país, pero si este acaba abrazando el mal y acostumbrándose a actuar bajo los postulados contrarios a la libertad en pro de una falsa seguridad, finalmente no tendrá ninguna de las dos cosas.

Como decía, Ómicron infectó masivamente a la población y la farsa saltaba, por fin, por los aires. Hasta el más necio empezaba a dudar del cuento que había escuchado durante tanto tiempo. No era necesario que los vacunados y ultravacunados se infectaran masivamente para percatarse del engaño. Bien sencillo resultaba, aplicando el uso de la lógica meses antes, desmontar la mentira. El diálogo entre el Relato y la Realidad era el siguiente:

Relato: Si te vacunas, no te infectarás.

Realidad: Los vacunados se infectan.

Relato: Bueno, te infectas, pero no acabas en la UCI seguro.

Realidad: Falso. Muchos vacunados terminan en la UCI.

Relato: Vale, pero es que en realidad la vacuna no evita que te infectes, pero evita que te mueras.

Realidad: Personas vacunadas fallecen.

Relato: Los vacunados infectan menos que los no vacunados.

Realidad: Los vacunados infectan igual que los no vacunados.

Relato: Ya, pero es que se tiene que vacunar todo el mundo para que funcione la estrategia.

Realidad: ¿Qué clase de vacuna es aquella que no protege al vacunado?

Ante la evidencia surgió un nuevo concepto —las dosis de refuerzo— y los gobiernos redoblaron su ataque contra los no vacunados. Resultaba que las vacunas, en realidad, tenían un pequeño problema y es que a los seis meses perdían la protección. De nuevo se llamó a los borregos al aprisco para ser marcados una vez más, y no fueron pocos los que decidieron acudir raudos a por su dosis de la poción mágica. Incluso muchos que ya se habían infectado hasta en dos ocasiones decidieron ir a reforzar su estupidez. ¡Que se note que estamos bien aleccionados! Y los centros volvieron a llenarse de buenos ciudadanos para recibir sus dosis de refuerzo a pesar de que ya se habían infectado.

El contagio masivo no detuvo el delirio covidiano y el pasaporte COVID seguiría vigente. Los expertos se esmeraron en vender que la variante Ómicron iba a reducir la población poco menos que un 98 % —ni la peste negra, oiga— y que era fundamental protegerse reforzando la inmunidad. ¿Reforzar aquello que jamás se había tenido? ¿Cuándo había otorgado inmunidad la vacuna? Nunca. Simplemente esa pregunta bastaba, pero exigir reflexión a la masa es no comprender su proceder. Concluyó 2021 y arrancó 2022 bajo la persecución, el hostigamiento y las campañas de desprestigio contra todo aquel que no había acudido al establo a recibir su pienso en forma de jeringuilla. Cualquiera podía ver a un rebaño infectado paseándose sin problemas solo porque tenían un código QR y a unos tipos sanos —sin QR— que no podían hacer su vida. La estupidez más absoluta aplastando la libertad.

Uno se encontraba con situaciones ridículas. Por ejemplo, era común que tipos que habían ido a un restaurante a cenar y luego

habían estado en una discoteca —evidentemente, sin guardar la distancia de seguridad— al llegar a su portal se colocaban la mascarilla para entrar en el ascensor. ¿Por qué se ponían la mascarilla en el ascensor pero no en todos los demás lugares donde habían estado? Si su lógica era el peligro a infectarse, lo razonable, atendiendo a esa premisa, hubiera sido no salir a ningún bar o meterse en discotecas donde la densidad de población era mayor que en Dhaka. Si el temor —que no voy a juzgar, pues el miedo es libre— de esos tipos era infectarse, lo lógico hubiera sido no juntarse con cientos de personas mientras los hielos resonaban en una copa en la que poco antes Dios sabe cuántos habían posado sus labios. Imagino que, en sus cabezas, el pequeño tramo del portal al ascensor se convertía en un lúgubre pasillo oscuro donde acechaba la muerte y, una vez abiertas las puertas del ascensor, aquello debía ser la entrada al mismísimo infierno. Si la estupidez solamente hubiera afectado a un individuo, es más, a una docena o a un millar, no habría causado problemas. Sin embargo, la estupidez se apoderó de toda una nación y llevó a cabo el mayor ataque contra la libertad que se recuerda en Occidente.

Y es que la soberbia mostrada desde el principio de la pandemia por parte de los distintos gobiernos había terminado por generar la estúpida creencia de que podíamos acabar con el COVID-19. A decir verdad, los suecos no asumieron nunca esa tesis y Anders Tegnell llevó a cabo en el país nórdico una estrategia completamente diferente que le granjeó la ira de sus colegas «expertos» que, todavía hoy, no saben de dónde narices salió el virus. Le llegaron a calificar de «genocida», pero el tiempo —que siempre pone todo en su sitio— demostró que Suecia fue de los países que menos muertos

por habitante tuvo durante la pandemia. Y es que la comunidad científica —esa aberrante combinación que se repite hasta la saciedad— consiguió convencer a los ciudadanos de que todo dependía de nosotros. Animaban a realizar «un último esfuerzo» para acabar con la pandemia y para conseguirlo nos dijeron que tocaba vacunarse y alcanzar el 70 % de la población inmunizada porque la vacuna impediría infectarse. Tal afirmación resultó ser falsa y entonces nos dijeron que necesitábamos llegar al 80 %. Lo hicimos y nos dijeron que no, que el 90 %. Una vez alcanzado, nos intentaron hacer creer que con tres dosis esta vez sí sería la definitiva. A todo ello aseguraron que la liberticida y repugnante idea del pasaporte COVID era fundamental para evitar un aumento de casos. En la práctica, como hemos visto, el pasaporte COVID no era más que una licencia para contagiar otorgada por los gobernantes. Ante este baño de realidad, solo un estúpido podía creer que esto terminaría con un decreto.

Aunque no nos guste, hay ciertas cosas que escapan al control del ser humano, y esta era una de ellas. Afortunadamente, llegó Ómicron y la cantidad de infectados se multiplicó a un ritmo vertiginoso. Reino Unido declaraba el mayor número de infectados desde el principio de la pandemia (91.956) en un solo día y posteriormente se le sumarían todos los países. Récord tras récord, lo extraño era no estar infectado. Esta cifra pronto fue utilizada por los medios de desinformación para aterrorizar al personal, temeroso, esta vez sí, de que la humanidad fuera a perecer.

Ya se sabía que la letalidad entre los infectados no era superior al 1 % y que el problema vivido a comienzos de 2020 —el gran colapso hospitalario— había desaparecido. Siempre estaba el médico con

ganas de protagonismo que seguía vendiendo en la televisión que esto era peor que la Gran Guerra, pero lo cierto es que los centros hospitalarios se encontraban en una situación infinitamente mejor que aquel terrorífico trimestre del año 2020. Los primeros meses de 2022 transcurrieron sin mayor novedad, aunque el porcentaje de ciudadanos con tres dosis no alcanzaba el porcentaje de ciudadanos que se habían inoculado dos dosis. La histeria había dado paso a la resignación de un rebaño que asumía que la infección era inevitable hicieras lo que hicieras.

Pero la mayoría, víctimas del desconocimiento de la naturaleza del poder político, continuaron abrazando estas medidas delirantes por «solidaridad», «seguridad», «bienestar», «salud» o, los más ambiciosos en su idiocia, «salvar a la humanidad». Endulzada bajo aparentes causas nobles y beneficiosas para la comunidad, la ley en Occidente pasó de ser el refugio que protegía a la minoría frente a la mayoría a convertirse en la herramienta utilizada para aplastarla. La licencia para contagiar creó un caso mundialmente conocido, el de Novak Djokovic. El tenista serbio quería disputar el abierto de Australia, pero el Gobierno australiano le hizo saber que no le permitiría jugar si no demostraba que estaba vacunado. Djokovic, por el contrario, decidió demostrar que estaba sano a través de una prueba PCR. A pesar de ello, ide demostrar que estaba sano!, las autoridades australianas se negaron a dejarle participar. El número 1 del mundo advirtió que no iba a compartir dicha información y que no iría al torneo si se le obligaba a decirlo. Raudos, los medios de desinformación comenzaron a tacharlo de «antivacunas» y «negacionista». Los neoinquisidores que juzgaban a los demás en función de las dosis que almacenaban en su cuerpo, del tipo de

mascarilla que usaban y de lo consternados que se mostraban por una cantidad de casos que, por suerte, hacía semanas que no significaban nada realizaron una campaña contra el jugador serbio que le costó perder patrocinadores. Pero el tenista más laureado de todos los tiempos no se arrugó y se mantuvo firme hasta que fue expulsado del país. Y ahí estaba todo Occidente aplaudiendo que se expulsara a un tipo sano porque no quería ser como el resto de los serviles borregos que habían aceptado que todos sus derechos quedaran reducidos a un código QR.

El debate, lejos de centrarse en cómo hemos fracasado como sociedad, lejos de señalar la barbarie arbitraria, injusta, liberticida e inútil medida de pedir un certificado que no impide la infección ni que infectes, se centró en si era justo o no que Djokovic fuese a jugar. Lo realmente injusto fue que solo Djokovic se atreviera a desafiar la política del sinsentido. Lo que fue injusto es que él hiciera más por la libertad y la cordura que todos los jugadores top del ranking mundial que lo dejaron tirado. Eso sí, posteriormente participan en campañas en las que nos hablan de solidaridad, tolerancia, respeto y demás pantomimas. Conceptos en los que, a diferencia de Djokovic, no creen pero que prostituyen a cambio de un saco de dólares.

La siguiente superdemocracia con su separación de poderes, sus urnas y sus garantías para estúpidos en cometer otra tropelía de gran magnitud fue Canadá. Ciertamente, Canadá es como esos productos envasados de marca blanca que tratan de replicar al original, pero no lo consiguen y dan más pena que otra cosa. Se esfuerzan en demostrar que ellos son como los estadounidenses, pero no, son peores, y encima en algunos rincones hablan francés.

Una desgracia de mezcla de fracasos que les hace ser ignorados y despreciados. En sus intentos porque el mundo recuerde que existe semejante estercolero al norte de Estados Unidos, los canadienses llevan años apostando por el extremo centro y asumiendo con vehemencia cada una de las tesis *woke* que se le ocurre a cualquier desequilibrado.

Allí estaba el Macron de pega, Justin Trudeau, pues ni para eso han mostrado originalidad alguna, para exhibir su tolerancia, respeto y fiel compromiso con la libertad para llevar a cabo una campaña sin precedentes. El primer ministro canadiense anunció que bloquearía las cuentas bancarias y suspendería el seguro de los camioneros que protestaban contra el pasaporte COVID. Esta medida provocaba que muchos de ellos perdiesen su puesto de trabajo. Trudeau, hijo de la élite política canadiense, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para ser el primer ministro de una de las grandes economías del mundo. Su padre ya lo fue antes que el hijo y los contactos que hizo le aseguraron que se produjera ese fenómeno más propio de Estados Unidos en el que dinastías familiares se turnan en el poder. Ya saben, copias baratas todo lo que produce Canadá.

Trudeau y la colección de salvapatrias que se presentaban con una superioridad moral implacable frente al contrario actuaban como adolescentes histéricas contra los pecadores que osaban poner en práctica su libertad de elección, y encontraron en la vacunación una nueva cruzada para imponer a los demás su posición. Disfrazando, una vez más, la aberración totalitaria a través de conceptos abstractos y biensonantes como solidaridad, conciencia colectiva, seguridad, salud, protección, etc., se eliminaba cualquier atisbo de libertad y de opinión. No obstante, a sus votantes y correligionarios

del «extremo centro despótico» les bastaba con verle con camisa arremangada y bien afeitado, decir que había formado un gabinete paritario, arrodillarse en cada esquina por el BlackLivesMatter y dar algún discurso inspiracional para alimentar el alma de los memos. El cobarde niño de papá, que te contaba cómo ser un tolerante de primera división, había tenido a bien erradicar la libertad de sus ciudadanos a la hora de decidir qué hacer con su cuerpo porque él, como todo el nauseabundo grupo que encontró en la pandemia su excusa para dar rienda suelta a sus ínfulas dictatoriales, sabía mejor que los demás cuál era el camino correcto. Eso sí, el gigantesco aparato de marketing con el que contaba esta banda alogocrática insistía en hacer creer a la masa que el peligroso, el nazi, el fascista y el ultraradical es el que está a favor de la libertad de elección. Occidente se halló en una perversa tiranía democrática de la que aún hoy no ha logrado salir.

Jamás un gobernante democrático se ha presentado ante su pueblo prometiendo acabar con la prosperidad, el individuo, el trabajo, la verdad y, sobre todo, la libertad. Sin embargo, sorprendentemente, muchos creen que esto se trata de si nos parece bien o no que se aprueben esas medidas en función de la popularidad que gocen. Cortos de miras que no comprenden que hoy le roban la libertad al que no les parece moralmente apto, pero que mañana serán ellos a los que la masa no considere dignos de poder vivir libremente. Enorgullecerse de imponer a los demás nuestra visión, nuestra forma de vivir y nuestras ideas es el gran aliado que necesitaba el totalitarismo para triunfar. Un virus mucho más letal que el COVID-19 y para el que nunca habrá vacuna.

Transcurrió el año 2022 y arrancó 2023. Como ya apenas quedaba ser vivo sin haberse infectado y, para sorpresa de la masa, estar infectado no implicaba morir automáticamente, las medidas fueron relajándose y el delirio covidiano descendiendo conforme avanzaba el año. ¿Cuántas vidas salvaron las vacunas? ¿Una, dos, cinco mil, cien mil? ¿Quizá dos millones? ¿O tal vez 500 millones de vidas? ¿La humanidad entera? ¿A los no nacidos también los libró de perecer? ¿Cuántas vidas salvó? Muchas, dice la masa inyectada de estupidez. ¿Muchas o muchísimas? Quién sabe... Lo cierto es que aquellos que se endosaron tres, cuatro y hasta cinco dosis ahora deben de andar por la dosis número ocho, por aquello de los refuerzos a los seis meses, porque, si no, decían que no valía para nada. Imagino que todos aquellos expertos, científicos, miembros de la gloriosa comunidad científica que no acierta ni una, periodistas, tertulianos y hombres corrientes que durante años estuvieron señalando y persiguiendo al no vacunado habrán sido coherentes. No quiero imaginar que precisamente ellos sean los negacionistas que niegan lo que decía la ciencia infalible.

Un expolio legal

A lo largo de la historia son muchas las excusas que se han presentado al ciudadano medio para justificar los impuestos. Lo cierto es que los impuestos tienen un origen tan remoto como las primeras comunidades humanas. Sin ánimo de ser exhaustivo a la hora de señalar desde cuándo podríamos hablar de «impuestos», conviene dar un pequeño salto en el tiempo para retroceder al Antiguo Egipto, cuya civilización destaca por su gran duración en el tiempo. Arrancó su avanzada estructura social y económica a lo largo del Nilo antes del año 3000 a. C. y no concluyó hasta la caída de Roma. A pesar de sus grandes crisis —las más sonadas, en el año 1800 a. C. y aproximadamente en el 1300 a. C.—, la cultura egipcia posee una vasta historia repleta de enseñanzas. A pesar de la extendida idea de una sociedad formada por amos y esclavos, lo cierto es que la vida en el Antiguo Egipto dista mucho de las leyendas volcadas en grandes producciones cinematográficas. Tanto es así que la primera huelga de la historia —al menos registrada— la protagonizaron trabajadores egipcios que protestaban por la demora de sus pagos. La obra de Charles Adams *Fight, Flight, Fraud: The Story of Taxation* nos ofrece un gran número de claves a la hora de

comprender mejor el verdadero funcionamiento de una civilización tan antigua.

La riqueza que sostenía, en gran medida, el proyecto común egipcio era aportada por el caudaloso río Nilo. Sus inundaciones anuales conllevaban la llegada de nutrientes que permitían que el suelo pudiera convertirse en una rica cosecha para los ciudadanos. Pero no era solamente el Nilo y sus jugosas ventajas las que permitían que las arcas gubernamentales estuvieran llenas, sino más bien los «recaudadores de impuestos». Los conocidos como escribas poseían un gran poder y control sobre los ciudadanos a la hora de controlar las finanzas. Perseguían sin compasión a todos los egipcios para que cumplieran con sus obligaciones fiscales, quienes gravaban impuestos sobre casi todo: ventas, compras, ahorro, importaciones, exportaciones, negocios, extranjeros, cosechas, producción agrícola, casas, etc. En concreto, la producción agrícola era del 20 %. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el Antiguo Egipto gravaba exactamente igual como lo hacen ahora nuestros gobernantes con el impuesto sobre la renta.[1] Los escribas, al igual que nuestros modernos inspectores de Hacienda, realizaban frecuentes inspecciones a los propietarios y granjeros. La mayoría de la tierra agrícola era propiedad del Estado y era arrendada a granjeros sujetos al impuesto de cosecha, que no se basaba en la producción real sino en lo que debía ser la producción.[2] Charles Adams señala el perverso mecanismo bajo el que funcionaban los escribas relatando la persecución que sufrían las mujeres que cocinaban en sus hogares con aceite reutilizado para evitar el pago de impuestos: «Para ilustrar la tiranía de los escribas en la vida diaria, consideren el impuesto sobre aceite de cocinar. Los escribas

hacían inspecciones regulares de todas las cocinas para asegurarse de que las esposas no estuvieran empleando aceite usado gratis en lugar del aceite gravado que debían usar».[3] A todo ello se debe sumar que los faraones otorgaron a los escribas un poder que los convirtió en los más temidos del reino. Irremediamente esta entrega de poder cuasi absoluto generó abusos por parte de los escribas, que llegaron incluso a crear una sección paralela para investigar a los que se quejaban de sus prácticas. Tampoco tardó en llegar la corrupción en el gremio a través de mordidas que se cobraban por la puerta de atrás a cambio de evitar ser denunciado sin importar si se era inocente o no. Esta práctica concluyó con la llegada del faraón Horemheb, quien, al descubrir el nivel de corruptela, ordenó que se les cortara la nariz a aquellos escribas que cobraran sobornos.

Tal era el nivel de asfixia fiscal que bajo el reinado del faraón Akenatón se hicieron grandes cambios en el sistema de impuestos. La brutalidad con la que los escribas perseguían a los contribuyentes obligó al faraón a actuar para detener la rebelión ciudadana. Para ello tuvo que redactar una ley que decía lo siguiente: «Si un pobre granjero está atrasado con sus impuestos, perdona dos tercios de ellos».[4] Esta condonación de impuestos durante los tiempos difíciles fue una práctica común en el Antiguo Egipto debido a que la excesiva carga tributaria generaba grandes conflictos entre los ciudadanos, que veían cómo gran parte de sus posesiones eran expropiadas por los escribas. Originalmente a esta política se la bautizó como «philantropa», de la cual deriva nuestra palabra «filantropía». Quizá el lector encuentra enormes semejanzas con el presente al respecto del implacable comportamiento de los escribas

a la hora de perseguir y sancionar al contribuyente díscolo. No obstante, cabe recalcar que la historia del Antiguo Egipto está plagada de fases en las que sus gobernantes recurrieron a la práctica de perdonar impuestos a sus ciudadanos para capear las diferentes crisis que se fueron sucediendo a lo largo de su milenaria historia. Cuesta encontrar —por no decir que jamás se dio— ese alivio fiscal en la España moderna. Más bien se ha vivido lo contrario. Conforme azuzaban las crisis y la pobreza entraba en las casas de los ciudadanos españoles, los distintos gobiernos —tanto del PP como del PSOE— se dedicaban a realizar enormes subidas impositivas, endeudar a los ciudadanos a través de la deuda pública o recurrir —cuando era posible— a la devaluación de la moneda. Todo ello, por supuesto, sin tener en mente las terribles consecuencias en el medio plazo que acarreaban dichas medidas. Al lado de las políticas fiscales presentes y las actuaciones de Hacienda contra los ciudadanos, los escribas eran ángeles de la guarda. La historia de los impuestos del Antiguo Egipto demuestra lo que sucede en aquellas sociedades que sufren la voracidad de un sistema fiscal confiscatorio. El espía, el funcionario corrupto y, sobre todo, la vigilancia al prójimo se convierten en omnipresentes en tal sistema. Cada acto, cada venta, cada compra y cada transacción están sujetas a examen de la inquisición tributaria, que juzgará si se hizo de forma legal.

Podríamos extendernos en la historia impositiva, pero no es el propósito de esta obra. Esta breve introducción nos ayuda a dejar constancia de cómo los impuestos están entre nosotros desde antes de Moisés y, también, cómo los gobernantes ordenaban a sus secuaces exprimir el máximo posible de las propiedades de los

contribuyentes. Como ven, nada nuevo. Ahora bien, el concepto de los impuestos, su uso y su justificación sí que han ido variando a lo largo de los siglos hasta llegar a nuestro tiempo. Incluso el menos lúcido de los hombres y el más alejado de la economía en algún momento ha incluido en su vocabulario los términos «estado de bienestar», «solidaridad», «redistribución de la riqueza», «impuestos solidarios» y, sobre todo, «justicia social».

LA JUSTICIA SOCIAL

La justicia social es, sin duda, uno de los más repetidos. Como papagayos la masa se lanza a reiterar una y otra vez que todo se debe a la justicia social. ¿No quieres trabajar? Ayuda social. ¿No quieres estudiar? Ayuda social. ¿No quieres emprender? Ayuda social. ¿No quieres trasnochar? Ayuda social. ¿Eres joven? Ayuda social. ¿Eres viejo? Ayuda social. ¿Eres mujer? Ayuda social. ¿Eres negro? Ayuda social. ¿Eres musulmán? Ayuda social. ¿Dices ser un unicornio homosexual? Ayuda social. ¡Como un maná caído del cielo, la sociedad se ha convertido en una máquina de recibir ayudas sociales bajo el concepto de la justicia social!

Lo cierto es que la justicia social y el estado de bienestar ganan por goleada a la hora de ser reclamados por los gobernantes para justificar el expolio legalizado. En los años cincuenta y especialmente los sesenta surgió lo que conocemos como «el estado de bienestar». El concepto tiene su origen en el término inglés *Welfare State*, acuñado en los años cuarenta por William Temple, a la sazón arzobispo de Canterbury. Sobre el término de «justicia social» existe

una creencia mayoritaria a la hora de señalar a Luigi Taparelli — sacerdote jesuita italiano— como el origen a mediados del siglo XIX. Lo cierto es que hallamos en textos más antiguos el uso de ese término para indicar la obligación del monarca de actuar correctamente, aunque es cierto que no se le dota de un contenido profundo. Del mismo modo, también se encuentra en libros de derecho canónico escritos por teólogos católicos. No es descabellado pensar que posiblemente a la hora de estudiar el derecho canónico Taparelli rescatara el término y lo hiciera propio para desarrollarlo. En concreto, en su obra *Ensayo teórico del derecho natural apoyado en los hechos*, el jesuita hace referencia a la justicia social bajo estas premisas:

De la idea del derecho nace espontáneamente la de justicia social. Un alma recta admira el orden y lo ama en sí misma y en los demás, y por consiguiente propende a guardarlo haciendo de modo que al derecho corresponda exactamente el deber. Esta inclinación habitual a igualar a entrambas partes suele llamarse justicia; mas para establecer esta igualdad debe poseer las bases en que descansen sus juicios: ¿qué bases son estas?

La justicia social es para nosotros justicia entre hombre y hombre [...]. Es claro que entre hombre y hombre la relación que media es de perfectísima igualdad; porque un hombre y otro hombre no son sino dos veces la humanidad: ¿puede darse mayor igualdad de proporciones? De donde tengo que concluir que la justicia social debe igualar de hecho a todos los hombres en lo tocante a los derechos de humanidad, como el Criador los hizo iguales en naturaleza; y que el hombre que obra tomando por norma la justicia llena las intenciones de quien le crio.[5]

Se podría concluir que Taparelli poco menos que está abogando por la igualdad total de los ciudadanos, mas esta conclusión sería errónea. Lo que defiende es que todos los seres humanos, por el

mero hecho de serlo, deben poseer los mismos derechos a pesar de contar con diferencias naturales que nos distinguen tanto en capacidades físicas como intelectuales. Así dejaba constancia de ello:

Concluiré, pues, rectamente que todos los individuos humanos son naturalmente desiguales entre sí en lo tocante a la individualidad, como son iguales naturalmente cuanto a la especie; y así las acciones humanas entonces serán justas cuando se acomoden a los derechos individuales diversos de aquellos a quienes se refieren.[6]

Taparelli consideraba como uno de los principales problemas de su tiempo la individualización producida por el capitalismo y las desigualdades generadas. Si bien esta tesis era compartida por la mayoría de sus contemporáneos, sus críticas al comunismo también estuvieron presentes al considerar que la igualdad absoluta atentaba contra la naturaleza humana. En esta línea podemos encontrar en la Doctrina Social de la Iglesia —en la que la idea de Taparelli se encuentra muy presente— el concepto genuino y original del término justicia social: «La sociedad asegura la justicia social cuando realiza las condiciones que permiten a las asociaciones y a cada uno conseguir lo que les es debido según su naturaleza y su vocación. La justicia social está ligada al bien común y al ejercicio de la autoridad».[7]

¿Qué quiere decirnos esto? Debemos profundizar en el concepto y su verdadero significado para poder comprender por qué el verdadero significado del término justicia social —tan manoseado en el mundo actual— está muy alejado del uso partidista dirigido a una masa ignorante para que compre cualquier relato. Ante todo, el cristianismo considera a los seres humanos hijos de Dios, esto es,

que la persona humana cuenta con el derecho natural de su propia dignidad de criatura. Este derecho no viene dado por la legislación que en un momento temporal recoja una nación, sino que es anterior a esta y se sitúa por encima. Todo ser humano es igual de digno y valioso a otro sin importar su capacidad económica, etnia, lengua, condición social, religión o sexo. Todos los hombres poseen una misma alma racional, todos los hombres poseen una misma naturaleza y un mismo origen. Esta idea queda extendida también para aquellos que no piensan como nosotros o que sostienen postulados que puedan parecernos aberrantes. La liberación en el espíritu del Evangelio es incompatible con el odio al enemigo en cuanto a persona, pero no con el odio al mal que hace en cuanto a enemigo, reza el catecismo. En ningún momento se habla de una igualdad total entre humanos, sino más de trato y derechos, pero no consiste en aplastar a los mejores para que no puedan brillar, sino, por el contrario, en permitir que se genere el marco necesario para que cada ser humano diferente de otro pueda brillar con sus propias virtudes y defectos determinados en su nacimiento y fortalecidos a lo largo de su vida.

Que cada persona sea única e irrepetible, y que eso ocurra a pesar de los miles de años transcurridos, es un milagro del que apenas nos percatamos. No existen dos seres humanos iguales en un mundo habitado por más de 8.000 millones de personas. Una criatura tan entera y tan perfecta que cuando uno se detiene a pensar en su majestuosidad, ciertamente no le queda más que rendirse ante semejante obra capaz de crear criaturas dignas de acometer las mayores de las hazañas, pero también de los actos más viles y despreciables que uno pueda imaginar. Lo mismo ocurre

con el funcionamiento del cuerpo humano. Una máquina perfectamente diseñada en la que cada célula cumple una función concreta en una sinfonía desconcertante por tamaña perfección.

Por ello, el mal debe existir para recordarnos que no todos somos iguales y que el bien, por fortuna mayoritario, convive con la amenaza. Una imperfección que incluso podemos calificar como perfecta que destaca cada día cuando nos cruzamos por la calle con nuestros semejantes. ¿Cómo podríamos discernir entre el bien y el mal si no existiera tal diferencia? ¿Cómo catalogaríamos de buena o mala persona a alguien? La razón por la que lo hacemos se debe a que existe una moral previa e intrínseca al ser humano. Algunos podrían decir que el bien para nosotros no es el mismo que para un tipo que habita en Arabia Saudí que considera como algo bueno despojar a las mujeres de su libertad. Pero ¿cómo llega a triunfar ese trato? ¿Es de forma natural o a través de la imposición estatal? La respuesta la encontramos en el uso del monopolio de la fuerza por parte del Estado y de una persecución constante de forma legal e incluso, en otros países, democrática. ¿Qué ocurriría si la ley no lo castigara? La respuesta es que bajo un régimen de libertad, las mujeres no se autoimpondrían castigos que sí sufren bajo regímenes criminales antihumanos. Por eso Occidente era grande, por eso nosotros y no otros hemos sido el centro del mundo artístico, cultural, filosófico y la historia de la humanidad posó sus ojos en un territorio concreto que habitaba bajo los valores cristianos. Por ello es tan importante defender la libertad y que esta permita la grandeza de que los diferentes convivan pacíficamente.

En cierta medida, ese espíritu es el que permitió a Europa erigirse por encima del resto de los territorios al abrazar el orden

espontáneo, el libre albedrío y la corrección de los problemas a través de la tolerancia y el respeto. Desgraciadamente, todo ello ha sido erradicado bajo la terrible intención de crear una sociedad homogénea contraria al ser humano en la que las diferencias sean aplastadas para sumirnos en la oscuridad de la indeseable igualdad y la opresión continua para combatir la naturaleza humana. Estos valores no necesariamente deben ser abrazados por creyentes cristianos. Es más, no son pocos los que, a pesar de negar la existencia de Dios, conducen sus actos bajo el dominio de los valores cristianos o lo que se ha denominado «catolicismo cultural». Es ese respeto a la singularidad de cada persona humana, esa igualdad de esencia —mas no de resultados— entre los hombres la que debe comprenderse a la perfección para poder juzgar el verdadero concepto de justicia social. Son precisamente aquellos humanos afortunados por la gracia de Dios los que deben conducir su superioridad —ya sea intelectual o física— para ayudar al resto de sus semejantes superando así la ética individualista que cree poder vivir al margen de la comunidad que le rodea.

Conviene desmontar el falso mito del «hombre hecho a sí mismo». A menudo se nos presentan ejemplos de hombres enormemente exitosos que desde una situación que podríamos calificar de humilde consiguieron levantar grandes imperios empresariales y, por ende, grandes fortunas. Estos exitosos hombres deben la posibilidad de haber alcanzado su estatus a una comunidad que les permitió poder dar. ¿Cuántos grandes empresarios internacionales hay en Somalia? ¿Cuántos grandes imperios tecnológicos han nacido en Haití? ¿Qué hombre consiguió «hacerse a sí mismo» en la desnutrida Burundi? La ridícula idea que sostiene poco menos que los genios brotan de la

nada como si las margaritas pudieran hacerlo en el árido desierto supone una falacia que debe ser rebatida. Que todos estamos sometidos a los caprichos del azar que nos colocó en una comunidad con unos valores a los que nosotros nos adaptamos al nacer lo demuestran las sustanciales diferencias que se dan en el globo terráqueo. Supongamos que usted hubiera nacido en Pakistán, donde se calcula que más del 98 % de sus habitantes son musulmanes. Podríamos reducir al absurdo las consecuencias que tendría, sobre todo para un español, no poder beber cerveza ni comerse una loncha de jamón. ¡Hasta el acto más cotidiano proviene de la comunidad que nos rodea! Pero no nos quedemos en lo anecdótico. Imaginemos que el azar nos hubiera colocado en Lahore. La segunda ciudad más grande de Pakistán posee el aire más sucio del planeta y es considerada la ciudad más contaminada del mundo. Por la calle a uno le acompaña una neblina de suciedad, los colegios a menudo tienen que cerrar y en no pocas ocasiones se han decretado confinamientos para evitar brotes masivos de conjuntivitis causados por la situación atmosférica. Todo ello provoca, como es lógico, un gran impacto en la productividad y el crecimiento económico. Su esperanza de vida se sitúa por debajo de los sesenta años y la principal causa de muerte no es otra que la contaminación. ¿Podría explicarnos un defensor de la salvación individual qué clase de «Steve Jobs hecho a sí mismo» podría surgir de semejante infierno en la Tierra? No, no podría porque jamás surgió ninguno. ¿Acaso no hay fortunas en Lahore? Claro que sí las hay, pero ninguna de ellas impactó en el ser humano como lo han hecho las de los grandes empresarios tecnológicos que, no por casualidad, provienen en su mayoría de Estados Unidos. ¿Y a qué se

debe? Sencillamente, a un entorno seguro que permitía, en primer lugar, tener las necesidades básicas cubiertas, una comunidad en la que reinaba la seguridad, la capacidad de acceso a información, el hecho de contar con miembros en la comunidad que podían guiar y orientar sus invenciones e ideas gracias a su experiencia previa, la atracción de inversión privada y, lo más importante, una alta capacidad de ahorro de sus conciudadanos que después les permitía poder adquirir masivamente los productos puestos a la venta. Bastaría con imaginar que el mayor de los genios fuera colocado en Haití al mando de una gran tienda de teléfonos de alta gama revolucionarios a precios desorbitados. Lo máximo a lo que podría aspirar uno sería a salir vivo del saqueo instantáneo del local por parte de la población hambrienta. ¡Y habrá necios que vean en eso un claro ejemplo de que no es necesaria la justicia social cuando, en realidad, es fruto de ella!

No obstante, como ha ocurrido con múltiples conceptos, este ha quedado desvirtuado en el imaginario colectivo dando rienda suelta a todo tipo de disparates y perversos incentivos que quedan justificados bajo el paraguas de la justicia social. Previamente habría que preguntarse por qué hablamos de justicia social y en qué términos sería correcto utilizarlo, pero ya sabemos que la masa es estúpida y poco le importa la verdad, sino más bien cacarear los mantras que les lanzan desde las diferentes terminales mediáticas. Nosotros, sin embargo, sí diremos que la justicia social es un concepto humanitario, cristiano y virtuoso que va dirigido al bien común y, sobre todo, a proteger al débil, cuyo fin es crear comunidades donde la armonía consigue generar un bien del que se aprovechan todos y cada uno de los individuos que la conforman. Un

acto humano que nace de la gracia de haber sido recompensados con el uso de la razón que nos permite no actuar como bárbaros incivilizados o animales que persiguen al débil de la manada (cuando no acaban con él). A diferencia de los animales, el ser humano ha logrado forjar unos valores morales que revisten su conducta salvaje para orientarla en pro de la concordia, configurando sociedades armoniosas en las que conviven pacíficamente los distintos. La desigualdad es tan natural al ser humano como lo es la posibilidad de demostrar nuestra grandeza a la hora de poner nuestro empeño en aliviar las pesadas losas de aquellos que, debido al infortunio del azar, han cargado con enfermedades congénitas que les impiden realizar cualquier labor para poder ganarse su sustento económico, o bien para ayudar a aquellos que están atravesando una situación de necesidad.

Pongamos un ejemplo con el que hemos estado familiarizados recientemente: los enfermos de ELA. La esclerosis lateral amiotrófica (ELA) es una enfermedad de las neuronas en el cerebro, el tronco cerebral y la médula espinal que controlan el movimiento de los músculos voluntarios. En la actualidad no se conoce ninguna cura para una enfermedad que afecta a 5.000 personas en España. Se cuantifica que los costes para hacerse cargo del enfermo oscilan entre los 35.000 euros y los 45.000 euros al año. Los ciudadanos que padecen esta enfermedad van perdiendo poco a poco la fuerza muscular, la coordinación y la posibilidad de realizar actividades rutinarias que van desde poder levantarse hasta respirar o deglutir. Imaginemos, siendo optimistas, que de esos 5.000 pacientes hay un porcentaje minoritario (pongamos un 10 %) que no puede costear la atención que requiere su enfermedad. ¿Acaso sería justo dejar en el

camino a 500 seres humanos que no tienen ninguna posibilidad de obtener su sustento por ellos mismos? ¿Acaso una sociedad podría considerarse sana dejando a los más débiles en la estacada? Se podría replicar que no sería necesario hacer uso de la justicia social a través del Estado y bastaría con la caridad, pero ¿de qué manera podríamos garantizar que todos y cada uno de los enfermos recibiesen la ayuda necesaria? No existe otra forma que una máquina perfectamente engrasada como es el Estado que pueda ser utilizada para hacer el bien o, por el contrario, el mal. Conviene aquí recordar las sabias palabras de Antonio Escotado: «El Estado es siempre inocente. Quienes no son inocentes son los gobiernos». Hasta el liberalismo necesita la participación del Estado para poder ejercer sus políticas de bajos impuestos. Conviene no olvidar este matiz sumamente importante a la hora de juzgar como es debido el rol del Estado, pues este puede ser reducido o enormemente intrusivo, pero esto lo determinan los gobernantes que los gobernados han puesto en el poder. Si vivimos en un Estado extractivo es porque así lo ha determinado el Gobierno de turno con sus políticas.

Y es que en este mundo del «yoísmo» en el que horteras multimillonarios bañan su Rolls-Royce en oro para hacer gala de su estupidez millonaria conviene recordar que todos somos, a la postre, seres humanos. Algunos creen que son más que el resto por poseer una fortuna incontable y piensan que su burbuja les permite olvidarse de los problemas del prójimo. Incluso llegan a ser considerados dioses en el reino de la estupidez. Del mismo modo que a Alejandro Magno sus aduladores le hicieron creer que era hijo de Júpiter hasta que un día le hirieron. Cuenta Plutarco que se

quedó contemplando cómo manaba la sangre de su herida y espetó: «Y bien, ¿qué decís? ¿No es sangre roja y meramente humana?». Qué decir del poeta Hermodoro, que no dudó en componer a Antígono I —uno de los tantos diádocos que heredaron el Imperio de Alejandro— unos versos en los que aseguraba que era hijo del Sol. Antígono, con sabiduría, afirmó: «El que vacía mi retrete sabe bien que no hay nada de eso».[8] Despreocupados no son pocos los que llevan al ridículo el debate y tachan de robo la justicia social, que, como hemos visto, no es más que un gesto de humanidad que te reconcilia con el ser humano. ¡Pero un liberal no podría aceptar semejante imposición! Desde luego que un liberal deshumanizado no; un liberal cuerdo no tiene ningún problema en afirmar que la genuina justicia social es un término correcto que debe ser defendido, pero siempre bajo las premisas expuestas, pues de lo contrario lo que se defiende no es ni justo ni social.

Bajo el mantra de la justicia social —a pesar de que la justicia social impuesta por el socialismo no tiene nada de justo ni de social, como ahora veremos— queda justificado el expolio, el latrocinio más salvaje, la persecución a los ciudadanos, la creación de redes clientelares y la erradicación de la libertad individual. Para comprender cómo consigue cosechar tanto éxito entre la masa este mecanismo que un tonto de baba sería capaz de detectar es irremediable hacer hincapié en el rol que esta otorga al Estado. Lejos de concebir el Estado como una herramienta, este recibe el don de ser considerado poco menos que un dios. De pronto es un ser bienhechor que posee riquezas inagotables que puede dispensar sin miramientos a todos los ciudadanos sin que nadie vaya a pagar la factura. En la mentalidad de la masa el Estado es capaz de crear

empleo para todos, alimentar todas las bocas, sanar a los ciegos, mantener a los maleantes, erradicar el mal de la naturaleza humana, acabar con las inclemencias climáticas, gastar lo que no tiene y posteriormente pagarse a sí mismo, solventar cada una de nuestras incomodidades y, por supuesto, redistribuir la riqueza para que todos podamos nadar en la abundancia. ¡Abundancia de la nada, más bien! Pero ¡qué sabrá la masa que con una cuenta de Netflix, un cuchitril donde poder desovar y unas pequeñas vacaciones queda satisfecha!

Es curioso —o más bien dramático— contemplar cómo la masa otorga atributos como la inteligencia, el honor, la experiencia, el buen juicio y el gran valor a aquellos que fuera de sus puestos de poder alcanzados a través de la demagogia a lo sumo podrían vivir de la caridad cristiana de sus vecinos haciendo gala de una maravillosa justicia social. La falsa justicia social es un concepto que esconde una fe perversa que profesan millones de personas. De este modo, cuando el fracaso llama a la puerta, la masa dirige sus ojos a los gobernantes para que estos —lejos de admitir su incompetencia y nula capacidad de asegurar unos mínimos para el desarrollo— les adulen con promesas simplonas y ridículas bajo un lenguaje dirigido a personas con escasa capacidad intelectual. ¡Hace falta aumentar los impuestos y el gasto público para solventar los problemas! ¿No es eso acaso lo que llevamos sufriendo durante décadas y, lejos de desaparecer los problemas, han aumentado?, podría replicar el ciudadano medio que ha dedicado unos minutos a reflexionar sobre unas promesas que vuelven una y otra vez en el tiempo como un bucle. La memoria es olvidadiza, sobre todo la de la masa, que está convencida de que el Estado genera riqueza por sí mismo como si

fuera un mamífero que tiene que amamantar a sus hijos. Olvidan que el Estado no es nada por sí mismo, que la mayoría de sus recursos provienen del expolio legalizado y que sus arcas se rellenan del dinero del contribuyente, que no tiene más remedio que pagar. ¡«Impuestos solidarios», lo llaman! ¡Tan solidarios que si no los pagas te meten en la cárcel!

¿Existe acaso alguna forma más antihumana de acabar con la libertad de los individuos que condenarlos a las limosnas estatales? ¿Hay alguna forma más monstruosa de cargar contra un ser humano que impedir su desarrollo dejándolo reducido a un mero siervo del poder? ¿No es la peor de las perversiones no dotar de las herramientas necesarias a una sociedad para que esta pueda confeccionar su propio destino a través de su trabajo, su esfuerzo y sus aptitudes? ¡La riqueza de unos no conlleva la pobreza de otros! Solo un hombre malvado o un necio puede ver algo de justicia social en un sistema clientelar creado con la intención de guadañar el grandioso espíritu humano para dejarlo convertido en una oveja que pasta en el campo de los bonos sociales sin poder dar rienda suelta a todas sus virtudes. «¡El Ingreso Mínimo Vital ya ha alcanzado a 1,8 millones de personas!»,^[9] celebra el aberrante Ministerio de Inclusión Social.

Es un deber moral poner al alcance de la humanidad todos los medios a nuestro alcance para su desarrollo. Solo una desenfrenada avaricia por sostener el poder puede reclamar —como lo hacen los gobernantes que ofrecen infinitas ayudas sociales a aquellos que por sí mismos pueden labrarse su futuro— poseer el monopolio de los recursos que rodean a todas las sociedades para corromperlas y generar calamidades a las gentes bajo la falsa apariencia de la

solidaridad. Pero ¿no hay acaso un porcentaje de seres humanos que no pueden cubrir sus necesidades básicas por sí solos?, reprenderá el amante de los falsos regalos con preciosos envoltorios. ¿No hemos respondido acaso a esa falsa dicotomía ya? No estar a favor de un sistema injusto, del mercadeo tercermundista, de la compraventa de votos y de la demagogia como medio para alcanzar el poder no implica que la postura contraria sea que el Gobierno no utilice el Estado para ayudar al desprovisto. La obligación moral de cualquier ser humano es ayudar al desfavorecido como bien indica el verdadero significado de la justicia social, pero convertir un país en una dispensadora de privilegios para una masa inerte y hacer pagar a una pequeña minoría la tiranía de la mediocridad no tiene nada de solidario, justo o social.

¿Exageramos a la hora de afirmar que la economía ha dejado de estar orientada al bien común y la justicia social para hacer realidad los sueños de una banda de dementes incapaces de comprender cómo están generando su propia destrucción? Veámoslo.

UNA SOCIEDAD CLIENTELAR

El término «justicia social» se enarbola continuamente a pesar de haber demostrado que el significado que se le otorga dista mucho del real. Más bien se utiliza como justificación para acallar las críticas al poder coercitivo que ejercen los gobernantes a través del Estado. La justicia social genuina es contraria a la justicia social falseada que expolia a los ciudadanos de forma inmisericorde. Se suele recurrir, no de forma poco habitual, a la idea heredada de la justicia

distributiva de Aristóteles para llevar a cabo los latrocinios gubernamentales que recorren Occidente.

Bajo el pretexto de la falsa justicia social el expolio legalizado ha ido avanzando de mil formas: gravando el consumo, la venta, la inversión, la herencia, el comercio, el ahorro, el trabajo, la producción e incluso ihasta la mera existencia! Los impuestos a los que debe hacer frente el ciudadano se cuentan por decenas. Resultaría casi imposible poder detallar cada uno de los impuestos a los que nos enfrentamos a diario que, posteriormente, los gobernantes convierten en ayudas sociales, pensiones, bonos, ingresos mínimos vitales, subvenciones, etc. Sin duda este tipo de prácticas insolidarias atraen como la miel a las moscas a una masa que, lejos de rechazarlas, festeja la llegada de cada ayuda social como un gran logro. ¡«Estado de bienestar», lo llaman algunos! Evidentemente, aquellos privilegiados por este tipo de ayudas no tardan en tildar de «derecho» que otro tenga que costear su existencia a pesar de que son completamente capaces de obtener por sí mismos el sustento mínimo para ellos y sus familias. Si alguien osara anunciar la eliminación de esos bonos clientelares, no serían pocos los que acusarían de insolidario al buen humanista que quiere librarlos de sus cadenas. Por supuesto, pronto estos incentivos empiezan a ser reclamados por otros segmentos de la sociedad que tachan de injusticia absoluta que ellos hayan sido olvidados. ¿Acaso yo no tengo derecho por ser joven? ¿Y yo por viejo? ¿Qué hay de mí por ser mujer? ¿Nos olvidamos del colectivo trans? ¿Por qué no ayudar a los ciclistas? ¿Y si me quiero comprar un coche eléctrico? ¿Y si mi industria pertenece al carbón? ¿Por qué la asociación del delfín no tiene derecho a optar a ellas? Y así, uno tras otro, las

ayudas sociales riegan todos los sectores que componen la sociedad. Como decía Frédéric Bastiat: «Dirá que el Estado debe fomentar y proteger su industria; alegrará que es bueno que el Estado le enriquezca, porque, cuanto más rico es, más gasta y mayor lluvia de salarios derrama».[10] Y en cierta medida es lógico que así ocurra, pues nadie quiere formar parte del perdedor multiplicando así las solicitudes por parte de los ciudadanos para pasarse al bando del cobro y no solamente del pago. Todos reivindican su trozo del pastel, aunque este cada vez sea más pequeño y pronto lo que quede por repartir sean las migajas. Los gobernantes no hacen feos a las pretensiones de una sociedad que ha olvidado las obligaciones que posee frente al prójimo. El círculo vicioso aumenta cuando uno recibe mayores beneficios que otro. ¡No es justo que los viejos tengan más ayudas que los pobres jóvenes imberbes que todavía no podemos trabajar! Y ahí nacen nuevos bonos sociales destinados a saciar la voracidad de una cuadrilla de caprichosos educados en que el mundo les debe todo por el mero hecho de haber nacido. Y así el cuento no tiene fin y el gasto público se dispara, convirtiéndose en un dispensador de beneficios para unos en detrimento de una minoría exigua que tiene que sostener el coste de la fiesta democrática. ¡Es justicia social!, exclamará el desnortado beneficiario del latrocinio público.

Todos somos libres a la hora de decidir qué queremos hacer con nuestra vida. ¿No quiere trabajar? No lo haga, pero no reclame al que lo hace que le pague sus caprichos. ¿No quiere invertir? No lo haga, pero no reclame al que lo hace que le dé parte de sus beneficios. ¿No quiere arriesgarse a emprender? No lo haga, pero no reclame al que lo hace que comparta el resultado. ¿No quiere ser

empresario porque es más molesto que ser un asalariado? No lo haga, pero no reclame obtener los mismos ingresos mensuales. Curiosamente, nunca nadie exclama que también se comparta la ruina, el fracaso y el endeudamiento del motor del desarrollo: los empresarios.

En España —aunque, a decir verdad, no es el único lugar de Occidente—, los empresarios gozan de un trato vejatorio. La imagen del empresario que se traslada es la de un tipo que se fuma un puro que enciende con un billete de 500 euros mientras posa sus pinreles sobre una mesa de caoba. A través de esta caricaturización —rotundamente falsa— se ha conseguido que muchos olviden cuál es la realidad empresarial y, fundamentalmente, la importancia que tiene para el desarrollo de cualquier nación la empresa privada.

Dos son las razones por las que continuamente son señalados. La primera de ellas obedece al odio que genera en los gobernantes igualitarios que el ser humano se empeñe en demostrar que hay gente más valiosa que otra. Como ya hemos señalado, no nos estamos refiriendo a la valía en términos humanos —pues todos somos igual de valiosos—, sino en términos económicos. No podemos negar que un empresario es más valioso que un asalariado por una sencilla razón: sin el primero no existe el segundo. ¿Y acaso sin asalariados podría subsistir una empresa? La respuesta es sí. Ahí tenemos a los autónomos, que son sus propios jefes y, en definitiva, ellos son una empresa en sí misma que no necesariamente requiere de trabajadores a su cargo. Si añadimos los avances tecnológicos, la respuesta es más que evidente. No obstante, en la conjugación de empresario-asalariado (no utilizaremos el término «trabajador», pues ambos trabajan) es donde encontramos la situación que

aprovechan los nuevos amos para inculcar el veneno de la envidia y destrozar la armonía social. Y si hay un pueblo envidioso por naturaleza, ese es el español. Y todo ello lo consiguen a pesar de que —según los datos del Ministerio de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social— el total de empresas en España es de 2.917.389, de las cuales un 99,84 % son pymes.[11] Las pymes sin asalariados suponen más de la mitad de las empresas (54,07 %), pero no llegan al 13 % del empleo empresarial. El número de pymes con asalariados se acerca a la mitad del total de empresas (45,77 %) y generan algo más de la mitad del empleo empresarial (53,30 %). Las grandes empresas suponen solo el 0,16 % de las empresas, pero son responsables de un tercio del empleo empresarial (34,09 %). Se consideran grandes empresas a aquellas que superan los 250 empleados y los 50 millones de euros de facturación. Como vemos, generan más del 34 % del empleo empresarial, pero eso no parece ser determinante para el mediocre. ¡Qué mayor justicia social que ofrecer empleo a tus conciudadanos! A pesar de los datos, el odio que genera el exitoso hace que sea perseguido y caricaturizado.

El segundo motivo por el que los empresarios están en el punto de mira continuamente se debe a un clásico de la manipulación de masas: señalar un enemigo común. Los empresarios en España no son una mayoría, como no lo son en ningún país, por lo que cumplen perfectamente los requisitos que se necesitan para poder expiar los pecados de un pueblo cada vez más empobrecido. Y es que no debemos olvidar que nunca nadie cosechó éxito en las urnas recalando la estupidez de la masa debido a que esta compone el grueso del pueblo, por lo que el porcentaje debe ser minoritario para que la señalización tenga éxito. Pero ¿empobrecidos por quién? ¿Por

las políticas adoptadas por los gobernantes o por culpa de los empresarios? Esta pregunta no interesa elevarla en los medios de masas, que simplemente se limitan —de manera voluntaria— a apuntar los terribles datos de empobrecimiento. Una vez la masa ha engullido el eslogan, ahí se lanzan los socialistas de toda índole —envidiosos por naturaleza— para señalar a los empresarios y ganarse el favor de la mayoría, que no dudará en sumarse al linchamiento. ¿Los sueldos son bajos? Sí, lo son, pero ¿a qué se debe?

Debemos partir de una premisa: el trabajo lo crean los empresarios, no el Estado. Incluso aquellos trabajos públicos que sufraga el Estado están directamente condicionados a un sector privado que con sus aportaciones impositivas pagan en última instancia esos sueldos públicos. Sin un sector privado que genera riqueza y empleo al que posteriormente se le grava, vía impuestos, un porcentaje que se queda en manos del gobierno de turno para luego pagar a los empleados públicos, el Estado sería incapaz de hacer frente al pago de millones de nóminas públicas. El dinero público, a diferencia de lo que han sostenido brillantes intelectuales de la talla de Carmen Calvo, por supuesto que es de alguien. Nace del trabajo privado y de la riqueza generada por aquellos que decidieron asumir el riesgo de emprender y crear empresas. Una vez creada la empresa, nace la contratación de trabajadores, tanto autónomos como asalariados —y no al revés, que es lo que absurdamente parece—, para que lleven a cabo las labores necesarias para poner en marcha la máquina de producción. Algo tan básico como esto es despreciado continuamente por los partidos políticos y la masa, que hablan como si existiera una especie de dios Midas que decide llenar las arcas públicas según como se haya

levantado esa mañana. Y del mismo modo que es obvio que las empresas son el motor principal del desarrollo económico, también lo es que sin trabajadores a su cargo muchas de ellas no podrían llevar a cabo su cometido. En ese engranaje entre empresario/empleo nacen, como es lógico, problemas derivados de la propia naturaleza humana que deben estar regulados por una legislación que impida que tanto uno como otro se aprovechen de su situación. Es en esa legislación donde encontramos uno de los principales problemas que afectan directamente a los empleados que se quejan con amargura de unos sueldos bajos que les impiden poder crecer económica y socialmente.

No nos equivocamos si afirmamos que la desidia expresada por muchos quedaría disuelta si fueran capaces de comprender los motivos que la generan, pero para ello habría que analizar la legislación laboral española para percatarse de cómo en esa lucha por velar por los derechos de ambas partes en realidad solo se trata de sobreproteger al empleado para dejar al empresario a los pies de los caballos. Se suele decir en derecho que hay que proteger a la parte más débil y que un empleado frente a su jefe empresario está en una posición de desventaja. Si bien no negaremos esa afirmación, ¿acaso ello justifica que el empresario quede desprovisto de todo tipo de derechos obligándole a asumir disparatados conceptos como la indemnización por despido? No serán pocos los que manifestarán que la indemnización por despido es un derecho consagrado —poco menos que por los doce dioses de la Antigua Grecia— y que su eliminación conllevaría el regreso de la esclavitud. ¿Y por qué es justo que un empresario tenga que pagar a un empleado por despedirlo? ¿Cuál es la razón por la que un

empresario lo despide? En realidad son dos. La primera de ellas es por un descontento hacia la labor que este realiza; por tanto, ya es injusto que un tipo que ha invertido una ingente suma de dinero para crear una empresa y ponerla a funcionar encima tenga que enfrentarse al pago de una indemnización porque el trabajador no cumple correctamente sus funciones. Se podría argüir que no solo el descontento puede causar un despido; también podría ser la transformación de la empresa a otros sectores o la reestructuración de la misma lo que justificaría dejar de contar con un empleado porque su rol ya no es necesario en la empresa.

La segunda razón por la que un empresario decide despedir a un empleado responde a cuestiones económicas. No tiene que ceñirse únicamente a una situación de pérdidas económicas, sino también puede ser por una reestructuración económica que lleve al empresario a querer reducir sus gastos para redirigir parte de su presupuesto a otras partidas —como puedan ser la inversión en la tecnología u otras— lo que le haga prescindir del empleado. Aun así, la más común es la pérdida de dinero la que provoca el despido de parte de la plantilla. Pues bien, incluso en esos supuestos se le hace pagar una indemnización! Una empresa que pierde dinero y cuya viabilidad está en juego pagando una indemnización. ¡Qué clase de delirio es este en el que a un tipo que está perdiendo dinero y jugándose todo su patrimonio le exigen que pague a un asalariado que continuará su camino en cualquier otra empresa! Y es que a menudo se hace creer que la posición de debilidad es la del trabajador, pero nadie parece reparar nunca en el empresario que se está jugando todo su patrimonio.

«Bueno, pero es que el trabajador ha estado durante muchos años dando su trabajo a la empresa», se suele argumentar. ¿Y acaso no ha recibido un sueldo por ello? ¿Y qué pasa cuando el trabajador decide abandonar voluntariamente la empresa porque ha encontrado un trabajo que le satisface más? ¿Sería justo que la empresa le reclamara el pago de los cursos de formación e inversiones realizadas para mejorar sus aptitudes? Del mismo modo que es injusto lo primero, lo es lo segundo. La vida conlleva riesgos y las decisiones también, por lo que cargar con las consecuencias de las mismas es propio de una sociedad sana, adulta y civilizada. Tratar a los ciudadanos como deficientes mentales a los que hay que proteger e incluso que el resto tenga que pagar por las equivocaciones ajenas no es ni justo ni, por supuesto, tiene un ápice de social. Y sí, ya sabemos que las empresas del IBEX 35 no son el caso, pero como hemos citado, el 99,84 % de las empresas en España son pymes. ¿Qué clase de demencia colectiva nos lleva a asumir que hasta el ciudadano medio que con toda su ilusión emprende la ardua tarea de montar una empresa, incluso si pierde dinero, tiene que perder todavía más?

No obstante, para ser honestos deberíamos ponernos en la situación contraria. Imaginemos un padre de familia que tiene tres hijos a su cargo y el sustento principal es su sueldo. Incluso en el supuesto de ser despedido por motivos justos, ¿cómo podría costear su vida hasta encontrar un nuevo trabajo? Sin lugar a dudas estaríamos en una situación de indefensión que debería contar con el socorro de toda la sociedad aunque su despido fuera el más justo jamás conocido. Si hemos aceptado que la empresa realiza una labor social incalculable, resultaría también injustificado hacerle cargar con

otra más. Es decir, aquí volvemos a invocar a la justicia social — entendida como hemos aclarado anteriormente— para hacer frente a este tipo de situaciones que una sociedad debe solventar en aras del bien común, la armonía y la concordia. Ahora bien, estas ayudas siempre deben acompañarse de una serie de requisitos. No tendría sentido exponer esta solución para aquellos casos extremos si a su vez el ciudadano puede asegurarse el pago de ayudas sociales por el resto de sus días sin temor a perderlas. Ahí es donde entra el deber —la obligación ciudadana, si queremos denominarlo así— que todos tenemos de cara al prójimo. Dichas ayudas deben ir siempre acompañadas de la obligación de realizar una búsqueda activa de trabajo para liberar a la sociedad de tu manutención cuando con tus propios medios eres capaz de obtenerla. A pesar de que el trabajo encontrado no cumpla todas tus expectativas, el deber moral indica que obrar justamente es dejar de cargar sobre los demás tu manutención, por lo que cualquier ciudadano cívico y honesto consigo mismo jamás tacharía de barbarie esta medida. Para ello se necesita una legislación laboral flexible que permita una rápida incorporación en el mercado laboral, pues de lo contrario se condena a los desempleados a permanecer en ese estatus *sine die*. Claro que ello implica obligaciones que, como bien sabemos, el ciudadano medio suele despreciar afirmando que su derecho es que otros costeen su vida.

¿Es acaso un empresario tan estúpido como los que redactan la legislación laboral y un día se levanta con ganas de despedir a su empleado porque sí? ¿Acaso un empresario echaría a un empleado que cumple con su función de manera notable? ¿Quién en su sano juicio despediría a un empleado disciplinado, laborioso y válido para

realizar las labores que demanda? Pero más allá de la injusticia que supone la mera existencia del concepto de la indemnización por despido, que nadie puede defender excepto desde una perspectiva egoísta, irresponsable y contraria a la justicia, vayamos a ver qué consecuencias acarrea. España es el país de la Unión Europea que cuenta con la indemnización por despido más elevada, tal y como acreditan los datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

¿CUÁNTO CUESTA DESPEDIR EN EUROPA?		
Semanas de indemnización por despido objetivo con 10 años de antigüedad		
1	España	28,6
2	Grecia	26
3	Alemania	21,7
4	Irlanda	21
5	Portugal	17,1
6	Croacia	14,4
7	Países Bajos	14,3
8	República Checa	13
8	Letonia	13
8	Polonia	13

8	Hungría	13
8	Eslovaquia	13
13	Francia	10,8
13	Eslovenia	10,8
15	Luxemburgo	8,7
15	Lituania	8,7
17	Reino Unido	8,5
18	Bulgaria	4,3
18	Estonia	4,3

Como vemos en el gráfico, España encabeza la tabla superando a Grecia —ambos países lideran las tasas de desempleo de toda Europa— y supera en prácticamente 7 puntos a Alemania. No nos detendremos en el caso alemán, pero sí recalcaremos que sus tasas de pleno empleo se deben en gran medida a los conocidos como «minijobs» y a los «midijobs». Contratar en España se convierte prácticamente en un acto de fe. Si contratar supone poco menos que un matrimonio entre empresario y empleado, es lógico que el primero decida contratar lo justo y lo haga tratando de pagar lo menos posible para que, si vienen mal dadas, el coste del despido sea más bajo. A diferencia de los siempre despreciables legisladores demócratas que hacen gala de su cortoplacismo, el empresario tiene la obligación de proyectar una visión a largo plazo que le obliga a

tener diversas opciones planificadas para hacer frente a los desafíos del futuro.

La pregunta que nadie parece hacerse es: ¿cuándo suben los sueldos? Cuando hay pleno empleo. Pleno empleo supone que aquellos que están en edad de trabajar y no lo están haciendo es por motivos personales, es decir, gente que no quiere trabajar porque no encuentra el trabajo que le gusta o gente que se está cambiando de trabajo y todavía no se ha incorporado. Esto ocurre cuando la tasa de paro es del 5 % o menor. Incluso en algunos países se da la paradoja de observar cómo empresarios ofrecen grandes cantidades de dinero para poder encontrar trabajadores ante la escasez de estos. En España, desafortunadamente, somos ajenos a ese bendito problema ya que lideramos las tasas de desempleo general y juvenil de toda la Unión Europea. ¿Por qué es tan importante alcanzar el pleno empleo?

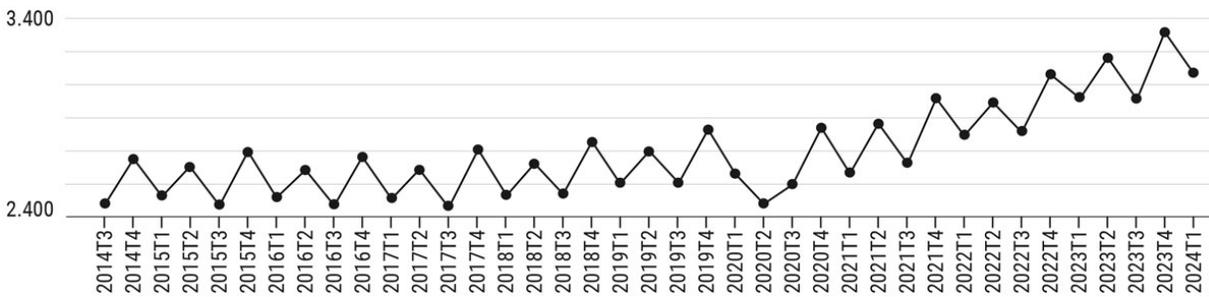
Debemos aclarar algunos conceptos básicos. Los trabajadores ofrecen trabajo y los empresarios demandan trabajo, es decir, la oferta y la demanda quedan invertidas en este caso ya que la mayoría estamos familiarizados con «ofertas de trabajo» cuando en realidad el que ofrece su mano de obra —para que nos entendamos— es el empleado. Si la oferta de trabajo es muy elevada, el empresario tendrá una mayor capacidad de negociación, mientras que si la oferta de trabajo es escasa, este no gozará de esa posición ventajosa a la hora de negociar los salarios de sus futuros empleados. Las tasas de desempleo que sufre España desde hace décadas han hecho que los ciudadanos asuman como normal lo trágico. Tenemos que remontarnos al año 2004 para encontrar una cifra de desempleo menor del 10 %. Y todo ello a pesar de la

manipulación de los datos, o como lo llaman algunos, «cambios en el método de contabilización», derivados de la creación de fijos discontinuos y demás artimañas pueriles para engañar al personal.

Un ejemplo práctico: si un empresario quiere contratar a un empleado para cubrir un puesto y tiene a más de dos mil candidatos, es lógico que la remuneración que ofrezca sea menor ya que, por pura estadística y lógica, alguno estará dispuesto a aceptar las condiciones ofrecidas. Pero ¿qué ocurre si el empresario que demanda trabajo se encuentra con diez candidatos al puesto? Pues que no podrá ofrecer un sueldo bajo porque estos no aceptarán cualquier cosa y, además, es probable que tenga que irse a las empresas de la competencia para contratar a personas que ya están como asalariadas, por lo que no cambiarán su puesto de trabajo si las condiciones y el sueldo no son mejores. Siempre hay excepciones, lógicamente, pero la norma indica que los sueldos suben cuando el empresario deja de tener a su disposición una gran cantidad de oferta de trabajo y la demanda no puede ser cubierta con facilidad. ¿En qué trabajos no ocurre eso? En los que se requiere una formación extraordinaria que poseen muy pocos ciudadanos, es decir, nuevamente en los que la oferta de trabajo es muy pequeña y es preciso llevar a cabo tareas difícilmente reemplazables. No es lo mismo necesitar a un tipo que sepa cómo construir un edificio de veinte plantas para que no se derrumbe que precisar de alguien que se limite a rellenar las estanterías de un supermercado. Si bien todos los trabajos son igual de dignos, unos requieren de mayor especialización que otros.

Otro de los puntos clave a la hora de abordar la cuestión de los salarios son las cotizaciones que debe pagar el empresario por

contratar. El coste laboral medio por trabajador y mes (que incluye las remuneraciones y las cotizaciones sociales) superó por primera vez los 3.000 euros por trabajador y mes. El gráfico con los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) sobre la evolución del coste de contratación en los últimos diez años es el siguiente:[12]



Sin ánimo de ser exhaustivo, vayamos a un caso práctico. La célebre empresa Deloitte publica cada año su estudio «European Salary Survey», [13] en el que mide cómo son los sueldos europeos y compara cómo tratan los diferentes sistemas fiscales el trabajo remunerado. Imaginemos un trabajador soltero y sin hijos cuyo sueldo es de 50.000 euros brutos. Pues bien, un salario bruto de 50.000 euros genera a la empresa un coste total de 63.067 euros. ¿Y cuánto recibe el trabajador? Si descontamos los pagos a la Seguridad Social tanto de la empresa (13.067 euros) como del empleado (2.775 euros) y los impuestos que paga este último (12.945 euros), el empleado recibe 34.280 euros netos. En resumen: el empleado cuesta 63.067 euros a la empresa, pero solamente recibe 34.280 euros; es decir, el empleado recibe neto un 54,4 % de lo que su empresa paga por él. Dicho de otro modo, el 45,6 % de su coste va a las arcas del Estado.

TRABAJADOR SOLTERO SIN HIJOS. SUELDO BRUTO DE 50.000 EUROS

País	Ingresos netos	Impuestos	Seg. Social trabajador	Seg. Social empresa	Coste total	Ingresos/Coste
Francia	35.132	3.449	11.419	24.804	74.804	47,0%
Eslovaquia	34.325	8.776	6.898	18.127	68.127	50,4%
Suecia	34.781	11.635	3.584	16.876	66.876	52,0%
Austria	31.205	9.056	9.739	16.699	66.699	46,8%
Rep. Checa	35.957	8.588	5.455	16.667	66.667	53,9%
Italia	29.932	15.067	5.002	15.550	65.550	45,7%
Bélgica	30.599	12.899	6.502	15.333	65.333	46,8%
España	34.280	12.945	2.775	13.067	63.067	54,4%
Grecia	27.848	14.250	7.902	12.432	62.432	44,6%
Portugal	32.177	12.323	5.500	11.875	61.875	52,0%
Alemania	31.550	8.266	10.184	10.142	60.142	52,5%
Holanda	30.939	11.679	7.382	9.815	59.815	51,75
Polonia	34.524	6.872	8.603	6.823	56.823	60,8%
Luxemburgo	35.874	8.168	5.958	6.787	56.787	63,2%
Reino Unido	35.993	9.167	4.840	6.290	56.290	63,9%
Irlanda	35.432	12.274	2.294	6.165	56.165	63,1%
Suiza	44.478	2.247	3.275	4.556	54.556	81,5%
Malta	37.794	9.992	2.214	2.214	52.214	72,4%
Dinamarca	28.900	20.947	153	1.613	51.613	56,0%

Fuente: Deloitte.

¿Los empresarios españoles podrían pagar todavía más? Claro, como los franceses o los checos. Y también menos, como los suizos, estadounidenses, australianos, neozelandeses (que no pagan nada), irlandeses, británicos, noruegos, etc. Ahora bien, tomar como referencia únicamente la cotización empresarial podría conducirnos a un error. Cada país cuenta con una legislación diferente y podría parecernos que en Dinamarca —país que cuenta con un elevado nivel de impuestos y gasto público— no existe prácticamente lo que nosotros entendemos como cuotas a la Seguridad Social, pero lo cierto es que la tributación al trabajo recae sobre impuestos directos como la renta y elevadas tasas impositivas al consumo. Simplemente se recauda de otra manera, como se puede observar en el gráfico expuesto anteriormente. El caso contrario lo encontramos en Suiza,

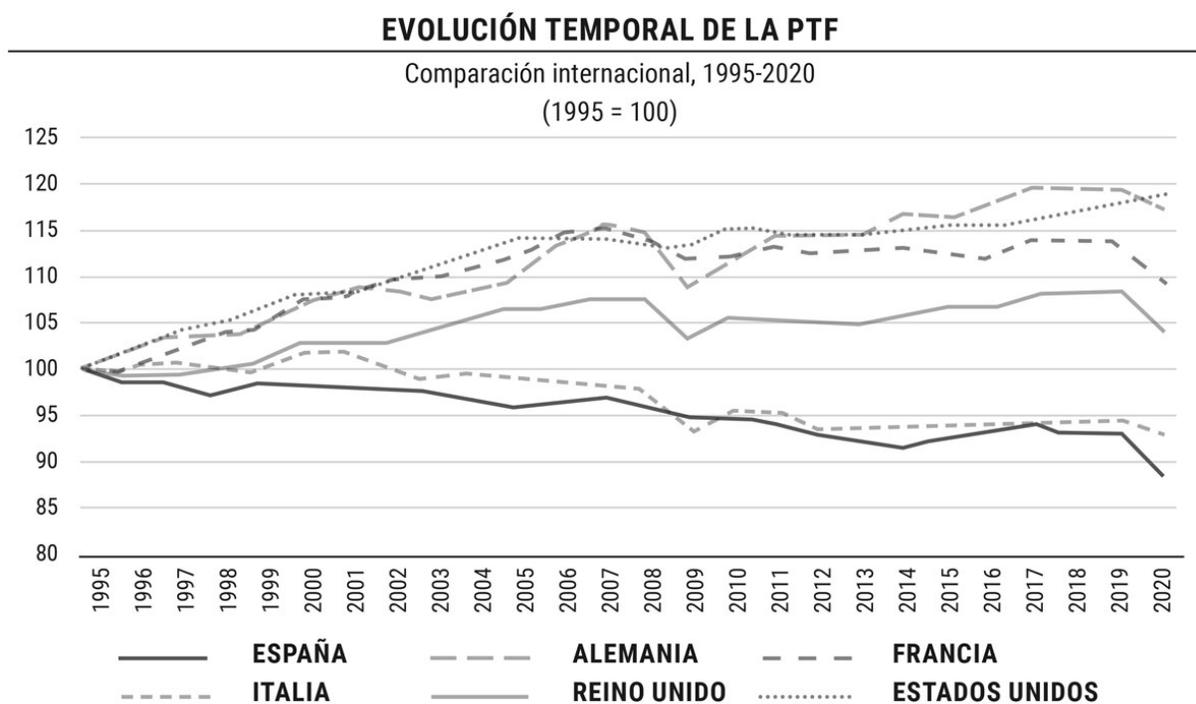
donde el empleado recibe neto el 81,5 % de lo que su empresa paga por él.

De esta forma podemos entender mejor por qué los sueldos no son tan bajos como *a priori* puede parecernos, pues el empleado tiene un coste significativo mayor; es decir, un trabajador que cuenta con un sueldo bruto de 50.000 euros en realidad al empresario le está costando 63.067 euros. Este ejemplo sirve para cualquier importe que queramos establecer. ¿Nos siguen pareciendo tan perversos los empresarios o, por el contrario, habría que mirar a los gobernantes que pegan semejante hachazo fiscal?

La productividad es, sin duda, otro de los puntos fundamentales junto con la legislación laboral y el pleno empleo para hacer referencia a las subidas de sueldo. ¿Qué es la productividad? En resumidas cuentas, la productividad se encarga de calcular cuánto trabajo, capital, tiempo, etc., se necesita para producir un número de bienes y servicios. La productividad nos permite conocer qué produce un trabajador en una hora, un día, un mes o un año. Conviene tener en cuenta que no solamente la productividad se centra en el trabajador a la hora de entender los datos que vamos a exponer seguidamente. Si afirmamos que la productividad de un trabajador del campo suizo es superior a la de un ugandés, esto no implica que el primero se esfuerce o trabaje más que el segundo. Incluso puede ser al revés. Por ejemplo, un agricultor suizo tiene a su disposición maquinaria de alta tecnología que le permite recoger la cosecha mucho más rápido que un ugandés, que solamente tiene a su alcance sus propias manos para realizar dicha labor. ¿Quién sufre una jornada laboral más sofocante? Evidentemente, el ugandés. Teniendo claro este matiz y sabiendo que la productividad

implica varios factores, vayamos a analizar la productividad española.

En España la productividad acumula un retroceso del 7,3 % en lo que va de siglo. En concreto, el estudio del BBVA —uno de los más completos al respecto— revela que España ha acumulado un retroceso de su nivel de productividad total de los factores (PTF) del -7,3 % entre 2000 y 2022, un resultado que contrasta con los avances de países desarrollados como Estados Unidos, donde la PTF ha crecido un 15,5 % en este mismo periodo, o Alemania (con avances del 11,8 %).[14] ¿Qué hay de los países de nuestro entorno? ¿Podríamos justificar que es un mal que afecta a todos? Me temo que ni siquiera de esa forma podríamos salvar un dato tan aterrador a la vez que tan desconocido para la población española.



Fuente: Bontadini et al. (2023), Fundación BBVA-Ivie (2023), INE (CNE, CNTR, EES, EPA) y elaboración propia.

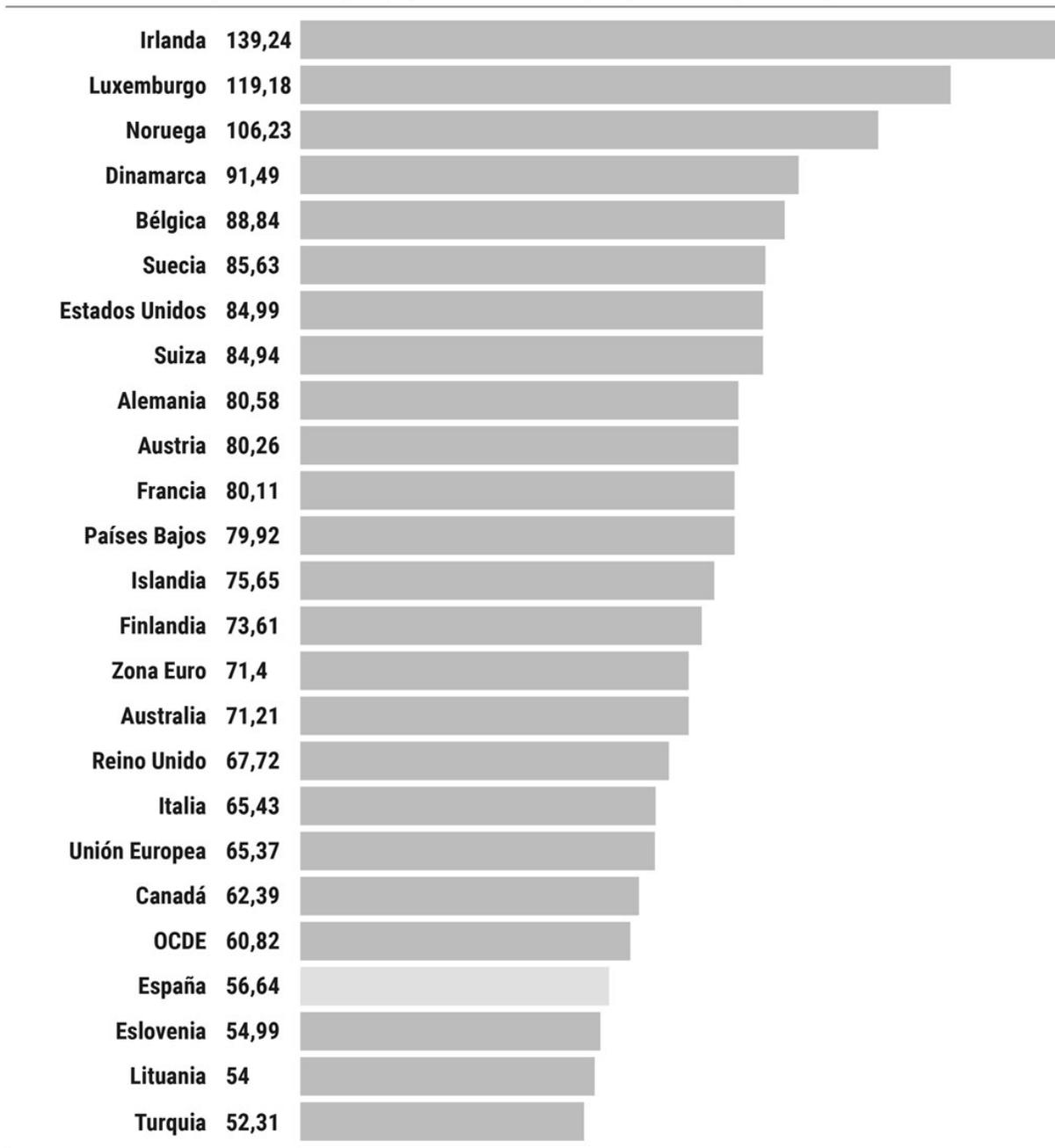
Como vemos, la evolución negativa de la economía española no es un fenómeno compartido salvo con nuestros queridos hermanos italianos, tan parecidos a nosotros, que llevan décadas observando cómo su productividad se desploma. Si la PTF de una nación no es capaz de situarse a niveles elevados, esperar la llegada de mejores sueldos es tan estúpido como afirmar que el ser humano aprenderá a volar lanzándose por las ventanas de los rascacielos. A pesar de ello, el debate de la productividad ha desaparecido por completo en el ámbito político ya que resulta mucho más complejo para la masa. Por el contrario, se habla de continuas subidas salariales por ley y más derechos que lo único que generan es más pobreza y dependencia estatal.

1995-2020			
	PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJO (por hora trabajada)	PRODUCTIVIDAD DEL CAPITAL	PTF
España	0,61	-1,57	-0,48
Alemania	1,17	-0,26	0,62
Francia	1,07	0,05	0,35
Italia	0,47	-0,84	-0,28
Reino Unido	1,08	-0,67	0,16
Estados Unidos	1,74	-0,34	0,67
UE-27	1,14	-0,46	-

España solamente supera a Italia en cuanto a productividad del trabajo se refiere, pero los italianos compensan su baja productividad del trabajo con su productividad del capital, que es superior a la española. Para que no se nos tache de ventajistas, hagamos una última comparativa con los países que analiza la OCDE. La organización que reúne a los países más avanzados del mundo demuestra que España está por debajo de la media de la Zona Euro, de la Unión Europea y de los países de la OCDE en cuanto a productividad laboral se refiere. Si bien este dato varía en función del año, que nadie espere un incremento de 10 puntos porcentuales de un año para otro, pues nunca es el caso y las variaciones anuales son mínimas. En definitiva, España tiene un enorme problema de productividad que nadie parece querer ver.

PRODUCTIVIDAD LABORAL EN 2021

PIB por hora trabajada, a precios corrientes y en paridad de poder adquisitivo



¿Y qué hacen los gobernantes con estos datos aberrantes tras décadas de subidas impositivas, trabas burocráticas, aumento del gasto público, legislaciones y políticas antiempresariales? Pues más

impuestos, más legislaciones contra los empresarios, más gasto y subir los sueldos por ley. Ya hay que ser estúpido para echar más gasolina al fuego pensando que así lo apagarás. ¡Pues eso hacen los responsables económicos! Lo más terrible es ver a la masa encantada de arder a lo bonzo y pasar el bidón al politicastro de turno para que lo rocíe un poco más y así terminar calcinado del todo. Y ahí están, chapoteando en el lodo y celebrando un subsidio estatal como la gran ayuda, cuando en realidad los están convirtiendo en siervos del Estado. Ya lo advirtió Antonio Machado: «En España, de cada diez cabezas, nueve embisten y una piensa».

Una verdad incómoda

La cuestión impositiva resulta clave a la hora de poder abordar el gasto público y la razón por la que pagamos tantos impuestos. A menudo sobre este asunto se recurre a la demagogia barata —muy adecuada a la hora de encandilar a las masas— tanto por un lado como por el otro. ¡Los impuestos son para sanidad y educación!, ¿es que nadie va a pensar en los parques de los niños?, ¿qué pasa con nuestros mayores?, esgrimen los defensores de un elevado gasto público y altas tasas impositivas. ¡Que dejen de ir en coche oficial! ¡Supriman el ministerio que más repulsa nos genera! ¡Acabemos con las pagas vitalicias a los ministros! Pues bien, lamento darles malas noticias, pues, como veremos, ni unos ni otros están en lo cierto. ¿Pagamos muchos impuestos en España?

Para responder a esta pregunta vamos a referirnos al libro sagrado de los demócratas: la Constitución. El artículo 31 de la Constitución española dice:

1. Todos contribuirán al sostenimiento de los gastos públicos de acuerdo con su capacidad económica mediante un sistema tributario justo inspirado en los principios de igualdad y progresividad que, en ningún caso, tendrá alcance confiscatorio.

2. El gasto público realizará una asignación equitativa de los recursos públicos, y su programación y ejecución responderán a los criterios de eficiencia y economía.

El constitucionalista afirmará que todo estupendo; asunto resuelto. Se ha escrito en la biblia democrática —¡la votó el pueblo!— todo lo que se necesita al respecto de los impuestos en un par de frases. Nosotros, por el contrario, hallamos en ese artículo varias preguntas que requieren respuesta. ¿Qué tasa impositiva se considera que tiene alcance confiscatorio? ¿Un 10 %? ¿Un 20 %? ¿Un 50 %? ¿Un 70 %? ¿Quizá un 90 %? ¿Quién determina que es confiscatorio? Del mismo modo cabe preguntarse qué carajo implica «su programación y ejecución responderán a los criterios de eficiencia y economía». ¿Quién establece si los impuestos son eficientes o no? De demostrarse lo contrario, ¿qué? En el mundo democrático la respuesta es nada, pues si la masa ha determinado con su voto que los legisladores de turno sometan a los ciudadanos a tasas abusivas, todo está bien.

Y es que, a la hora de responder, uno se encuentra ante la subjetividad del carácter confiscatorio de los impuestos. Para algunos —nosotros—, pagar un cuarto de lo que ganas (25 %) es confiscatorio, mientras que para otros —la masa—, que el rico que gana 10.000.0000 euros mañana sea sometido a pagar el 90 % resulta de lo más justo. ¡Si yo ganara eso, no me importaría!, exclama el que jamás podrá aportar ni una décima parte de lo que aporta el rico a la sociedad. Si bien es cierto que en cuanto a estupidez se refiere la aportación del mediocre es inigualable, en términos económicos la aportación del exitoso también lo es en

comparación con el resto. Basta con exponer qué pensaban nuestros antepasados respecto al carácter confiscatorio de los impuestos. Cuenta Charles Adams que tras dirigir Moisés a los hijos de Israel lejos de la servidumbre, estos se asentaron en Palestina bajo el liderazgo de Josué. Cada tribu obtuvo un terreno limitado y ellos mismos eran capaces de autogestionarse sin la figura de un gobernante como conocemos en la actualidad. Lejos de ser un caos, esta forma de organización y de gobierno mínimo —apenas bastaban unos cuantos jueces para resolver los conflictos propios que se generan por la convivencia humana— permitió que el orden social durara prácticamente cuatrocientos años. No obstante, alrededor del año 1000 a. C., el pueblo exigía un rey que guiara el camino a seguir. Sin embargo, el profeta Samuel aseguró a sus conciudadanos que Dios no quería rey alguno, pero el pueblo continuaba empeñado en su anhelo de ser como el resto y contar con ese tipo de sistema político. Samuel, para tratar de persuadirlos, les hizo saber cómo sería la vida bajo un rey todopoderoso: «Exigirá el diezmo de los sembrados y las viñas, para entregarlo a sus eunucos y a sus servidores. Les quitará sus mejores esclavos, sus bueyes y sus asnos, para emplearlos en sus propios trabajos. Exigirá el diezmo de los rebaños».[1]

¡Terrorífico suponía la amenaza de tener que pagar un 10 % de tus ingresos a un rey! ¡Un 10 %! ¿Qué dirían los amantes del estado de bienestar de aquel mundo? «Paraíso fiscal» se quedaría corto. Pero como nosotros ahora somos más libres que nunca, más autónomos y no tenemos un perverso rey que se dedica a robarnos para sus lujos ni a esclavizarnos, podemos contar con los dedos de las manos las naciones cuyos ciudadanos pagan un 10 % o una tasa

impositiva menor. ¡Jaque mate, estúpidos antepasados sometidos al robo indiscriminado de lo obtenido por vuestro trabajo! Y es que si por algo se caracteriza el tonto contemporáneo es por creer que su tiempo es superior moral, ética, estética y espiritualmente del resto. El hecho de tener un sistema informático que detecte al segundo si has pagado o no tus tributos a Hacienda para la masa supone todo un avance de libertades que ya quisieran para ellos los israelitas. Si el pobre Samuel levantara la cabeza, no daría crédito de las tasas impositivas del presente.

Por supuesto, el tonto contemporáneo no se detiene ahí y para reafirmar su profunda condición de ciudadano libre que revolotea a su libre albedrío como una mariposa por una selva tropical recurre al discurso más estúpido que uno puede escuchar sin llegar a tener la necesidad de medicarse: «¡Ellos no tenían los hospitales, carreteras, escuelas y servicios que tenemos nosotros!». La respuesta a esa falacia es muy sencilla. En la antigua Roma —donde se pagaba el 10 %, es decir, la *decuma* o diezmo bíblico, al que posteriormente se añadirían otras tasas impositivas—, los servicios que poseían los ciudadanos eran los más avanzados de su época. Una envidia admirable recorría el resto de los territorios, especialmente el norte de Europa, que soñaban con invadir con sus taparrabos la civilización más avanzada y rica del planeta. Del mismo modo que el ser humano —ni siquiera la estupidez será capaz de detener a una criatura tan extraordinaria— dentro de dos mil años mirará con soberbia e incluso se compadecerá de cómo teníamos que vivir los pobres humanos que tuvimos la tragedia de vivir en el siglo XXI. El avance es, a pesar de todo, imparable. Pero no solo el profeta Samuel lloraría al ver tan terrible mundo impositivo. El confucianismo

estableció el sistema ideal de impuestos fijándolo también en el 10 % pensando que un buen gobernante jamás afligiría un castigo mayor que ese a su pueblo. Hasta el despiadado Gengis Kan solamente exigía un 10 % de impuestos sobre los territorios conquistados.

Pues bien, teniendo en cuenta esto y a pesar de que podríamos alargarnos más exponiendo cómo esos supuestos ladrones sin escrúpulos robaban a sus ciudadanos, pasaremos a exponer cuántos impuestos pagamos en la actualidad. En el caso de España son muchos los impuestos que se pagan. Estos son algunos de ellos: Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas (IRPF), Impuesto sobre la Renta de no Residentes, Impuesto sobre Sociedades, Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones, Impuesto sobre el Patrimonio, Impuesto sobre el Valor Añadido (IVA), Impuesto sobre Transmisiones Patrimoniales y Actos Jurídicos Documentados, etc. A estos hay que sumarles los impuestos especiales que gravan el alcohol, el tabaco, los hidrocarburos o la matriculación de medios de transporte. Igualmente debemos sumar las tasas verdes, el Impuesto sobre Bienes Inmuebles (IBI), el Impuesto sobre Actividades Económicas o el Impuesto sobre Vehículos de Tracción Mecánica. Esta es una pequeña lista de los tributos a los que el liberado ciudadano alejado de la soga del tirano medieval —que exigía el diezmo— tiene que hacer frente.

Los impuestos han aumentado a tal nivel que se dividen en dos grandes grupos: los impuestos directos (se aplican sobre una manifestación directa o inmediata de la capacidad económica) y los indirectos (por actos de consumo o bien por actos de transmisión). Un ejemplo de impuesto directo es el IRPF, mientras que el IVA es

un impuesto indirecto. También debemos clasificar los tipos de impuestos como progresivos, proporcionales o regresivos. Por ejemplo, un impuesto progresivo es en el que los ricos pagan más que los otros; proporcional es si el porcentaje que se paga es idéntico sin importar la situación económica de cada uno y, por último, regresivo es si el más pobre paga un porcentaje mayor que el rico. Así, el IRPF es un impuesto progresivo porque el que más gana más paga en porcentaje de sus beneficios, mientras que el IVA es un impuesto proporcional porque tanto el más acaudalado como el que lo es menos pagan el mismo porcentaje sobre el producto adquirido. Impuestos regresivos podríamos encontrarlos en escasas excepciones en función del país, como las tasas de honorarios de licencias en las que la cantidad fija a la hora de pagar toma un mayor porcentaje de la riqueza del pobre que la del rico.

Por supuesto, a la hora de elaborar nuevas tasas impositivas los gobernantes han ido comprendiendo cómo funciona la mente de la masa para poder dar rienda suelta a su voracidad tributaria. De ese modo vemos cómo el IVA es un impuesto que apenas cuenta con la atención que debería por parte de la población ya que se paga a diario y en pequeñas dosis. Como a un yonqui que le suministran su sustancia diaria para que no fallezca de sobredosis, así actúa el Gobierno, no vaya a ser que el drogadicto se percate de su problema y comience a despertar de su largo letargo. Imaginemos por un instante que el IVA no fuera un impuesto que abonamos diariamente a la hora de comprar una Coca-Cola, una camiseta, pagar en un restaurante o adquirir una cajetilla de tabaco. Imaginemos que en todas las compras que realizamos a lo largo del año no se nos cargara el IVA en el momento, sino que el día 31 de diciembre de

cada año Hacienda nos comunicara el importe que debemos abonar por este. ¡Qué escándalo! ¡Miles de euros que desaparecerían de nuestra cuenta corriente en cuestión de horas! Hasta la masa más putrefacta del planeta se rebelaría ante tamaña injusticia.

Después de esta pequeña introducción, ¿pagamos el diezmo y seguimos siendo esclavos o, por el contrario, hemos conseguido romper las cadenas de la dictadura total? Son varios los informes que se publican anualmente con relación al pago de impuestos. Evidentemente, los cálculos se realizan haciendo una media, ya que el que gana 10.000 euros anuales no paga lo mismo —por motivos obvios— que el que gana 1.000.000 euros. No obstante, a pesar de que el IRPF tiene carácter progresivo, como hemos explicado anteriormente, no es el único impuesto al que tiene que enfrentarse el ciudadano español. En concreto, en nuestro país hay más de cien tipos de impuestos si sumamos los tributos aplicados a nivel nacional, regional y local. Estos incluyen desde la Tasa Google o la Tasa Tobin hasta el Impuesto por Envases de Plástico No Reutilizable o el Impuesto de Circulación. Ahora bien, no todos los ciudadanos hacen frente al pago de todos los impuestos. El que no tiene coche no paga el Impuesto de Circulación del mismo modo que aquel que no posee un gran patrimonio no tiene que hacer frente —de momento— al Impuesto a las Grandes Fortunas. Siendo conscientes de ello, ¿pagamos mucho o poco?

El Consejo General de Economistas realizó el informe de Factura Fiscal de los Hogares Españoles que tuvo a bien publicar el año 2024. El estudio revela que una familia con una renta total de 56.000 euros y formada por una pareja con un hijo debe afrontar una factura fiscal anual de casi 20.000 euros. Esto es, más de un 35

% de sus ingresos van destinados al pago de impuestos y cotizaciones sociales.[2] Otro estudio publicado anualmente por el Instituto Juan de Mariana disecciona más meticulosamente el pago de impuestos. Las principales conclusiones del estudio denominado «Impuestómetro» son las siguientes:

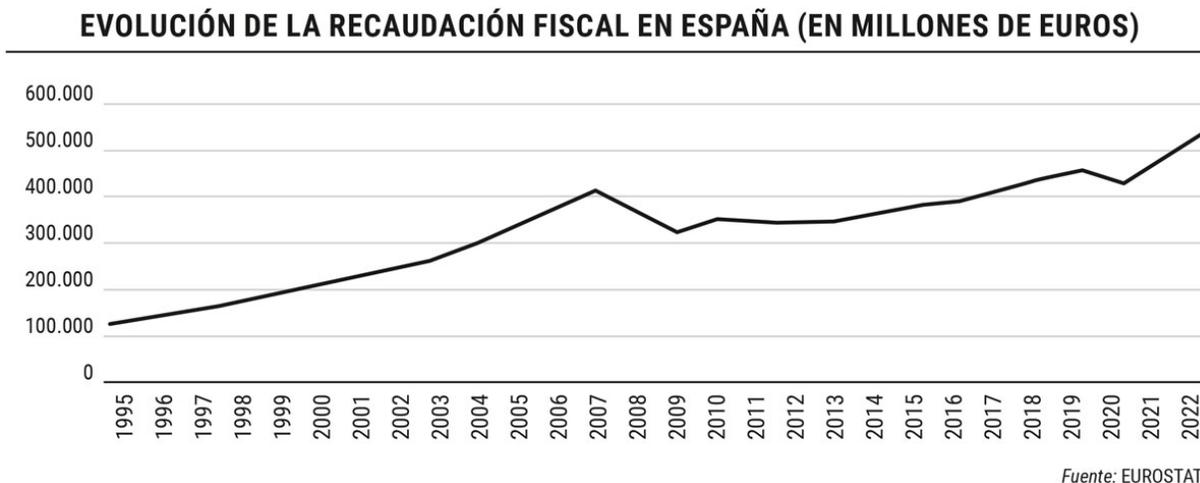
- El peso de los impuestos sobre el producto interior bruto (PIB) ha subido del 32 al 38 % desde 1995. De dicho aumento de seis puntos porcentuales, el 60 % ha tenido lugar bajo gobierno de Pedro Sánchez.
- Dos de cada tres euros de aumento de la recaudación tributaria bajo mandato de Pedro Sánchez han recaído sobre las familias. En total, el líder socialista ha elevado los ingresos tributarios por un monto equivalente a 3.890 euros por hogar. Casi la mitad de la subida se debió a la decisión de no indexar los impuestos a la inflación y, por tanto, a no descontar el efecto en el sistema tributario de la mayor subida de precios en cuarenta años.
- Una renta media en España percibe un salario total real de 34.989 euros, pero a esta cifra hay que descontarle 8.157 euros de cotizaciones a cargo de la empresa y 1.731 euros de contribuciones a nombre del trabajador, así como un IRPF de 3.860 euros y un gasto acumulado por IVA de 1.450 euros. En total, el 43,44 % del salario completo termina en las arcas de Hacienda debido a estas tres figuras fiscales. Si a las cotizaciones sociales, el IRPF y el IVA les sumamos el IBI, un trabajador medio paga 15.480 euros cada año en impuestos, lo que supone el 44,24 % de su salario completo.[3]

A estas cifras deberíamos añadir otro tipo de impuestos, como el impuesto al ahorro, el impuesto sobre el patrimonio, las primas de seguro, el impuesto a la compra de vivienda, el impuesto de circulación, las multas, el impuesto de los hidrocarburos, el impuesto sobre el consumo de alcohol —España es el segundo país de Europa donde más alcohol se consume diariamente— o el impuesto de sucesiones. Si consideramos todas las figuras tributarias, el contribuyente medio paga el 50 % de lo que ingresa a Hacienda vía impuestos. Dicho de otro modo, uno de cada dos euros que ganamos van a las arcas del Estado. Vaya, parece que el profeta Samuel no alertó convenientemente a sus seguidores amenazándoles con el pago del 10 % de sus ingresos al rey. ¡Pagamos de media cinco veces más! ¡Dios quiera que vuelva el diezmo cuanto antes para dejar esta pestilente gran libertad democrática y abrazar la servidumbre medieval que hoy llaman paraíso fiscal!

No serán pocos los que sostendrán que España no es el único país de Europa que posee altas cargas impositivas. Ya saben, es aquello de «mal de muchos, consuelo de estúpidos». Se podría replicar que hay una larga lista de países europeos que no tienen esas cargas impositivas, pero de esa forma estaríamos entrando en el debate que el necio quiere. También suele ser habitual replicar que sin altos impuestos los niños estarán sin alfabetizar, caminaremos desnutridos por las calles, no habrá parques infantiles o nuestros ancianos morirán por las esquinas porque no podrán ir al hospital. Un argumento tan estúpido como recurrente, pues basta con mirar qué ocurre en los países con bajas tasas impositivas y su calidad en términos de educación, sanidad, índices de desarrollo humano, etc.

No entraremos en el debate de la masa porque he de confesar que nunca he comprendido la razón por la que algunos creen que si algo pasa de forma mayoritaria entonces es que tiene que ser bueno. La masa siempre incluye ese absurdo razonamiento en su argumentario porque no es capaz de ir más allá. Supongo que si mañana las violaciones en Europa se disparan y el 50 % de las mujeres las sufren en los países de nuestro alrededor y nosotros contamos con un 40 % de mujeres violadas, a los idiotas les parecerá razonable, pues es un porcentaje similar al de otros. Entiendo que aquel que sostiene el casi siempre pésimo argumento compartido por la mayoría tampoco pondría pegas a la lapidación si es lo «normal» en sus países vecinos. No hay mayor deficiencia que sostener que las cosas son buenas en función de la cantidad de imbéciles que muestran su apoyo. La realidad es la siguiente: supongamos que un tipo gana 50.000 euros y, como hemos analizado, prácticamente la mitad de sus ingresos van destinados al pago de impuestos. ¿Cuál es la mayor partida de gasto que realiza? Imaginemos que paga un alquiler mensual de 1.500 euros (en total, 18.000 euros anuales), su gasto de luz y agua es de 80 euros (960 euros anuales), en comida se gasta unos 150 euros al mes (1.800 euros anuales), en internet paga 50 euros (600 euros anuales) y en ocio —vamos a tirar por lo bajo— se gasta 100 euros al mes (1.200 euros anuales). En impuestos paga 25.000 euros, esto es, 2.083 euros al mes. Es decir, la mayor partida sería referente a los impuestos. Si hacemos la suma de los gastos de un tipo que no tiene ni casa en propiedad, ni vehículo, ni tampoco grandes gastos o lujos innecesarios, apenas es capaz de ahorrar al año 2.440 euros. ¡Qué derroche de alegría

democrática! ¡Pero podrá llevar a su perro al parque! ¡Glorioso triunfo de la civilización humana!



En nuestro caso, que es el que nos concierne, la recaudación de las arcas públicas ha batido todos los registros recaudatorios, como puede observarse en la gráfica. No obstante, a pesar de las subidas masivas de impuestos, estas no alcanzan el objetivo marcado por los distintos gobiernos en cuanto a recaudación se refiere. Sus cálculos suelen ser tan estúpidos como este: si aumentamos X impuestos, obtendremos un aumento de Y ingresos. La realidad económica no funciona así, pues el ser humano es ingenioso para burlar el pago de las tasas impositivas. Y es que los impuestos suelen provocar todo tipo de artimañas para no pagarlos, impidiendo que los cálculos sobre la recaudación que realizan los gobernantes al aprobar nuevas leyes impositivas jamás, nunca, se cumplan. No solo la marcha a Andorra de los creadores digitales es la única vía. Los pagos sin factura en efectivo suelen ser, afortunadamente, un recurso habitual. Y es que la evasión fiscal cuenta con muy mala prensa. Es más, los legalistas se oponen a ella porque ¡es la ley! Como si ese argumento

fuera suficiente para convencer a alguien que no sea profundamente estúpido. ¡Incluso algunos hablan de la evasión fiscal como si fuera algo malo! Nosotros, por el contrario, la defendemos y creemos que debe ser practicada.

Algunos arguyen que es ilegal, como si eso supusiera que lo justo y razonable es someterse a las leyes liberticidas que atentan contra la dignidad humana. Bajo ningún concepto lo legal debe ir acompañado de un concepto de justicia. Ni siquiera cuando el pueblo ha sido el que con su voto ha alentado la barbarie. Ahí, si cabe, la barbarie es todavía peor por contar con la legitimidad democrática. Imagino que los legalistas contemporáneos estarían encantados en la Unión Soviética delatando a los agricultores que ocultaban parte de la cosecha para que no fuera requisada por los sóviets. ¡Ahí va un defraudador!, exclamarían golpeándose el pecho por ser tan buenos ciudadanos y seguir sometidos a la mayor de las miserias.

¿Cómo pagamos las carreteras, los hospitales o los colegios?, puede replicar el ciudadano medio. Como si en los países con bajos tipos impositivos el personal se movilizara en burro por carreteras sin asfaltar, los niños fueran analfabetos y los ancianos fallecieran por las esquinas. Existe en el imaginario colectivo la terrorífica idea de que sin el dios Estado no podemos educar, sanar o construir. Una idea tan absurda y ridícula como plantear que si el Estado no nos proporciona la comida, falleceremos de inanición o si no nos provee de ropa iremos desnudos por la calle. Lo cierto es que en un país en el que el ciudadano medio tiene que trabajar más de la mitad del año para pagar impuestos —en esta esclavitud moderna en la que habitamos— y el dinero requisado se destina, entre otras cosas, a

manipular a la población, a enfrentar a hombres y mujeres con ministerios dotados de cientos de millones de euros y, lo peor de todo, a financiar a los que quieren destruir la nación, en esta realidad innegable en la que vivimos la evasión fiscal es un acto de legítima defensa frente a la confiscación, pues evitar dentro de nuestras posibilidades que el fisco nos asalte no solo es defendible, sino que se ha convertido en una obligación moral.

Pero no ahondaremos —que podríamos— en los motivos por los que la evasión fiscal está justificada moralmente. Eso lo dejaremos para un futuro ensayo. Nos centraremos en otro de los objetivos claros por parte de los gobernantes para evitar que los ciudadanos puedan escaquearse de pagar las tasas impositivas. Y es que no es ninguna novedad que el ciudadano trate de escabullirse. El rey Guillermo III, en el año 1696, creó el *Window Tax* (impuesto a las ventanas) con el objetivo de aumentar la recaudación de las arcas públicas. Por supuesto, el impuesto iba dirigido a los más ricos, pues el rey sostenía que aquel que poseía un gran número de ventanas era debido a que su casa era más grande que la de los pobres, que apenas tendrían un par. Un truco que, como vemos, no ha dejado de utilizarse a lo largo de la historia para justificar lo injustificable. ¿Qué hicieron miles de ciudadanos para evitar el pago? Tapiarlas. Y no fueron precisamente los ricos los que renunciaron a la luz natural en sus hogares, sino más bien los ciudadanos menos pudientes. Incluso hoy en día se puede observar en Inglaterra adefesios arquitectónicos que obedecen a un impuesto que estuvo vigente hasta 1851.

Por ello, no es de extrañar que los burócratas estén empeñados en eliminar el dinero en efectivo. De esa forma no habría ninguna posibilidad. ¡A mí me da igual, si ya pago todo con tarjeta!, cacarea

la masa que es incapaz de comprender que el verdadero objetivo no es facilitar la vida al ciudadano, sino poseer un control total sobre cada individuo. Supongamos que mañana el dinero en efectivo se prohíbe por ley; incluso en toda la Unión Europea, para que así el hombre-masa pueda decir aquello de «en los países nórdicos también está prohibido». A partir de ese momento cada movimiento quedaría registrado en nuestra cuenta corriente y el Gobierno de turno podría tener acceso a todos nuestros movimientos y saber si nos gusta comprar muñecas de silicona, si somos adictos al alcohol o si los jubilados se funden la pensión en el bingo. Pero incluso dejando de lado el atentado contra la intimidad de los ciudadanos que supondría, ¿quién es el estúpido que puede sostener que no se aprobaría una ley de emergencia universal por la flora, la fauna y el ser humano en una próxima crisis acompañada de una nueva tasa impositiva? Y no dudo de que habría una ingente cantidad de bobos que aplaudirían la medida. ¡Hay que salvar a los humanos, a los árboles, a los perros, a los gatos, a los delfines, a los lince ibéricos y no nos olvidemos de los tucanes costarricenses! ¡Todo depende de un impuesto! Nunca antes en la historia la humanidad había estado tan al límite de su propia extinción. Afortunadamente, una burócrata por alfabetizar está a punto de sellar su firma en un papelito para librarnos del final. ¿No es acaso una alegría, un gozo y motivo de celebración que nosotros, una ridícula mota de polvo del planeta Tierra, vayamos a salvar a la humanidad entera? Rotundamente no. Es espantoso, aterrador, horrendo y monstruoso que el dinero en efectivo se elimine para que esa masa ágrafa, perturbada, inmoral y execrable pueda presumir nuevamente de su ignorancia afirmando: «Es que en Francia también pasa».

Porque supongamos que en esa terrible crisis que requiere la acción gubernamental para solventarla —jamás solventaron crisis alguna— se instaurara el pago del 1 % a todas aquellas cuentas corrientes que contaran con un saldo mayor de 100.000 euros. Y sí, ya sabemos que la masa replicaría aquello de «si yo tuviera 100.000 euros no me importaría pagar 1.000 euros al año», como si mañana la cifra no fuera para los depósitos de 50.000 euros, posteriormente para los de 20.000 euros y finalmente para los que tuvieran un mísero euro en su cuenta corriente. ¡Que los pingüinos no van a sobrevivir solos! ¿Qué posibilidad habría de escabullirse de tal atraco? ¿Y qué pasaría si se implementase un carnet social al estilo China? Aunque ya sabemos que eso aquí no puede pasar, ¡que somos democracias liberales! Recuerdo cuando el decadente Occidente sacaba pecho porque los totalitarios chinos tapiaban a los infectados por COVID-19, los encerraban en casa y los espiaban mediante el teléfono móvil. «Esos no son nuestros valores», decían. «Menos mal que nosotros, demócratas de pro y enormemente comprometidos con la libertad, no hemos recurrido a eso». Pero, al final, nuestros burócratas, en un alarde de compromiso sólido con la libertad individual, apostaron por aplicar confinamientos desproporcionados, marcarnos con un QR como al ganado, exigirnos una prueba PCR para poder tomarnos una cerveza en un bar e incluso encarcelar en sus casas a las personas no vacunadas impidiéndoles hasta trabajar. Bueno, es verdad que a la farmacia sí podían ir, pero rapidito, que se nos moría la población. En ese mundo distópico, el hecho de que toda tu fortuna y tu capacidad para poder sobrevivir dependieran de que una tipa apretara el botón en un banco —siempre el perro fiel del sistema— debería ponernos

los pelos de punta. Cuesta imaginar una realidad más monstruosa que esa.

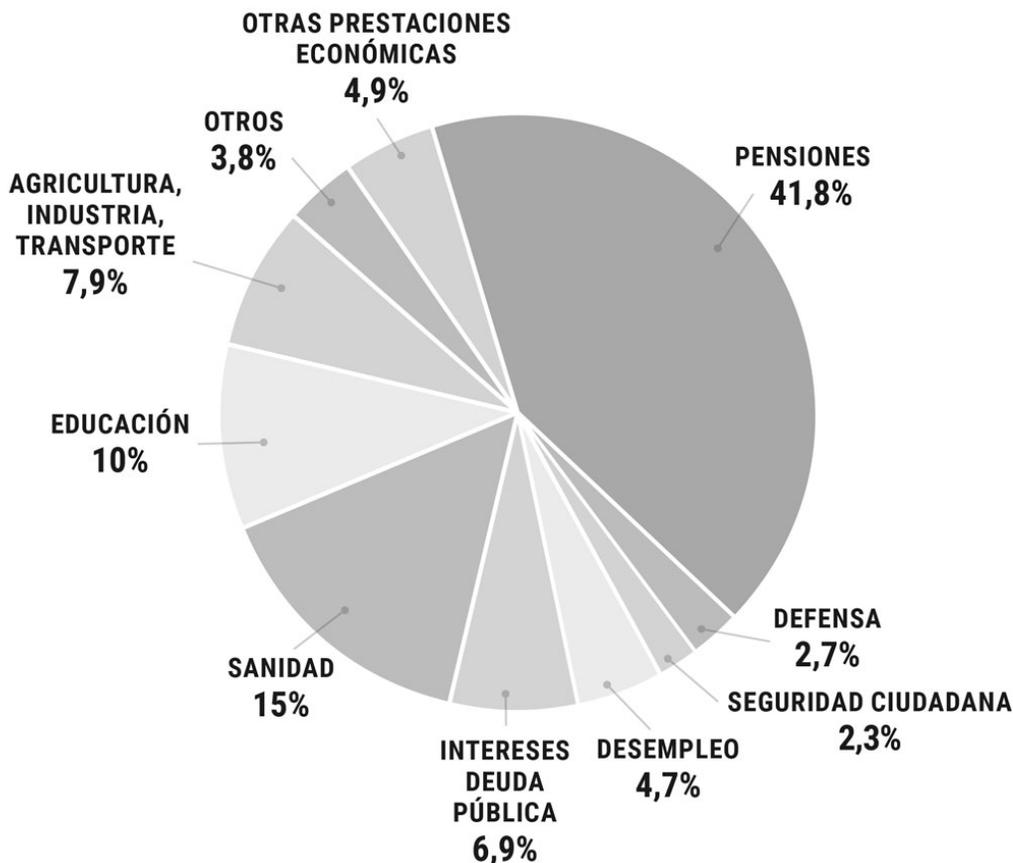
Por todo ello, el dinero en efectivo es un símbolo de libertad frente al infierno fiscal al que someten a millones de ciudadanos en multitud de países. No es casual que allí donde más presión fiscal existe más economía sumergida encontramos. Por ejemplo, la economía sumergida representa en España entre el 11 y el 18 % del PIB. Otros estudios elevan la cifra al 23 %. Mientras que Suiza, el país que cuenta con un porcentaje más bajo en Europa, apenas llega al 6 %. El dinero en efectivo es una válvula de oxígeno para millones de familias, sobre todo autónomos, para poder mantener cierto equilibrio financiero alejado de la imposición estatal. No solo eso, sino que la eliminación del dinero en efectivo convertiría a los bancos en los dueños de nuestro futuro ante la imposibilidad de retirar el dinero de nuestras cuentas en un hipotético corralito o, peor aún, en una democracia totalitaria.

LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA

Ahora que ya sabemos qué cantidad de nuestros ingresos entregamos forzosamente a las arcas públicas, debemos responder a la pregunta clave: ¿en qué se los gastan los gobernantes? Una pregunta que rara vez se suele responder desde los datos. Por el contrario, la izquierda recurre a decir que se gastan en sanidad, educación y carreteras, mientras la derecha afirma que en pagar coches oficiales, acoger inmigrantes ilegales y en subvenciones. Como respuesta absurda ambas posturas están bien e incluso es

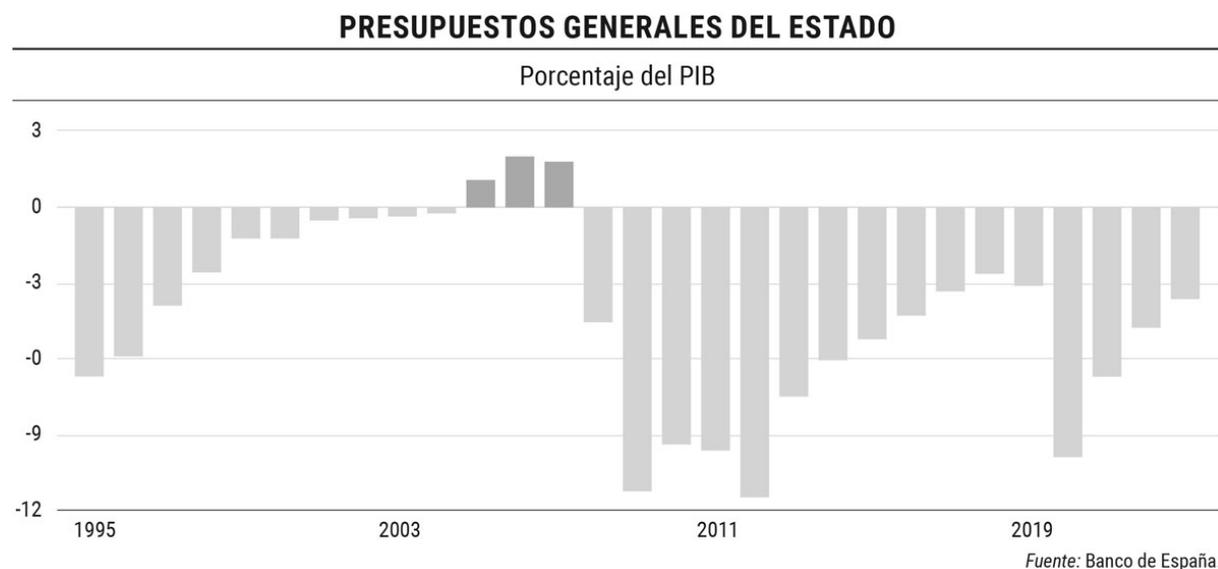
comprensible que la masa recurra a ello, pues leerse los Presupuestos Generales del Estado y realizar el cálculo actualizado no es la mayor diversión que puede encontrar uno. ¿Cómo se desglosa el gasto? De la siguiente manera:

GASTO EN LOS PRESUPUESTOS GENERALES DEL ESTADO



Como podemos observar, el pago de las pensiones supone más del 40 % del presupuesto en España. Si a ello le sumamos los intereses de la deuda pública —relacionados con el déficit crónico que sufre España desde hace décadas—, se podría decir que prácticamente uno de cada dos euros que gasta el Gobierno va destinado a las pensiones. En sanidad se gasta el 15 % —sumando las comunidades autónomas— y en educación, el 10 %. Estas partidas sufren

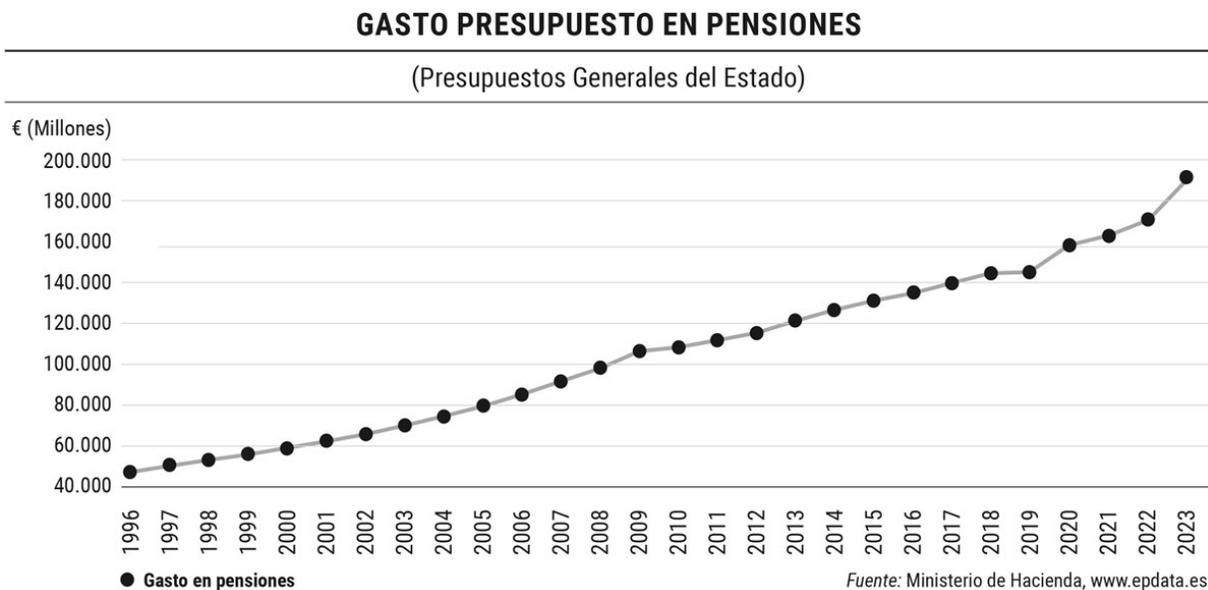
pequeñas variaciones anualmente, por lo que un año puede ser del 15,4 % o del 14 % y del 11 % o del 9,8 %, respectivamente. Si analizamos la evolución del déficit público español, comprobamos que en los últimos treinta años solamente en tres España ha conseguido contar con superávit.



Si bien es cierto que no solamente es debido al gasto de las pensiones lo que genera el déficit, esto es, gastar más de lo que ingresas, sí conviene conocer la cifra mensual que supone para las arcas públicas. Actualmente en España hay más de diez millones de pensionistas que reciben una prestación (ya sea una pensión contributiva, de orfandad, viudedad o incapacidad permanente). ¿Cuánto cuesta cada tipo de pensión? Si cogemos los datos del mes de noviembre vemos cómo la pensión de jubilación supone un 73,2 %. Así, en noviembre 9.270,7 millones de euros se han destinado al abono de las pensiones de jubilación. A pensiones de viudedad se dedicaron 2.097,5 millones de euros. La nómina de las prestaciones por incapacidad permanente, por su parte, se situó en 1.095,9

millones de euros, mientras que la de orfandad supuso 170,4 millones y las prestaciones en favor de familiares, 33,6 millones de euros. Estas cifras varían cada mes, de igual modo que lo hacen cada año. Sin ir más lejos y con los últimos datos que disponemos, las pensiones costaron 190.000 millones de euros en el año 2023.[4] Para que nos hagamos una idea de la barbaridad de cifras de las que estamos hablando, bastará con ilustrarlo de la siguiente forma: si mañana suprimiéramos todo el presupuesto que tiene el Ministerio de Igualdad —un ministerio absurdo para tipos absurdos—, nos ahorraríamos 573 millones de euros. ¿Cuántas pensiones podríamos pagar? A lo sumo podríamos cubrir el gasto de las pensiones de un día (527 millones de euros). No quiere decir esto que no deba suprimirse tal ministerio, de igual modo que otros tantos gastos absurdos, pero adviértase que no tanto por la vía contable, sino más bien por la vía ética y moral. ¿Por qué demonios vamos a tener que mantener los contribuyentes los juguetes de desnortadas trastornadas que nos hacen pagar su trauma de mujeres rechazadas? ¿Y qué hay de los coches oficiales de los que tanto se habla? Pues bien, el gasto para esta partida en la anterior renovación de flota llevada a cabo por Pedro Sánchez fue de 620 millones. El importe anual es sumamente inferior, pero incluso cogiendo ese dato nos daría para pagar otro día de pensiones. ¡Genial! Ya tenemos dos días de pensiones pagados. ¿Y qué hay de los 363 días restantes? Como vemos, el discurso de acabar con los coches oficiales y los ministerios absurdos —que por supuesto hay que erradicar— solo sirve como una cuestión estética, pues el fondo del problema del gasto quedaría igual. Al estúpido se le podrá convencer contándole milongas, pero al que sabe sumar y restar no.

Si analizamos la evolución del gasto de las pensiones, la situación no es muy prometedora.



Un gasto que no ha dejado de aumentar desde hace décadas y que está muy lejos de alcanzar su techo. Afortunadamente, España es uno de los países del mundo que cuenta con mayor esperanza de vida, y a medida que la población envejece cada vez es mayor el número de pensionistas que reclaman lo que un día les prometió el Estado bajo todos los gobiernos. ¿Pero es que acaso no pagaron nuestros queridos abuelos durante años cotizaciones sociales para recibir su pensión? No exactamente. Para entender la estafa monumental de nuestro sistema de pensiones explicaremos muy brevemente y sin entrar en detalles los tres tipos de sistemas que existen:

- Sistema de capitalización: cada contribuyente cotiza para sí mismo, por lo que en este caso las prestaciones guardan una

relación directa con las aportaciones que se han ido realizando. Uno recibe lo que aporta. Ni más ni menos.

- Sistema de reparto: en este caso, las cotizaciones de los trabajadores en activo se destinan a pagar las pensiones existentes en ese momento. Por tanto, las cotizaciones recaudadas de los trabajadores en activo no se acumulan en un fondo personal, sino que se emplean en financiar las pensiones del momento.
- Sistema mixto: es una mezcla de los dos sistemas anteriores, pues se compone de una pensión pública complementada por otra de carácter privado.

¿Qué tipo de sistema tenemos en España? Aquí contamos con el sistema de reparto. Este tipo de sistemas se diseñaron cuando la esperanza de vida no era, ni mucho menos, la actual. Podríamos retroceder hasta finales del siglo XIX para hallar los orígenes del sistema de pensiones actual, pero bastará con hacer una aproximación a los años sesenta, cuando el régimen franquista introdujo la Ley de Bases de la Seguridad Social cuyo objetivo principal era la implantación de un sistema de protección social, de reparto, gestión pública y participación del Estado. Lo más similar al sistema actual. En aquella época la esperanza de vida se situaba en sesenta y nueve años. Si bien es cierto que la mortalidad infantil penalizaba notablemente este índice, no deja de ser menos cierto que los avances médicos y científicos han permitido que los ciudadanos españoles podamos vivir más que nuestros vecinos del norte de Europa u otras regiones cercanas. Además, la natalidad no era un problema, sino todo lo contrario. En los años sesenta en

España, tras el milagro español derivado en gran medida del fabuloso Plan de Estabilización aprobado por los tecnócratas franquistas en 1959, la tasa de natalidad era del 21,7 por cada mil habitantes,[5] mientras que en la actualidad esa cifra es del 6,88. Dicho de otro modo, el número medio de hijos por mujer hoy en día es de 1,16, mientras que en los sesenta era superior a 3. A todo ello debemos incluir que el pleno empleo era lo habitual, la pirámide poblacional tenía una base ancha (es decir, había muchos jóvenes), el desempleo era bajo y nos moríamos antes, lo cual permitía que el sistema funcionara razonablemente.

Sin embargo, con el paso de los años el sistema quebró y se ha continuado bajo él por el temor que supone reformarlo. El que se atreva tendrá que enfrentarse a la furia cortoplacista democrática de 10 millones de potenciales votantes que exigirán que les den lo que es suyo, aunque nunca lo fue. ¿Por qué decimos que nunca lo fue? No vamos a detallar todos los tipos de pensiones ni a matizar los cálculos en función de las excepciones, pues no pretendemos abordar un tratado económico. Bastará con resumir el sistema de pensiones como lo que es: un sistema Ponzi.

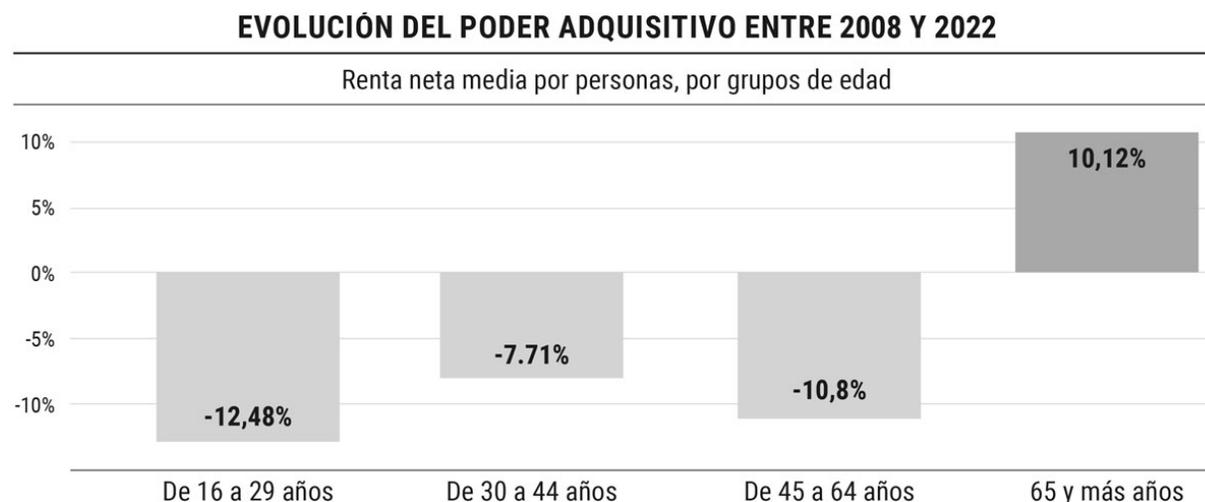
El sistema Ponzi —una estafa piramidal— funciona de la siguiente manera:

Carlo Ponzi fue un famoso delincuente de origen italiano que estafó a cientos de personas en los años veinte en Estados Unidos. Aunque, a decir verdad, no fue el que ingenió el sistema, sino que fue una ciudadana española. Baldomera Larra, hija de Mariano José de Larra, diseñó un sistema de préstamos que consiguió encandilar a un gran número de personas. ¿Cómo? Muy sencillo. Baldomera, al igual que haría después Ponzi, ofrecía un gran retorno por una

inversión. El que quería formar parte solo tenía que dar su dinero. Supongamos que 1.000 euros. A los pocos meses Baldomera te devolvía 1.100 euros (reales en la época). ¡Suena bien! Pero ¿cómo lo hacía realmente? Baldomera cogía los 1.000 euros y se los quedaba. A continuación, un tercero decidía invertir también y daba otros 1.000 euros. De esos 1.000 euros Baldomera cogía 100 para devolverlos al primero con sus intereses. Llegaba un cuarto que se sumaba a la fiesta y Baldomera repetía el ejercicio: cogía 100 euros del nuevo y se los daba al tercer inversor, y así sucesivamente con todos los nuevos clientes; es decir, los intereses del dinero depositado los pagaba con el dinero que invertían los nuevos clientes. La rueda sigue girando hasta que deja de entrar dinero — siempre acaba ocurriendo— y ya no se puede pagar los intereses a los viejos clientes. Por regla general, son las crisis las que generan que el fraude salga a la luz. Ahí está la crisis financiera de 2007 que destapó el mayor fraude de la historia moderna cometido por Bernard Madoff bajo este sistema. Aunque también se puede deber a que ya no queden personas dispuestas a invertir o a que los estafados se acaben. Pues bien, el sistema de reparto funciona exactamente igual. En el caso de las pensiones contributivas, el ciudadano medio va pagando mensualmente un importe que el gobernante asegura que le devolverá en cuanto se jubile. La cuantía dependerá de sus años cotizados, sueldo, etc., pero lo cierto es que el Gobierno no guarda en una caja fuerte del Banco de España el dinero —que es lo que algunos estúpidos creen—, sino que se lo gasta en pagar a los clientes previamente estafados, esto es, los actuales pensionistas. Como con las aportaciones de los trabajadores activos no da para pagar a los pensionistas actuales, tiran de otras

partidas para completar el pago. En concreto, el agujero es cercano a los 50.000 millones anuales. Para desgracia de Baldomera y Ponzi, estos no podían recurrir a la máquina estatal para afrontar los pagos ni tampoco gozaban del endeudamiento público para gastar lo que no tenían.

Pues esto es precisamente nuestro actual sistema de pensiones. ¡A ver quién se presenta ante 11.000.000 de potenciales electores a decirles que van a cobrar menos! Una de las tantas razones por la que la democracia es despreciable es por su absoluto desdén a lo que funciona en sustitución de la popularidad. Lo impopular, por muy justo y efectivo que sea, no cuenta con la estima de la masa. No es el caso de lo popular, que por muy injusto e ineficiente que sea, puede recibir grandes alabanzas e incluso tacharlo de derechos naturales. Si a esto añadimos la evolución del poder adquisitivo de los ciudadanos españoles dividido por segmentos de edad, comprobamos que solo un segmento ha visto cómo aumentaba su poder adquisitivo en los últimos quince años. Casualmente coincide con el rango de edad de los pensionistas.



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de Condiciones de Vida del INE. (El Economista).

Y no es que tenga una especial tirria a los pensionistas, todo lo contrario; los pobres han sido estafados con un agravante: la imposición del Gobierno a través del uso del monopolio de la fuerza que sustenta el Estado. Ninguno puede rechazar pagar esas contribuciones mensuales. No es una opción, al contrario de lo que ocurría con Baldomera o Ponzi: simplemente, si eras estúpido y creías en la alta rentabilidad que prometían en tiempo récord caías en la trampa, pero nadie te obligaba a ello. Ante esta realidad matemática, no opinable y dramática para las generaciones más jóvenes, ¿tenemos alternativa? La respuesta es sí, aunque la solución no es popular ni satisfactoria para los actuales pensionistas. En primer lugar, se debe aclarar que si una pobre viuda o huérfano recibe una ayuda de 400 euros al mes, sería un acto terrible acudir a rebajarle su pensión. Aplicando el puro sentido común —y dados nuestros valores cristianos—, al débil no se le debe desproteger más de lo que está. No ocurre así con muchos pensionistas que cuentan con pensiones máximas, casas en propiedad y una situación que no es la anteriormente citada. Como todo, debería hacerse gradualmente y, sobre todo, destinado al bien común porque, como hemos visto, el sistema de pensiones implica un fraude que sufren los anteriores trabajadores, pero también los actuales. Algunos se oponen afirmando que «no es justo recortar las pensiones» y ya está. No exponen una solución al sistema, si bien es cierto que no la hay, pero ni siquiera se esfuerzan en generar un falso relato. Basta con una pequeña frase para desmontar la evidencia matemática. Para ellos lo justo es que si a los pensionistas los estafaron, a los

trabajadores actuales también deben estafarnos. ¿Se puede ser más estúpido?

Muchos tachan como la gran tragedia económica del siglo XXI española la crisis financiera que hizo que en España se desvaneciera la ficción traída por el boom inmobiliario. Por el contrario, sostengo que la gran tragedia fue evitar el rescate financiero y que unos tipos malhumorados, vestidos de negro y sin carisma —pero válidos— tomaran las riendas de las cuentas de la nación. A cambio de evitarlo, Mariano Rajoy —quien continúa sacando pecho por haber logrado evitarlo— endeudó a los españoles hasta límites históricos, subió los impuestos, no reformó el sistema de pensiones y bajo su gobierno España estuvo sumida en el déficit. ¿Y por qué fue una tragedia? Precisamente porque ante esta realidad de un sistema de pensiones quebrado que tiene como rehenes a presentes y futuros pensionistas y cuya viabilidad es nula por las razones aquí expuestas, ¿qué político se presentará a unas elecciones prometiendo acabar con ello y asumiendo que las pensiones serán recortadas para poder transformarlas en un sistema viable? La respuesta, siguiendo la lógica electoral democrática, es ninguno. Nadie espantaría a sus potenciales clientes de esa manera.

EL JUEGO DEMOCRÁTICO DE LOS IMPUESTOS

Nos hemos centrado en el mayor «gremio» que supone la partida de mayor gasto público. No debemos perder de vista que si el sistema de reparto continúa vigente se debe exclusivamente a una mera razón democrática. La democracia aniquila la calidad en sustitución

de la cantidad. Vale lo mismo el voto del inútil que el del válido, el voto del estúpido que el del brillante, el voto del mediocre que el del exitoso, el voto de un joven que el de un adulto. No es que nos parezca mal el sufragio universal. A diferencia del movimiento «epistocrático» que Jason Brennan, en su obra titulada *Contra la democracia*, defiende, asegurando que solo los sabios deberían poder votar, nosotros sostenemos que esta tesis genera grandes problemas. Fundamentalmente, ¿quién determina qué persona es sabia? ¿Quién establece los requisitos para considerarla como tal? ¿Acaso los gobernantes encargados de esa tarea no aplicarían unos requisitos que supieran que van a ser beneficiosos para ellos a la hora de votar? ¿Bajo qué pretexto se puede excluir del juego democrático al que sufre las consecuencias del sistema democrático? ¿Quién mide la sabiduría? Pero, sobre todo, esta teoría implica que el ser humano y sus derechos quedan determinados en función de una presunta sabiduría y que los más tontos tienen que ser segregados. Nadie que admire la grandeza del ser humano creada por Dios podría sostener que este sea dividido en función de su raza, sexo, religión o sabiduría. Es más, esta tesis aberrante excluye a la inmensa mayoría de los humanos, pues en su inmensa mayoría el hombre está compuesto por simples mortales que pasan sus días sin pena ni gloria con un cociente intelectual que si llega a la media se celebra. ¿Acaso los epistócratas van a saber más que Dios qué es el ser humano? Se me ocurren numerosas formas de rechazar a estos reformadores humanos, pero sin duda el sufragio censitario por razones de conocimiento es un desprecio a la humanidad que todo el mundo debería rechazar.

Además, la crítica es absurda. No seré yo el que se defina como demócrata, pero los defensores del sufragio censitario esconden una prepotencia tan terrible como la que demuestra el estúpido con sus afirmaciones. Un apaño de los que se hacen llamar demócratas, pero que a su vez rechazan la democracia moderna. John Stuart Mill proponía el voto colegiado —desigual— para los más cualificados y mejor educados. Sostenía lo siguiente: «No es útil, sino perjudicial, que la Constitución [...] atribuya a la ignorancia el mismo peso político que al saber».[6] Su afirmación es una fuerte crítica a la democracia que ya hicieron los antiguos griegos —y eso que solo tenía derecho a votar el 25 % de la población— por temor a que la demagogia acabara triunfando. Y tenían razones para temer, pues así ocurrió. En democracia la cantidad se impone. Todo queda reducido a una cuestión numérica, por eso Mill se mostraba consternado por el peso que tenían unos y otros a la hora de escoger a los gobernantes. Los muchos siempre contaban con un grado mayor de reconocimiento y atención por parte de los gobernantes y, por lo tanto, el peso político de los ignorantes —la masa siempre es mayoría— es mucho mayor al de los sabios. Si se sostiene que existe la forma de gobierno que genera poco menos que el jardín del Edén —según los demócratas, esa forma es la terrible democracia—, entonces que no lamenten sus resultados y se sitúen en contra de lo que provoca con burdos juegos malabares.

En democracia no puede ser de otra forma. Pero no solo los ignorantes siempre serán infinitamente superiores a los sabios, sino que también, en un momento temporal determinado, un segmento de la población puede ser superior a otro, y entonces tendrá concedido un mayor peso político. ¿Por qué creen acaso que de los

niños pequeños no habla nadie en las campañas electorales? Por la sencilla razón que los votos que emiten equivalen a 0. Y esos segmentos mayoritarios —como el de los pensionistas actualmente— permiten que puedan continuar con sus privilegios por la sencilla razón del gran número de votos que representan. Supongamos que los pensionistas representaran el 1 % de la población y no prácticamente un cuarto de ella. La reforma del sistema de pensiones se habría llevado a cabo hace ya muchos años por la sencilla razón de que nadie temería perder el apoyo de un grupo tan minoritario. Básicamente, los demócratas estarían dispuestos a perder un cliente por ganar tres. Si bien es cierto que la democracia no es el único sistema que otorga privilegios a un determinado segmento, en ella el reparto de los fondos públicos y las políticas económicas que se aprueban no va destinado al bien común, sino que posee un carácter electoralista. Esto provoca, indiscutiblemente, que los recursos económicos de la nación no se destinen a su progreso o sus auténticas necesidades, sino a contentar al máximo número de clientes posible para que compren su averiada mercancía en las urnas. Un círculo vicioso que se agranda cuando los opositores que aspiran a gobernar tienen que competir en el mercado electoral ofreciendo mayores recompensas que el actual Gobierno. ¿Quién paga la cuenta? Los ciudadanos, pero ni siquiera son conscientes. Algunos creen que la deuda pública o el déficit es un número sin importancia que varía. ¡«Justicia intergeneracional», lo llaman algunos!

Desde el momento en el que los gobernantes democráticos comprendieron que a los gobernados se les puede convencer con promesas disparatadas —nocivas en la mayoría de las ocasiones—,

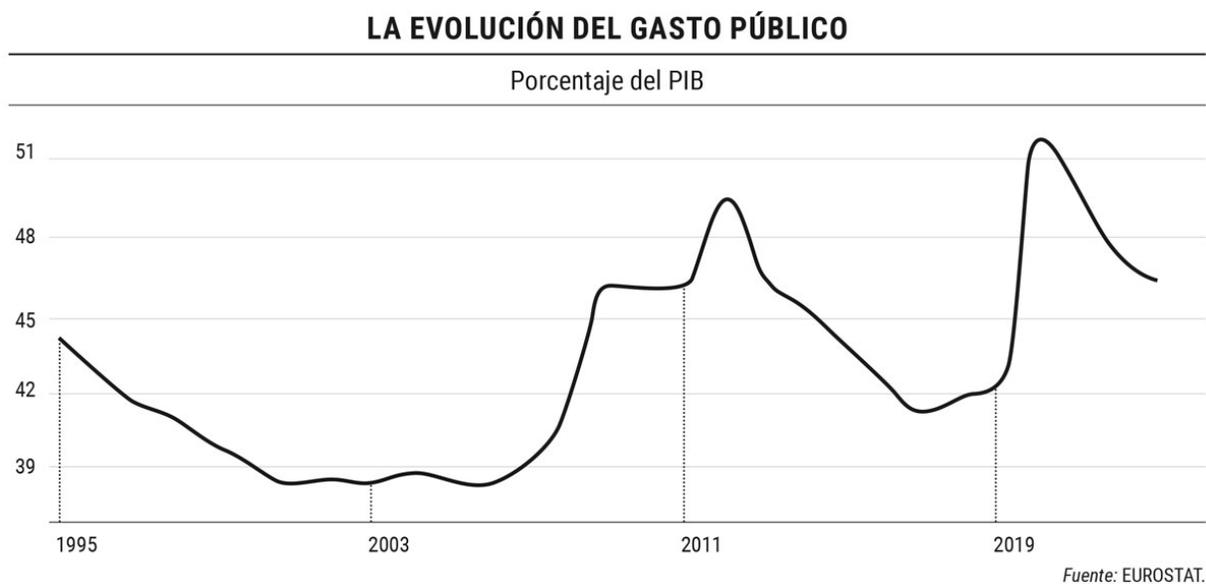
el gasto público, las ayudas sociales, el déficit y los impuestos se han visto disparados con el propósito de no perder votantes. Nunca antes en la historia de la humanidad se han pagado tantos tributos como ahora. ¿Por qué son los impuestos tan importantes? Porque estos, cuanto mayor es su número, permiten a los gobernantes jugar dopados en el mercado electoral y comprar así voluntades con el dinero ajeno. En un país civilizado con impuestos bajos, el gobernante no puede recurrir a promesas disparatadas de aumento de ayudas sociales o del gasto público. Más bien sí puede, pero no contaría con un gran respaldo de la población que, consciente de lo que implica, no querría ver cómo sus ingresos son menores debido a un aumento de los impuestos. No todas las sociedades son capaces de alcanzar ese razonamiento. Tampoco deberíamos alarmarnos. La estupidez ha estado presente con nosotros desde el primer día. A lo largo de la historia son numerosos los ejemplos que puede uno hallar de cómo los impuestos han sido utilizados para sufragar las más bajas pasiones de la masa.

En el Imperio romano lo hizo Calígula cuando en sus primeros meses de gobierno ordenó llenar de pan, espectáculos y dinero a la plebe. Todo comenzó a torcerse cuando apenas un año más tarde se había gastado el tesoro heredado por Tiberio —2.700 millones de sestercios—, generando un enorme déficit en las arcas públicas. Pero lejos de amilanarse, Calígula decidió recurrir a nuevos impuestos de los que, una vez más, no se salvaría nadie. Empezó imponiendo una tasa a los alimentos, a las prostitutas e incluso los que se casaban tenían que pagar un tributo. El mismísimo emperador llegó a solicitar dinero por las calles de Roma como un mendigo. Si alguno se negaba a realizar la contribución impositiva,

su castigo era la muerte. Las políticas económicas destinadas a ganarse el favor de la masa no son una novedad y siempre cuentan con una enorme popularidad, especialmente en el corto plazo, hasta que la siempre inevitable realidad aparece para dejar hambre, ruina y miseria. Pero mientras tanto la masa tenía la barriga llena, y una vez arruinado el imperio, Calígula llegó a ordenar el asesinato de los que en algún momento le habían contradicho en sus políticas económicas. Su delirio era tal que, tras la muerte de su gran amor (Drusila), llegó a ordenar un luto general en el que los ciudadanos tenían prohibido bañarse, mantener relaciones sexuales, comer en familia o incluso sonreír por la calle. Por supuesto, Calígula encontró un enemigo para justificar el desastre económico. ¡Los ricos! ¿Les suena? El emperador ordenó expropiar todos los bienes de la aristocracia y si alguno osaba no entregar todo su dinero era asesinado. Una de sus grandes aficiones consistía en regalar entradas a la plebe para que acudieran al *circus maximus*. No regalaba cualquier entrada. Estas debían pertenecer a la aristocracia para así presenciar cómo se peleaban entre ellos y regocijarse de su lucha. Su poder absoluto lo llevó incluso a autoproclamarse dios vistiéndose como Alepo, Mercurio o Hércules, al mismo tiempo que exigía que todos los que se dirigían a él lo hicieran como «divino emperador». Llegó incluso a traer una escultura de Júpiter Olímpico para cortarle la cabeza y sustituirla por una suya. Nombró cónsul a su caballo favorito y el pueblo debía otorgarle la calidad de máximo mandatario. ¿Por qué decimos esto? Pues porque la masa aguanta las mayores atrocidades inimaginables con tal de rebozarse en la diversión mundana y que alguien le garantice sus necesidades básicas. Solo cuando el hambre provocada por el derroche

económico llegó a Roma fue cuando Calígula acabaría sus días al morir asesinado cuando salía de un espectáculo entre gladiadores. Su cuerpo, antes venerado, quedó abandonado en plena calle hasta que los perros se lo comieron. El Senado de Roma borraría posteriormente su nombre de la lista de emperadores, pero no así la historia. Fue el final de Calígula, pero no de los despropósitos económicos. Tanto Claudio como, sobre todo, Nerón replicaron el derroche económico de su antecesor provocando grandes crisis sociales y económicas en Roma.

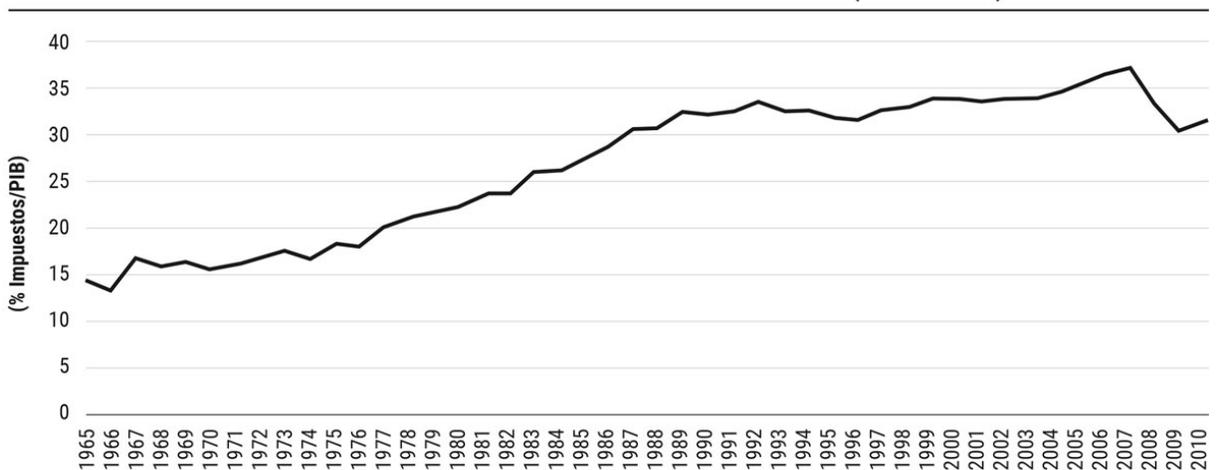
Conforme se avanzó en la democratización de las sociedades los impuestos comenzaron a tener mayor presencia en nuestros días, como hemos visto previamente, pero también el gasto público. En el caso de España, la evolución del gasto público ha sido la siguiente:



El gasto público en España fue del 46,4 % del PIB en 2023. El gasto público en relación con el PIB en España fue, en promedio, del 43,01 % del PIB desde 1995 hasta 2023, alcanzando un máximo

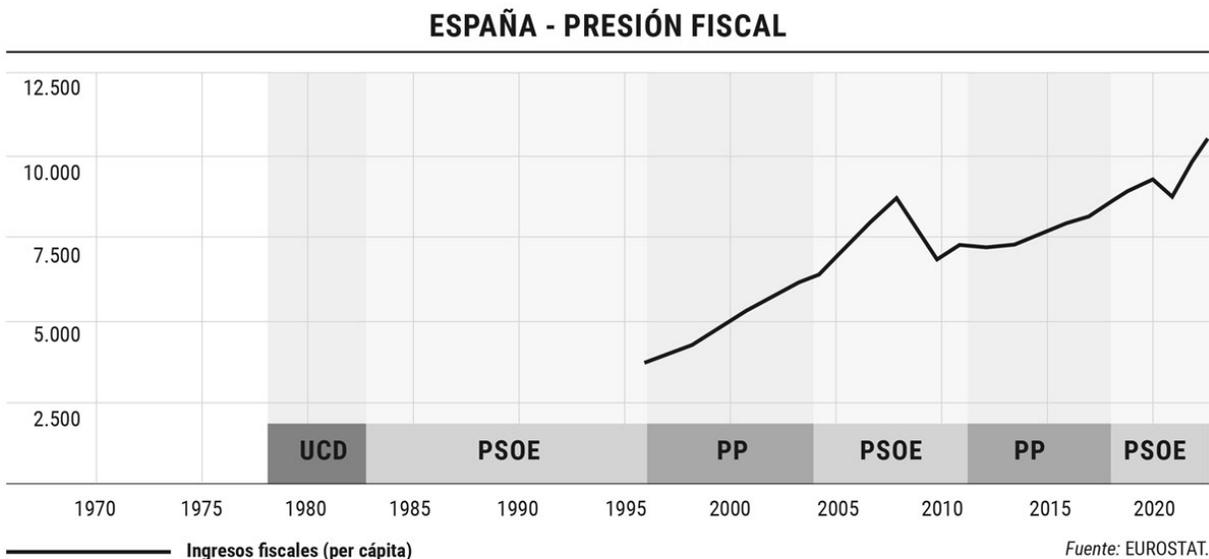
histórico del 51,90 % del PIB en 2020 y un mínimo histórico del 38,40 % del PIB en 2001. En relación con la distribución del gasto, ya lo hemos visto en el anterior apartado. Indudablemente, aspirar a un gasto público del 0 % es absurdo porque siempre habrá gastos que tengan que depender del Estado, como la defensa y la seguridad, del mismo modo que siempre habrá individuos que necesiten el socorro del resto de los ciudadanos. Incluso podríamos añadir la sanidad y la educación para aquellos que no pueden costearlas. El debate sobre los sistemas de sanidad y educación, interesantes sin duda, no lo abriremos en esta obra. Lo que nos concierne aquí es comprender cómo el gasto público en España está ligado al aumento de los impuestos a los que tiene que hacer frente el ciudadano español. El profesor Rafael López del Paso realizó un estudio sobre la evolución de la presión fiscal entre 1965 y 2010. Durante este periodo la presión fiscal pasó del 14,7 % en el año 1965 al 31,7 % en el año 2010.[7]

EVOLUCIÓN DE LA PRESIÓN FISCAL EN ESPAÑA (1965-2010)



Fuente: OCDE.

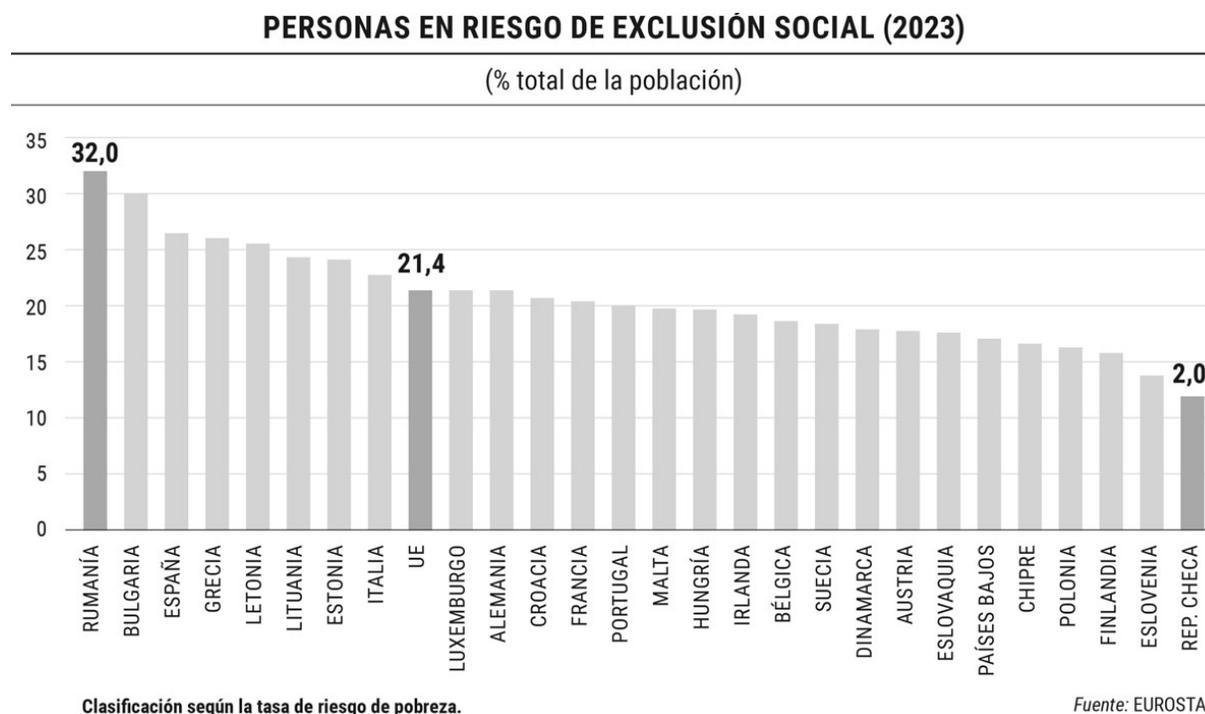
¿Y qué hay del resto de los años? La evolución ha sido la siguiente:



Si en el año 2010 la presión fiscal se situaba en el 31,7 %, esta no dejó de incrementar bajo el gobierno de Rajoy llegando al 34,4 %. Bajo el gobierno de Pedro Sánchez esta ha aumentado hasta el 38 %. Volvemos a la pregunta comparativa que tanto les gusta a los estúpidos: ¿es mucho en comparación con otros países? Si tomamos como referencia a Francia, que cuenta con un 47,7 % de presión fiscal, no lo es; si tomamos como referencia a Singapur, que cuenta con un 12,6 %, entonces sí. Hay que tener presente que la presión fiscal puede resultar engañosa si solamente consideramos ese valor a la hora de analizar si un país cuenta con altos impuestos o no, por lo que previamente lo hemos acompañado de numerosos datos para que no se nos acuse de ventajista. Pero como las comparaciones no nos interesan, pues queremos centrarnos en cómo un elevado gasto público irremediablemente requiere una elevada presión fiscal, la situación en España revela una nación con altos impuestos y un

elevado gasto público. Asimismo, debemos añadir las tasas de pobreza en España.

Nuestro país fue tercero de la Unión Europea con más población en riesgo de pobreza o exclusión social en 2023, solamente superado por superpotencias tales como Bulgaria y Rumanía. En concreto, el 26,5 % de los ciudadanos en España padecen esta situación según los datos que publica Eurostat.[8] Si analizamos los números en relación con la pobreza infantil, las cifras no son muy alentadoras. España ha batido el récord histórico en cuanto a la pobreza infantil se refiere: casi el 11 % de niños y adolescentes carecen de lo necesario para una vida digna.



¿Y cuál es la receta para combatirla? ¡Más impuestos y más gasto público! Lo que causó la enfermedad como remedio para paliarla. ¡Qué estupidez! Debemos reconocer que España es un país con un

profundo sentimiento paternalista, es decir, no concebimos la idea de tener una mayor responsabilidad sobre nosotros. Siempre queremos que nuestro fraternal Estado nos proteja, nos subvencione, nos ayude, nos dirija, nos eduque, nos regule, nos diga cuándo sí y cuándo no, nos diga qué hacer, cómo hacerlo, cuándo hacerlo y por qué hacerlo. A lo largo de la historia siempre hemos tenido sistemas profundamente paternalistas. A lo largo de la historia siempre hemos tenido sistemas profundamente paternalistas donde todo era regulado por nuestro amado papá Estado, el cual sigue siendo la gran columna vertebral de este país. Lo grotesco del asunto es vivir en una sociedad que acepta y defiende un sistema fracasado a la vez que sigue apostando por más de lo mismo. Los liberales cometemos el error de dar por hecho que los españoles conocen datos fundamentales a la hora de elaborar una opinión. La realidad, por desgracia, nos demuestra que no es así. ¿Quién sabe que en 2006, en nuestra «época gloriosa» con la tasa de paro más baja de nuestra historia, España era el país de la OCDE que tenía un mayor número de contratos temporales? En concreto, un 34 %. ¡Algunos parecen haber descubierto ahora «la temporalidad»! ¿Quién sabe que España lleva décadas arrastrando una legislación laboral completamente anticuada y rígida que nos ha llevado a tener un paro estructural del 15,2 % que jamás será erradicado si no se flexibiliza? ¿Quién sabe que España tiene la indemnización por despido más alta de la Unión Europea (UE)? ¿Quién sabe que en España más de 16.000.000 de personas dependen directamente de una nómina pública, esto es, el 34,5 % de la población? Cuando decimos estas cifras, tan desconocidas, alguno puede mostrar cierta incredulidad. Basta con echar un rápido vistazo para comprobar

nuestra realidad. En España hay más de diez millones de pensionistas, tres millones de funcionarios y tres millones de desempleados. La suma, sencilla, nos da dieciséis millones. Si a ello añadimos los ciudadanos que reciben ayudas sociales u otro tipo de prestaciones, la cifra es todavía mayor. ¿Y cuántos trabajadores hay en el sector privado? Una media de 16,9 millones de personas, esto es, una mitad trabajando en el sector privado para mantener a la otra mitad que vive del sector público. ¿Pero es que acaso no paga impuestos también el funcionario o el pensionista? Sí, claro que lo hace, pero sin esos trabajadores del sector privado no podrían pagarlos debido a que directamente no podrían cobrar su nómina. ¿Quiere decir esto que deben ser eliminados todos los funcionarios? Evidentemente no, pues, como ya hemos comentado, todas las sociedades requieren —aunque sea mínimamente— de un Estado que otorgue un ejército, un cuerpo de policía, bomberos, médicos, albañiles, arquitectos, ingenieros, etc., para poder hacer frente a las necesidades propias de la vida en comunidad. Ahora bien, el sistema resulta insostenible a la par que injusto cuando el desequilibrio es tan aberrante.

No parece que la masa comprenda la inviabilidad del modelo. Rodeada de sensacionalismo barato y mediocridad, donde todos los medios de comunicación al unísono desinforman a diario, bombardean a la población con mentiras, utopías y discursos populistas de una bajeza intelectual sin precedentes, se abalanza al primer demagogo que pasa por la esquina o, en el mundo moderno, aparece con aspecto ridículo en cualquier red social prometiéndole el fin de sus penurias. Lo cierto es que estas no se apagan, sino que se incrementan bajo cada falsa promesa. Todo gobernante quiere

ganarse el favor de su pueblo otorgándole beneficios que, presuntamente, no tienen un coste para el ciudadano. Y es lógico que así sea. Si nos detenemos a analizar qué motivos han llevado a generar revoluciones, cambios de regímenes y el fin de grandes gobernantes —ya sean democráticos o no—, la respuesta siempre está ligada con la situación económica. Si a la masa le entregas un techo, la mantienes con los suficientes fondos para permitirle hacinarse en alguna playa de mala muerte en verano, agruparse junto al resto de la manada en torno a unos cuantos litros de alcohol, acudir a la llamada del «todo incluido» en algún complejo hotelero para empacharse de frituras ultracongeladas y posteriormente poder desovar el resto del año consumiendo algún bodrio de Netflix, esta jamás se levantará. Ahora bien, si le quitas eso, entonces la masa reacciona violentamente y exige que le devuelvan a su estado inerte.

Por eso la economía no es un tema baladí, a pesar de que la masa no comprenda qué origina el déficit público, cuántos impuestos paga, el porcentaje del gasto público, las consecuencias de una deuda pública monstruosa, el pago de sus correspondientes intereses, la inversión, la importancia de la capacidad de ahorro, en qué se gastan nuestro dinero los gobernantes, la importancia de una política fiscal austera, tener unas cuentas saneadas, etc. A pesar del tremendo desconocimiento que exhibe la masa, esto no implica que a la hora de votar lo haga en un sentido u otro en función de los beneficios económicos que percibe. En democracia, para más inri, los cambios de gobierno llegan generalmente por la aparición de crisis económicas que generan que la masa de pronto sienta un ferviente interés por la política y corra rauda a recuperar ese estado

de felicidad en el que sus necesidades quedan cubiertas. ¿Quién debe cubrirlas? Otros. ¿Qué hacen los gobernantes? Prometerle que subiendo los impuestos a unos pocos conseguirán hacer justicia y darle al pueblo lo que se merece por el mero hecho de existir. Debemos tener en cuenta este perverso incentivo con el que cuentan los gobernantes democráticos para entender por qué cada vez pagamos más impuestos y cómo es que el número de ciudadanos que viven del Estado es mayor cada año.

Los sistemas democráticos, como hemos explicado, funcionan como un mercado. Las empresas son los partidos y los clientes son los votantes. Los primeros compiten entre ellos en el mercado electoral para obtener el máximo número de votantes. A diferencia del libre mercado, los clientes son excluyentes; es decir, si un cliente vota por un partido, no lo hace por el otro, mientras que en el mercado uno puede adquirir de diferentes empresas distintos productos. No es el caso de la democracia, en la que solamente se puede votar a uno. En esa lucha encarnizada entre los partidos, las ofertas son infinitamente mayores que las que pueda hacer una empresa privada para atraer clientes, pues las consecuencias de sus ofertas disparatadas las paga el pueblo y no él a título personal. A diferencia de las empresas privadas, que sí ponen en riesgo su propio dinero y devenir, el político democrático no arriesga nada. Además, tienen a su disposición miles de millones de euros de presupuesto público para realizar enormes ofertas en forma de ayudas sociales, subvenciones y bonos estatales.

Cuentan con otra ventaja frente a las empresas privadas. Los impuestos —aportaciones obligatorias a las que todo ciudadano debe hacer frente— les permiten contar con la seguridad de tener a

su disposición una ingente cantidad de dinero y, si hiciera falta, todavía pueden recurrir al endeudamiento público. De esta forma cada elección democrática se aproxima más a un bazar turco en el que los vendedores compiten por atraer al mayor número de clientes prometiendo la mejor oferta. Todavía hay más. El Estado tiene el monopolio —además del uso legítimo de la violencia— de actuar como el único dispensador de ayudas sociales. Nadie puede competir contra él. Ni siquiera las muchas fundaciones privadas que realizan una gran labor social pueden contar con los recursos de los que dispone el Estado. El gran dispensador es únicamente el Estado, pues cuenta con la posibilidad de gravar hasta la extenuación con nuevos impuestos a los ciudadanos, asegurándose por la fuerza su estatus de monopolio a la hora de comprar voluntades. Conviene aclarar que el Estado puede ser una máquina extractiva, pero también puede optar por una postura contraria. Dependerá de las políticas que los gobernantes apliquen, pues hasta para aplicar una política de bajos impuestos se necesita el uso del Estado. Vuelvo a recordar aquí la reflexión de Antonio Escohotado: «El Estado es siempre inocente. Quienes no son inocentes son los gobiernos». Así, el Estado no es más que la herramienta que utilizan los gobernantes para confiscar y posteriormente derrochar y repartir miles de millones de euros entre la clientela.

Stuart Mill, en su obra *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, sostenía que los individuos más instruidos debían contar con un papel destacado en la dirección del Estado y la sociedad; así, aseguraba el político británico, los gobernantes ofrecerían a los ciudadanos un ejemplo de moralidad que estos seguirían. Pero la democracia —como ya ocurrió en la Antigua Grecia

— es incapaz de seguir esa lógica por el mero hecho de necesitar convencer al estúpido a través de las más simples promesas: tú me votas, yo te doy dinero. En eso podríamos resumir las campañas electorales. Huelga decir que uno no puede comprar todos los segmentos de la sociedad. Del mismo modo que las votaciones son excluyentes y alguien tiene que perder, lo es el reparto de las ayudas sociales. ¿Quiénes son los perdedores? Aquellos que representan un porcentaje minoritario de la sociedad. ¿Quiénes son? Los ricos. En la escala piramidal en la que se configura la humanidad resulta imposible que el rico ocupe la base, siempre será una minoría en lo alto.

Bajo el pretexto de organizarlo todo, el expolio legal ha ido incrementándose de mil maneras: gravando el ahorro, el consumo, la inversión, la venta, la herencia, el comercio, el trabajo, la producción y ¡hasta la propia existencia! Los tributos a los que debe hacer frente el ciudadano son incalculables. Posteriormente se convierten en primas, subvenciones, estímulos, bonos sociales, servicios «gratuitos», pensiones, ayudas, salarios y todo tipo de conceptos biensonantes que atraen ferozmente a los votantes. Los favorecidos por estas políticas económicas, como es lógico, pronto asumirán estos privilegios que les otorga el Estado como si fueran derechos naturales, y en el hipotético caso de que algún gobernante ose acabar con ellos, pondrán el grito en el cielo. «Dirá que el Estado debe fomentar y proteger su industria; alegará que es bueno que el Estado le enriquezca, porque, cuanto más rico es, más gasta y mayor lluvia de salarios derrama».[9] No debe sorprendernos que esta praxis genere una constante demanda por parte de los ciudadanos que quieren formar parte de los beneficiados para no

estar en el lado de los que no reciben nada. No es de extrañar, en fin, que todos los gremios, sectores y segmentos sociales reclamen su parte. Los aspirantes al poder no tienen ningún reparo en prometer a los que todavía no están siendo beneficiados por las ayudas estatales que, si los votan, las recibirán. Y así en función del lugar en el que estén haciendo campaña no dudarán en prometer ayudas al gremio mayoritario. ¡Ayudas a la industria pesada! ¡A la siderúrgica! ¡A la petroquímica! ¡A la minera! ¡A la farmacéutica! ¡A la textil! ¡A la alimentaria! ¡A la automovilística! ¡A la energética! Todos tienen el derecho divino a participar de los beneficios del expolio legal. Pero ¿qué genera estas promesas? Que aquellos que ya se ven beneficiados temen que los nuevos les roben lo que reciben o que sus ayudas se reduzcan, entonces muestran disconformidad con lo que reciben —es muy poco— y los que menos beneficios reciben tachan de injusto que otros reciban más. Y de esa forma el círculo vicioso no tiene fin y el gasto público se convierte en un dispensador de beneficios para unos en detrimento de una minoría que tiene que sostener el coste de lo que llaman «la fiesta de la democracia». Desde luego que sí, imenuda fiesta de miles de millones de euros!

Los gobernantes democráticos son percibidos como una especie de dioses que son capaces de derramar la riqueza por los hogares y los votantes no dudan en exigirles que cumplan lo prometido. ¡Es el estado de bienestar!, dicen. Incluso se llegan a aprobar nuevos tributos bajo el nombre de «impuesto solidario» para hacer frente al pago de las promesas. Impuestos tan solidarios que si no los pagas te encarcelan. Es el delirio del nuevo hombre forjado bajo las promesas de los sistemas democráticos que considera que todos

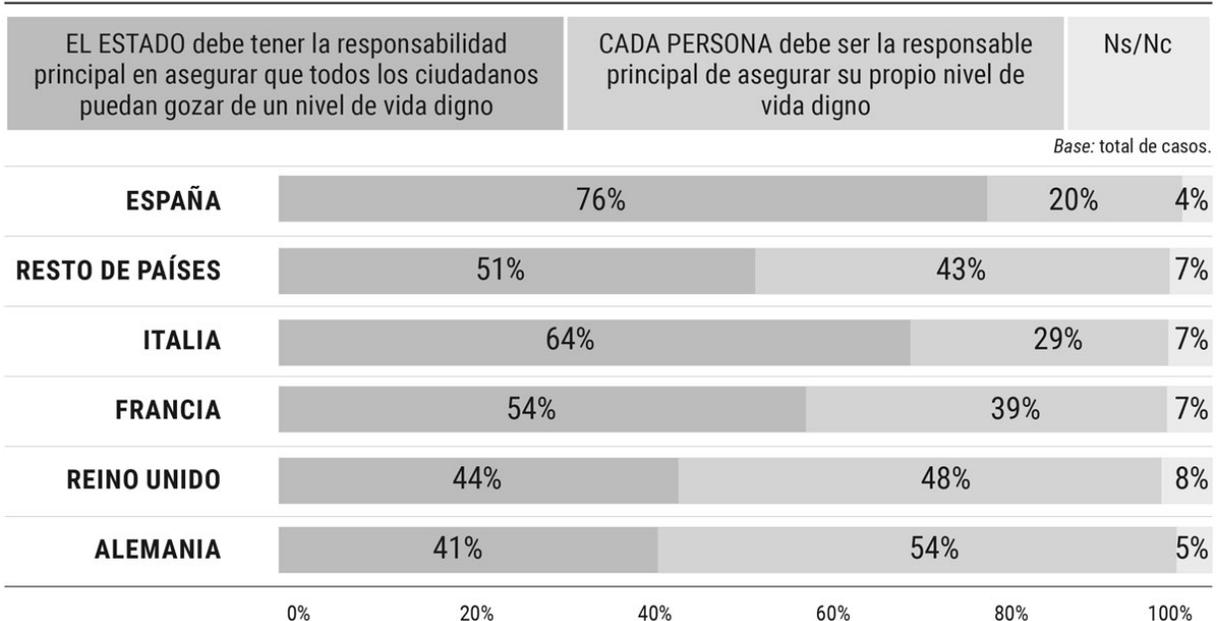
debemos ser iguales. La masa ha comprado este relato y no ve con malos ojos las altas tasas impositivas a los ricos para que así todos seamos más iguales. Y como resulta imposible igualar al alza —a uno no lo pueden hacer rico—, e incluso aunque a la masa le proveyeran de enormes riquezas, acabaría dilapidándolas porque es estúpida, la única forma de igualar al exitoso con el mediocre es destruyendo al primero. En términos económicos, la vía para hacerlo es a través de altas tasas impositivas. Esa es la gran preocupación de una masa que justifica la inquisición tributaria para poder beneficiarse de los éxitos cosechados por otro, pues por ella misma es incapaz de cosechar éxito alguno. Todo se resume en que la riqueza adquirida por uno pase a manos de otro que no ha hecho nada para obtenerla. Y de ese expolio legalizado no solo se lucra el que recibe el dinero que no es suyo, sino también el legislador que obtiene una mayor recompensa en número de votos. ¡Qué solidaridad, qué magnanimidad, qué generosidad exhiben los gobernantes democráticos! Eso sí, con el dinero ajeno.

Con el transcurso del tiempo, y siendo el ser humano un animal de costumbres, ya apenas nadie recuerda que los servicios que dicen no poder pagarse sin altos impuestos ya existían cuando la carga fiscal era infinitamente inferior. ¡Y juro que había hospitales, escuelas, carreteras y hasta parques infantiles! Porque esa tesis, que solo la estupidez puede comprar referente a que sin altos impuestos resulta imposible mantener la civilización, consigue adueñarse de la población y el despojo parece menos aberrante a medida que se va generalizando. La resignación conquista las almas de los ciudadanos que asumen que lo normal es que les expropian la mitad de lo que ganan. Disfrazándolo de actos filantrópicos, los gobernantes actúan

con el beneplácito de un pueblo que espera poder mejorar los servicios públicos y, por supuesto, ceder su libertad a cambio de no tener responsabilidad. Esta mentalidad, como es lógico, acaba golpeando directamente a uno de los pilares fundamentales de cualquier nación desarrollada: el ahorro. ¿Para qué ahorrar si hacerlo implica que serás gravado a impuestos? ¿Para qué ahorrar si el Estado se encarga de la manutención de los ciudadanos, de su pensión, su alimentación, su educación, su sanidad, etc.?

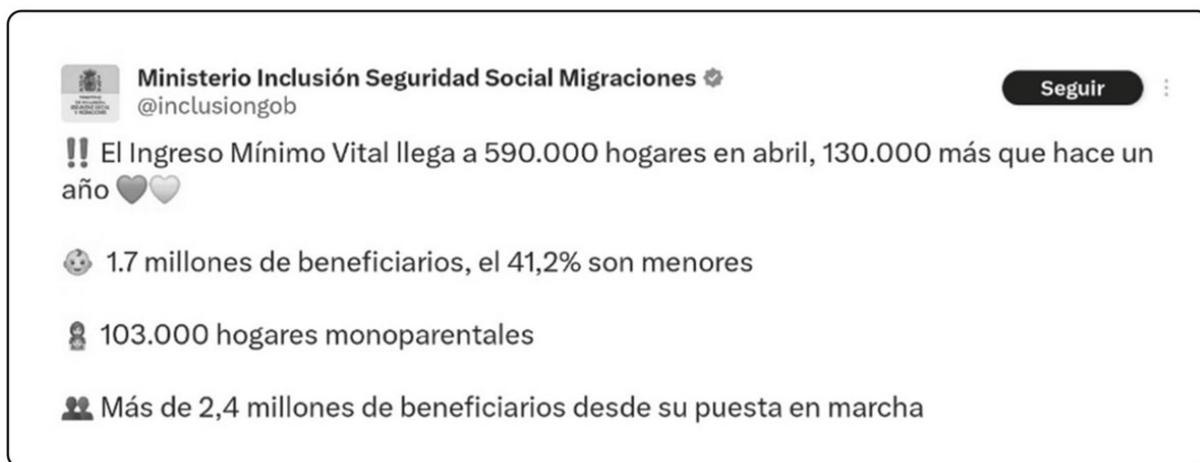
En anteriores obras expusimos el estudio realizado por la Fundación BBVA respecto al papel del Estado. A riesgo de ser reiterativo, y como no sabemos cuánta gente leerá este libro, volveremos a incluirlo. Dicho estudio analizó por separado las respuestas de los países más poblados en Europa (Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y España). El estudio planteaba una serie de cuestiones relacionadas con qué función debía tener el Estado en la vida de los ciudadanos. Una de las preguntas fue la siguiente:

«DE LAS DOS FRASES QUE LEO A CONTINUACIÓN, ¿CUÁL SE ACERCA MÁS A SU OPINIÓN?»



Los resultados son dramáticos, pero no solo se queda ahí. Respecto a las pensiones, el informe del BBVA revela que el 49 % de los encuestados —uno de cada dos españoles— consideran que el Estado es el que tiene la responsabilidad única y exclusiva sobre su futuro. Resulta dramático que alguien pueda depositar su futuro en manos de un demagogo que no deja de vernos como un simple número.

Los gobernantes, conscientes de la estupidez de la masa española, no dudan en cumplir sus anhelos con todo tipo de ayudas sociales, bonos e ingresos económicos. Sin ir más lejos, el Gobierno publicaba las cifras del Ingreso Mínimo Vital de la siguiente forma:
[10]



The image shows a tweet from the official account of the Spanish Ministry of Inclusion, Social Security and Migration (@inclusiongob). The tweet is in Spanish and reports on the number of households receiving the Minimum Vital Income (IMV) in April. It includes several statistics: 590,000 households (130,000 more than a year ago), 1.7 million beneficiaries (41.2% are minors), 103,000 single-parent households, and more than 2.4 million beneficiaries from its implementation. The tweet has a 'Seguir' (Follow) button and a three-dot menu icon.

Ministerio Inclusión Seguridad Social Migraciones @inclusiongob Seguir

!! El Ingreso Mínimo Vital llega a 590.000 hogares en abril, 130.000 más que hace un año 📍📍

😊 1.7 millones de beneficiarios, el 41,2% son menores

👤 103.000 hogares monoparentales

👥 Más de 2,4 millones de beneficiarios desde su puesta en marcha

¡El Gobierno se jacta de ello! Celebra que más de 2.400.000 personas han recibido la ayuda de forma directa o indirecta. ¿Cómo esos pobres siervos van a votar a alguien que promete eliminar la ayuda para aquellos que pueden trabajar? ¿Cómo va a salir a buscarse la vida alguien que puede sobrevivir, aunque sea con

penurias, sin necesidad de tener un empleo? ¿Cómo osan algunos a llamar «derecho» que una parte de la población trabaje para mantener al vago? ¿Qué clase de estúpido puede tachar esta burda compra de voluntades de justicia social?

El Ingreso Mínimo Vital, sin duda, será necesario para un número de personas determinado que, por diferentes razones, no pueden sobrevivir en unas condiciones respetables con el ser humano. No seremos nosotros los que digamos que el 100 % de los que perciben la ayuda tengan que dejar de hacerlo. Ahora bien, si una nación sufre un incremento considerable, constante y celebrado de personas en una situación que les hace requerir la ayuda estatal por la supervivencia, entonces esa nación puede asumir sin ningún atisbo de dudas que está empobrecida y camino al abismo económico y, por ende, social. Las ayudas sociales deben ir dirigidas a aquellos que las necesitan realmente, no a comprar la voluntad de vagos y maleantes. Por si esto fuera poco, el Gobierno español tuvo a bien crear lo que bautizaron como «Bono cultural joven». El ministro de «Incultura» español —Ernest Urtasun— anunciaba de esta forma la puesta en práctica de este bono: «¿Naciste en 2006? Desde @culturagob tenemos buenas noticias para ti. ¡Ya puedes solicitar el #BonoCulturalJoven! 400 euros para música, libros, museos y mucho más para que puedas acceder a la cultura sin que la renta sea un problema».[11] Este supuesto nos basta a la hora de analizar el funcionamiento perverso de los bonos. Con anterioridad el Gobierno ha requisado por la fuerza un importe considerablemente superior a la mayoría de esos padres y, posteriormente, se autoproclama defensor de los jóvenes para hacerles llegar 400 euros

que, en realidad, ya eran suyos. Les quitan el dinero a sus padres para comprar la voluntad de sus hijos.

¿Y qué hacen los gobernantes? Continuar bajo esa senda. En los últimos tiempos, debates como el de la Renta Mínima, esto es, cobrar una mensualidad sin hacer nada a cargo del bolsillo del que trabaja, o la reducción de la jornada laboral se han ido haciendo hueco en el imaginario colectivo a través del bombardeo constante de la propaganda socialista, llegando al punto de calificarlo como un nuevo derecho que, por supuesto, tienen que pagar otros. No será el asalariado el que sufra las consecuencias de una reducción de la jornada laboral. La tremebunda promesa incluye cobrar exactamente lo mismo que realizando la jornada actual. En España la jornada laboral consta de 40 horas semanales —hasta la fecha de la escritura de este libro—, pero la intención del Gobierno actual es reducir la jornada hasta las 37,5 horas semanales. Eso sí, dicha reducción no conllevaría la pérdida porcentual del sueldo para el asalariado. Estas propuestas delirantes son acogidas con gran festividad por parte de una masa que asume el trabajo como un medio y no un fin en sí mismo. Esta percepción del trabajo no es necesariamente negativa, pero hacerle pagar a otro tus privilegios legales otorgados por unos gobernantes que se aprovechan de la idiocia generalizada sí lo es. Teniendo en cuenta el gran problema que tenemos en España en relación con la productividad y el tratamiento que reciben los empresarios —sin ellos no hay asalariados—, lo lógico sería que la masa rechazara frontalmente esta propuesta. ¿Es el caso? Sobre el global de la población, el 34 % cataloga el recorte de la jornada laboral a 37,5 horas como muy positivo y un 32 % como bastante positivo. Un 19 % no lo define ni como positivo ni como negativo.

Solamente un 5,8 % lo considera bastante negativo y un 5,6 % lo ve muy negativo. En resumen: el 66 % de los españoles están a favor de dicha reducción, un 19 % ni a favor ni en contra y un 11 % en contra, quedando un 4 % que no tiene una opinión al respecto.[12] Dicha encuesta fue realizada cuando comenzó a colear la iniciativa. Como ocurre en estos casos, conforme la masa percibe como una realidad la propuesta, el apoyo aumenta. Así pues, en la última encuesta publicada el resultado es el siguiente: el 81 % de la población ocupada apoya la reducción de la jornada laboral no solo a 37,5 horas semanales, sino a 35 horas;[13] eso sí, si no implica reducir el salario. ¡Que la masa es estúpida, pero no de baba! ¿Es este un comportamiento generalizado de la masa de todas las naciones? ¿Es esta característica general sin importar el lugar? La respuesta, me temo, es negativa. Lo que ocurre es que en España nuestra masa es particularmente despreciable. ¡Derecho es que otro me pague el mismo sueldo por trabajar menos! Un sinsentido del todo irracional. ¿Cómo no va a adorar los impuestos el gobernante si con ellos ejecuta su tan ansiada compraventa de votos? ¡La masa exige ser un siervo! Asistimos a la peor de las servidumbres: la servidumbre voluntaria.

¿Se pueden cosechar grandes resultados económicos? ¿Hay alternativa a una masa perezosa, holgazana y rufiana? La respuesta es obvia: sí, siempre y cuando esta cambie de idea. La libertad económica requiere de obligaciones por parte de los ciudadanos. Absurdo es solicitar mayor libertad para administrar tu propio dinero y a su vez exigir que el Estado te provea de una pensión, ayudas sociales, educación, sanidad, ropa, alimento, etc. Soplar y sorber al mismo tiempo es todo un imposible.

Singapur es un gran ejemplo de un país que ha mejorado su nivel de vida gracias a la libertad económica a pesar de no ser catalogado como un régimen democrático por los occidentales. Es, de hecho, el país en el que más ha aumentado la riqueza durante los últimos cincuenta años. En 1965 obtuvo su independencia, en gran parte porque Malasia no quería ese pantano formado por pescadores chinos, y Lee Kuan Yew asumió el poder. Su gran reto consistió en lograr que un pueblo sin recursos naturales, siendo, además, el país más pequeño de Asia, pudiera progresar. ¿Cómo consiguió que la renta per cápita pasara de 516 dólares en 1965 a 64.500 dólares en 2020? La respuesta, una y otra vez, vuelve a ser la misma: aplicando políticas económicas liberales.

Tras la creación de la «Junta de Desarrollo Económico de Singapur» se pusieron en práctica numerosas medidas económicas destinadas a generar riqueza. Singapur redujo impuestos —lo que le permitió atraer inversión extranjera—, facilitó el comercio internacional eliminando trabas burocráticas y tasas, se esforzó en llegar a acuerdos de libre comercio, facilitó los procesos para abrir empresas, redujo la burocracia y el tamaño del Estado en general, estimuló el sector privado, disminuyó el gasto público, etc. En la actualidad, Singapur es el país más capitalista del mundo. Su impuesto sobre la renta es de los más bajos —oscila entre el 0 % para rentas inferiores a 20.000 dólares y el 20 % para rentas superiores a los 320.000 dólares—, no existen impuestos sobre las ganancias de capital o herencias, el impuesto de sociedades tiene un máximo del 18 % —pero cuenta con numerosas exenciones, sobre todo para las nuevas empresas que varían entre el 50 y el 100 % —, el gasto público apenas alcanza el 17 % y el IVA es un tipo único del

7 %. Estas políticas han permitido que Singapur se haya convertido en el segundo país más rico del planeta y que posea el segundo puerto más grande a nivel mundial —aporta un 7 % al PIB—, un crecimiento anualizado del 6,78 % los últimos cuarenta años, una tasa de paro del 2 %, los índices de corrupción más reducidos del mundo y la mejor educación. Además, es uno de los países más seguros, el segundo país en el que es más fácil llevar a cabo negocios y el noveno país con mayor calidad de vida (España ocupa el puesto 26).

El Estado se concibe como un ser bienhechor y de riquezas inagotables que tiene la capacidad de crear empleo para todos, redimir nuestros pecados, pontificar desde las instituciones, dar pan a todas las bocas, extirpar el mal del ser humano, establecer un precio justo, sanar a los enfermos, mantener a los vagos, poseer la verdad absoluta, otorgar mantos para los recién nacidos y pensiones a los ancianos, solventar todas nuestras necesidades y satisfacer nuestros instintos enderezando el rumbo del pueblo. Gobernantes a los que los gobernados les otorgan atributos como la sagacidad, el sentido común, el valor, la experiencia, el juicio y la formación, cuando la realidad es que esos mismos gobernantes fuera del ámbito público tendrían a lo sumo la posibilidad de vivir de la caridad de sus vecinos. En definitiva, el Estado es un concepto abstracto en el que casi todo el mundo cree, y está conformado por una banda de burócratas con nulo talento para dirigir naciones que son, al tiempo, brillantes demagogos y han logrado convencer a la masa para depositar su futuro en la intervención estatal.

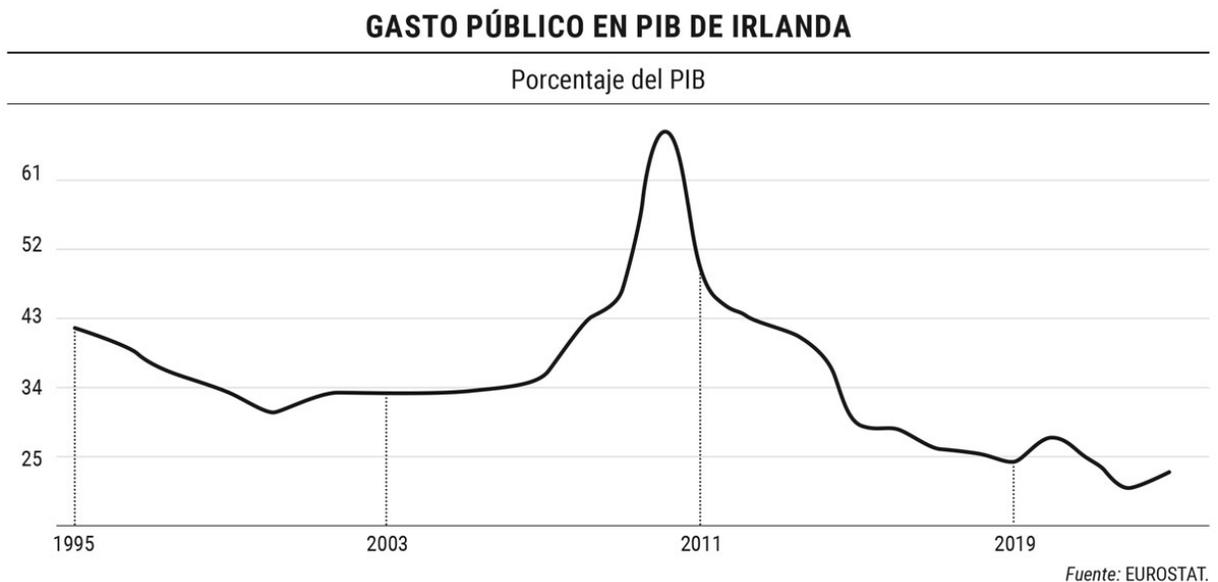
Detengámonos un instante en lo perversa que es esta lógica que siguen millones de personas. Cuando el fracaso llama a la puerta de

los gobernados, estos miran a sus gobernantes y les reclaman con furia que solucionen el problema. Y los gobernantes, lejos de admitir su incompetencia, encuentran en el sistema democrático dos vías para escapar del castigo: por un lado, culpar a sus contrincantes políticos y, por el otro, asegurar que el problema tiene fácil solución. Solo hace falta invertir más dinero público para que así la masa estulta vuelva a su estado indolente. Todos parecen olvidar que el Estado no genera riqueza por sí mismo, sino que la mayoría de sus recursos provienen del expolio legal. Las arcas del Estado se llenan del dinero que los ciudadanos están obligados a pagar. ¡Pero hay un porcentaje de seres humanos que no pueden cubrir sus necesidades básicas por sí mismos!, reprenderá el amante de las falsas dicotomías. No estar a favor de un sistema injusto, de un mercadeo tercermundista, de la compraventa de votos y de la demagogia como medio para alcanzar el poder no implica que la postura contraria sea la de cero impuestos. La obligación moral de cualquier ser humano es ayudar al desfavorecido, pero convertir un país en una dispensadora de privilegios para la mayoría del electorado mientras se le hace pagar a la minoría que no puede decantar la balanza y tiene que ver cómo su riqueza es expoliada no tiene nada de solidario, justo o protector.

Si bien no vamos a centrarnos en analizar si la intervención estatal en el ámbito económico es positiva o negativa, sí debemos hablar de cómo el Estado se ha convertido en un nuevo dios para Occidente, el cual debe velar por los ciudadanos y al que los gobernados le atribuyen poderes absolutos para regular cada faceta de sus vidas. La intervención estatal ha ido aumentando en la sociedad conforme avanzaba la democracia. No existe ningún ejemplo que demuestre lo

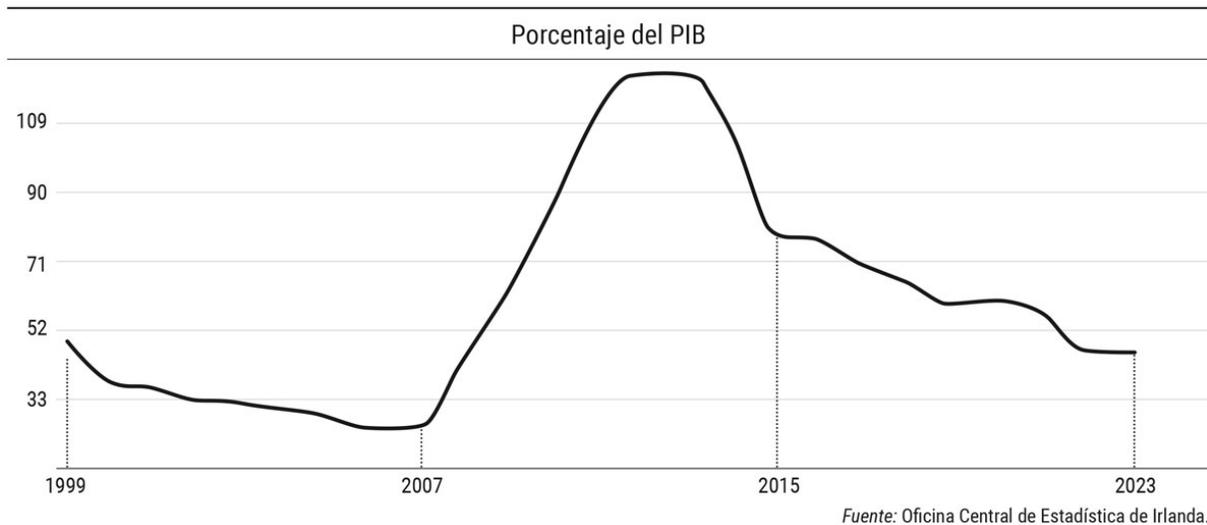
contrario. El estado de bienestar ha sido sustituido por el Estado total, que elimina la evolución natural de las sociedades para someterlas a cambios drásticos frente a los que la masa ha demostrado una nula resistencia, cuando no entusiasmo.

Irlanda es otra nación que puede ilustrarnos a la hora de comprobar cómo las políticas liberales sirvieron de escalera para salir del hoyo que ellos mismos habían cavado. Irlanda, a diferencia de España, fue rescatada y el Gobierno estuvo obligado a realizar un ajuste económico sin precedentes. El Parlamento irlandés aprobó el plan de rescate de la UE y el Fondo Monetario Internacional (FMI) el 15 de diciembre de 2010 con 81 votos a favor y 75 en contra. El resultado fue pasar de un gasto público del 64,9 % del PIB a uno del 22,9 %.[14] España, como hemos visto, cuenta con un gasto público del 46,4 % del PIB.



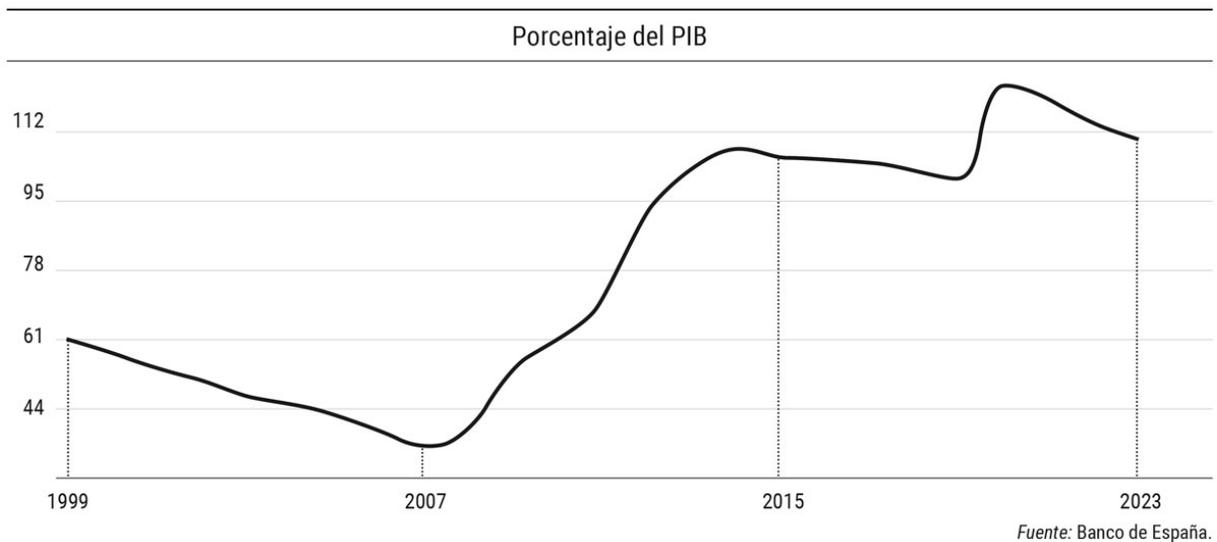
Respecto a la deuda pública, Irlanda pasó de una deuda del 120 % del PIB a obtener una deuda del 43,7 %.[15]

DEUDA PÚBLICA EN PIB DE IRLANDA



Comparemos con España la evolución:

GASTO PÚBLICO EN PIB DE ESPAÑA



España pasó de tener en el año 2010 una deuda pública del 60,5 % a tener, en el momento presente, el 109 % del PIB.[16] ¡Pero no nos rescataron! Desde luego, nadie vino en auxilio a rescatarnos de la necesidad. ¡Libremente endeudados hasta las trancas!

Respecto al déficit, es decir, lo que se gasta de más respecto a lo ingresado, Irlanda pasó de contar con un déficit del -32,10 % del PIB a cosechar superávit en los años 2018, 2019, 2022 y 2023. Nada que ver con el caso español. No obstante, Irlanda ha comenzado a elevar el gasto nuevamente, y también las tasas impositivas, pues el Gobierno a cargo de tal ajuste —aunque beneficioso para la nación— sufrió una severa derrota electoral. En concreto, el partido Fianna Fáil pasó del 41 % de los votos y 77 diputados a cosechar el 17,4 % de los votos y 20 diputados. En 2016 volvieron a aumentar sus resultados —la masa padece amnesia y ya se le había olvidado, aunque no del todo, aquello del rescate—, y no fue hasta 2020 cuando, tras más de diez años, pudo empatar a escaños con el partido ganador. Los encargados de aplicar las recetas positivas para la nación, pero tremendamente impopulares, cosecharon severas derrotas electorales en los siguientes comicios. Y si bien aquí se podría objetar que quizá no solo se juzgó el rescate en las elecciones, lo cierto es que jugó un papel fundamental, pues muchos percibían como una humillación pasar a estar tutelados por la UE y el FMI. Porque la masa es orgullosa, incluso en su ruina. ¡Es su ruina!

Las economías democráticas, otrora cuasi libres del intervencionismo y hoy con contadas excepciones, han dejado de ser el paradigma de la libertad económica para reconvertirse en un océano de trabas, intervencionismo estatal, limitaciones, impuestos, tasas y restricciones a la actividad económica. Exprimiendo a los ciudadanos con todo tipo de nuevos impuestos rebautizados de verdes, ecológicos, ecosostenibles, feministas y toda índole de absurdas imposiciones que solo sirven para financiar a las grandes

corporaciones que sacan tajada del pastel democrático y ayudan a sus gobernantes a vender su relato a la masa, el ciudadano democrático vive cada día que pasa con salarios más bajos, más esquilmado y con menos capacidad de ahorro. Sorprende que ante este fenómeno todo quede justificado por las soflamas demagógicas que apuntan a este aumento del expolio fiscal como la única posibilidad de tener colegios y hospitales, de cuidar a los ancianos, de proveer de servicios públicos básicos a la ciudadanía, etc. ¿Acaso no había colegios y hospitales, se cuidaba a los ancianos y se proveía de servicios públicos a la ciudadanía hace veinte, treinta o cuarenta años? ¿Acaso el aumento del expolio ha incrementado la calidad de alguno de estos conceptos biensonantes? ¿Nadie es capaz de ver el círculo vicioso en el que se halla inmersa toda la sociedad?

Conviene recalcar la importancia del ahorro. Todos los impuestos son un ataque directo a la capacidad de ahorro de los ciudadanos, pues si estos en vez de mantener en su bolsillo 10 pasan a mantener 8 debido al aumento de las tasas impositivas, su capacidad para ahorrar merma considerablemente. Si a ello le sumamos que las ayudas sociales que se utilizan como reclamo para captar votantes implican que uno debe perder para que otro se vea beneficiado, los ciudadanos del lado expoliado cada vez encuentran más dificultades para poder ahorrar a final de mes. Ragnar Nurkse —brillante economista estadounidense de origen estonio— explica a la perfección la importancia del ahorro. Nurkse sostenía lo siguiente en relación con el círculo vicioso de la pobreza que los gobernantes han tomado como excusa para aumentar los impuestos con la promesa de eliminarla:

Se rige por la capacidad e inclinación a ahorrar; la demanda de capital está gobernada por la propensión a invertir. Una relación circular existe a ambos lados del problema de la formación de capital en las zonas pobres del mundo. Por el lado de la oferta, existe la poca capacidad para ahorrar, resultante del bajo nivel de renta real. La baja renta real es un reflejo de la baja productividad, la cual a su vez se debe en gran medida a la falta de capital. La falta de capital es un resultado de la escasa capacidad para ahorrar, completándose de ese modo el círculo.

Podemos resumir en cinco puntos la teoría de Nurkse:

1. Un país es pobre cuando no tiene capacidad de ahorro.
2. Si no tiene capacidad de ahorro, posee un nivel real de renta bajo.
3. Si posee un nivel real de renta bajo, no atrae inversión debido al reducido poder adquisitivo de la población.
4. Si no atraes inversión, no generas riqueza.
5. Si no generas riqueza, te mantienes pobre.

Y ese es, precisamente, uno de los puntos que más castiga el gobernante democrático: el ahorro de los ciudadanos gravándolo con altas tasas impositivas. De esta forma, los recursos extraídos de los ciudadanos no van encaminados a la inversión, al consumo o al emprendimiento, sino que se utilizan para adular a la masa igualitaria que exige que la pobreza sea erradicada por ley a través del intervencionismo de los gobernantes. Ese anhelo igualitario apenas tiene fin, pues siempre habrá alguien que posea más recursos económicos que esa masa que escoge con tanta sabiduría a los gobernantes que apilan a los ciudadanos como borregos. Cabría exigir a esos entendidos y talentados que, si su fin último es

conseguir la igualdad y el rico debe ser perseguido y despojado de sus bienes por el mero hecho de serlo, determinasen quién es rico. ¿El que gana 4.000 euros al mes? ¿El que gana 3.000? ¿El mísero mileurista? ¿Quién determina el umbral que establece que una persona es rica? Y si este debe pagar más según esa hedionda cloaca de envidiosos, ¿cuánto debe entregar al Gobierno para que la masa no se enfurezca? ¿Un 50 %? ¿Quizá un 70 %? ¿Por qué no el 90 %?

Ya en la Antigua Grecia —una vez establecida la democracia— comenzaron a surgir demagogos que señalaron a los ricos como los culpables de la mala situación económica, de poseer demasiado, y prometieron que todo se solucionaría robándoles su dinero para dárselo a los demás. Rodas, Heraclea, Cumas o Megara fueron algunas de las polis que sucumbieron. Se empezó confiscando las propiedades de las familias ricas y, una vez estas fueron despojadas de su riqueza, se acudió a los siguientes del escalafón. Cuando apenas ya no quedaba nadie a quien requisar, se aprobaron impuestos a rentas menores y posteriormente se acabó sumiendo en la miseria a toda la población. La historia siempre vuelve y la planificación democrática se cimienta en enriquecer a los pobres a costa de empobrecer a los ricos. Nada nuevo; nada, queremos decir, que los antiguos griegos no vivieran en primera persona.

Y esa misma masa que realiza el nexo entre democracia y bienestar, cuando se convierte en malestar, lejos de despedazarse, se aglutina con firmeza para exigir a los gobernantes que el despojo ha sido demasiado escaso y que lo aumenten para paliar la situación que su propia conducta ha generado, porque no debemos olvidar que los recursos económicos son finitos, pero no así la estupidez. Y

uno de los signos más característicos en relación con la economía en regímenes democráticos es la convicción de que la realidad se puede combatir e incluso obviar. Se olvida que oponerse a la realidad es posible, pero cambiarla o negar su existencia es bien distinto. Aseverando que sus ideales igualitarios pueden ser llevados a la práctica, la masa exige a los gobernantes la calidad de vida de Suiza, la educación de Singapur, el crecimiento del sudeste asiático, los mejores hospitales de Estados Unidos y los salarios de Luxemburgo, y para ello reclaman actuar en el sentido opuesto, convencidos de llegar al mismo final. Por supuesto, los gobernantes no hacen oídos sordos e incitan al populacho a creer que es posible. ¡Qué calamidad! ¡Qué bochorno!

La experiencia del pasado aconseja alejarse de aquellos que dicen ser capaces de determinar los resultados finales que producen la planificación, por lo que sorprende que uno de los mantras más utilizados de la historia siga triunfando en la actualidad a pesar de haber fracasado una y otra vez. Quizá por ignorancia, inconsciencia o envidia —o las tres cosas a la vez—, el discurso igualitario siempre ha conseguido encontrar un gran público, sobre todo allí donde la mediocridad, la vagancia y el fracaso cuentan con un gran apoyo. Inasequibles al desaliento, los que jalean el aumento del intervencionismo estatal creen que esta vez el final será distinto, y en cierta medida la idea es respaldada por todos los aspirantes a gobernar que no dudan en afirmar que la libertad es secundaria porque lo primordial es la igualdad. La inquisición tributaria es, evidentemente, una de las principales herramientas para igualar a los ciudadanos en términos económicos, por lo que su voracidad aumentará con la evolución de la democracia para así no perder

votantes, aumentar la extensión del poder y asegurarse el control del mercado electoral.

¿Es esto inevitable? A pesar de que todo depende de la moral del pueblo, nos tememos que este camino es ineludible y, más pronto que tarde, todos los países democráticos sin excepción recorrerán ese sendero porque los muchos se pasan al lado de las ideas intervencionistas con cada crisis y los pocos permanecen en el lado de la defensa del libre albedrío, el orden espontáneo y la libertad. En el caso de la sociedad española, esta ha pasado a medir el éxito de un país en función del gran número de ayudas sociales que concede, en vez de considerar que el éxito es que los ciudadanos puedan obtener con su trabajo una vida digna sin que el Estado tenga que mantenerlos. Una tragedia de un alto coste social, moral y, por supuesto, económico.

Hombres buenos

Podría instalarse en el pesimismo el lector de esta obra, pero incurriría en un error garrafal. El ser humano no solo alberga el mal en su espíritu, sino también el bien. De hecho, la historia de la humanidad es una lucha constante entre el bien y el mal, una lucha desigual en muchísimas ocasiones y una guerra sin cuartel entre los aspirantes a embrutecer al ser humano y aquellos que con sus actos lo engrandecen. Ninguna época oscura, liberticida y maligna ha durado eternamente. Todos los regímenes cimentados en la persecución humana han terminado colapsando antes o después dando paso a periodos de paz, prosperidad y respeto a la jerarquía natural del ser humano.

Se podría decir, quizá equivocadamente, que el ser humano sin leyes sería un depredador de sí mismo, un animal salvaje en un entorno en el que solo el más fuerte triunfaría. De ser cierta esta afirmación, la evolución humana nunca habría tenido lugar. Por el contrario, el ser humano exhibe un espíritu bienintencionado que debe ser alimentado para que no desfallezca y caiga en el olvido. El porcentaje de estúpidos es una constante que apenas cuenta con variaciones, pero un estúpido puede ser bueno, por lo que la bondad dependerá del clima que se respire. El estúpido es un ser que tiene

tendencia a contagiarse fácilmente de la moral de su entorno; por tanto, sus actos vendrán determinados por el efecto imitación de lo que ve a su alrededor. ¿Por qué algunos pueblos reaccionan a un cataclismo de maneras diferentes? ¿Por qué el orden y la ayuda al prójimo se convierten en un acto reflejo en algunas naciones y en otras no?

Pongamos dos ejemplos: en China, hasta la fecha, si un ciudadano sufre un accidente, nadie acude a socorrerlo. Es habitual observar cómo los propios conductores no detienen sus vehículos para ayudar al hombre atropellado y, como el resto, se quedan mirándolo con indiferencia. Esto se debe, a pesar de la reforma de la ley, a que todo aquel que acude a socorrer a una víctima puede terminar pagando la factura médica del ciudadano atropellado. Un sinsentido que provoca que no exista ni rastro de compasión para paliar el sufrimiento del agonizante, sino más bien un «sálvese quien pueda» que genera que un hombre moribundo mire a su alrededor en busca de ayuda y lo que encuentre sea el desprecio.

Otra de las barbaridades inhumanas cometidas en China durante décadas fue el abandono de las niñas. En 1979, el Gobierno aprobó la conocida política del hijo único en la que se establecía que cada familia solo podía tener un solo descendiente. Con el nacimiento de un segundo hijo los chinos sufrían una reducción del 10% de su salario y la pareja debía pagar los gastos tanto del parto del segundo hijo como la educación de ambos. En el caso de tener un tercero se enfrentaban a una nueva reducción del salario y la retirada de la subvención para alimentos; hacer frente a los gastos de sus tres hijos provocaba la ruina de la familia. El motivo de esta planificación obedecía al temor de la sobrepoblación en el gigante

asiático. Esta política, ya *per se* inmoral, contó con el apoyo mayoritario de la población, que no dudó en seguir las nuevas leyes aprobadas por sus gobernantes. No obstante, dejó unas consecuencias terribles. Miles de padres y madres decidieron abandonar a miles de bebés, sobre todo a las niñas. Las imágenes de niñas de apenas unos meses de vida atadas a las farolas, de bebés maniatados en sillas de bambú en mitad de las grandes urbes chinas mientras los transeúntes hacían caso omiso a las inocentes niñas llorando desconsoladas y de menores que apenas podían andar deambulando por las calles se pueden encontrar todavía hoy en internet. En algunos casos extremos, los progenitores optaban por asesinar a su propia hija. De igual modo, el número de abortos aumentó exponencialmente debido a que nadie quería tener una hija; no tener un varón como hijo suponía una desgracia. Entre 1980 y 2010, más de veinte millones de niñas fueron abandonadas según las estimaciones de Jiang Quanbao de la Universidad de Xian Jiaotong.[1] ¿Por qué motivo? Por un lado, porque para las familias chinas es importante contar con un primogénito que sea varón por cuestiones culturales y tradicionales relacionadas con el confucianismo que no trataremos aquí; por otro, porque tener una niña significaba prescindir de la resistencia y la fuerza del varón en las duras labores del campo. Los hijos ya no eran hijos, sino productos que si no satisfacían las necesidades laborales o tradicionales de la familia debían pagar con su vida el infortunio de no haber nacido varones.

La inmoralidad alcanzó el delirio más terrible que la humanidad puede contemplar, la mayor derrota de la razón y la cordura, la devastación colosal que nos equipara con la bestia del reino animal.

A pesar de todo, una sociedad jamás puede ser depurada de cualquier atisbo de humanidad. Incluso en sociedades como la china hubo hombres buenos que auxiliaron a los atropellados y no abandonaron a sus hijas a pesar de lo que decía la ley. El componente humano jamás puede ser erradicado tanto para lo bueno como para lo malo.

Son muchos, la mayoría afortunadamente, que en una situación de esa índole se lanzaría a socorrer al prójimo.

Del mismo modo que en nuestro día a día nos tropezamos con la estupidez, también lo hacemos con las buenas personas. La persona que ayuda a cruzar a una anciana un paso de cebra, el que cede su asiento en el autobús a la mujer embarazada, el que socorre a los involucrados en un accidente de tráfico, el que sostiene la puerta para que pueda salir el que abandona el recinto antes de entrar él, el padre de familia que tras una dura jornada laboral lleva a su hijo a un campo de fútbol, la madre que se desvive por el bienestar de sus hijos. Son muchas las acciones cotidianas que nos rodean que rebosan bondad y de las que apenas nos percatamos. ¿Quiere esto decir que en realidad todos los seres humanos son buenos por naturaleza? La respuesta, desgraciadamente, es que no. El mal es un componente humano del que uno no puede escapar. Existen personas genuinamente malas, al igual que ocurre con la estupidez, cuyo comportamiento queda designado por la inalterable naturaleza humana. Nadie podrá decir que a lo largo de su vida no se ha topado en algún momento con una persona mala, es decir, alguien que solo buscaba dañar a un tercero, fuera cual fuera su oscura intención. El mal se halla presente en la humanidad y nada podrá erradicarlo, mas sí combatirlo.

Una gran e inalterable verdad recorre la historia de la humanidad: la masa puede ser conducida para hacer tanto el mal como el bien. Los chinos jamás habrían abandonado en masa a sus hijas si la ley no les hubiera perjudicado. Y aunque esto no sirva de justificación, detengámonos un instante en este hecho. ¿Es posible que una masa pueda actuar de distinta forma en función de lo que el poder político dictamine? La respuesta, afortunadamente, es que sí. Si Afganistán nunca hubiese caído en manos de los talibanes y, por el contrario, hubiera estado regido por un rey católico, las mujeres no tendrían que verse sometidas a las salvajes leyes que promulgan los talibanes. Este hecho nos abre una puerta de esperanza que a menudo se olvida. La masa, como hemos visto, es fácilmente manipulable, estúpida y su capacidad de raciocinio es nula. Actúa conforme a los impulsos que recibe y marca su camino en función del hacer mayoritario sin cuestionarse si sus actos son buenos o malos. En numerosas ocasiones sus actos quedan limitados por la ley, por lo que cualquiera que sea la ley aprobada será pronto absorbida por esa masa putrefacta y blandengue que todo lo acepta.

¿Cómo si no puede explicarse el cambio tan brusco de la masa que habitaba la Viena de las luces, la cultura, el conocimiento, el avance científico y la tolerancia al convertirse en férrea defensora de los nazis? Stefan Zweig relata en su magnánima obra *El mundo de ayer* el gran cambio que sufrió la Viena en la que creció y cómo de la noche a la mañana pasó de ser un hombre respetado, admirado y querido a ser unapestado, marginado por sus propios compañeros y un judío al que había que detener y enviar a los campos de concentración. Hasta algunos de sus amigos que le habían profesado gran aprecio y cariño optaron por retirarle la palabra. El genial

escritor jamás llegó a comprender ese gran cambio y tuvo que huir, hasta que, finalmente, decidió suicidarse. Viena ya no era aquel lugar en el que se daban los debates humanos más profundos y la élite intelectual discutía sobre lo divino y lo humano, sino que se convirtió en la representación del fanatismo, la barbarie y la inhumanidad. ¿Cómo una sociedad, la misma sociedad que gozaba de los frutos que el árbol del conocimiento había dado, pudo actuar de forma tan distinta?

La masa es lo más peligroso a lo que un ser humano puede enfrentarse. Este, gracias al don de la inteligencia, es capaz de sobrevivir a las más terribles desdichas naturales, pero nunca nadie ha podido diseñar un sistema que pueda permitir la defensa de una masa inmoral, encolerizada y maligna. Ante eso no hay posibilidad alguna de sobrevivir. Pero sí existe una alternativa y es propagar las ideas benefactoras en ella para que su comportamiento permita el desarrollo y la evolución de la humanidad.

En contra del criterio común de Occidente que desprecia la naturaleza humana y cuyas ideologías dominantes hunden sus raíces en un férreo odio al ser humano, yo reivindico el papel de una criatura majestuosa, sublime y grandiosa. El ser humano es un milagro en sí mismo.

Se trata de regresar sobre nuestros pasos para alcanzar —nuevamente— el punto en el que nuestros valores, nuestros principios, nuestra cultura y los fundamentos cristianos germinaron en sociedades prósperas y libres para escoger el camino correcto de la verdad, la libertad y la aceptación de la naturaleza humana. Solo desde un punto de partida correcto uno puede solventar los problemas derivados de nuestra existencia. Nunca antes nadie pudo

solventar un problema partiendo de un diagnóstico equivocado, pues muchas de las cosas que dicen estar mal en el mundo no ocurrían en el pasado. Eran otros los problemas a los que Occidente debía enfrentarse, pero siempre manteniendo la cordura, la lógica y el sentido común como guías para enfrentarse a los retos del futuro. Todo ello obedecía a un solo concepto: la moral. Esta palabra a algunos les parece represiva porque implica una especie de obligación y sometimiento. ¿Y qué hay de malo en el sometimiento a realizar el bien? ¿Qué hay de malo en contar con una moral que te obliga a actuar conforme a unos principios cristianos basados en la caridad, el respeto al prójimo y el bien común? ¿Qué tiene de negativo una moral que limita al ser humano para no acabar actuando como en tierras lejanas en las que triunfa la más absoluta de las ideologías inhumanas? Podrá ser una palabra poco atractiva, sin duda para el mundo moderno lo es, pero fundamental. ¿No es acaso el castigo de los actos inmorales lo que nos proporcionó la paz social necesaria para avanzar? ¿No es, pues, el castigo lo que hace a la masa temer y reprimir sus despreciables instintos básicos? ¿Qué clase de sociedad es aquella que tolera el asalto a la propiedad privada, la persecución de las mujeres, el ataque al distinto y el abuso sobre los débiles?

La obligación o imposición a menudo es percibida como algo malo. ¿No es una obligación andar vestido por la calle? ¿No es acaso una imposición social el uso del cuchillo y del tenedor? ¿Quién podría oponerse a tales imposiciones sociales? Solo un necio o un bárbaro podría proclamar que cada cual vaya por la calle como considere oportuno o aceptar que comamos con las manos. Como estas imposiciones, que la posmodernidad repugnante rechaza porque

considera «que son algo retrógrado», encontramos cientos de ejemplos. A todo ello, no debemos olvidar que las sociedades se conforman en función de una serie de valores y principios que nunca estarán vacíos; dicho de otro modo, una sociedad jamás podrá vivir ni articularse en función de la nada o de la elección individual de cada cual. ¿Qué quiere decir esto? Que lapidar a mujeres adúlteras estará permitido o no, pero nunca se optará por aquello de «que cada cual decida». Las imposiciones pueden ser buenas o malas, pero a fin de cuentas, ninguna sociedad puede permanecer al margen de las mismas. Tan estúpido como afirmar que la construcción de un avión, un coche o cualquier producto que usted esté viendo ahora mismo obedece a una imposición del pasado. El mundo moderno es estúpido porque sostiene que la naturaleza humana es un constructo social y las imposiciones culturales cristianas son un enemigo a batir. Tan estúpido como afirmar que la fabricación de un avión con alas es una imposición que viene heredada de los hermanos Wright allá por el año 1903. La ideología que calcina Occidente sostiene que cada uno construya el avión como considere oportuno, mas ninguno subiría a un avión sin alas. Asimismo, sostiene que todas las culturas son iguales y que no hay distinción alguna entre el cristianismo y el islamismo. Tan estúpido como afirmar que no existe el bien o el mal, sino que todo es subjetivo. ¡Qué gran estupidez!

Y sí, desde luego que hay numerosas cuestiones subjetivas y opinables, pero no es el caso de la naturaleza humana y sus actos. Una acción es buena o mala en función de lo que genera, ni más ni menos. Y estas acciones, por mucho que nazcan de un parlamento democrático, no se convierten en buenas porque así lo decida una

masa conformada por tarados que sustentan sus ideas en delirios tales como que el ser humano puede ser reformado. La mayoría siente una gran disposición a la hora de justificar sus actos en función de lo legal, convirtiéndolos así en algo legítimo sin importar cuál es el fin. Esta idea apoyada por la masa social provoca que muchos consideren erróneamente que si la ley blindada una inmoralidad, esta se convierte en justa y sagrada. Cualquiera que manifiesta una crítica a la inmoralidad de los gobernantes y gobernados es reprendido severamente y acusado de peligroso radical, de ultraconservador y de querer destruir las bases sobre las que descansa la sociedad enferma. Y aquí llega la parte dramática, el éxtasis de decadencia que atestigua el triunfo de la inmoralidad en nuestra era, cuando observamos que todo queda reducido a la aprobación democrática sin importar el qué. Si la moral de la masa deja de defender los derechos naturales y a cambio es sustituida por un instrumento que permite al colectivo despojar al ser humano de sus derechos naturales, entonces los gobiernos se esforzarán en crear leyes que vayan en esa dirección. Es decir, si la moral se desvía del bien y abraza el mal, los gobernantes harán el mal.

En la actualidad nos vemos sometidos a una gran calamidad. A menudo las leyes —como hemos visto previamente— se hallan en contradicción con la moral y los ciudadanos deben escoger entre desobedecer la ley o abonarse a la inmoralidad. Para la masa, ley y justicia son sinónimos, por lo que se apresuran a adaptarse a la nueva legalidad que emana del triunfo de lo inmoral. Incluso justifican así sus aberraciones. Les basta con asumir que es la moral del pueblo para no contradecirla. En Kuwait, en el año 2020, una pareja fue detenida por subir a redes sociales un vídeo en el que el

marido estaba cepillando el pelo de su esposa. La detención se produjo porque ese acto era «inmoral» y atentaba contra la «decencia pública», pero ese mismo vídeo en un país occidental hubiese pasado completamente inadvertido. Por lo tanto, debemos hacer una pequeña distinción antes de seguir. Como vemos, hay quien arguye que la inmoralidad es todo aquello que es contrario a la moral reinante, es decir, a la moral que comparte la mayoría de una sociedad. Niego tal afirmación. Si lo moral o lo inmoral dependen de dónde viva cada uno o qué religión profese, entonces aceptamos que lo moral y lo inmoral no son categorías objetivas, es decir, que todo queda recogido bajo el paraguas de la subjetividad. Si fuese algo relativo no podría existir y, desde luego, no podría haber discusión alguna pues no podría haber tal cosa como moralidad. ¿En virtud de qué nos indignaríamos entonces por la condena al hombre que se grabó cepillando el pelo a su esposa en Kuwait? Es más, ¿en virtud de qué podríamos indignarnos ante una lapidación, una violación, una estafa o cualquier otra injusticia? En este sentido, el propio concepto de moralidad exige que se trate de algo universal, no individual —por lo tanto, objetivo, no relativo—, es decir, debe ser comunicable y cognoscible por todos. La prueba está en la cólera que nos suscita que un hombre viole a una mujer. No ocurre tal cosa en la India o Pakistán, donde reina la barbarie.

No obstante, existen comportamientos, como la lapidación, que nos indignan a nosotros al tiempo que se consideran justos, ¡hasta buenos!, en otras sociedades. ¿Qué sucede entonces? ¿Hay dos moralidades igualmente respetables? El posmoderno respondería que sí, pero evidentemente no. Lo que sucede es que hay sociedades cuyas leyes, normas y mandamientos son inmorales. ¿Y

cómo se distingue eso? ¿Cómo puede diferenciarse a grandes rasgos qué normas contravienen la moral y cuáles la respetan? Aquí propongo una respuesta sencilla, pues no es mi objetivo entrar a dilucidar cuestiones profundas en este sentido: cualquier norma que atente contra los derechos naturales del ser humano es inmoral independientemente del lugar en el que se imponga. Así, una ley inmoral es igual de inmoral en Japón, Chile o Portugal. No ignoro que, efectivamente, la moral reinante de cada pueblo sea diferente por cuestiones culturales, religiosas o tradicionales y que esta no tenga un enorme impacto a la hora de determinar qué leyes se aprueban. Sin embargo, si queremos juzgar los efectos que tiene la moral de un pueblo sobre el bien y el mal, debemos hacerlo partiendo de la premisa de que el bien es único y universal. De lo contrario, caeremos en el nihilismo que simplemente afirma que lo correcto es aquello que apoya la mayoría por el mero hecho de ser cantidad en detrimento de la condición.

Hay quien puede aducir que la inmoralidad es temporal, que los oscuros pasajes del pasado obedecen a la moral predominante en una época concreta, pero lo cierto es que no todas las personas han asumido siempre esa moral mayoritaria. Chesterton, por ejemplo, se mostró contrario a la barbarie y la sinrazón de la eugenesia y no claudicó frente a la inmoralidad que sus contemporáneos apoyaban en masa. Quizá por eso dijo aquello de «a cada época la salva un pequeño puñado de hombres que tienen el coraje de ser inactuales», es decir, un puñado de hombres que se guían por la moral —que es universal, que es atemporal—, a pesar de que la persigan o la arrinconen.

Que el ser humano puede ser empujado a realizar los actos más aberrantes que nuestra imaginación puede llegar a alcanzar es indiscutible, pero también lo es su capacidad para alumbrar las historias más hermosas. No solemos detenernos en los actos cotidianos que nos rodean. Incluso aquello que realizamos con asiduidad nos resulta algo común, sencillo y normal. Si nos detuviéramos a contemplar nuestro entorno, uno simplemente quedaría embobado ante la extraordinaria capacidad que tiene el ser humano para crear lo que no hace mucho tiempo resultaba un sinsentido que ni siquiera el ser humano llegaba a pensar. ¿Qué hubiera respondido Cristóbal Colón cuando se lanzó a la aventura de las Indias si un tipo le hubiera dicho que en unos siglos ese trayecto se realizaría con un avión en apenas ocho horas? Ni el más loco de los hombres podría haber imaginado lo inimaginable. Si el reino animal ya nos parece sorprendente y nos asombramos de actos realizados por seres inferiores intelectualmente a nosotros, ¿por qué no lo hacemos con el ser humano? ¿Por qué afirmamos que el ser humano es poco menos que la peor criatura que existe si es el único capaz de crear bellas y extraordinarias obras?

¿Qué diríamos si las golondrinas construyeran sus nidos de distinta forma? Supongamos que unas hicieran un nido gótico, otras optaran por nidos barrocos y unas terceras decidiesen hacer nidos renacentistas. Todos nos asombraríamos de su capacidad imaginativa y tacharíamos a las golondrinas poco menos que de una especie de dioses que son capaces de diseñar sus nidos con un encanto sinigual. Imaginemos que, además, las golondrinas diseñaran un sistema de atención a los nidos desatendidos porque la madre ha fallecido mientras buscaba alimento y a través de un

dispositivo electrónico se comunicaran entre ellas para que otras fueran a socorrer a los pájaros recién nacidos. Es más, pensemos qué diríamos si las golondrinas protegieran sus nidos con vallas electrificadas para evitar que los depredadores se comiesen los huevos. Pues el ser humano es eso multiplicado por una cifra colosal.

Todo progreso obedece a un orden, a una imposición de cómo deben hacerse las cosas y, sobre todo, a la genialidad humana. Uno no puede construir un edificio como considere oportuno ni operar un corazón según le apetezca al médico. Tampoco se puede levantar una catedral en función de una votación popular. Todo queda fijado por una imposición heredada que, posteriormente, es mejorada. Por ejemplo, si preguntáramos de forma aleatoria a los ciudadanos que caminan por la calle si saben cómo se construye un avión, nos encontraríamos con que la mayoría sabe qué forma debe tener para poder volar. Evidentemente, sin entrar en los detalles técnicos de índole compleja, la inmensa mayoría podría dar una respuesta. Pero imaginemos que mañana se estrellaran todos los aviones existentes en el planeta Tierra, todos los ingenieros aeronáuticos fallecieran y todos los planos de construcción ardieran al unísono. ¿Qué ocurriría? El ser humano pasaría de poder realizar más de 120.000 vuelos diarios —como ocurre en la actualidad— a no saber ni cómo empezar a volar. Volveríamos al punto de partida a la espera de la llegada de algún nuevo genio que pusiera los cimientos en los que posteriormente poder avanzar. No sería la primera vez que ocurre en la historia. El profesor Hanno Sauer recoge en su obra *La invención del bien y del mal* el estudio de los investigadores Jan Elsen, Özlem Cizer y Ruben Snellings[2] en el que demostraron cómo el hormigón

—que desempeñó un papel de vital importancia en la construcción de la Antigua Roma— cayó en el olvido tras el colapso del Imperio romano. Durante siglos la humanidad dejó de utilizar el hormigón en la construcción porque el saber heredado había desaparecido. Otro ejemplo lo encontramos en el denominado «fogbank». Este componente es fundamental para la construcción de cabezas nucleares y el Gobierno estadounidense se encontró en el año 2007 con que, durante un examen rutinario de sus cabezas nucleares de W76, había olvidado cómo fabricarlo porque ya no quedaba nadie que supiera hacerlo. Los científicos tuvieron que empezar prácticamente de cero para poder avanzar en el diseño de sus armas nucleares debido a que el conocimiento heredado había sido descuidado y nadie se preocupó de mantener vivo el conocimiento de los antiguos trabajadores.

Y es que los cimientos de la evolución están marcados por un pequeño puñado de hombres que han sido agraciados con un don especial, irrepetible y particular. No todos los días nacen genios, sino que de vez en cuando la genialidad hace acto de presencia para dar un empujón al ser humano. Ese fue el caso de los hermanos Wright. Todos los aviones que se utilizan en la actualidad se basan en el primer modelo que Wright, Wilbur y Orville utilizaron para realizar el primer vuelo de la historia en octubre de 1903. A ese prototipo le han seguido decenas de nuevos modelos, pero todos ellos bajo una imposición previa. Evidentemente, del primer avión han surgido innumerables mejoras y su funcionamiento ha ido mejorando hasta llegar a la situación actual. No obstante, a los propios hermanos Wright les habría costado creer que un tipo puede desayunar en Pekín y ese mismo día cenar en Madrid gracias a un avión. Que

apenas unas horas de vuelo sean lo que separe los distintos rincones del mundo es un hecho excepcional. De igual modo, que el hecho de que aviones con dos pisos sean capaces de transportar a mil pasajeros a diario y con una tasa de accidentes cercana al 0% es una realidad que no por haberla normalizado deja de ser una gesta extraordinaria.

Si nos centramos en los detalles que permiten que un avión despegue, vuele y aterrice en el lugar correcto tras haber estado durante largas horas a más de 10.000 metros, a uno solo le queda rendirse a la naturaleza humana. En cambio, la inteligencia humana puede ser utilizada para cometer las mayores tropelías. El diseño de «La solución final», liderada por Heinrich Himmler, era extraordinariamente inteligente. El Holocausto poseía un carácter racional, estructurado, burocrático y perfectamente organizado que llevó a millones de personas a las cámaras de gas a través del engaño. El mismo sistema, menos sofisticado, lo encontramos en lo sucedido en Ucrania bajo el régimen comunista bautizado como «Holodomor». El sistema, pensado para acabar con el mayor número de vidas humanas en el menor tiempo posible y con gran eficiencia, vino gracias a la inteligencia humana, pero también esta se puede utilizar para evitar grandes tragedias. Pensemos en las decenas de protocolos que se cumplen para que un avión no se estrelle. Simplemente centrémonos en el despegue: cuando el avión alcanza una velocidad denominada «V1» ya no hay vuelta atrás. La V1 es la velocidad de decisión de despegue, esto es, aquella a partir de la cual ya no se puede detener o abortar el despegue. El piloto dice «V1» y el copiloto quita automáticamente su mano del control para no cometer el error involuntario de tratar de detener el

despegue por un acto reflejo que provoque, irremediablemente, que el aparato se estrelle fuera de pista. Una vez se pasa el límite perfectamente estudiado y delimitado, el avión debe despegar pase lo que pase, ya esté en llamas un motor o la cabina se haya incendiado. De lo contrario, el final es la muerte de todos los pasajeros y tripulantes. ¿Cómo se llegó a esa conclusión? Tras un accidente, unos cuantos estudiosos se dedicaron a evaluar cuál era el punto exacto en el que lo más seguro era despegar en vez de abortar el despegue. Las mentes brillantes no solo determinaron que existía tal punto, sino que, además, ese punto depende de varios factores como el peso de la aeronave, la longitud de la pista, el viento, la configuración del avión, etc. Este hallazgo ha evitado la muerte de miles de personas. Minusvaloramos, por no ser conscientes de ello, la extraordinaria labor que realizan decenas de miles de seres humanos a diario para mejorar la seguridad y la supervivencia de nuestra especie, al igual que olvidamos los grandes descubrimientos a los que recurrimos a diario. Lo que en el pasado causó grandes tragedias hoy es fácilmente solventado. Toda una heroicidad.

La masa puede asumir, aplicar y ejercer las peores de las ideas que florecen en la mente humana, pero incluso en esos episodios de inhumanidad hallamos ejemplos de hombres buenos que tuvieron el coraje de actuar correctamente. Cuentan las crónicas de marzo de 1944 que la Wehrmacht invadió Hungría. Fue una conquista rápida y sin apenas resistencia. Pronto el nuevo Gobierno húngaro pasó a ser un títere de la del Tercer Reich. Los nazis tenían prisa por llevar a cabo «La solución final» y actuaron con rapidez para exterminar al gran número de judíos que habitaban en Budapest. Se formó el

gueto judío en el que más de 200.000 personas fueron confinadas. El maltrato, el hambre, las ejecuciones arbitrarias, los trabajos forzados y el envío a los campos de concentración pasaron a ser el día a día de cientos de miles de personas. Ante esta situación, el embajador de España en Hungría, Ángel Sanz-Briz, decidió actuar. Envío una carta al Gobierno español relatando la persecución que estaban sufriendo los judíos y envió planos de los campos de exterminio. Sanz-Briz, con el beneplácito del Gobierno franquista, comenzó a recopilar cientos de documentos para utilizar la ley que permitía a los judíos de origen sefardí obtener la nacionalidad española y así salvar sus vidas.

Pero lo cierto es que eran pocos los judíos que realmente poseían orígenes sefardíes —apenas unos doscientos—, por lo que el diplomático español tuvo que ingeniárselas para poder salvar a un mayor número de personas. Sanz-Briz alquiló y costeó de su propio bolsillo once apartamentos para esconder allí a los judíos. De esta forma pasaban a estar bajo la protección de España, por lo que ni los nazis ni el Gobierno húngaro tenían potestad para llevárselos. No fue una tarea sencilla. El diplomático tuvo que recurrir a sobornos, tretas legales y falsificaciones de documentos para poder protegerlos. El esfuerzo mereció la pena, pues consiguió salvar la vida de 5.200 judíos y evitar su envío a los campos de concentración. Con el paso de los años, Ángel Sanz-Briz pasaría a ser conocido como «el Ángel de Budapest» y reconocido por Israel como «justo entre las naciones». La bondad y el coraje de un solo hombre fueron capaces de salvar miles de vidas.

No fue el único «Ángel» que evitó la muerte injustificada de personas inocentes. Durante la Guerra Civil española, Melchor

Rodríguez García —anarquista de la CNT-FAI— se dedicó a proteger a personas inocentes perseguidas por las tropas republicanas. Fue nombrado delegado especial de prisiones de Madrid; desde que ocupó el cargo se dedicó a detener las matanzas de los presos que se encontraban en las cárceles republicanas de Madrid, y que eran trasladados para ser fusilados en Paracuellos de Jarama y otros lugares cercanos. Consiguió detener gran parte de ellas, pero al no poder frenarlas todas, decidió dejar su cargo. Posteriormente regresaría a él, pero esta vez con plenos poderes como delegado general de Prisiones. A partir de ese momento, decidió prohibir los traslados entre las siete de la tarde y las siete de la mañana — horario que aprovechaban los comunistas para perpetrar las matanzas en la oscuridad—, lo que permitió que la cantidad de presos vilmente fusilados se redujera considerablemente.

Las medidas adoptadas le generaron un gran enfrentamiento con Santiago Carrillo y José Cazorla —miembros de la Junta de Defensa de Madrid— y su vida empezó a correr peligro. A pesar de ello, no se detuvo y continuó evitando las agresiones, los linchamientos y los fusilamientos de los presos por parte de las tropas republicanas. El día que marcó la vida de Melchor Rodríguez fue el 8 de diciembre de 1936. Tras un bombardeo por parte de la aviación del bando nacional, un gran grupo de milicianos republicanos acudió a la cárcel de Alcalá de Henares con la intención de asesinar a los presos que allí estaban recluidos. Melchor Rodríguez, lejos de amilanarse, se enfrentó a esa masa encolerizada que pretendía ajusticiar a miles de personas como venganza. Entre los presos se encontraban personajes como Muñoz Grandes, Martín Artajo, los hermanos Luca

de Tena, Serrano Suñer y otras figuras que posteriormente tuvieron un papel relevante en el régimen franquista.

Apenas unos meses después de este acontecimiento y tras recibir varias amenazas de muerte por parte de los líderes republicanos, fue destituido de su puesto debido a que los comunistas lo acusaban de ser un quintacolumnista. Su valentía, unida a un componente de humanidad, salvó la vida de miles de personas. Tanto es así que, tras su fallecimiento el 14 de febrero de 1972, su entierro contó con rango de funeral de Estado y se dio un caso único y excepcional durante el régimen franquista: comunistas y franquistas acudieron conjuntamente a despedir al que fue rebautizado como «el Ángel Rojo». Como vemos, resulta imposible detener la bondad humana.

Pero no solo a título individual se han producido estas exhibiciones humanistas a pesar del enorme riesgo que suponían. No hay mayor heroicidad que actuar bien sabiendo que ello puede implicar la muerte. En todos los oscuros pasajes de la historia humana uno siempre encuentra a personas dispuestas a entregar su vida por los demás. No existe mayor acto de humanidad que uno pueda realizar. Siempre es la tragedia la que consigue crear una escena incomparable de unidad entre los distintos. Es ahí cuando el ser humano exhibe su lado más bondadoso. La última vez que España experimentó esa sensación imbatible de unidad fue tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco. Esos hombres buenos deberían ser recordados casi a diario, pero como la estupidez no es capaz de contemplar su majestuosidad ni de entender por qué son tan grandiosos, por desgracia quedan olvidados y mancillados.

Los más jóvenes no recordarán aquel 10 de julio de 1997. De hecho, muchos mayores lo han olvidado. Fue el día en que ETA

secuestró al concejal del Partido Popular Miguel Ángel Blanco. Para liberarlo exigieron el acercamiento de los presos de la organización terrorista a las cárceles del País Vasco o, de lo contrario, acabarían con su vida. El Gobierno de José María Aznar no cedió al chantaje y dos días más tarde los terroristas cumplieron su amenaza pegándole dos tiros en la nuca en un descampado. El secuestro y posterior asesinato de Miguel Ángel Blanco marcó un antes y un después. De forma espontánea surgió un movimiento popular que llenó las calles del país mostrando un clamor unánime contra los terroristas nunca antes visto. Desde el rico hasta el más pobre, izquierdistas y derechistas, ancianos y niños, ateos y creyentes se aglutinaron en el dolor y la tragedia para decirle a ETA que no podrían con ellos y que, como Miguel Ángel, estaban dispuestos a plantar cara a los terroristas por defender la libertad. Todos, desde ancianos hasta niños, ricos y pobres, hombres y mujeres, izquierdistas y derechistas, formaron una única unidad para rechazar a aquellos que habían impuesto un régimen de terror en el País Vasco. En un majestuoso espectáculo —que solo el infortunio del azar es capaz de alumbrar, pues cualquiera podría haber ocupado el lugar de Miguel Ángel—, los distintos se agruparon en torno a las herriko tabernas en las que se reunían los proetarras para tratar de lincharlos. Los desconocidos se abrazaban tratando de que el contacto humano consolara mínimamente su llanto, pues no hay nada más reparador cuando uno se halla sumido en la desesperación. Incluso los miembros de la Ertzaintza, que debían utilizar pasamontañas para que los terroristas no pudieran localizarlos fuera de servicio, descubrieron su rostro ante el clamor y el júbilo de un pueblo que había despertado de su largo letargo. El éxtasis en pro de la bondad

hizo que el instinto humano por el bien les hiciera llegar a arriesgar su vida exponiendo sus caras frente a la multitud y las cámaras. Incluso en la tragedia las sonrisas se inmiscuyeron por unos instantes en la desolación cuando los ertzainas se despojaban entre lágrimas, presos de la emoción, de sus pasamontañas.

El hambre y el cansancio milagrosamente desaparecieron durante largas horas debido al éxtasis de la extrema necesidad de ayudar al otro. Ciudadanos de toda España de diferentes ideologías, creencias religiosas y partidos políticos acudieron a la llamada de auxilio de los desdichados que habían visto convertidas sus vidas continuamente amenazadas en un calvario. El «espíritu de Ermua» se apoderó de todo el pueblo español y las calles de todas las ciudades se llenaron en apoyo del bien. En el fondo era el alma de la humanidad brillando en la adversidad para volvernos a recordar que, a pesar de todo, la bondad es imbatible.

Y sí, era una sociedad que tenía un acceso más limitado a la información que la de hoy en día, pero no le hacía falta porque era enormemente más sana y estaba convencida de la necesidad de salir a la calle para pedir lo que era justo. Valores que en el mundo de hoy ya no parecen importar a nadie. Solo así se puede explicar que el brazo político de los terroristas gobierne España y se haya olvidado a los últimos héroes que ha tenido nuestro país. Y todo ello a pesar de que ETA se resiste a disolverse y a entregar las armas. Desde 1960, cuando registró su primera víctima, ETA ha arrebatado la vida a 854 personas.

A día de hoy, no existe unanimidad en torno al número y el nombre de las víctimas, pero tanto el Ministerio del Interior como la Fundación de Víctimas del Terrorismo asumen esa cifra de 854

personas. Entre ellas está incluida María Begoña Urroz, bebé fallecido en 1960 por una maleta bomba. María Begoña —con tan solo dieciocho meses de vida— fue la primera víctima mortal de ETA en la estación de Amara en San Sebastián tras sufrir quemaduras en el 90% de su cuerpo, apenas dos años después de que un grupo de jóvenes disidentes del PNV insatisfechos por la pasividad de su partido frente a la dictadura creara la banda terrorista con la complicidad del clero vasco. ETA no asumió su autoría, pero en el ordenador de «Txelis» capturado en Bidart en 1992, se encontró una cronología de la banda en la que se incluía dicha acción.

Afortunadamente, todas las naciones cuentan con un grupo de héroes anónimos que día a día se esfuerzan por hacer del país en el que habitan un lugar mejor. En España ese grupo queda muy bien detectado debido a la ola de terrorismo que sufrió el país durante décadas por parte de la banda terrorista ETA y que, a pesar de los esfuerzos del poder político y la manipulación mediática, siguen siendo un ejemplo de todo lo que está bien. Estos son los nombres de aquellos buenos hombres y mujeres que decidieron poner en riesgo su vida por la defensa de la convivencia entre los distintos, el respeto, la dignidad, la libertad y la vida:

- 27/06/1960: María Begoña Urroz
- 07/06/1968: José Pardines Arcay
- 02/08/1968: Melitón Manzanas González
- 09/04/1969: Fermín Monasterio Pérez
- 29/08/1972: Eloy García Cambra
- 24/03/1973: José Humberto Fouz Escobero
- 24/03/1973: Jorge Juan García Carneiro

- 24/03/1973: Fernando Quiroga Veiga
- 20/12/1973: Juan Antonio Bueno Fernández
- 20/12/1973: Luis Carrero Blanco
- 20/12/1973: José Luis Pérez Mogena
- 03/04/1974: Gregorio Posada Zurrón
- 03/06/1974: Manuel Pérez Vázquez
- 09/09/1974: Martín Durán Grande
- 13/09/1974: Antonio Alonso Palacín
- 13/09/1974: María Jesús Arcos Tirado
- 13/09/1974: Félix Ayuso Pinel
- 13/09/1974: Francisca Baeza Alarcón
- 13/09/1974: Baldomero Barral Fernández
- 13/09/1974: Gerardo García Pérez
- 13/09/1974: Francisco Gómez Vaquero
- 13/09/1974: Antonio Lobo Aguado
- 13/09/1974: Manuel Llanos Gancedo
- 13/09/1974: Luis Martínez Martín
- 13/09/1974: M.^a Josefina Pérez Martínez
- 13/09/1974: Concepción Pérez Paino
- 13/09/1974: M.^a Ángeles Rey Martínez
- 29/10/1974: Jerónimo Vera García
- 17/12/1974: Argimiro García Estévez
- 17/12/1974: Luis Santos Hernández
- 29/03/1975: José Díaz Linares
- 22/04/1975: José Ramón Morán González
- 06/05/1975: Andrés Segovia Peralta
- 07/05/1975: Fernando Llorente Roiz
- 14/05/1975: Domingo Sánchez Muñoz

- 05/06/1975: Mariano Román Madroñal
- 06/06/1975: Ovidio Díaz López
- 07/07/1975: Carlos de Arguimberri Elorriaga
- 31/07/1975: Francisco Expósito Camio
- 08/08/1975: Demetrio Lesmes Martín
- 05/10/1975: Esteban Maldonado Llorente
- 05/10/1975: Juan José Moreno Chamorro
- 05/10/1975: Jesús Pascual Martín
- 12/10/1975: Germán Aguirre Irasuegui
- 18/10/1975: Manuel López Triviño
- 24/11/1975: Antonio Echevarría Albizu
- 17/01/1976: Manuel Vergara Jiménez
- 09/02/1976: Víctor Legorburu Ibarreche
- 10/02/1976: Julián Galarza Ayastuy
- 01/03/1976: Emilio Guezala Aramburu
- 13/03/1976: Manuel Albizu Idiáquez
- 18/03/1976: Ángel Berazadi Urbe
- 30/03/1976: Vicente Soria Blasco
- 04/04/1976: Jesús M.^a González Ituero
- 04/04/1976: José Luis Martínez Martínez
- 11/04/1976: Miguel Gordo García
- 03/05/1976: Antonio de Frutos Sualdea
- 09/06/1976: Luis Carlos Albo Llamosas
- 04/10/1976: Juan María de Araluce Villar
- 04/10/1976: José María Elicegui Díaz
- 04/10/1976: Alfredo García González
- 04/10/1976: Antonio Palomo Pérez
- 04/10/1976: Luis Francisco Sanz Flores

- 13/03/1977: Constantino Gómez Barcia
- 29/04/1977: Antonio Galán Aceituno
- 18/05/1977: Manuel Orcera de la Cruz
- 20/05/1977: Javier Ybarra Bergé
- 08/10/1977: Antonio Hernández Fernández-Segura
- 08/10/1977: Ángel Rivera Navarrón
- 08/10/1977: Augusto Unceta Barrenechea
- 02/11/1977: José Díaz Fernández
- 26/11/1977: Joaquín Imaz Martínez
- 16/12/1977: Julio Martínez Ezquerro
- 11/01/1978: José Manuel Baena Martín
- 24/02/1978: Manuel Lemus Noya
- 05/03/1978: Joaquín Ramos Gómez
- 05/03/1978: Miguel Raya Aguilar
- 05/03/1978: José Vicente del Val del Río
- 10/03/1978: José María Panizo Acedo
- 16/03/1978: Esteban Beldarrain Madariaga
- 17/03/1978: Andrés Guerra Pereda
- 17/03/1978: Alberto Negro Viguera
- 09/05/1978: Miguel Ángel Íñigo Blanco
- 09/05/1978: Manuel López González
- 09/05/1978: Juan Antonio Marcos González
- 24/05/1978: Martín Merquelanz Sarriegui
- 21/06/1978: Antonio García Caballero
- 27/06/1978: Francisco Martín González
- 28/06/1978: José María Portell Manso
- 05/07/1978: Domingo Merino Arévalo
- 08/07/1978: José Javier Jáuregui Bernaola

- 21/07/1978: Juan Antonio Pérez Rodríguez
- 21/07/1978: Juan Manuel Sánchez-Ramos Izquierdo
- 25/08/1978: José García Gastiain
- 28/08/1978: Alfonso Estevas-Guilmain Muñoz
- 28/08/1978: Aurelio Salgueiro López
- 02/09/1978: Amancio Barreiro Gens
- 23/09/1978: José Antonio Ferreiro González
- 25/09/1978: Lorenzo Soto Soto
- 25/09/1978: José Zafra Régil
- 02/10/1978: Ramiro Quintero Ávila
- 03/10/1978: Francisco de Asís Liesa Morote
- 09/10/1978: Anselmo Durán Vidal
- 09/10/1978: Ángel Pacheco Pata
- 13/10/1978: José Benito Díaz García
- 13/10/1978: Elías García González
- 13/10/1978: Ramón Muiño Fernández
- 14/10/1978: Alberto Villena Castillo
- 22/10/1978: Luis Carlos Gancedo Ron
- 22/10/1978: Luciano Mata Corral
- 22/10/1978: Andrés Silverio Martín
- 25/10/1978: Epifanio Benito Vidal Vázquez
- 29/10/1978: Ignacio Olaiz Michelena
- 02/11/1978: Juan Cruz Hurtado Fernández
- 02/11/1978: José Luis Legasa Ubiria
- 02/11/1978: Rafael Reaola Landa
- 05/11/1978: Mariano Criado Ramajo
- 09/11/1978: Luis Candendo Pérez
- 11/11/1978: Lucio Revilla Alonso

- 11/11/1978: José Rodríguez de Lama
- 15/11/1978: Emilia Larrea Sáez de Adacia
- 16/11/1978: José Francisco Mateu Cánoves
- 20/11/1978: José Benito Sánchez Sánchez
- 20/11/1978: Bejamín Sancho Legido
- 26/11/1978: Elías Elexpe Asandoa
- 27/11/1978: Heliodoro Arriaga Ciaurri
- 30/11/1978: Alejandro Hernández Cuesta
- 01/12/1978: Manuel León Ortega
- 05/12/1978: Gabriel Alonso Perejil
- 05/12/1978: Ángel Cruz Salcines
- 05/12/1978: José María Sarrais Llasera
- 09/12/1978: Vicente Rubio Ereño
- 13/12/1978: Juan Jiménez Gómez
- 13/12/1978: Saturnino Sota Argai
- 17/12/1978: Diego Fernández-Montes Rojas
- 19/12/1978: Joaquín María Azaola Martínez
- 23/12/1978: Pedro Garrido Caro
- 27/12/1978: José María Arrizabalaga Arcocha
- 30/12/1978: Lisardo Sampil Belmonte
- 31/12/1978: José Luis Vicente Cantón
- 02/01/1979: Francisco Berlanga Robles
- 02/01/1979: José María Herrera Hernández
- 03/01/1979: Constantino Ortín Gil
- 05/01/1979: Ciriaco Sanz García
- 06/01/1979: Hortensia González Ruiz
- 06/01/1979: Antonio Ramírez Gallardo
- 13/01/1979: Miguel García Poyo

- 13/01/1979: Francisco Gómez Gómez-Jiménez
- 13/01/1979: Francisco Mota Calvo
- 27/01/1979: Jesús Ulayar Liciaga
- 29/01/1979: Esteban Sáez Gómez
- 30/01/1979: José Fernando Artola Goicoechea
- 31/01/1979: Félix de Diego Martínez
- 03/02/1979: José Díez Pérez
- 06/02/1979: José Antonio Vivó Undabarrena
- 07/02/1979: Vicente Irusta Atamira
- 12/02/1979: César Pinilla Sanz
- 14/02/1979: Sergio Borrajo Palacín
- 23/02/1979: Benito Arroyo Gutiérrez
- 09/03/1979: Miguel Chávarri Isasi
- 16/03/1979: José María Maderal Oleaga
- 23/03/1979: Antonio Recio Claver
- 05/04/1979: Pedro Fernández Serrano
- 06/04/1979: Adolfo Mariñas Vence
- 07/04/1979: Miguel Orenes Guillamont
- 07/04/1979: Juan Bautista Peralta Montoya
- 07/04/1979: Ginés Pujante García
- 09/04/1979: Dionisio Imaz Gorostiza-Goiza
- 17/04/1979: Juan Bautista García
- 28/04/1979: Pedro Ruiz Rodríguez
- 30/04/1979: Juan Antonio Díaz Román
- 02/05/1979: José Miguel Maestre Rodríguez
- 02/05/1979: Antonio Peña Solís
- 17/05/1979: Antonio Pérez García
- 25/05/1979: Jesús Ábalos Giménez

- 25/05/1979: Luis Gómez Borrero
- 25/05/1979: Luis Gómez Hortigüela
- 25/05/1979: Agustín Laso Corral
- 05/06/1979: Luis Berasategui Mendizábal
- 07/06/1979: Andrés Antonio Varela Rúa
- 13/06/1979: Ángel Baños Espada
- 19/06/1979: Héctor Abraham Muñoz Espinoza
- 22/06/1979: Diego Alfaro Orihuela
- 22/06/1979: Francisco Medina Albala
- 21/07/1979: Jesús María Colomo Rodríguez
- 28/07/1979: Moisés Cordero López
- 28/07/1979: Emilio López de la Peña
- 28/07/1979: Antonio Pastor Martín
- 28/07/1979: Miguel Ángel Saro Pérez
- 29/07/1979: José Manuel Amaya Pérez
- 29/07/1979: Dorothy Fertig
- 29/07/1979: José Manuel Juan Boix
- 29/07/1979: Juan Luna Azol
- 29/07/1979: Jesús Emilio Pérez Palma
- 29/07/1979: Guadalupe Redondo Vian
- 29/07/1979: Dionisio Rey Amez
- 04/08/1979: Juan José Tauste Sánchez
- 08/08/1979: Antonio Nieves Cañuelo
- 13/08/1979: Manuel Ferreira Simois
- 16/08/1979: Antonio López Carrera
- 30/08/1979: Aureliano Calvo Val
- 30/08/1979: José María Pérez Rodríguez
- 13/09/1979: Modesto Carriegas Pérez

- 19/09/1979: Julián Ezquerro Serrano
- 19/09/1979: Aurelio Pérez-Zamora Cámara
- 23/09/1979: Lorenzo González-Vallés Sánchez
- 26/09/1979: Sixto Holgado Agudo
- 29/09/1979: Luis María Uriarte Alza
- 30/09/1979: Pedro Goiri Rovira
- 30/09/1979: Alfonso Manuel Vilariño Orce
- 08/10/1979: Carlos Sanz Biurrun
- 11/10/1979: Antonio Mesa Portillo
- 27/10/1979: Germán González López
- 31/10/1979: Manuel Fuentes Fontán
- 12/11/1979: Fernando Rodríguez Espínola
- 16/11/1979: Juan Luis Aguirreurreta Arzamendi
- 28/11/1979: Antonio Alés Martínez
- 28/11/1979: Ángel García Pérez
- 28/11/1979: Pedro Sánchez Marfil
- 18/12/1979: Juan Cruz Montoya Ortueta
- 05/01/1980: Jesús García García
- 09/01/1980: Sebastián Arroyo González
- 10/01/1980: Jesús Velasco Zuazola
- 14/01/1980: Francisco Moya Jiménez
- 19/01/1980: José Miguel Palacios Domínguez
- 23/01/1980: Alfredo Ramos Vázquez
- 25/01/1980: Luis Domínguez Jiménez
- 27/01/1980: Juan Manuel Román Moreno
- 01/02/1980: Alfredo Díez Marcos
- 01/02/1980: José Gómez Martiñán
- 01/02/1980: José Gómez Trillo

- 01/02/1980: Antonio Marín Gamero
- 01/02/1980: José Martínez Pérez Castillo
- 01/02/1980: Victorino Villamor González
- 08/02/1980: Ángel Astuy Rodríguez
- 08/02/1980: Miguel Rodríguez Fuentes
- 15/02/1980: Ignacio Arocena Arbelaiz
- 20/02/1980: Eugenio Saracíbar González de Durana
- 18/03/1980: José Luis Ramírez Villar
- 24/03/1980: José Artero Quiles
- 24/03/1980: Dámaso Sánchez Soto
- 25/03/1980: Enrique Aresti Urien
- 29/03/1980: José M.^a Piris Carballo
- 06/04/1980: Francisco Pascua Andreu
- 06/04/1980: Florentino Lopetegui Barjacoba
- 13/04/1980: Eugenio Lázaro Valle
- 16/04/1980: Luis Martos García
- 16/04/1980: José Torralba López
- 28/04/1980: Rufino Muñoz Alcalde
- 01/05/1980: José Oyaga Marañón
- 01/05/1980: Jesús Vadaurre Olleta
- 08/05/1980: José Espinosa Viscarret
- 09/05/1980: Antonio Moreno Núñez
- 12/05/1980: Ramón Baglieto Martínez
- 15/05/1980: Jesús Holgado Sabio
- 15/05/1980: José Manuel Rodríguez Fontana
- 15/05/1980: Dionisio Villadangos Calvo
- 16/05/1980: Ceferino Peña Zubía
- 16/05/1980: Francisco Puig Mestre

- 16/05/1980: Francisco Ruiz Fernández
- 03/06/1980: Tomás Sulibarria Goitia
- 15/06/1980: Ángel Postigo Mejías
- 19/06/1980: José Pablo García Lorenzo
- 20/06/1980: Julio Santiago Expósito Pascual
- 25/06/1980: Luis María Hergueta Guinea
- 28/06/1980: Elio López Camarón
- 28/06/1980: Julio Muñoz Grau
- 28/06/1980: Justino Quindós López
- 02/07/1980: Joaquín Becerra Calvente
- 13/07/1980: Antonio Gómez Ramos
- 13/07/1980: Aurelio Navío Navío
- 18/07/1980: Ramón Ledo Taboada
- 22/07/1980: Francisco López Bescos
- 02/08/1980: Mario González Blasco
- 28/08/1980: Jesús María Echeveste Toledo
- 03/09/1980: Antonio Fernández Guzmán
- 06/09/1980: Basilio Altuna Fernández de Arroyabe
- 13/09/1980: José María Urquizu Goyoaga
- 20/09/1980: Antonio García Argente
- 20/09/1980: Mariano González Huergo
- 20/09/1980: Miguel Hernández Espigares
- 20/09/1980: Alfonso Martínez Bellas
- 29/09/1980: Ramón Coto Abad
- 29/09/1980: José Ignacio Ustarán Ramírez
- 02/10/1980: Benito Morales Fabián
- 03/10/1980: Sergio Canal Canal
- 03/10/1980: Jesús Hernando Ortega

- 03/10/1980: José Antonio Merenciano Ruiz
- 04/10/1980: Avelino Palma Brioa
- 04/10/1980: Ángel Prado Mella
- 04/10/1980: José Luis Vázquez Platas
- 07/10/1980: Carlos García Fernández
- 13/10/1980: Lorenzo Motos Rodríguez
- 23/10/1980: Jaime Arrese Arizmendiarieta
- 23/10/1980: Felipe Alejandro Extremiana Unanue
- 23/10/1980: Juan Manuel García Cordero
- 29/10/1980: Juan Carlos Fernández Aspiazu
- 31/10/1980: Juan de Dios Doval Mateo
- 31/10/1980: José María Pérez de Orueta López
- 03/11/1980: Julio César Castrillejo Pérez
- 03/11/1980: Modesto García Lorenzo
- 03/11/1980: Miguel Lasa Arruabarrena
- 03/11/1980: Arturo López Hernández
- 03/11/1980: Ángel Retamar Nogales
- 06/11/1980: José Alberto Lisalde Ramos
- 06/11/1980: Sotero Mazo Figueras
- 06/11/1980: Jeaninne Pueyo
- 12/11/1980: Miguel Zunzunegui Arratibel
- 14/11/1980: Vicente Zorita Alonso
- 17/11/1980: Juan García León
- 21/11/1980: Aurelio Prieto Prieto
- 27/11/1980: Carlos Fernández Valcárcel
- 27/11/1980: Miguel Garciarena Baraibar
- 27/11/1980: Joaquín Martínez Simón
- 27/11/1980: Miguel Ángel San Martín Fernández

- 06/12/1980: Ignacio Lasa de Rezoa
- 11/12/1980: José Javier Moreno Castro
- 02/01/1981: Antonio Díaz García
- 14/01/1981: José Luis Oliva Hernández
- 17/01/1981: Leopoldo García Martín
- 29/01/1981: José María Ryan Estrada
- 05/03/1981: José Luis Raimundo Moya
- 19/03/1981: Ramón Romero Rotaeché
- 21/03/1981: José Luis Prieto Gracia
- 27/03/1981: Juan Costas Otamendi
- 08/04/1981: Vicente Sánchez Vicente
- 09/04/1981: Francisco Francés Garzón
- 14/04/1981: Luis Cadarso San Juan
- 14/04/1981: Oswaldo José Rodríguez Fernández
- 14/04/1981: José María Félix Latiegui Bamaseda
- 07/05/1981: Antonio Noguera García
- 07/05/1981: Manuel Rodríguez Taboada
- 07/05/1981: Guillermo Tevar Saco
- 14/05/1981: José Olaya de la Flor
- 14/05/1981: Manuel Sánchez Borrallo
- 05/06/1981: Esteban Álvarez Merayo
- 16/06/1981: María José García Sánchez
- 22/06/1981: Luis de la Parra Urbaneja
- 24/06/1981: Ignacio Ibarguchi Erostarbe
- 24/06/1981: Juan Manuel Martínez Castaños
- 24/06/1981: Pedro Martínez Castaños
- 05/07/1981: Magín Fernández Ferrero
- 05/07/1981: Luis Miranda Blanco

- 10/07/1981: Ovidio Ferreira Martín
- 10/07/1981: Joaquín Gorjón González
- 25/07/1981: Félix Galíndez Llano
- 17/10/1981: Santiago González de Paz
- 26/11/1981: Manuel Hernández Seisdedos
- 27/01/1982: Benigno García Díaz
- 16/02/1982: Benjamín Fernández Fernández
- 16/02/1982: José Fragoso Martín
- 15/03/1982: Modesto Martín Sánchez
- 22/03/1982: Cristina Mónica Illarramendi Ricci
- 22/03/1982: Agustín Martínez Pérez
- 22/03/1982: Alfonso Maside Bouzo
- 26/03/1982: Enrique Cuesta Jiménez
- 22/03/1982: Antonio Gómez García
- 30/03/1982: Ramiro Carasa Pérez
- 17/04/1982: Vicente Garcera López
- 02/05/1982: Pablo Fernández Rico
- 05/05/1982: Ángel Pascual Múgica
- 14/05/1982: Antonio Huegun Aguirre
- 01/06/1982: Luis Manuel Allende Porría
- 03/06/1982: Daniel Enríquez García
- 05/06/1982: Rafael Vega Gil
- 13/06/1982: José Luis Fernández Pernas
- 30/06/1982: José Aybar Yáñez
- 04/07/1982: Juan Antonio García González
- 16/07/1982: Alberto López-Jaureguizar Poncela
- 25/08/1982: Miguel Garrido Romero
- 25/08/1982: Vicente Gómez Duarte

- 14/09/1982: Antonio Cedillo Toscano
- 14/09/1982: Alfonso López Fernández
- 14/09/1982: Jesús Ordóñez Pérez
- 14/09/1982: Juan Seronero Sacristán
- 22/09/1982: Emilio Fernández Arias
- 08/10/1982: Alberto Toca Echeverría
- 09/10/1982: José Giménez Mayoral
- 15/10/1982: Gregorio Hernández Corchete
- 21/10/1982: César Uceda Vera
- 22/10/1982: Domingo García González
- 31/10/1982: Francisco González Ruiz
- 04/11/1982: Víctor Lago Román
- 18/11/1982: Carlos Manuel Patiño Casanova
- 12/12/1982: Juan Ramón Joya Lago
- 29/12/1982: Juan Manuel García Mencía
- 29/12/1982: Manuel López Fernández
- 02/02/1983: Miguel Mateo Pastor
- 05/02/1983: Benicio Alonso Gómez
- 05/02/1983: Ramón Iturriondo García
- 05/02/1983: Aníbal Alfonso Izquierdo Emperador
- 12/02/1983: Joaquina Patricia Llanillo Borbolla
- 25/03/1983: Ramón Ezequiel Martínez García
- 27/03/1983: Aniano Sutil Pelayo
- 04/05/1983: Pedro Barquero González
- 04/05/1983: María Dolores Ledo García
- 04/05/1983: Julio Segarra Blanco
- 28/05/1983: Antonio Conejo Salguero
- 28/05/1983: Fidel Lázaro Aparicio

- 07/06/1983: Francisco Machío Martos
- 14/06/1983: Eduardo Vadillo Vadillo
- 22/06/1983: Juan Maldonado Moreno
- 23/06/1983: Emilio Juan Casanova López
- 27/06/1983: Jesús Blanco Cereceda
- 13/07/1983: Manuel Francisco García San Miguel
- 23/07/1983: Ramiro Salazar Suero
- 31/07/1983: Rafael Gil Marín
- 31/07/1983: Enrique Rúa Díaz
- 05/08/1983: Manuel Peronie Díez
- 05/09/1983: Arturo Quintanilla Salas
- 16/09/1983: Pablo Sánchez César
- 03/10/1983: Manuel Benito José
- 05/10/1983: Alberto Martín Barrios
- 08/10/1983: Juan José Pulido Pavón
- 13/10/1983: Ángel Flores Jiménez
- 14/10/1983: Alfredo Jorge Suar Muro
- 15/10/1983: José Reyes Corchado Muñoz
- 20/10/1983: Cándido Cuña González
- 26/10/1983: Lorenzo Mendizábal Iturrarte
- 05/11/1983: Manuel Carrasco Merchán
- 09/11/1983: Ángel Martínez Trelles
- 12/11/1983: Antonio de Vicente Comesaña
- 26/11/1983: José Antonio Julián Ballano
- 08/12/1983: Francisco Javier Collado Azurmendi
- 09/12/1983: Pablo Garraza García
- 15/12/1983: Eduardo Navarro Cañada
- 15/12/1983: Francisco Arín Urcola

- 29/01/1984: Guillermo Quintana Lacaci
- 04/02/1984: Miguel Francisco Solaun Angulo
- 23/02/1984: Enrique Casas Vila
- 01/03/1984: Pedro Ortiz de Urbina Garayalde
- 27/03/1984: José Naranjo Martín
- 02/04/1984: Bernardo Pérez Sobrino
- 06/04/1984: José Verdú Ortiz
- 13/04/1984: Jesús Alcocer Jiménez
- 13/04/1984: Tomás Palacín Pellejero
- 13/04/1984: Juan José Visiedo Calero
- 21/04/1984: Antonio Velasco Benito
- 03/05/1984: Ángel Rodríguez Sánchez
- 14/05/1984: Juan Flores Villar
- 27/05/1984: Luis Ollo Ochoa
- 07/06/1984: Diego Torrente Reverte
- 14/06/1984: Ángel Zapatero Antolín
- 18/06/1984: Manuel Vicente González Vilorio
- 02/07/1984: Alberto Aznar Feix
- 19/07/1984: Antonio Torrón Santamaría
- 25/07/1984: Juan Rodríguez Rosales
- 21/09/1984: José María Martínez Martínez-Cubero
- 28/09/1984: Victoriano Collado Arribas
- 28/09/1984: Agustín David Pascual Jove
- 28/09/1984: José Luis Veiga Pérez
- 17/10/1984: Vicente Gajate Martín
- 08/11/1984: Juan Sánchez Sierra
- 16/11/1984: Joseph Couchot
- 23/11/1984: Mohamed Ahmed Abderramán

- 07/12/1984: Luis Alberto Asensio Pereda
- 07/12/1984: Juan Enríquez Criado
- 07/12/1984: Francisco Javier Fernández Lajusticia
- 26/12/1984: Pedro Pardo Romero
- 31/12/1984: José Larrañaga Arenas
- 19/01/1985: Agapito Sánchez Angulo
- 19/02/1985: Ricardo Tejero Magro
- 26/02/1985: Ángel Manuel Facal Soto
- 07/03/1985: Carlos Díaz Arcocha
- 29/04/1985: Jesús Ildfonso García Vadillo
- 12/05/1985: Máximo Antonio García Kreinle
- 16/05/1985: Luis Navarro Izquierdo
- 17/05/1985: Juan José Uriarte Orúe
- 21/05/1985: Máximo Díaz Bardera
- 21/05/1985: Francisco Rivas López
- 26/05/1985: Moisés Cosme Herrero Luengo
- 30/05/1985: Alfredo Aguirre Belascoáin
- 30/05/1985: José Martínez Parens
- 30/05/1985: Francisco Miguel Sánchez
- 12/06/1985: Esteban del Amo García
- 12/06/1985: Juan García Jiménez
- 12/06/1985: José Millarengo de Bernardo
- 12/06/1985: Vicente Romero González-Calatayud
- 18/06/1985: Eugenio Recio García
- 24/06/1985: Ignacio Montes Abal
- 26/06/1985: Estanislao Galíndez Llano
- 09/07/1985: Juan Merino Antúnez
- 09/07/1985: Antonio Jesús Trujillo Comino

- 29/07/1985: Fausto Escrigas Estrada
- 29/07/1985: Agustín Ruiz Fernández de Retana
- 03/08/1985: Fernando Amor Calvo
- 04/08/1985: José Expósito Afán
- 09/09/1985: Eugene Kenneth Brown
- 12/09/1985: Clement Perret
- 14/09/1985: Félix Gallego Salmón
- 25/11/1985: Isidoro Díez Ratón
- 25/11/1985: Juan Manuel Ibarzábal Duque
- 25/11/1985: Rafael Melchor García
- 26/11/1985: José Herrero Quiles
- 06/12/1985: Mario Manuel Leal Baquero
- 23/12/1985: Juan Atares Peña
- 29/12/1985: Alejandro Sáenz Sánchez
- 06/02/1986: Cristóbal Colón de Carvajal y Maroto
- 06/02/1986: Manuel Trigo Muñoz
- 14/03/1986: José Antonio Álvarez Díez
- 20/03/1986: José I. Aguirrezabalaga de la Granja
- 25/04/1986: Alberto Amancio Alonso Gómez
- 25/04/1986: Juan José Catón Vázquez
- 25/04/1986: Vicente Javier Domínguez González
- 25/04/1986: Juan Carlos González Rentero
- 25/04/1986: Juan Mateos Pulido
- 02/05/1986: Enrique Moreno Arguilea
- 20/05/1986: Manuel Fuentes Pedreira
- 08/06/1986: Antonio Ramos Ramírez
- 17/06/1986: Francisco Casillas Martín
- 17/06/1986: Ricardo Sáenz de Inestrillas Martínez

- 17/06/1986: Carlos Vesteiro Pérez
- 27/06/1986: José Miguel Moros Peña
- 28/06/1986: Carlos José Marrero Sanabria
- 28/06/1986: Francisco Muriel Muñoz
- 14/07/1986: Carmelo Bella Alamo
- 14/07/1986: Juan Ignacio Calvo Guerrero
- 14/07/1986: José Calvo Gutiérrez
- 14/07/1986: Miguel Ángel Cornejo Ros
- 14/07/1986: Javier Esteban Plaza
- 14/07/1986: Andrés José Fernández Pertierra
- 14/07/1986: Jesús María Freixes Montes
- 14/07/1986: José Joaquín García Ruiz
- 14/07/1986: Jesús Giménez Gimeno
- 14/07/1986: Ángel de la Higuera López
- 14/07/1986: Santiago Iglesias Godino
- 14/07/1986: Antonio Lancharro Reyes
- 26/07/1986: Adrián González Revilla
- 26/07/1986: Ignacio Mateu Istúriz
- 18/08/1986: José M.^a Picatoste González de Echávarri
- 10/09/1986: M.^a Dolores González Catarain
- 14/10/1986: Ángel Barceló Naranjo
- 14/10/1986: Ángel González Pozo
- 25/10/1986: Rafael Garrido Gil
- 25/10/1986: Daniel Garrido Velasco
- 25/10/1986: M.^a José Teixeira Gonçalves
- 25/10/1986: Daniela Velasco Martínez de Vidaurreta
- 28/10/1986: Julio Sánchez Rodríguez
- 02/11/1986: Genaro García de Andoain Larrinaga

- 11/12/1986: Francisco Royo Giménez
- 24/12/1986: José Antonio Peña Medina
- 30/01/1987: José Ángel Ramos Saavedra
- 30/01/1987: Manuel Rivera Sánchez
- 19/02/1987: M.^a Luisa Sánchez Ortega
- 27/03/1987: Antonio González Herrera
- 02/04/1987: Juan Fructuoso Gómez
- 25/04/1987: Félix Peña Mazagatos
- 25/04/1987: M.^a Teresa Torrano Francia
- 17/05/1987: Carmen Pascual Carrillo
- 19/06/1987: Milagros Amez Franco
- 19/06/1987: M.^a Rosa Baldellou Mestre
- 19/06/1987: Sonia Cabrerizo Mármol
- 19/06/1987: Susana Cabrerizo Mármol
- 19/06/1987: Felipe Caparrós Ubierna
- 19/06/1987: Teresa Daza Cecilia
- 19/06/1987: M.^a Paz Diéguez Fernández
- 19/06/1987: M.^a Emilia Eyre Diéguez
- 19/06/1987: Mercedes Manzanares Servitjá
- 19/06/1987: M.^a del Carmen Mármol Cubillo
- 19/06/1987: Matilde Martínez Domínguez
- 19/06/1987: Rafael Morales Ocaña
- 19/06/1987: Mercedes Moreno Moreno
- 19/06/1987: Consuelo Ortega Pérez
- 19/06/1987: Luisa Ramírez Calanda
- 19/06/1987: Luis Enrique Salto Viñuales
- 19/06/1987: Bárbara Serret Cervantes
- 19/06/1987: José Valero Sánchez

- 19/06/1987: Xavier Valls Bauza
- 19/06/1987: Jordi Vicente Manzanares
- 19/06/1987: Silvia Vicente Manzanares
- 14/07/1987: Pedro Galnares Barrera
- 14/07/1987: Antonio A. López Martínez Colmenero
- 06/08/1987: Antonio Ligeró Hec
- 06/08/1987: Rafael Mucientes Sanz
- 08/09/1987: Cristóbal Martín Luengo
- 09/09/1987: Manuel Ávila García
- 09/09/1987: Federico Carro Jiménez
- 25/09/1987: Vicente Montoya Salazar
- 27/09/1987: Wenceslao Maya Vázquez
- 17/10/1987: María Cruz Yoldi Orradre
- 01/11/1987: Antonio Mateo Melero
- 11/12/1987: Pedro Ángel Alcázar Martos
- 11/12/1987: José Ignacio Ballarín Cazaña
- 11/12/1987: Silvia Ballarín Gay
- 11/12/1987: Esther Barrera Alcaraz
- 11/12/1987: Miriam Barrera Alcaraz
- 11/12/1987: Rocío Capilla Franco
- 11/12/1987: Emilio Capilla Tocado
- 11/12/1987: M.^a Carmen Fernández Muñoz
- 11/12/1987: M.^a Dolores Franco Muñoz
- 11/12/1987: José Luis Gómez Solís
- 11/12/1987: José Pino Arriero
- 11/12/1987: Silvia Pino Fernández
- 19/03/1988: Pedro Ballesteros Rodríguez
- 27/03/1988: Luis Azcárraga Pérez-Caballero

- 15/04/1988: Francisco Espina Vargas
- 15/04/1988: Antonio Gómez Osuna
- 25/05/1988: Sebastián Aizpiri Leyaristi
- 06/06/1988: Francisco Javier Zabaleta Azpitarte
- 21/08/1988: Antonio Fernández Álvarez
- 21/08/1988: José Antonio Ferri Pérez
- 10/09/1988: Pedro Antonio Fonte Salido
- 10/09/1988: Martín Martínez Velasco
- 16/09/1988: José Luis Barrios Capetillo
- 26/09/1988: Francisco Herrera Jiménez
- 07/10/1988: Ramón Bañuelos Echevarría
- 16/10/1988: Julio Gangoso Otero
- 16/10/1988: Juan José Pacheco Cano
- 29/10/1988: Cristóbal Díaz García
- 22/11/1988: Jaime Bilbao Iglesias
- 22/11/1988: Luis Delgado Villalonga
- 18/12/1988: José Aldaolea Abaitua
- 18/12/1988: José Antonio Barrado Recio
- 22/12/1988: Engraciano González Macho
- 12/04/1989: José Calvo de la Hoz
- 25/04/1989: Juan Bautista Castellanos Martín
- 08/05/1989: Juan Antonio García Andrés
- 08/05/1989: José Montes Gila
- 24/05/1989: Luis Hortelano García
- 24/05/1989: Manuel Jodar Cabrera
- 24/05/1989: José María Sánchez García
- 29/06/1989: Gregorio Caño García
- 19/07/1989: Ignacio Barangua Arbués

- 19/07/1989: José Martín-Posadillo Muñiz
- 11/08/1989: Conrada Muñoz Herrera
- 12/09/1989: Luis Reina Mesonero
- 12/09/1989: Carmen Tagle González
- 29/09/1989: Juan Pedro González Manzano
- 06/10/1989: José Ángel Álvarez Suárez
- 06/11/1989: Eladio Rodríguez García
- 15/11/1989: Ignacio Bañuelos Laso
- 17/11/1989: José Martínez Moreno
- 30/01/1990: José Ignacio Pérez Álvarez
- 01/03/1990: Aureliano Rodríguez Arenas
- 13/03/1990: Ángel Jesús Mota Iglesias
- 04/04/1990: Benjamín Quintano Carrero
- 06/04/1990: Elena María Moreno Jiménez
- 06/04/1990: Miguel Paredes García
- 23/05/1990: Virgilio do Nascimento Afonso
- 03/06/1990: Francisco Almagro Carmona
- 10/06/1990: Rafael San Sebastián Flechoso
- 13/06/1990: José Lasanta Martínez
- 25/06/1990: José Luis Hervás Mañas
- 28/06/1990: Ignacio Urrutia Bilbao
- 02/09/1990: José Manuel Alba Morales
- 02/09/1990: Luis Alberto Sánchez García
- 06/10/1990: Carlos Arberas Arroyo
- 18/11/1990: José Francisco Hernández Herrera
- 18/11/1990: Daniel López Tizón
- 08/12/1990: Ramón Díaz García
- 08/12/1990: Juan José Escudero Ruiz

- 08/12/1990: Juan Gómez Salar
- 08/12/1990: Eduardo Hidalgo Carzo
- 08/12/1990: Miguel Marcos Martínez
- 08/12/1990: Francisco Pérez Pérez
- 13/12/1990: Vicente López Jiménez
- 14/12/1990: Luis Alfredo Achurra Cianca
- 02/01/1991: Luis García Lozano
- 09/01/1991: Isidro Jiménez Dual
- 31/01/1991: Francisco Díaz de Cerio Gómez
- 04/03/1991: José Edmundo Casañ Pérez-Serrano
- 16/03/1991: Luis Aragón Guillén
- 21/03/1991: Manuel Echevarría Echevarría
- 08/04/1991: José Manuel Cruz Martín
- 15/04/1991: María del Coro Villamudria Sánchez
- 06/05/1991: Francisco Robles Fuentes
- 09/05/1991: Francisco Álvarez Gómez
- 29/05/1991: Juan Chíncoa Alés
- 29/05/1991: Francisco Cipriano Díaz Sánchez
- 29/05/1991: Maudilia Duque Durán
- 29/05/1991: Ramón Mayo García
- 29/05/1991: Ana Cristina Porrás López
- 29/05/1991: M.^a Pilar Quesada Araque
- 29/05/1991: Nuria Ribó Parera
- 29/05/1991: Rosa María Rosa Muñoz
- 29/05/1991: Vanesa Ruiz Lara
- 29/05/1991: Juan Salas Piris
- 05/06/1991: Enrique Aguilar Prieto
- 08/06/1991: Raúl Suárez Fernández

- 12/06/1991: Valentín Martín Sánchez
- 12/06/1991: Andrés Muñoz Pérez
- 13/06/1991: Ricardo Couso Ríos
- 28/06/1991: Donato Calzado García
- 28/06/1991: Raimundo Pérez Crespo
- 28/06/1991: Manuel Pérez Ortega
- 28/06/1991: Jesús Sánchez Lozano
- 01/07/1991: Luis Claraco López
- 01/07/1991: Pedro Domínguez Pérez
- 01/07/1991: José Luis Jiménez Barrero
- 28/07/1991: Carlos Pérez Dacosta
- 07/08/1991: Francisco Gil Mendoza
- 29/08/1991: Alfonso Menchaca Lejona
- 16/09/1991: Francisco Cebrián Cabezas
- 16/09/1991: José Luis Jiménez Vargas
- 16/09/1991: Víctor Puertas Viera
- 17/10/1991: Francisco Carballar Muñoz
- 23/10/1991: Eduardo Sobrino González
- 23/10/1991: Juan Carlos Trujillo García
- 07/11/1991: Fabio Moreno Asla
- 19/11/1991: Pedro Carbonero Fernández
- 25/11/1991: José Javier Urritegui Aramburu
- 13/12/1991: Francisco Javier Delgado González-Navarro
- 13/12/1991: José Ángel Garrido Martínez
- 08/01/1992: Arturo Anguera Vallés
- 14/01/1992: José Anseán Castro
- 15/01/1992: Manuel Broseta Pont
- 16/01/1992: Virgilio Mas Navarro

- 16/01/1992: Juan Antonio Querol Queralt
- 06/02/1992: Francisco Carrillo García
- 06/02/1992: Ramón Carlos Navia Refojo
- 06/02/1992: Juan Antonio Núñez Sánchez
- 06/02/1992: Antonio Ricote Castillo
- 06/02/1992: Emilio Domingo Tejedor Fuentes
- 10/02/1992: Ángel García Rabadán
- 19/02/1992: Eutimio Gómez Gómez
- 19/02/1992: Antonio Ricondo Somoza
- 19/02/1992: Julia Ríos Rioz
- 25/02/1992: José San Martín Bretón
- 18/03/1992: Enrique Martínez Hernández
- 19/03/1992: Antonio José Martos Martínez
- 23/03/1992: Juan José Carrasco Guerrero
- 31/03/1992: Aquilino Joaquín Vasco Álvarez
- 23/04/1992: Juan Manuel Helices Patino
- 17/08/1992: José Manuel Fernández Lozano
- 17/08/1992: Juan Manuel Martínez Gil
- 02/09/1992: Antonio Heredero Gil
- 14/09/1992: Ricardo González Colino
- 29/09/1992: José Luis Luengos Martínez
- 30/11/1992: Miguel Miranda Puertas
- 19/01/1993: José Antonio Santamaría Vaqueriza
- 22/01/1993: José Ramón Domínguez Burillo
- 18/03/1993: Emilio Castillo López de la Franca
- 02/06/1993: Ángel María González Sabino
- 21/06/1993: Javier Baró Díaz de Figueroa
- 21/06/1993: José Manuel Calvo Alonso

- 21/06/1993: José Alberto Carretero Sogel
- 21/06/1993: Fidel Dávila Garijo
- 21/06/1993: Domingo Olivo Esparza
- 21/06/1993: Pedro Robles López
- 21/06/1993: Juan Romero Álvarez
- 16/09/1993: Juvenal Villafañe García
- 19/10/1993: Dionisio Herrero Albiñana
- 22/11/1993: José Antonio Goicoechea Asla
- 07/02/1994: Leopoldo García Campos
- 04/04/1994: Fernando Jiménez Pascual
- 18/04/1994: Vicente Beti Montesinos
- 28/04/1994: José Benigno Villalobos Blanco
- 23/05/1994: Miguel Peralta Utrera
- 01/06/1994: Juan José Hernández Rovira
- 27/07/1994: José Manuel Olarte Urreizti
- 29/07/1994: César García Contonente
- 29/07/1994: Francisco Joaquín Martín Moya
- 29/07/1994: Francisco Veguillas Elices
- 10/08/1994: José Antonio Díaz Losada
- 21/08/1994: José Santana Ramos
- 15/12/1994: Alfonso Morcillo Calero
- 13/01/1995: Rafael Leyva Loro
- 13/01/1995: Domingo Durán Díez
- 23/01/1995: Gregorio Ordóñez Fenollar
- 10/04/1995: Mariano de Juan Santamaría
- 19/04/1995: Margarita González Mansilla
- 19/04/1995: Eduardo López Moreno
- 08/06/1995: Enrique Nieto Viyella

- 19/06/1995: Jesús Rebollo García
- 11/12/1995: Manuel Carrasco Almansa
- 11/12/1995: Santiago Esteban Junquer
- 11/12/1995: José Ramón Intriago Esteban
- 11/12/1995: Florentino López del Castillo
- 11/12/1995: Félix Ramos Bailón
- 11/12/1995: Martín Rosa Valera
- 16/12/1995: Josefina Corresa Huerta
- 22/12/1995: Luciano Cortizo Alonso
- 06/02/1996: Fernando Múgica Herzog
- 14/02/1996: Francisco Tomás y Valiente
- 04/03/1996: Ramón Doral Trabadelo
- 20/05/1996: Miguel Ángel Ayllon Díaz-González
- 26/07/1996: Isidro Usabiaga Esnaola
- 08/01/1997: Jesús Agustín Cuesta Abril
- 30/01/1997: Eugenio Olaciregui Borda
- 10/02/1997: Rafael Martínez Emperador
- 10/02/1997: Domingo Puente Marín
- 11/02/1997: Francisco Arratibel Fuentes
- 17/02/1997: Modesto Rico Pasarín
- 11/03/1997: Francisco Javier Gómez Elosegui
- 24/04/1997: Luis Andrés Samperio Sañudo
- 03/05/1997: José Manuel García Fernández
- 13/07/1997: Miguel Ángel Blanco Garrido
- 05/09/1997: Daniel Villar Encisco
- 13/10/1997: José María Aguirre Larraona
- 11/12/1997: José Luis Caso Cortines
- 09/01/1998: José Ignacio Iruretagoyena Larrañaga

- 30/01/1998: Ascensión García Ortiz
- 30/01/1998: Alberto Jiménez-Becerril Barrio
- 06/05/1998: Tomás Caballero Pastor
- 08/05/1998: Alfonso Parada Ulloa
- 25/06/1998: Manuel Francisco Zamarreño Villoria
- 21/01/2000: Pedro Antonio Blanco García
- 22/02/2000: Fernando Buesa Blanco
- 22/02/2000: Jorge Díez Elorza
- 07/05/2000: José Luis López de Lacalle
- 04/06/2000: Jesús María Pedrosa Urquiza
- 15/07/2000: José María Martín Carpena
- 29/07/2000: Juan María Jáuregui Apalategui
- 08/08/2000: José María Korta Uranga
- 09/08/2000: Francisco Casanova Vicente
- 20/08/2000: Irene Fernández Perera
- 20/08/2000: José Ángel de Jesús Encinas
- 29/08/2000: Manuel Indiano Azaustre
- 21/09/2000: José Luis Ruiz Casado
- 09/10/2000: Luis Portero García
- 16/10/2000: Antonio Emilio Muñoz Cariñanos
- 22/10/2000: Máximo Casado Carrera
- 30/10/2000: Jesús Escudero García
- 30/10/2000: Armando Medina Sánchez
- 30/10/2000: José Francisco de Querol Lombardero
- 30/10/2000: Jesús Sánchez Martínez
- 21/11/2000: Ernest Lluch Martín
- 14/12/2000: Francisco Cano Consuegra
- 20/12/2000: Juan Miguel Gervilla Valladolid

- 26/01/2001: Ramón Díaz García
- 22/02/2001: Josu Leonet Azkune
- 22/02/2001: José Ángel Santos Laranga
- 09/03/2001: Ignacio Totorika Vega
- 17/03/2001: Santos Santamaría Avendaño
- 20/03/2001: Froilán Elespe Inciarte
- 06/05/2001: Manuel Giménez Abad
- 24/05/2001: Santiago Oleaga Elejabarrieta
- 28/06/2001: Justo Oreja Pedraza
- 10/07/2001: Luis Ortiz de la Rosa
- 14/07/2001: José Javier Múgica Astibia
- 14/07/2001: Mikel María Uribe Aurkia
- 07/11/2001: José María Lidón Corbi
- 23/11/2001: Ana Isabel Arostegui Legarreta
- 23/11/2001: Javier Mijangos Martínez de Bujo
- 21/03/2002: Juan Priede Pérez
- 04/08/2002: Cecilio Gallego Alaminos
- 04/08/2002: Silvia Martínez Santiago
- 24/09/2002: Juan Carlos Beiro Montes
- 17/12/2002: Antonio Molina Martín
- 08/02/2003: José Luis Juan Pagazaurtundua Ruiz
- 30/05/2003: Julián Embid Luna
- 30/05/2003: Bonifacio Martín Hernández
- 30/12/2006: Diego Armando Estacio Sivisapa
- 30/12/2006: Carlos Alonso Palate Sailema
- 01/12/2007: Raúl Centeno Bayón
- 01/12/2007: Fernando Trapero Blázquez
- 07/03/2008: Isaías Carrasco Miguel

- 14/05/2008: Juan Manuel Piñuel Villalón
- 21/09/2008: Luis Conde de la Cruz
- 03/12/2008: Ignacio Uría Mendizábal
- 19/06/2009: Eduardo Puelles García
- 30/07/2009: Carlos Sáenz de Tejada
- 30/07/2009: Diego Salvá Lezáun
- 16/03/2010: Jean-Serge Nérin

Conclusión

Son muchos los diagnósticos realizados para explicar la realidad española a través de libros, artículos, programas de radio y documentales. A menudo se realizan sesudos análisis sobre la situación política, económica y social de España. Los analistas, tertulianos, periodistas e intelectuales señalan diferentes causas y se empeñan en aupar unas frente a otras: que si el posfranquismo, que si la Constitución, que si la separación de poderes, que si los medios de comunicación, que si las redes sociales, que si la plurinacionalidad, que si la confederación, etc. En realidad, la respuesta a casi todo lo malo que nos pasa obedece a una sola cuestión: la estupidez.

No es que Pedro Sánchez y su equipo sean unos estrategas brillantes. Es habitual escuchar —incluso por parte de sus detractores— cierta admiración a su capacidad de decir una cosa y la contraria en cuestión de minutos. Se señala que es un político habilidoso que no tiene escrúpulos, como si tal cosa fuera algo admirable, por lo que sus cambios de opinión de la noche a la mañana se tachan de genialidades. No hay mayor estupidez que tal afirmación. ¿Qué tiene de genialidad decir que no vas a conceder los indultos y posteriormente hacerlo para tu supervivencia política? ¿Qué tiene de genialidad que prometiera delante de todos los

españoles que jamás depositaría la gobernabilidad del país en los partidos secesionistas y posteriormente, una vez pasadas las elecciones de julio de 2023, pactara con los secesionistas vascos y catalanes? ¿Dónde puede alguien encontrar un atisbo de brillantez en decir que la amnistía no podría ser aplicada nunca porque es inconstitucional —72 horas antes de esas mismas elecciones— y aprobar una amnistía a los pocos meses? Solo un estúpido podría ver genialidad en tan burdo bandazo. No es exagerado afirmar que la inmensa mayoría de los debates que llenan las parrillas de las televisiones, prensa escrita, YouTube y demás redes sociales podrían zanjarse rápidamente aludiendo a una condición tan humana como es la estupidez.

Desde luego que Pedro Sánchez no es estúpido, cosa que no ocurre con gran parte del Ejecutivo, que sí cuenta entre sus filas con dramáticas criaturas que hacen daño a la nación y a sí mismas, como pueden ser Yolanda Díaz, Óscar Puente, Mónica García y demás ralea que —casi con toda seguridad— serían vapuleados por un simio en una competición para resolver un rompecabezas. El gran éxito de Pedro Sánchez es haberse percatado de la estupidez de la masa y, para más inri, ni siquiera esconder que es consciente de ello. Sabe que puede reírse, mentir y humillar a sus votantes hasta la extenuación y que un porcentaje mayoritario no le dará la espalda a cambio de «frenar a la ultraderecha» que viene a robar sus derechos y libertades fundamentales. Esto no tiene nada de genialidad, en todo caso tiene mucho de abuso, pues aprovecharse de los más cortos mentales de la sociedad para sacar un beneficio propio es siempre un acto repugnante. A pesar de ello, no son pocos los que observan al personaje con cierta fascinación. Tan ridículo

como si alguien exhibiera admiración por un tipo que se jacta de haber estafado a un síndrome de Down.

Alguno podría refutar tal afirmación diciendo que, en caso de que gobernara esa supuesta extrema derecha en España, los derechos de los ciudadanos y la igualdad desaparecerían. También se suele indicar que la «derecha» beneficia a una élite en detrimento de todos los demás o que la xenofobia aparecería para perseguir al distinto. Incluso se llama a defender la libertad. ¿Acaso la igualdad no se ha roto con el cupo vasco y, ahora, el cupo catalán? ¿Hay mayor acto de xenofobia que perseguir a los hijos de aquellos padres que quieren que sus hijos estudien en español? ¿Hay mayor beneficio para una élite —en este caso, la élite política catalana— que redactar leyes *ad hoc* para un grupo reducido de personas? ¿La libertad? ¿Hablan de libertad los socios de proetarras, chavistas, sandinistas y regímenes liberticidas? No deja de ser curioso que precisamente esos supuestos peligrosos planes que llevaría a cabo la extrematurbodercha son exactamente los mismos que «su Gobierno» está poniendo en práctica. Para el estúpido no es tanto el qué sino el quién, es decir, ante un mismo hecho objetivo reacciona de diferente manera en función de quién lo comete en vez de juzgar el acto en sí. Y es que no es opinable afirmar que la llamada «financiación singular para Cataluña» en la práctica supone que el extremeño, el valenciano, el manchego, el gallego, etc., van a ver cómo sus ingresos son menores para que una región española disfrute de una serie de privilegios en detrimento de todas las demás. No es de extrañar que algún socialista, especialmente los de la vieja guardia, alcen la voz contra tamaña injusticia.

El hecho no es opinable, esto es, nadie puede refutar que ese privilegio concedido a unos pocos perjudica a todos los demás que no entran en el selecto grupo. Nadie podría decir que opina que no, que beneficia a todos. Y si alguno, que lo habrá, afirmara tal cosa, no dejaría de ser una conclusión estúpida. Tan absurdo como si alguien dice opinar que $2+2$ no son 4 sino 8. Este ejemplo, el de la financiación singular, puede ser extrapolado a cualquier otro para entender cómo funciona la estupidez frente a los debates de nuestro tiempo. Si, como hemos explicado, la principal diferencia entre un malvado y un estúpido es que el primero perjudica a otros, pero obtiene un beneficio para sí, mientras que el segundo perjudica a los demás y, también, a sí mismo, ¿cómo podríamos calificar objetivamente a un votante de Pedro Sánchez en Extremadura, Andalucía, Galicia o Comunidad Valenciana?

Un votante socialista que apueste por Pedro Sánchez está apostando por perjudicarse a sí mismo y, de paso, al resto de los españoles que no habitan en Cataluña. Podríamos afirmar sin ningún atisbo de duda a equivocarnos que se trata de un acto propio de estúpidos. Quizá alguno podría achacarlo al fanatismo, pero en el fondo el fanatismo no es más que un síntoma propio de la estupidez. Al fanático los hechos y los datos le dan igual, pues le obligarían a cambiar de opinión; por eso persigue a los disidentes que le incomodan con sus razonamientos, que le hacen dudar de estar o no en lo cierto. No es de extrañar que la libertad de expresión sea siempre la primera víctima de cualquier movimiento fanático ya que resulta molesta para la prole que la secunda. Mientras que una persona inteligente duda, razona, reflexiona y, evidentemente, cambia de opinión si le demuestran que está equivocada, el fanático

se revuelve con gran ira contra aquellos que le revelan su error. Solo un fanático puede estar seguro de todo y no cambiar de opinión; por lo tanto, un fanático no es más que un estúpido ferviente, si así lo desean, pero estúpido, al fin y al cabo.

El principio de Hanlon nos enseña que no se ha de atribuir a la maldad lo que puede ser explicado por la estupidez. Y, ciertamente, no es que esas personas se dediquen en su día a día a realizar actos perversos contra sus vecinos de forma consciente ni a realizar el mal allá por donde van. Es posible que sean bellísimas personas, pero redomadamente imbéciles. Por ello, no es tanto por culpa de Sánchez o de cualquier otro que venga a perjudicarnos el empobrecimiento generalizado y la ausencia de un futuro mejor, sino más bien de los necios que reivindicán y apoyan a los malvados porque les horroriza pensar. La estupidez siempre rehúye la verdad y la realidad; prefiere abrazar el error y divinizarlo si este le permite justificar sus actos. Por eso, quien conoce la naturaleza de los estúpidos se convierte fácilmente en su tirano y, por el contrario, quien decide desilusionarles con dosis de cruda realidad se convierte en su enemigo a batir.

Ante esta ineludible imperfección humana, los estúpidos se retuercen como una ostra cuando siente un chorro de limón y hallan consuelo en las urnas democráticas. Hasta el más zoquete es capaz de introducir una papeleta en una urna y eso les hace considerarse uno más. Además, si sumamos que el voto vale lo mismo porque todos somos iguales, ¿quién va a decirle al estúpido que está equivocado cuando de cara al sistema vale lo mismo la necesidad, la inteligencia, la verdad y la mentira? Ante la dificultad de pensar, al necio solo le quedan dos caminos: sostener sus ideas hasta el fin de

los días o, por el contrario, apuntarse a la última moda que a las élites políticas se les ocurra para tener entretenidos a los bobos.

El poder político democrático se nutre de la estupidez y por ellos la fomenta. A ningún aspirante democrático le interesa una sociedad ilustrada y alejada del fanatismo, pues es un juego de suma cero que requiere crear sectarios que apoyen la causa —el partido— pase lo que pase. Obviar este hecho implica ser incapaz de comprender por qué los mismos que clamaban por los casos de corrupción de unos callan cuando se producen en sus filas o cómo ante un hecho idéntico actúan de distinta forma según quién sea el político que lo comete. Si nos adentramos un poco más en la evolución del voto en los últimos años en España comprobamos que apenas hay grandes variaciones entre los bloques denominados «izquierda» y «derecha».

En el año 2011, el Partido Popular cosechó 10.866.566 votos; el PSOE obtuvo 7.003.511; Izquierda Unida, 1.686.040, y UPyD se hizo con 1.143.225. El bloque de derechas nacional cosechó 10.866.566 votos y el bloque nacional de izquierdas, 9.832.776.

En las elecciones del año 2015, el Partido Popular cosechó 7.236.965 votos; el PSOE obtuvo 5.545.315; Ciudadanos, 3.514.528; Podemos, 4.128.464, e Izquierda Unida, 926.783. El bloque de derechas nacional cosechó 10.751.493 votos y el bloque nacional de izquierdas, 10.600.562.

En el año 2016 se produjeron otras elecciones. El Partido Popular cosechó 7.941.236 votos; el PSOE obtuvo 5.443.846; Podemos, 5.087.538, y Ciudadanos se hizo con 3.141.570. El bloque de derechas nacional cosechó 11.082.806 votos y el bloque nacional de izquierdas, 10.531.384.

Como vemos, en un lustro el bloque de derechas osciló entre los 11.082.806 votos y los 10.751.493 votos, mientras que el bloque de izquierdas osciló entre los 10.600.562 votos y los 10.531.384. Una variación minúscula a pesar de la entrada y salida de nuevos partidos en el tablero político. Si continuamos con las próximas elecciones vemos cómo el cambio de los votos —y eso que son numerosos los escándalos que sacuden la política española— no tuvo un gran impacto.

En el año 2019 el PSOE obtuvo 7.513.142 votos, el PP se hizo con 4.373.653, Ciudadanos con 4.155.665, Podemos con 2.897.419 y VOX con 2.688.092. El bloque de derechas nacional cosechó 11.217.410 votos y el bloque nacional de izquierdas, 10.410.561. Ese mismo año se repitieron elecciones y el resultado fue muy similar: el PSOE obtuvo 6.792.199 votos, el PP se hizo con 5.047.040, VOX con 3.656.979, Podemos con 3.119.364 y Ciudadanos con 1.650.318. El bloque de derechas nacional cosechó 10.354.337 votos y el bloque nacional de izquierdas, 9.991.563.

Las variaciones vienen más bien por el lado de la participación, y no tanto por el cambio de criterio de los electores que cambian de partido entre los mismos bloques. Si el ejercicio lo hiciéramos respecto al porcentaje, comprobaríamos cómo las diferencias apenas tienen que ver con un par de puntos porcentuales.

En las elecciones del año 2023 el PP obtuvo 8.160.837 votos, el PSOE se hizo con 7.821.718, VOX con 3.057.000 y Sumar con 3.044.996. El bloque de derechas nacional cosechó 11.217.837 votos y el bloque nacional de izquierdas, 10.866.714. Si hiciéramos la comparativa con las elecciones del año 2016, en las que la participación fue calcada a las elecciones del año 2023 (66%),

podemos ver cómo el bloque de derechas obtuvo 11.082.806 votos y la izquierda, 10.531.384; es decir, en apenas siete años de convulsa política apenas se mueven un puñado de votos entre los diferentes bloques: 135.031 votos menos en el bloque de la derecha nacional y 335.330 votos más en la izquierda nacional.

¿Qué queremos decir con este batiburrillo de tediosos números y porcentajes? Que, excepto por un cataclismo, pase lo que pase los ciudadanos prácticamente no cambian de idea y continúan votando a unos u otros no en función de su gestión, sino más bien por una cuestión casi tradicional. El advenimiento de la masa a la vida política y su progresiva transformación en clase dirigente es, sin duda, una de las grandes transformaciones sociales de los últimos tiempos. Hace apenas unos siglos la opinión de la masa no contaba prácticamente nada. Hoy, por el contrario, la opinión de la masa es la preponderante. Y, como hemos visto, si la masa es estúpida, lo lógico es que la tendencia natural de cualquier sociedad sea adaptarse a una mayoría de estúpidos. Ahí están esas nuevas armas de destrucción masiva como TikTok que sirven para tener a los estúpidos entretenidos entre un mar de inservibles y absurdos *reels* que llenan espíritus vaciados de cualquier amor por el conocimiento y la verdad.

En este proceso de elevación artificial, pues la masa jamás será capaz de sustituir a una pequeña élite de brillantes hombres que tiran del pesado carro de la humanidad, la educación juega un papel fundamental. Podríamos limitarnos a compadecernos de los menos lúcidos de la sociedad, pero si el futuro de la misma depende de ellos, convendría preocuparse de qué tipo de ideas reciben. La terrible idea que recibe cualquier ciudadano de «superhombre» que

puede ser lo que quiera genera enorme frustración en la sociedad. El hecho de hacerles creer a los estúpidos que pueden convertirse en lo que anhelan y, además, sin necesidad de grandes esfuerzos provoca un odio visceral contra aquellos que, gracias a un talento innato sumado a enormes sacrificios, han conseguido ser lo que a ellos les gustaría.

Quizá usted está enormemente interesado en conocer los porqués del comportamiento de sus semejantes, dedica un gran número de horas al estudio para tratar de entender mejor el mundo que le rodea y siente un enorme interés por aprender cada día. ¿Acaso es esto la norma habitual? No. ¿Por qué? Las explicaciones son varias, pero esencialmente podemos enfocarlo a través de un concepto económico: el coste de oportunidad. Estudiar a Marx, Mill, Schumpeter, Bastiat, Hayek, Lenin, Trotski, Nurkse, Pareto o Mosca requiere de muchas horas de formación previas para poder comprender en profundidad lo que quieren transmitirnos y esto supone un coste de oportunidad, es decir, si estamos estudiando no estamos haciendo otra cosa. El coste de oportunidad mide las otras alternativas a las que renunciamos cuando tomamos una decisión. Si nuestro deseo es estudiar en profundidad los problemas de la formación del capital, entonces estaremos renunciando a otras actividades: salir con los amigos, ver un partido de fútbol, acudir a un concierto, ver una película, aprender otros asuntos o ir a cenar. Algunos podrán argüir que no hay por qué renunciar a nada, pero la tozuda realidad nos recuerda que el tiempo es limitado y que no se puede comprar, con lo que cada decisión que tomamos es a costa de otra. Es bien conocido por todos que la inmensa mayoría prefiere invertir su tiempo en cuestiones que otorgan una satisfacción

inmediata. Suponga que usted tiene que escoger entre irse con unos amigos a cenar o quedarse leyendo *El capital*. Mientras que una opción le otorga de inmediato una satisfacción en forma de alegría, buena comida y carcajadas, la otra opción le garantiza al corto plazo aburrimiento, desesperación por no entender lo que está leyendo y frustración por tener que consultar a cada rato en internet conceptos que desconoce. Así, no es de extrañar que la inmensa mayoría prefiera evitar leer *El capital*, pues requiere atravesar un desierto de ignorancia que solo a largo plazo puede reportar una recompensa.

Y de pronto el hijo del obrero no quiere serlo, el hijo del campesino rechaza ser campesino y los burgueses solo ven como posibilidad que su hijo se convierta en un financiero de alto prestigio. En lugar de formar a hombres para enfrentarse a la realidad, se fabrican hombres deformados por la artificialidad. Y así, la crédula estupidez se revuelve contra la brillante víctima de su frustración. Lo cierto es que no todos pueden vivir en lujosas mansiones ni tener éxito en su profesión. Solo unos pocos llegarán a tal escenario, mientras que a los demás lo único que nos queda es perecer algún día y ser enterrados en tumbas que nadie visitará transcurridos un par de generaciones. Esta dinámica crea un ejército de descontentos de su suerte que urge al Estado providencial a poner fin a la desigualdad. Inculpan a los demás de sus propias carencias y, siendo incapaces de emprender acción alguna para mejorar su situación, se conforman con ver la miseria repartida equitativamente. Lo cierto es que una nación que abraza semejantes conceptos debería mirarse al espejo y preguntarse por su podredumbre espiritual, moral, ética y estética.

¿Qué le queda entonces al estúpido? Atrincherarse en la irracionalidad, obviar la complejidad del mundo y dejar de lado todo esfuerzo que requiere una gran inversión de tiempo. Por eso debatir con un estúpido es una pérdida de tiempo, ya que no cambiará de opinión porque es lo más cómodo y sencillo para tener una respuesta a los problemas de nuestro tiempo. El intercambio de ideas es una gran actividad que estimula y mejora la humanidad, no cabe duda, pero al estúpido no se le convence por esa vía, sino más bien por el plano sentimental. Eric Hoffer, en su obra *El verdadero creyente*, realiza un acertadísimo diagnóstico al respecto del comportamiento de estas criaturas:

Aquellos que chillan con más fuerza por la libertad son con frecuencia los que serían menos felices en una sociedad libre. Los frustrados, oprimidos por sus deficiencias, culpan de su fracaso a las prohibiciones existentes. Su deseo más íntimo es poner fin a la libertad para todos. Desean eliminar la libre competición y las despiadadas pruebas a las que continuamente está sujeto el individuo en una sociedad libre.[1]

No todos los estúpidos son iguales. Todos, sin excepción, somos estúpidos en ciertos ámbitos y cometemos estupideces a lo largo de nuestra vida. Hay estúpidos a tiempo parcial, otros a medias y, desde luego, estúpidos a jornada completa. Es cierto que la maldad humana ha sido, para muchos, la gran causante de las grandes tragedias y barbaridades de la historia. Pero nunca una idea malvada podría haberse llevado a cabo si no hubiera existido un gran grupo de personas estúpidas que la apoyaran. El malvado se sostiene gracias a los imbéciles, por lo que, en realidad, la estupidez es la más peligrosa de cualquier condición humana. Si pudiéramos

escoger entre suprimir la maldad o la estupidez, sin duda la segunda sería la mejor opción porque el malvado, el demagogo y el charlatán se quedarían sin armas para llevar a cabo sus delirios.

Y adviértase que cuando hablo de inteligentes y estúpidos no lo hago desde el plano cultural; es decir, de nada sirven los títulos universitarios. Si un título universitario fuera síntoma de inteligencia, este libro carecería de sentido alguno, pues hasta el más limitado es capaz de obtenerlo debido a la degradación absoluta de su valor. Mucho más sabio es el hombre común semianalfabeto que habita en el mundo rural, pero que se deja guiar por la lógica, la razón y el sentido común, que el académico urbanita, deformado enormemente por las lecturas de su biblioteca, que cree poder reformar la naturaleza humana a través de un Parlamento.

Una nación que aspira a progresar debe contar con unos servidores públicos de elevado nivel. La política tiene que ser aburrida, incomprensible para la masa. Si la masa entiende de qué se habla es porque el nivel de los gobernantes es muy bajo. Bastaría un grupo de tecnócratas que usando un discurso tan sofisticado y complejo nadie entendiera qué dicen, porque si lo entienden, el nivel es acorde con el de la masa y entonces estamos ante la política del espectáculo. La complejidad requiere especialización y la masa solo puede especializarse en una cosa: la estupidez.

La única verdad demostrada es la naturaleza humana y su comportamiento gregario. Por ello, la moral de la masa es lo fundamental y, sobre todo, relegarla a su posición natural: la estupidez acompañando, mas no elevándose por encima de los talentosos. La clase media —por mucho que se repita— no es la que hace que una nación avance. Otorga cohesión, que es fundamental,

pero sin los talentosos que tiran de todos no hay nada. El brillante individual, ese es el gran benefactor de la humanidad que nos permite avanzar. Y, como hemos visto, el nivel del individuo decrece a gran velocidad en cuanto este pasa a conformar la masa. Por este motivo, el principio mayoritario debe ser impugnado, rechazado y despreciado, pues lo verdadero y lo bueno son independientes del número de hombres que sean capaces de reconocerlo. La tesis mayoritaria prevalece no porque sea infalible y certera, sino porque es impuesta desde una superioridad numérica a una minoría. El número no expresa ni la verdad ni el bien, simplemente expresa una cantidad determinada de personas que sostienen una serie de ideas. Incluso llegados al punto de existir una unanimidad sobre la igualdad, esta no dejaría de ser una falaz pretensión.

Es por ello que resulta de vital importancia no estimular la estupidez, y para eso resulta esencial rechazar el mundo consumista moderno que genera una sociedad de fracasados. Mientras las generaciones pasadas consideraban progresar, mejorar su situación profesional, formar una familia, aumentar sus ingresos —trabajando duro, no reduciendo la jornada laboral—, tener una casa en propiedad e incluso hacerse con una segunda vivienda, ahora nos enfrentamos a una miseria que tratan de disimular con ridículos nombres como *coliving*, *coworking*, *nesting* y un sinfín de ridículos términos. Lo cierto es que no tiene nada de progresista compartir piso a cierta edad, no poder tener tu propio espacio de trabajo, cambiar el ocio por quedarse en casa, no tener un coche, darse duchas de agua fría, no comer carne o tener que vestirse con ropa de segunda mano. Eso no es progreso, sino más bien retroceso.

Y es cierto que ahora las estupideces cuentan con mayor apoyo — en gran medida gracias a las redes sociales— y los seres más ridículos se hacen virales a gran velocidad cosechando numerosos seguidores que se reconocen en personajes absurdos disfrazados con los trajes más horteras y los vestidos más siniestros del mercado. Uno solo puede contemplar a izquierda y derecha personajes patéticos propios de un esperpento de Valle-Inclán. Por eso, es vital acabar con el poder otorgado a la masa estúpida y que esta vuelva a su lugar natural. No conviene desesperarse ni exaltarse en el proceso de reajuste que antes o después llegará, pues el cataclismo está garantizado bajo la senda de la estupidez. Y es que siempre habrá un rincón en el que poder comprobar que es preferible la belleza a la fealdad, la inteligencia a la estupidez, la bondad a la maldad, la sofisticación a la vulgaridad, la prosperidad a la pobreza y el conocimiento a la ignorancia. Dios es un tipo con un gran sentido del humor. No dotó a ningún humano de plena inteligencia, pero sí de plena estupidez. Y, sin duda, decidió dejar reducido a un porcentaje casi nulo de hombres la genialidad humana para así poder demostrar cómo unos pocos son capaces de hacer que la humanidad, a pesar de todo, siga evolucionando y cosechando grandes obras.

Bibliografía

- Acemoglu, Daron, y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*, Barcelona, Deusto, 2012.
- Adams, Charles, *For Good and Evil: The Impact of Taxes on the Course of Civilization*, Madison Books, 2001.
- Aquino, Tomás de, *Suma teológica*, Madrid, Tecnos, 2014.
- Aristóteles, *Política*, Madrid, Tecnos, 2004.
- *Ética a Nicómaco*, Gredos, 1985.
- Bastiat, Frédéric, *La Ley*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- Bernays, Edward, *Propaganda*, Santa Cruz de Tenerife, Melusina, 2010.
- Brennan, Jason, *Contra la democracia*, Barcelona, Deusto, 2018.
- De Montaigne, Michel, *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, Barcelona, Acantilado, 2020.
- Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 2016.
- Dicey, Albert Venn, *Lectures on the Relation between Law and Public Opinion in England during the Nineteenth Century*, Londres, Harvard Law School Library, 1905
- Fernández de la Mora, Gonzalo, *La envidia igualitaria*, Barcelona, Planeta, 1984.

Friedrich, C. J., y Z. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, Harvard University Press, 1956.

García, Jano, *El rebaño*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2021,

Gao, Xingjian, *El libro de un hombre solo*, Barcelona, Debolsillo, 2012.

Glucksmann, André, *La estupidez: ideologías del postmodernismo*, Barcelona, Península, 1997.

Hoffer, Eric, *El verdadero creyente*, Madrid, Tecnos, 2009.

Jenofonte, *Económico*, Madrid, Gredos, 1933.

Jouvenel, Bertrand de, *Sobre el poder*, Madrid, Unión Editorial, 2011.

Laffer, Arthur B.; Brian Domitrovic, y Jeanne Cairns Siquefield, *Los impuestos tienen consecuencias*, Barcelona, Deusto, 2024.

Le Bon, Gustave, *Psicología política*, Milán, Oaks Editrice, 2022.

— *La psicología de las masas*, Madrid, Ediciones Morata, 2020.

Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, Madrid, Cátedra, 2006.

Maynard Keynes, John, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Boston, Houghton Mifflin, 2016.

Mencken, Henry Louis, *Notes on Democracy*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1926.

Milgram, Stanley, «The Perils of Obedience», *Harper's Magazine*, 1974.

Mill, John Stuart, *La Liberté*, Traduit et augmenté d'une introduction par M. Dupont-White, Guillaumin et Cie, 1860.

— *Ensayo sobre la libertad*, Montcada i Reixac, Ediciones Brontes, 2011.

Morelly, Étienne-Gabriel, *Code de la Nature, ou le Véritable Esprit de Ses Loix, 1755*, París, Librairie Paul Geuthner, 1910.

- Moreno Castillo, Ricardo, *Breve tratado sobre la estupidez humana*, Madrid, Fórcola, 2021.
- Nurkse, Ragnar, *Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*, Barcelona, Espasa, 1999.
- *España invertebrada*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- Pinker, Steven, *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Paidós, 2018.
- Platón, *Diálogos socráticos*, Barcelona, Salvat Editores, 1985.
- *Apología de Sócrates*, Madrid, Tecnos, 2019.
- *La república*, Madrid, Alianza Editorial, 2013.
- *Diálogos II*, Gredos, 1987.
- Rosling, Hans, *Factfulness*, Barcelona, Deusto, 2018.
- Rousseau, Jean-Jacques, *El contrato social*, Barcelona, Taurus, 2012.
- Sartori, Giovanni, *¿Qué es la democracia?*, Barcelona, Taurus, 2007.
- Sauer, Hanno, *La invención del bien y del mal*, Barcelona, Paidós, 2023.
- Schumpeter, Joseph A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, vols. I y II, Barcelona, Página Indómita, 2015.
- Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020.
- Tocqueville, Alexis de, *Igualdad social y libertad política: antología esencial*, Barcelona, Página Indómita, 2015.
- *La democracia en América*, Madrid, Alianza Editorial, 2017.
- Van Reybrouck, David, *Contra las elecciones: cómo salvar la democracia*, Barcelona, Taurus, 2017.

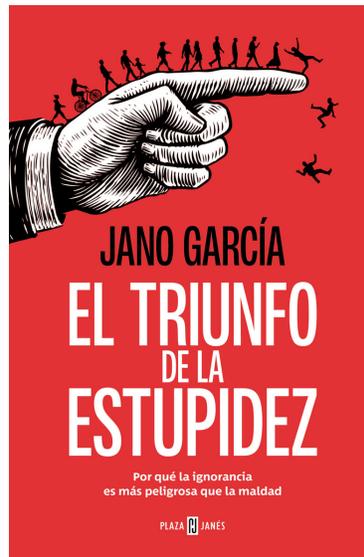
Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.

Zizek, Slavoj, *En defensa de la intolerancia*, Madrid, Ediciones Sequitur, 2007.

Zweig, Stefan, *El mundo de ayer: memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2018.

— *Momentos estelares de la humanidad: catorce miniaturas históricas*, Acantilado, 2018.

Un original ensayo político sobre cómo la mediocridad ha conquistado el poder.



La corriente igualitaria que desde hace décadas recorre Occidente nos ha sometido al dictado de los más mediocres de la sociedad. Las élites gubernamentales, con la complicidad de los medios de comunicación y las grandes corporaciones, han exaltado sin escrúpulos las más bajas pasiones humanas con el fin de generar una homogeneidad que arrasa con la desigualdad natural.

El resultado es una sociedad envidiosa, fanática y orgullosa de su servidumbre voluntaria a unos políticos que conocen la limitación intelectual de sus votantes. De esta forma, la belleza, la sofisticación, la meritocracia y la justicia han sido sustituidas por la vulgaridad de la masa.

Jano García desmonta con datos el relato establecido sobre la igualdad, la justicia social, la multiculturalidad o la solidaridad intergeneracional en este libro imprescindible, y nos ofrece argumentos para contrarrestar la más dañina de las pandemias: la de la estupidez.

Jano García (Valencia, 1989) es graduado en Economía y Comercio Internacional. Hace varios años comenzó su andadura a través de las redes sociales tras regresar de sus estancias en Londres, Chile y Nueva Zelanda. Actualmente, dirige el programa *En Libertad* que se emite de forma independiente a través de iVoox y YouTube, con más de un millón y medio de oyentes mensuales.

Cuenta con más de un millón de seguidores en sus redes sociales, donde publica artículos sobre política, historia y economía. En los últimos tiempos se ha convertido en un referente de las ideas de la libertad individual y el pensamiento propio. Crítico con el comportamiento generalizado de la masa social, la democracia y las ideologías modernas ha llamado la atención de las universidades españolas realizando numerosas conferencias.

Es autor de la exitosa saga *El siglo del socialismo criminal*, *La gran manipulación*, *El rebaño* y *Contra la mayoría*, de los que se han vendido más de cien mil ejemplares.



Primera edición: noviembre de 2024

© 2024, Jano García

Infografías de Jorge Penny

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03419-0

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros

Instagram: @plazayjanes

Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Notas

INTRODUCCIÓN A LA ESTUPIDEZ

[1] Ricardo Moreno Castillo, *Breve tratado sobre la estupidez humana*, Fórcola, 2021, p. 58

[2] Carlo M. Cipolla, *Allegro ma non troppo*, p. 64.

Capítulo 1. LA PSICOLOGÍA DE LA MASA

[1] Aristóteles, *Política*, Madrid, Tecnos, 2024, p. 221.

[2] Gustave Le Bon, *La psicología de las masas*, Madrid, Ediciones Morata, 2020, p. 29.

[3] Jano García, *El rebaño*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2021, p. 94.

[4] <<https://www.libertaddigital.com/espana/politica/2022-11-02/olivia-gijon-cifras-filicidios-mujeres-irene-montero-quiere-ocultar-pp-ha-conseguido-sacar-a-la-luz-6949755/>>.

[5] Gustave Le Bon, *op. cit.*, p. 52.

[6] *Ibid.*

[7] <<https://www.libremercado.com/2023-10-25/espana-pasa-del-puesto-5-al-27-en-la-lista-de-mejores-paises-para-nacer-mujer-7062194/>>.

[8] <<https://www.epdata.es/espana-cometido-agresiones-sexuales-ultimo-trimestre/f7680663-c9b9-4f5d-a4f7-677e5fc62d51/espana/106>>.

[9] <<https://www.europapress.es/epsocial/igualdad/noticia-83-espanolas-siente-miedo-volver-casa-noche-estudio-app-seguridad-mujeres-20191127172857.html>>.

- [10] <https://www.europarl.europa.eu/spain/es/prensa/comunicados_de_prensa/pr-2015/pr-2015-march/universitarias>.
- [11] <<https://nces.ed.gov/>>.
- [12] <https://www.unodc.org/documents/gsh/pdfs/global_homicide_Report_ExSum_spanish.pdf>.
- [13] <<https://www.usa.gov/federal-agencies/u-sdepartment-of-labor>>.
- [14] <<https://ec.europa.eu/eurostat/data/database>>.
- [15] Gustave Le Bon, *op. cit.*, p. 65.

Capítulo 2. LA ENVIDIA IGUALITARIA

- [1] Gonzalo Fernández de la Mora, *La envidia igualitaria*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 10.
- [2] *Ibid.*
- [3]. *Ibid.*, p. 12.
- [4] Platón, *Apología de Sócrates*, Madrid, Tecnos, 2019.
- [5] Platón, *Diálogos II*, Gredos, 1987, p. 177.
- [6] Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Gredos, 1985, p. 488.
- [7] *Ibid.*, p. 441.
- [8] Gonzalo Fernández de la Mora, *op. cit.*, p. 33.
- [9] Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica*, Biblioteca de Autores Cristianos, p. 583.
- [10] Gonzalo Fernández de la Mora, *op. cit.*, p. 105.

Capítulo 3. EL GRAN PECADO ESPAÑOL

- [1] Gonzalo Fernández de la Mora, *La envidia igualitaria*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 153.
- [2] <<https://www.conseil-constitutionnel.fr/le-bloc-de-constitutionnalite/declaration-des-droits-de-l-homme-et-du-citoyen-de-1789>>.

[3] <<https://www.conseil-constitutionnel.fr/les-constitutions-dans-l-histoire/constitution-du-24-juin-1793>>.

[4] <<https://www.uscis.gov/sites/default/files/document/guides/M-654.pdf>>.

[5] <<https://www.abc.es/xlsemanal/firmas/juan-manuel-de-prada/envidia-7629.html>>.

Capítulo 4. LA PANDEMIA DE LA ESTUPIDEZ

[1] <<https://www.20minutos.es/noticia/4138164/0/primer-caso-de-coronavirus-en-espana-un-paciente-da-positivo-en-la-gomera/>>.

[2] <https://www.lasexta.com/programas/al-rojo-vivo/entrevistas/neira-oms-responde-al-doctor-cavadas-sobre-el-coronavirus-si-china-quisiera-esconderlo-le-iba-a-resultar-muy-difcil_202001315e341d0d0cf>.

[3] <https://www.lasexta.com/programas/al-rojo-vivo/entrevistas/bulosdel-coronavirus-la-foto-de-varias-personas-tiradas-en-el-suelo-en-realidad-es-un-homenaje-a-las-victimas-del-nazismo_202002055e3ab72c0cf2e765759b93d3.html>.

[4] <https://www.lasexta.com/programas/el-objetivo/noticias/la-directora-de-salud-publica-de-la-oms-nos-resuelve-las-dudas-sobre-el-coronavirus-tenemos-que-tener-serenidad_202002165e49a9280cf29572b9502475.html>.

[5] <https://www.consalud.es/especial-mir/illa-rechaza-acciones-frente-coronavirus-cada-pais-circunstancias_74498_102.html>.

[6] <https://www.lasexta.com/noticias/nacional/sanidad-asegura-queespana-esta-libre-coronavirus-pero-reconoce-que-situacion-italia-preocupa_202002235e525da00cf2a8ef1789c322.html>.

[7] <<https://www.rtve.es/noticias/20200305/sanidad-mantiene-fase-contencion-cree-espana-capaz-contener-coronavirus/2005637.shtml>>.

[8] Jano García, *La gran manipulación*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2020, p. 169.

[9] *Ibid.*

[10] <<https://www.businessinsider.com/cdc-director-data-vaccinated-people-do-not-carry-covid-19-2021-3?r=US&IR=T>>.

[11] <<https://www.msnbc.com/transcripts/transcript-all-chris-hayes-5-17-21-n1267740>>

[12] <<https://edition.cnn.com/videos/politics/2021/07/22/part-1-entire-joe-biden-town-hall-july-21-vpx.cnn>>.

[13] <<https://www.deia.eus/union-europea/2021/12/15/croacia-multa-6-600-euros-1787827.html>>.

[14] <<https://www.dw.com/es/italia-impone-desde-hoy-multas-a-mayores-de-50-no-vacunados/a-60617821>>.

[15] <<https://elpais.com/sociedad/2021-11-14/austria-confinara-a-los-no-vacunados-por-coronavirus-en-sus-casas-a-partir-del-lunes.html>>.

[16] <<https://www.elliberal.com/video-una-region-de-australia-confina-a-los-no-vacunados-no-podran-salir-ni-siquiera-para-trabajar-o-hacer-deporte>>.

[17] <<https://elpais.com/sociedad/2021-02-23/galicia-primera-comunidad-en-imponer-multas-de-hasta-60000-euros-por-no-vacunarse.html>>.

[18] <<https://abcnews.go.com/US/hundreds-hospital-staffers-fired-suspended-refusing-covid-19/story?id=80303408>>.

[19] <<https://www.elcomercio.es/internacional/tres-anos-carcel-45000-6293326830001-20220124071504-video.html>>.

[20] <<https://elpais.com/sociedad/2022-01-07/el-miedo-a-omicron-acelera-la-tercera-dosis-en-alemania-dejara-entrar-a-bares-y-restaurantes-solo-con-refuerzo-o-test-negativo.html>>.

[21] <https://www.bloomberg.com/news/articles/2021-10-28/getting-vaccinated-doesn-t-stop-people-from-spreading-delta?utm_source=website&utm_medium=share&utm_campaign=copy>.

Capítulo 5. UN EXPOLIO LEGAL

[1] Charles Adams, *For Good and Evil: The Impact of Taxes on the Course of Civilization*, Madison Books, 2001, p. 7.

[2] *Ibid.*

[3] *Ibid.*

[4] *Ibid.*

[5] Ensayo teórico de derecho natural apoyado en los hechos T. 1. de Taparelli d'Azeglio, Luigi, 1793-1862; Orti y Lara, Juan Manuel, 1826-1904. Fondo de Derecho, Libros del Siglo XIX, Filosofía del Derecho, Madrid, Imp. de Tejado a cargo de R. Ludeña, p. 183.

[6] *Ibid.*, p. 184.

[7] <https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p3s1c2a3_sp.html>.

[8] Michel de Montaigne, *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, Barcelona, Acantilado, 2020.

[9] <https://twitter.com/i/bookmarks/1783264607651385785?post_id=1798279177092915316>.

[10] Frédéric Bastiat, *La Ley*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 71.

[11] <<https://industria.gob.es/es-es/Servicios/MarcoEstrategicoPYME/Marco%20Estrategico%20PYME.pdf>>.

[12] <<https://www.ine.es/consul/serie.do?s=ETCL13726&c=2&nult=50>>.

[13] <<https://www.libremercado.com/2017-03-22/cobro-34000-pero-cuestos-63000-cuantos-impuestos-paga-un-sueldo-de-50000-euros-en-europa-1276595304/>>.

[14] <<https://www.fbbva.es/publicaciones/el-comportamiento-de-la-productividad-en-espana-1995-2022-2/>>.

Capítulo 6. UNA VERDAD INCÓMODA

[1] Charles Adams, *For Good and Evil: The Impact of Taxes on the Course of Civilization*, Madison Books, 2001, p. 28.

[2] <https://www.economistas.es/Contenido/Consejo/Estudios%20y%20trabajos/2024/Estudio%20CGE_Factura%20fiscal%20de%20los%20hogares%20espa%C3%B1oles.pdf>.

[3] <https://juandemariana.org/wp-content/uploads/2024/04/Impuesto_metro-B6.pdf>

[4] <<https://www.bankinter.com/blog/finanzas-personales/gasto-pensiones-espana>>.

- [5] <<https://es.statista.com/estadisticas/531945/tasa-de-natalidad-en-espana/>>.
- [6] Giovanni Sartori, *¿Qué es la democracia?*, Taurus, 2007, p. 132.
- [7] <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5582344>>.
- [8] <https://x.com/EU_Eurostat/status/1800815805992697922>.
- [9] Frédéric Bastiat, *La Ley*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 71.
- [10] <<https://x.com/inclusiongob/status/1787777801140985981>>.
- [11] <<https://x.com/ernesturtasun/status/1802631408172609971>>.
- [12] <<https://elpais.com/economia/2024-01-22/dos-de-cada-tres-espanoles-apoyan-la-reduccion-de-jornada-laboral-a-375-horas.html>>.
- [13] <<https://www.eleconomista.es/empleo/noticias/12835898/05/24/el-81-de-la-poblacion-ocupada-apoya-la-jornada-de-35-horas-si-no-implica-reducir-el-salario.html>>.
- [14] <<https://tradingeconomics.com/ireland/government-spending-to-gdp>>.
- [15] <<https://tradingeconomics.com/ireland/government-debt-to-gdp>>.
- [16] <<https://tradingeconomics.com/spain/government-debt-to-gdp>>.

Capítulo 7. HOMBRES BUENOS

- [1] <<https://www.scmp.com/news/china/politics/article/3144225/we-had-no-choice-chinas-one-child-policy-and-millions-missing>>.
- [2] Hanno Sauer, *La invención del bien y del mal*, Barcelona, Paidós, 2023.

CONCLUSIÓN

- [1] Eric Hoffer, *El verdadero creyente*, Madrid, Tecnos, 2009, p. 52.

Índice

Índice de contenido

El triunfo de la estupidez

Introducción a la estupidez

1. La psicología de la masa

2. La envidia igualitaria

3. El gran pecado español

4. La pandemia de la estupidez

5. Un expolio legal

6. Una verdad incómoda

7. Hombres buenos

Conclusión

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Jano García

Créditos

Notas